

# CARTELES

ALFREDO T. QUÍLEZ  
DIRECTOR

10

BIENEROTECIA  
RESERVA

NO SE PUEDE  
RENTAS  
1934

OL. XXIX, NÚM. 7  
A HABANA, CUBA,  
EBRERO 14, 1937



EN ESTE NÚMERO:

Pe. radilla

BATERRECIA

maravilloso cuento de WILL SCOTT



Una Revista para la mujer

# VANIDADES

Modas, Labores, Cine, Decoración Interior, Cultura Física, Consultorio Sentimental, Deportes, Cultivo de la Belleza, Fórmulas Caseras y Recetas de Cocina, Artículos sobre Salud e Higiene por nuestros más eminentes especialistas, páginas para Niños, Cuentos y muchas secciones de supremo interés para Ellas y aun para Ellos, que absorberán sus horas íntimas en la más grata e instructiva lectura.

84 páginas, con secciones a todo color

**Y se vende al ínfimo precio de 10 cts. el ejemplar**

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:

En Cuba: un año, \$1.00; seis meses, \$0.55.—Países acogidos al Convenio Postal: un año, \$1.50; seis meses, \$0.80.—Otros países: un año, \$1.75; seis meses, \$0.90.—Por correo certificado, en todos los casos, añada a los precios anteriores \$1.00 por suscripción anual o \$0.50 por un semestre.

RECORTE EL CUPÓN Y ENVÍELO CON EL IMPORTE DE SUSCRIPCIÓN, EN GIRO POSTAL O SELLOS DE CORREO DE A VUELTA DE CORREO.

Editorial CARTELES, S. A.

Infanta y Peñalver, La Habana, Cuba.

Señores: Sirvanse suscribirme por el término de.....a la VANIDADES, para cuyo efecto acompaño la suma de \$.....

Nombre .....

Dirección .....

.....

.....

(Escriba con claridad)



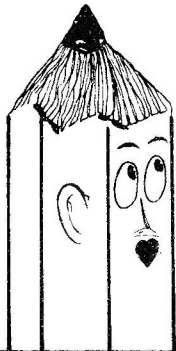


—Dime, mamá, ¿qué es una mujer de carácter?  
—¡Es la esposa de un hombre que no tiene carácter!  
(De "Il Guerin Meschino".—Milán).

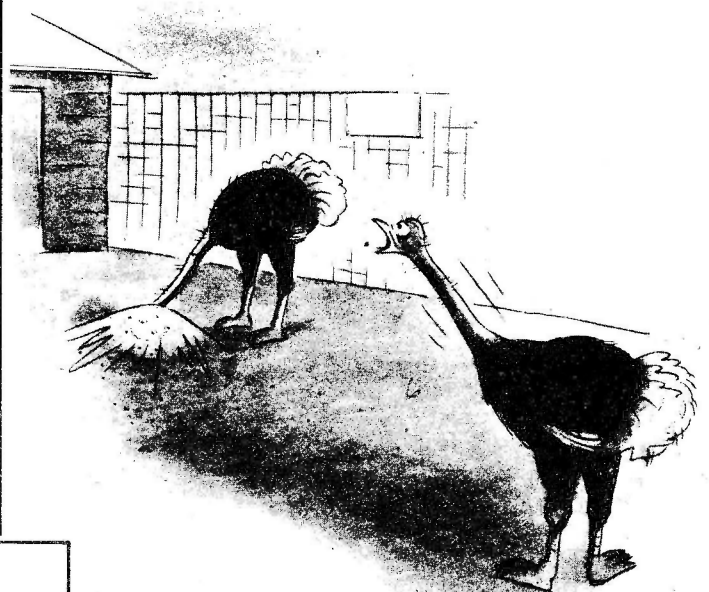
# GOMA Y TIJERAS



**DISCRETEO**  
—¿Y si te robara un beso?  
—¡Oh! Te obligaría a devolverlo.  
(De "Le Rire".—Paris).



**DURANTE LA INUNDACION**  
—¡Vaya! ¡Y pensar que a mi no se me había ocurrido nunca esta manera de ir a la oficina sin levantarme de la cama!  
(De "The Humorist".—Londres).



—¡Falsa modestia!  
(De "Judge".—New York).



—Mamá, cuando crezca ¿seré yo también un niño prodigio?  
(De "Punch".—Londres).

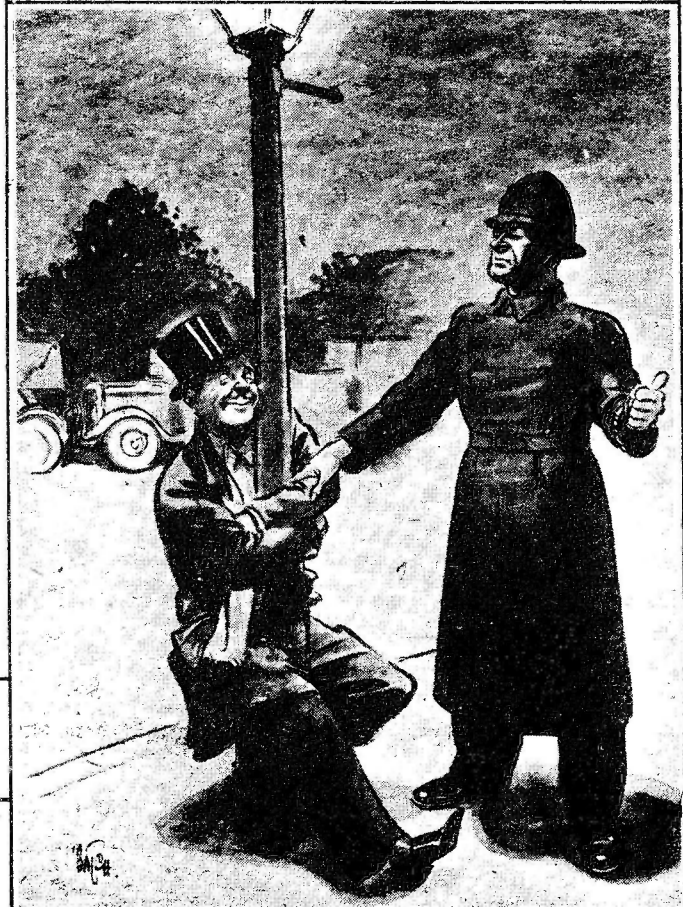
## CUENTOS

Se atribuye al célebre pianista Paderewski que fué durante algún tiempo Presidente de Polonia, la siguiente definición característica relativa a la indole de los diversos pueblos. Imaginaba que algunos literatos de distintos países habían sido encargados de escribir una obra sobre el elefante. Y decía:  
—El inglés prepara con meticulosidad el equipaje, y parte para la India a fin de estudiar la vida y costumbres del paquidermo; el francés pondera y hace profundas disquisiciones sobre el amor entre los elefantes; el alemán lee con atención todo cuanto se ha escrito respecto al animal de la larga trompa; el ruso se estira sobre un sofá, fuma muchos cigarrillos y escribe un espiritual artículo sobre el tema: "¿Pero existe realmente el terrible paquidermo?"; el polaco pone en conocimiento al mundo entero y publica un libro titulado: "El elefante y la cuestión polaca".

En cierta ocasión, tres amigos, uno de ellos judío, conversaban acerca del próximo casamiento de un cuarto amigo.  
—¿Ustedes piensan asistir a la fiesta?— preguntó uno de ellos.  
—No nos será posible.  
—¡Caramba! Yo tampoco puedo ir, pero enviaré un regalo. He pensado en un servicio de café para doce personas.  
—¡Buena idea! Yo enviaré un servicio de té para veinticuatro personas.  
El judío no quería ser menos... sin gastar tanto:  
—Yo pienso regalarle una pinza de azucarera para cien personas.

—Hace una hora que nos viene siguiendo ese hombre. Vamos a entrar en una joyería para que se vaya.  
(De "Karikatur".—Estambul).

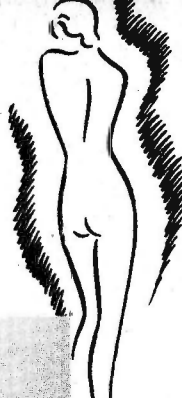
—No. Me costó más de una hora encontrar este poste. Si quiere usted uno, vaya y búsquelo.  
(De "London Opinion".—Londres).





# SALUD y

# BELLEZA



A CARGO DE LA DOCTORA MARÍA JULIA DE-LARA  
Médico del Hospital Municipal de Maternidad de La Habana; ex asistente  
del profesor Hainemann en Eppendorf (Alemania), y de los  
profesores Brindeau y Noël en París (Francia).

## MAQUILLAJES DE CARNAVAL

*Precauciones durante el Carnaval.—Cuidados para los ojos.—  
Joan Crawford sin maquillaje.—El maquillaje para obtener  
la piel bronceada del indio.—El maquillaje de la china  
enigmática y de la pintoresca gitana.—Manera de esconder  
el cabello en el disfraz masculino.—¿Cómo se quitan los  
cosméticos?*



¿Joan Crawford? He aquí su gesto. Sus ojos entornados, la caída de sus crenchas sedosas, la línea suculeta de sus labios, la recta impecable de su perfil. Sólo que no es Joan Crawford. Léase en el presente artículo este extraordinario parecido que se ha obtenido por medio del maquillaje.

razados cuando nos presentamos tal como realmente somos. Esto es lo que sucede con la inquietante Joan Crawford cuando se permite el lujo de dejarse retratar sin ningún maquillaje. Véasela en la interesante foto que ilustra esta crónica. ¿No es cierto que nadie pensaría que esa figura inexpresiva habría de pertenecer a la famosa estrella de la pantalla, de todos conocida? Por el contrario, con el maquillaje habitual de esta celebrada actriz, Gwenllian Gill, la grácil joven escocesa, se nos aparece como una auténtica Joan Crawford. Iguales sus ojos entornados, idéntica la línea suculeta de los labios y semejantes también los arcos oscuros de las cejas.

Demostrada la enorme importancia del maquillaje en el disfraz, estudiemos éste en cada uno de los trajes típicos nacionales. En el de mexicana—Celia Montalván nos sonríe vestida con él con la misma risa sugestiva que conquistó a París—tiene que pensarse primero en el color trigoño pálido que puede obtenerse fácilmente haciendo una pasta con los polvos ocre mezclados a adecuada cantidad de polvos blancos. La

disposición de las cejas y los detalles del peinado pueden verse asimismo en dicha foto con indiscutible propiedad. Como que Celia además de gran artista es también genuina mexicana.

¿Que quiere usted caracterizar el enigma de las chinas? Expresamente para las lectoras de "Salud y Belleza" hemos hecho dibujar los rasgos característicos que determinan esta fisonomía.

En un fondo ligeramente pálido—que se obtiene añadiendo a la base de polvos un poco de polvos ocre humedecido en un poco de aceite de almendra—márquense los ojos oblicuos acordes con las cejas que le acompañan. Los cabellos pueden alisarse siguiendo el procedimiento indicado en el disfraz masculino.

Pero puede suceder que a lo que se aspire sea a interpretar el tipo indio. Es bien sabido que el color bronceado de éstos presenta también matices cobrizos. Puede obtenerse mezclando polvos ocre con cantidad suficiente de coloretes—o si se prefiere, se compra carmin en polvo en la botica. Hágase con polvos blancos, ocre y carmin añadiendo cantidad apro-

(Continúa en la Pág. 6)

★ **¿STÁ USTED** satisfecha de la vida? ¿Desea reír a carcajadas bajo el imperio de Momo? ¿Goza de esa flamante salud que es imprescindible para que el casabeleo de su alegría repique como campanas a vuelo? ¿Ya pensó en su disfraz para los días de Carnaval? Supongamos que prefiere el disfraz masculino, ¿sabe usted cómo "esconder" sus cabellos para parecer un genuino representante del sexo fuerte? Vamos a ayudarle. Si su melena es corta y sus cabellos poco rizados—con o sin permanente—el problema es fácil. Lávese la cabeza. Póngase la raya al medio o al lado. Como usted lo prefiera. Así húmedos los cabellos aplique la preparación siguiente, asentando bien con el peine primero y con el cepillo después. Hela aquí:

**R.**  
Aceite de almendra... 30 gramos  
Aceite de ricino..... 10 "  
Vaselina simple semi-sólida..... 20 "  
H. S. A.

Una vez realizado esto, mirese al espejo. ¿No parece la suya una cabellera masculina? En cuanto al rostro es muy fácil darle la varonil expresión: Marque de obscuro las cejas lo más ancho que soporte su fisonomía y acercándose un poco por el entrecejo. Verá la rudeza que le confiere. Si es usted muy pálida no irá bien sin coloretes. Pero no a la mane-

ra femenina. Extienda el rouge por toda la cara por igual—mejillas, frente, barba—pero de manera leve. Generalmente cuando los caballeros tienen buen color es así de parejo y extendido. Si quiere puede pintar los labios, haciéndolos lucir más grandes. Y hasta puede dibujar un bigotito por medio del lápiz de las cejas.

Pero si sus cabellos son largos es otro el problema para "esconderlos". Lávelos como en el caso anterior, y húmedos todavía, peínelos un poco levantados al mismo tiempo que les pone la siguiente preparación, que los adhiere fuertemente unos a otros.

**R.**  
Cera virgen..... 5 gramos  
Vaselina simple semi-sólida..... 10 "  
Aceite de almendra... 30 "  
Esencia de rosa..... III gotas  
H. S. A. Uso externo.

A continuación amárrelos fuertemente por medio de una fina cinta negra. Vuélvalos hacia arriba y aprisionelos con una pequeña peinetita. Al ponerse el sombrero, ¿quién habría de pensar que por debajo queda escondida su abundante cabellera femenina?

Pero puede suceder que usted prefiera como disfraz el traje típico de determinado país. ¿Se ha dado usted cuenta de la importancia que en él tiene el maquillaje? ¿Qué es el maquillaje en la vida moderna? ¿Acaso lo es todo? La verdad es que parecemos dis-



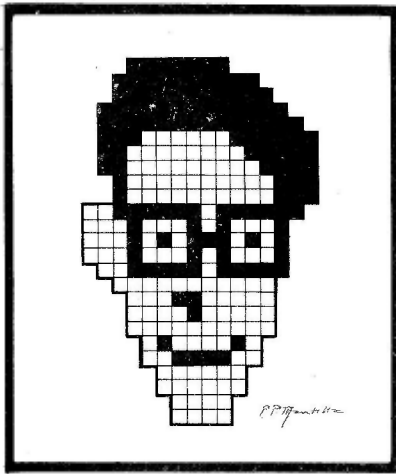
He aquí a Celia MONTALVAN, bella y artista, auténtica representante del México de hoy, vistiendo el traje típico de su país. Véanse los detalles del maquillaje que es necesario exaltar para obtener la expresión peculiar de las mujeres de aquel pintoresco y rico territorio.



# LOS CAÑELLOS DISTANTES

DE ▲ GUSTÍN ▲ COSTA ▲.

por H. Cabrera



**M**I PROPÓSITO al ofrecer a Cuba este juicio, muy mío, pero juicio u opinión, al fin, sobre el poeta cubano Agustín Acosta, es el de demostrar que, a pesar de que las corrientes innovadoras del arte poético tienden a negar el valor positivo de la generación literaria a la cual pertenece, y que aun se mantiene en pie gloriosamente, en el arte, tal el decir del infortunado José Santos Chocano, "cabén todas las escuelas como en un rayo de sol todos los colores". Trataré, también, al juzgar al maestro, de retorcerle el pescuezo al diablillo del afecto que por encima de todas las mutaciones del destino ha sobrenadado siempre en el mar de todas las pasiones; este afecto mío, esta admiración mía por Agustín Acosta, responsable ante la literatura de mi país de que yo hiciera versos y de que los siga haciendo todavía. Quiero evidenciar que un poeta cuando tiene amplios jardines interiores para cultivar sus propios rosales, persiste fundamentalmente en mantenerse íntegro, suyo en sí, que diría Rubén Darío, respetuoso de sus blasones heráldicos, en medio de la balumba y la vorágine de las tendencias y de los derroteros y de las orientaciones de escuelas, que luchan por mantenerse en pie. *Rinnovarsi o morire*, afirmó Gabriel D'Annunzio; es cierto el postulado; pero a los verdaderos renovadores se unen, desgraciadamente, los sin talento, los que hacen contorsiones de juglares de feria en el arte poético, pretendiendo epatar con sus juegos malabares a la opinión pública, como si el arte, al renovarse en su forma, no en el fondo, porque el arte siempre es el mismo, fuera a responder a artificiosas interpretaciones arritmicas que no están sujetas a ninguna ética, ni a una forma nueva, sino sólo a un capricho interpretativo del futurismo en la pintura adaptado a la poesía, sin forma, sin ritmo y sin medida, y lo que es más doloroso aún: sin sentimiento de lo bello. Yo quiero retrotraerme a los tiempos en que la América española volcó sobre la lengua castellana su alma joven en el robusto aporte de una nueva forma literaria, emancipándola, librándola de las férreas cadenas en que la mantenían atada los cultores

del clasicismo español, que ahorraban la gracia, la agilidad y la belleza del verso dentro de normas y prejuicios escolásticos de tres siglos anteriores.

Bueno es que advierta primero, para que a irreverencia no se tome, que siempre me he mantenido respetuoso admirador de la obra poética de los elegidos del Siglo de Oro de la literatura española: Jorge Manrique, Lope de Vega, Tirso de Molina, don Francisco de Quevedo, don Luis de Góngora y Argote—que acaso llevara dentro de sí una visión de este arte nuevo, que no llegó a plasmar—todos merecen mis respetos; mi admiración ferviente; pero allí donde están, en ese momento y en ese siglo en que el verso castellano llenó al mundo de las letras de entonces; allí donde están, con su casticidad sonora y finchada, como un noble caballero de adarga y tizona que mantuviera la bizarría de sus mostachos tan almidonados como la batista de su gorguera; allí donde están, sin que nunca se me hubiera ocurrido imitarlos ni en el inicio de mi vida literaria, ni después que recibí el espaldarazo de la opinión pública, allá por el año de 1910, en que Agustín Acosta prologó mi primer libro de versos, mi poema *¡Esperanza!*

\*

Manuel Ugarte, el gran escritor y crítico hispanoamericano, publicó en el año de 1906—treinta años justos hace ahora—una antología que tituló *La joven literatura hispanoamericana*.

El alma de la literatura hispanoamericana no se la dió la revolución que libró el continente para emanciparse del vasallaje español. Esto lo afirma Ugarte en el prefacio del libro que antes menciono. Veamos cómo opina:

"Desmelenadas, sedientas de acción, con el ímpetu de quien recupera la libertad después de una esclavitud larga, aquellas sociedades, demasiado precoces para ser reflexivas, demasiado ardientes para ser justas, se lanzaron en tropel para explorar lo desconocido.

No hacemos historia, ni pretendemos estudiar en las breves líneas de un prefacio las agitaciones pavorosas y rudimentarias en que se ahogaron las energías nacionales durante esas épocas que podríamos llamar la dictadura de la sombra. De nuestra juventud meditativa y documentada han de salir los sociólogos que hagan el proceso y estudien los detalles de esa revolución que hizo de América el vórtice de todos los conflictos embrionarios. Pero ¿cómo trazar sucintamente el cuadro de la intelectualidad sudamericana y apuntar los orígenes y los antecedentes del movimiento actual, sin echar una ojeada sobre el incendio donde se abrasaron varias generaciones y en donde forjó el Sigfrido de nuestra nacionalidad su propia espada? Esta introducción sería incompleta si no dejáramos entrever las zonas dolorosas por que tuvo que atravesar el espíritu hispanoamericano antes de posesionarse de sí mismo y de salir a la luz.

Abandonad a un adolescente en

# El Resfriado se empieza a Marchar

... Luego que usted empieza a Frotar



Poderoso Ungüento Obra a Través de la Piel como Cataplasma—Al Mismo Tiempo sus Vapores Despejan la Cabeza.

**C**OMBATA usted el resfriado de su niño con Vick VapoRub—y no tendrá que aguardar, angustiado, con la esperanza de que algo ocurra horas más tarde. VapoRub hace que el nene se sienta mejor en seguida.

No hay que darle a tomar nada que le repugne, nada que le pueda trastornar el delicado estómago. Todo lo que usted hace es frotarle este agradable unguento en el cuello y el pecho al acostarlo.

**Obra de Dos Modos a la Vez**

Aún antes de terminar la frotación, el pechito del nene ya se siente caliente y aliviado, en seguida que el VapoRub empieza, a manera de cataplasma, a "extraer" el dolor y la congestión.

Al mismo tiempo el VapoRub, al ser derretido por el calor natural del cuerpo, desprende sus

confortantes vapores medicinales. Al ser inhalados éstos con cada aliento, directamente a los conductos irritados de la nariz, la garganta y el pecho, alivian la irritación, despejan la cabeza y hacen otra vez normal la respiración.

Esta acción directa y doble dura horas y horas—en tanto que el nene duerme apaciblemente. Casi siempre al amanecer lo peor del resfriado le ha pasado.

**Igualmente Bueno para Adultos**

Y téngase presente que VapoRub es de igual gran eficacia para el tratamiento de los resfriados de los adultos. En 26 millones de hogares—en 71 países—VapoRub ha demostrado ser lo mejor para los resfriados de toda la familia.

**VICK VAPORUB**



plena selva, en mitad de la noche; poned a su alcance las iras, las ansias, las debilidades, los heroísmos, el amor y la locura; hacedle oír todas las voces; abrid las puertas de la generosidad, del interés, del valor y del miedo, y tendréis una pálida imagen de lo que durante largos años fué la América del Sur después de la independencia. En éstos el sacrificio, en aquéllos el deseo de mandar, en otros la preocupación dolorosa de los destinos de la patria, todo concurría a hacer de cada hombre un fermento de motín que daba nacimiento a avalanchas irreconciliables. La aldea por sus fueros, la provincia por sus ambiciones, la pequeña patria por sus desconfianzas y la región entera por su inquietud y sus antagonismos múltiples, era un tejido espeso de luchas, pequeñas o grandes, pero todas confusas, incongruentes, vacías y — consideradas serenamente desde la imparcialidad de nuestra generación — culpables. Aquí una insurrección de campañero, allá una rivalidad entre dos jefes, más lejos un conflicto de instituciones, a la derecha una guerra nacional entre lo que pretendían ser dos patrias, a la izquierda una guerra civil entre lo que pretendían ser dos Gobiernos; hoy una batalla, mañana una ejecución, y todos los días sangre, violencia y exterminio; la vida era un vértigo de demencias agitadas, en ciudades de un Gobierno inseguro y en países de límites incier-

tos que se modificaban y se transformaban ora en un sentido ora en otro, dejando a los hombres en la situación desconcertante de una hoja en medio del huracán. La fuerza lo dominaba y lo dirigía todo sin atender a las débiles voces de protesta que debieron hacerse oír, pero que ahogó el ruido de la pólvora y el fragor de los combates. La vida pertenecía a los más hoscos, a los más violentos; como la fruta pertenecía a los más fuertes en las selvas oscuras de las edades primitivas; porque peor que el salvajismo de las costumbres es el salvajismo de los instintos; y los hombres que vestían a la europea, que habían estudiado en muchos casos en las universidades célebres, que eran cultos y afables en la vida interior y que tenían las necesidades materiales y los gustos finos de cualquier civilizado, se abandonaban a vehemencias tan incomprensibles, a atropellos tan confusos, a violencias tan bastas, a un hervidero tan destructivo y tan estéril de energías rotas, de debilidades triunfantes y de instintos imperiosos, que se hubiera dicho que en el fondo de cada uno, vestida de aspiraciones, transportada al reino interior, pero implacable y odiosa como siempre resurgía y alzaba las fauces la horrible bestia ancestral.

Pero si todas las pesadillas tienen su fin, ¿cómo no había de tenerla aquella que enloquecía y

(Continúa en la Pág. 56)

**BIJOL**

EL ÚNICO SUSTITUTO DEL AZAFRÁN  
Muchos regalos por sus envolturas  
R. MARTÍNEZ, Industria, 150, HABANA



nada de agua y de vaselina líquida hasta obtener el color deseado. Esta mezcla proporciona un color muy bonito que tiene la gran ventaja de poderse quitar después con gran facilidad.

En el maquillaje que permite caracterizar la figura del "negrito", puede decirse que Cuba tiene una gran experiencia. Queriendo proporcionar una información lo más verídica posible hubimos de entrevistarnos con el señor Garrido, el popular "negrito". Según el los preparados extranjeros confeccionados con el propósito de imitar el color obscuro no han obtenido el perfecto parecido que él consigue con su técnica personal. Comienza por lavar bien la cara con agua y jabón. A continuación aplicase su preparación. Quema ocho o diez corchos de los usados para tapar las botellas de sidra. Los corchos de otras procedencias no son recomendables porque los polvos que ellos producen al quemarse no son tan finos e impalpables como aquéllos. Entonces se tamizan por medio de un paño muy fino. A continuación se mezclan con un poco de agua hasta obtener una pasta algo suave. Con las manos ésta se aplica al rostro hasta obtener la coloración deseada. Los labios se colorean con pintura de labios. El señor Garrido tiene en estudio una nueva fórmula con participación de substancias oleosas cuyos resultados no puede todavía anticipar.

Precaución indispensable de llevar es la de quitar los cosméticos inmediatamente que regresamos del paseo. Ellos son una injuria para la piel. Para los ojos. Para la delicadeza de los párpados. Por ningún motivo habremos de entregarnos al sueño con ellos puestos. Para facilitar la tarea será conveniente extender en el cutis un poco de aceite de almendra. En seguida agua tibia y jabón. Después lavar nuevamente con agua y jabón. Si queda la piel algo irritada extiéndase un poco de leche de almendra.

En general, para aplicar el maquillaje de Carnaval debe tenerse mucho cuidado con los ojos. Los polvos ocre, el carbón del corcho, las propias sombras de los ojos en las grandes proporciones que requieren los variados disfraces, son irritantes. Cuidado habrá de tenerse también con la manifestación de la alegría. Cuando se grita mucho y se ríe muy alto la voz pierde su timbre natural dando lugar a la ronquera. Entonces

# SALUD Y BELLEZA



En una "pose" interesante, Joan CRAWFORD nos permite estudiar todos los detalles de su fisonomía, con su maquillaje habitual. Compárese esta expresión encantadora con la de Joan Crawford desprovista de maquillaje.



¿Disfraz de Joan Crawford? Nada de eso. Esta es Joan CRAWFORD tal como ella es, totalmente desprovista de maquillaje. ¿Quién habría de reconocerla? ¿Habrá quien niegue ahora el poder del maquillaje?

lo mejor es permanecer lo más tranquilo posible y hacer por lo menos una vez al día gargarismos diluyendo en un vaso de agua tibia una cucharada de la siguiente preparación:

R.  
Bicarbonato de sodio. 30 gramos  
Tintura de guayaco.. 5 "  
Glicerina pura..... 30 "  
Agua destilada..... 100 "  
H. S. H. Gargarismos.

## CONSULTORIO DE SALUD Y BELLEZA

A cargo de la Dra. María Julia de Lara, Médico Cirujano

3.463.—A. R., Gibara Prov. de Oriente.—Para su cutis siga las indicaciones que se le hacen al número tres mil cuatrocientos cincuenta y cuatro (3,454), de la República de Colombia.

3.464.—A. R., Camagüey. —"Al amable colega que me recomienda su caso, acabo de contestarle explicándole mi opinión. No es del todo desfavorable. Vaya a verlo.



Con perdón de Algernon, estas dos figuras masculinas se han permitido acompañar a la gitana y a la chinita de esta sección. ¿Cómo habrían de dejarlas solas? Pasta blanca a base de óxido de zinc para Pierrot, y color cobrizo con polvos ocre y blanco, añadidos de carmin, serán suficientes para caracterizar ambos tipos.

### PEQUEÑOS CONSEJOS

PRIMERO: Para quitar los cosméticos de Carnaval.—Use agua tibia mejor que fría. Jabón abundante. Empleando grasas, bencina, alcohol o glicerina se logra quitar algunos colorantes particularmente resistentes.

SEGUNDO: Para calmar la irritación de los cosméticos.—Mezcle a partes iguales leche de almendras, aceite de almendras y glicerina y aplíquela en el cutis durante dos horas.

TERCERO: Para aliviar la ronquera de las carcajadas continuas: Haga reposo de su garganta y una vez al día gargarismos diluyendo en un vaso de agua tibia una cucharada de la preparación siguiente:

R/.  
Bicarbonato de sodio ..... 30 gramos  
Tintura de guayaco ..... 5 "  
Glicerina pura ..... 30 "  
Agua destilada ..... 100 "

H. S. A.—Para gargarismos.

CUARTO: Para ser feliz por unas horas.—Olvidese de sus problemas y diviértase en nuestros días de Carnaval. La risa y la alegría son tónicos del organismo.



¿Quiere usted disfrazarse de "chinita"? Este dibujo ha sido hecho expresamente para que nuestras lectoras puedan ver con facilidad los rasgos que necesitan acentuar en el maquillaje que caracteriza a este tipo.

3.465.—A. M. DE R., Ciego de Avila, P. de Camagüey.—Ese estado de depresión tan grande es natural después de la muerte de un ser tan querido como la madre. Nada la sustituye. Sólo el tiempo puede mitigar tan gran dolor. Mientras, debe fortalecer su organismo para resistir. Continúe con el plan higiénico que le había indicado antes. Siga con los baños de sol, preferible a las nueve de la mañana. Después de almuerzo y después de comida tome una cucharada de la siguiente preparación:

Glicerofosfato de calcio .. 5 gramos  
Glicerofosfato de sodio .. 3 "  
Glicerofosfato de hierro .. 2 "  
Tintura de kola ..... 10 "  
Jarabe de grosella ..... 300 "

H. S. A.—Uso interno.

3.466.—M. M., Palma Soriano, Prov. de Oriente.—Remita la fotografía de frente y de perfil sin retocar, para remitirle los informes que solicita en relación con la intervención.

3.467.—G. P., La Habana.—Con el nuevo aparato de electrocoagulación desaparecen rápidamente esas pequeñas verruguitas en una sola sesión, sin apenas dejarle marcas.

3.468.—M. C., Holguín, Prov. de Oriente.—Muy contenta de que ya se encuentre restablecida. No tiene que agradecerme lo que hice por usted. Cumpli con mi deber. ¿Cómo no había de alentar y llevar el consuelo a la mujer angustiada que viene a mí? Afortunadamente, su enfermedad era curable, por lo cual mi labor fué más fácil. Dígale a su amiga que las operaciones plásticas no resultan caras, si se tiene en cuenta que en el precio ya incluida la reclusión en la clínica durante quince días.

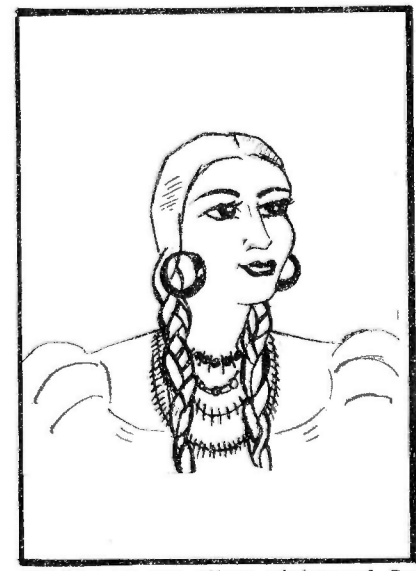
3.469.—L. S., Santa Lucía, Prov. de Oriente.—Si sólo ha bajado diez libras y su busto estaba lleno y turgente, no hay inconveniente en embellecerlo. En privado los informes.

3.470.—MARY HELEN, Cienfuegos, P. de Santa Clara.—Acabo de recibir su carta, desde Alemania, por haber regresado a Cuba. La atiendo gustosa. Pienso que si no son muchas las canas podría oscurecerlas, sin necesidad de teñirlas. Pero si ya son demasiadas, tendría que recurrir a las tinturas. Ahora bien, siendo tan joven y preocupándose también por las arrugas, hay que pensar en una decadencia general cuyo origen es necesario averiguar. Remita los datos personales lo más pormenorizados posible: peso, talla, edad, enfermedades padecidas, visita mensual, etc. ¿Complacida?

3.471.—MALVA, La Habana.—Con amable simpatía recibí en Bruselas su mensaje de esperanza con el deseo vivísimo de obtener su descendencia. Con diez años de casada debe pensarse en alguna causa. Es preciso reconocimiento completo.

3.472.—RUBIA PLATINADA, La Habana.—Complacida.

3.473.—ESTRELLITA OPACA, Camagüey.—¡Gracias amiga mía! Su carta, generosa, amable, cordial, fué la primera que recibí en el extranjero. Ya usted se habrá informado del resultado del Congreso de Bruselas. Fué algo sencillamente espléndido. ¿Cuándo la veo? ¿Cómo corresponder a su amable asiduidad, lo mismo en este viaje que en el anterior?



¿Prefiere ser una gitana pintoresca? Dos largas trenzas, sombras en los párpados que hagan sus ojos inmensos, y polvos de color ocre que le confieran un fondo amarillo pálido bajo el "rouge" brillante habrán de caracterizarla cumplidamente.





# UN NUEVO MÉTODO PARA DESCUBRIR CRIMINALES

(Versión de A. A. R.)

**L**OS PROCEDIMIENTOS de las ya viejas novelas de misterio y detectives encargados de esclarecerlo, están siendo llevados a la vida real por la Policía londinense de Scotland Yard, considerada como la más científica del mundo. Y a juzgar por el feliz resultado obtenido en un reciente y difícil caso, algunos de los nuevos métodos para descubrir criminales son mucho más eficientes que el viejo y conocido de atraparlos por la verificación de las huellas dactilares.

El caso resuelto por Scotland Yard, que acaba de ganarle toda suerte de alabanzas, consistió en el asesinato de una anciana de 66 años de edad, quien apareció estrangulada en su casa de inquilinato. La muerta se llamaba la señora Fortescue, y su cadáver se encontró en su habitación 24 horas después del hecho.

Las sospechas recayeron desde el primer momento en una pareja que había alquilado una habita-

borotado, no pudo dar otros datos acerca de la misma.

El inspector Rawling abandonó, pues, la tienda completamente decepcionado y alicaído, y al salir, uno de esos fotografías ambulantes, que se estacionan en determinados sitios a hacer fotografías de los transeúntes, lo retrató y le dió la tarjeta que lo autorizaba a recoger el trabajo en una fotografía cercana. Y no fué hasta que llegó a la estación que el policía tuvo la luminosa idea de buscar a los amantes desaparecidos por el procedimiento de las cámaras fotográficas.

En Londres sólo una pequeña parte del año son posibles esas fotografías en las calles, y son precisamente las parejas las que más se interesan por esa clase de retratos. ¿No podía uno de esos fotografías haber retratado al par que él estaba buscando?

El inspector Rawling se puso a trabajar, y poco después sabía que cuatro fotografías hacían el trabajo en aquella barriada y ha-



ción una semana antes, y había abandonado la casa el día anterior al descubrimiento del crimen. Al llegar esa pareja, integrada por un hombre de 41 años y una muchacha de 20, habían dado como su nombre el de Mr. y Mrs. Williams, pero por mucho que se esforzó la Policía no pudo obtener otra información acerca de los fugitivos. Los vecinos no habían visto a los amantes—indudablemente lo eran—más que de pasada, en una forma que no les permitía hacer descripciones acerca de sus personas. Lo más que alguno de ellos pudo prometer fué identificar a Mr. Williams si tenía de nuevo la oportunidad de verlo.

La Policía registró el cuarto donde habían vivido los Williams, y encontró un par de pantalones con la marca de una tintorería, y la etiqueta manchada y destañada de un traje de mujer. La primera pista dió por resultado la comprobación de que los pantalones eran de un señor bien conocido en la tintorería y hasta en Londres. Los agentes de la autoridad se dirigieron a él y supieron que su esposa se los había regalado a un joven que había venido a pedirle limosna. Pero una completa descripción del mencionado individuo tampoco fué obtenida en esa ocasión.

—Parecía un obrero y no traía corbata,—fué todo lo que la señora pudo explicar.—Me pidió un traje viejo y se lo di.

La otra huella, la de la etiqueta de una tienda de King's St., tampoco dió resultado, pues aunque la dueña del establecimiento recordaba haberle vendido un traje a una joven bonita y de pelo al-

bían realizado en las últimas semanas unos 11,000 films. El departamento técnico de Scotland Yard se hizo cargo de esos films, y pronto los tuvo en forma de película, dispuestos a ser proyectados por una cámara cinematográfica.

Entonces se convocó al público que había de ver aquella extraña película, que no era otro que el formado por todas las personas que de un modo u otro podían reconocer a la pareja fugitiva. Y se había hecho ya una larga proyección del film sin resultado positivo, cuando al fin una de las espectadoras gritó de manera histérica:

—¡Esos son ellos! ¡Ese es Mr. Williams!

La mujer, una vecina del fugitivo en la casa del crimen, estaba cierta de que aquél era el hombre que buscaba la Policía, con lo cual ésta había ganado su primera batalla. Pero todavía quedaba mucho por hacer.

Sin pérdida de tiempo se ordenaron muchos millares de circulares, donde se podía ver—y reconocer—a los fugitivos, de acuerdo con la fotografía que se habían dejado tomar, ajenos a que iba a ser su perdición. Y esas circulares fueron enviadas a las casas de inquilinato, y circuladas por toda la ciudad. No se decía en ellas—para no asustar a las gentes—que se trataba de unos asesinos, pero se les pedía que de saber donde se hallaban se pusiera el hecho en conocimiento de la Policía.

Pasaba el tiempo y nadie respondía, pero Scotland Yard, en lugar de descorazonarse, redobla-

“Para nosotras  
las Hijas de Eva...”



● “Para nosotras las Hijas de Eva, es una verdadera bendición Evanol porque nos libra del calvario que suelen traernos consigo los días inevitables de cada mes. ¿Qué mejor elogio para Evanol?”.

● Evanol permite pasar tranquila y contenta la época fisiológica, sin molestias dolorosas.

● Evanol no afecta el natural y necesario proceso femenino.

● Evanol debe tomarse preferentemente poco antes de llegar esa época y por lo general una tableta es suficiente para que no aparezcan los dolores de costumbre.

● Si Ud. es una mártir cada mes, ¿por qué no recurre a Evanol? En todas las farmacias venden Evanol. La cajita de 10 tabletas, 30 cts.; el envase de prueba con 3 tabletas, 10 ¢

ba sus esfuerzos y enviaba nuevas circulares a todas partes.

Al fin una circular llegó a manos de un panadero que vivía en una casa de huéspedes, y exclamó en cuanto vió el retrato:

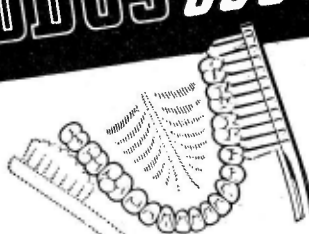
—¡Diablos! ¡Pero si éste es Alf Stratford!

Se puso en comunicación con Scotland Yard, y le dió toda la información que éste necesitaba: Stratford, que ahora se hacía llamar Mr. Williams, era un vete-

rano de la guerra, de 41 años, que tenía esposa y cinco hijos en Bethnal Green, otro suburbio de Londres. A resultas de la guerra, el hombre había tenido que sufrir durante quince años una operación tras de la otra, y el año pasado había sido atacado dos veces por fiebres reumáticas. Uno de sus hijos había muerto de esa enfermedad, y otro está a punto de perecer del mismo mal, sin que lo

(Continúa en la Pág. 16)

## LIMPIE Y PROTEJA TODOS SUS DIENTES



Estudie este diagrama — vea como el copete en la punta del Pro-phy-lac-tic Perma-Grip alcanza todos los lados de todos los dientes de atrás. Solamente un cepillo de dientes con copete en la punta puede hacer esto.

● Los cepillos corrientes no alcanzan ni limpian como deben los dientes de atrás. El copete grande en la punta y las cerdas dentadas del Pro-phy-lac-tic Perma-Grip le permiten alcanzar y minuciosamente limpiar todos los dientes, los de enfrente y los de atrás—por todos lados.

Las cerdas de los Pro-phy-lac-tic Perma-Grip son de la más alta calidad—van científicamente espaciadas, y son flexibles y eficientes. Limpian mucho mejor y mucho más minuciosamente que las cerdas de ningún otro cepillo de dientes. Van fijas en el mango del cepillo firme y permanentemente por el nuevo procedimiento exclusivo Perma-Grip. Insista en los Pro-phy-lac-tic Perma-Grip. Busque el nombre Pro-phy-lac-tic separado con guiones.

SIEMPRE  
SE VENDEN  
EN LA  
CAJITA  
AMARILLA

# Pro-phy-lac-tic

MARCA **Perma-Grip** REGISTRADA

FABRICADOS EN LOS E. U. A.

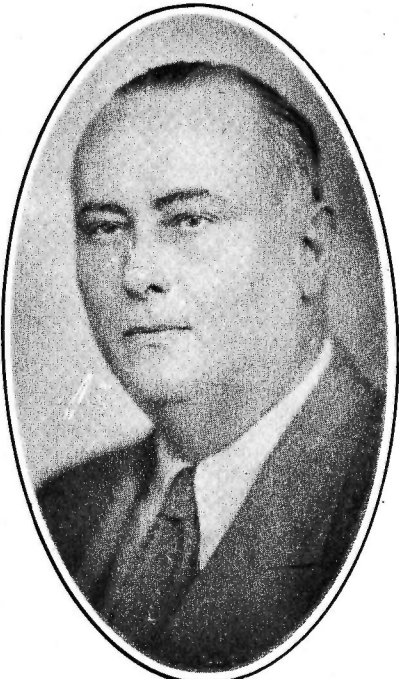
N-60



## NOTAS La Romántica Peligrosa por Mercedes

SEÑALAR las estridencias de algunas figuras de mujer, no es atacar al feminismo, sino antes por el contrario, defenderlo de posibles equivocaciones y ayudar al conocimiento de lo que debe ser la mujer moderna, liberada de prejuicios, pero encauzada dentro de un campo limpio de yerbas venenosas o amargas, que no pueden dar buena semilla en el hogar futuro.

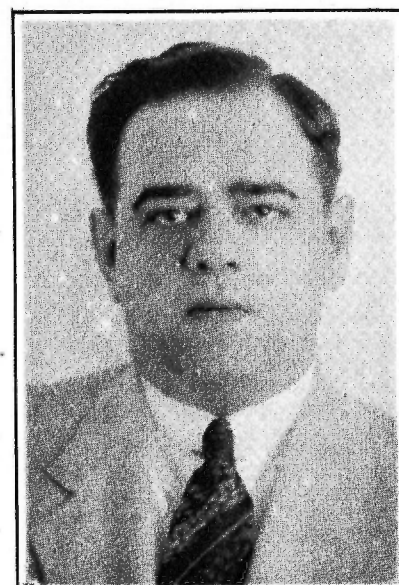
Así como hemos procurado destacar las ventajas que para la felicidad trae la justa y necesaria ley del divorcio, pusimos también de manifiesto la visión libertina que el hombre suele tener del matrimonio, aprovechando una ley que es de civilización y para la moral del hogar creada, en provecho egoísta de satisfacción de malsanas pasiones y turbulentos apetitos. Al mismo tiempo, hemos querido llamar la atención en primer lugar de las madres y educadoras sobre el mal que hacen a la colectividad y al feminismo, las mujeres que toman su liberación, para poder imitar la vida de libertinaje o de indisciplina ética, que la mayoría de los hombres ha llevado siempre, y entre esos tipos de mujeres equivocadas, hicimos el dibujo de la que el doctor Marañón llama con mucha gracia "doña Juanita", considerando la émula del conquistador que Tirso de Molina immortalizó y llevó al colmo de la popularidad el poeta español José Zorrilla. Pero falta en nuestras notas otra peligrosa competidora de la esposa honesta, que lucha en el hogar contra la atmósfera de costumbre, rutina, malos tiempos económicos, salud de niños, etc., etc. Esta es la "romántica" que en ocasiones va de buena fe, pensando que le es lícito deshacer hogares, y que ella ha de dar la felicidad al hombre que se encuentra algo cansado de la cruz matrimonial y acoge, naturalmente, con entusiasmo, el nuevo idilio que fácilmente se le brinda. Esta mujercita peligrosa no es sin embargo "vampiresa" ni conquistadora. Es por regla general una soltera sin suerte o una desgraciada en matrimonio anterior. Es, o suele ser, mujer dulce, suave, reducida de horizontes, que no va a romper lanzas por el amor, sino a infiltrarse como "hormiga colorada en pie de indio brasileiro"... despacito y sin sentirse, hasta hinchar el pie y tener que cortarlo. Aprovechando el natural aburrimiento del hombre que no supo o no pudo realizar un matrimonio de compañerismo o comunión de ideales, la soltera romántica que lee a Carolina Invernizzi y llora con los tangos de Carlitos Gardel, mira lánguidamente, suspira, se azara y demuestra al casado, que ha impresionado su corazón. Ella tal vez piensa sinceramente que el amor es el muñeco ciego que pintan todavía para entusiasmo de los que creen que hacer las cosas sin lógica y a ciegas tiene un bello interés... Y los hombres suelen caer en estas redes en busca de un amor ferviente, que tuviera en su propio hogar y no supieron entender ni agradecer. Yo he conocido muchos casos de este género, pero recuerdo el de una mujer de Santiago de Chile. Ella, una esposa modelo, abnegada, trabajadora y enamorada con exceso de su ma-



El doctor Rafael AZCARATE ROSELL, cuyo interesante libro "Historia de los indios de Cuba" acaba de publicar la Editorial Trópico en su sección de "Historia Cubana".  
(Foto Merayo).



Kiki SKIRVING Y BENITEZ, joven y notable danzarina que bailó el "pizzicato" de "Silvia" en la función de reapertura de la Sociedad Infantil de Bellas Artes, efectuada el domingo 7 en el teatro Nacional.



Rodolfo PADRON HERNANDEZ, ex policía nacional, detenido por supuesta complicidad en el secuestro del señor Castaños, que ha sido absuelto de todo cargo y puesto en libertad por el Tribunal de Urgencia.  
(Foto Brent).

El doctor Francisco J. ALONSO LOPEZ, que ha sido designado director de la Policlínica Nacional Cubana "La Bondad".  
(Foto Carnet).



Alumnos de la Escuela N° 1, de Santiago de las Vegas, que efectuaron una excursión a los jardines de "La Cotorra".  
(Foto Ad).



# y California PINTO

rido, al que rodeaba de una pasión sin límites. El, un hombre frívolo y engreído que al creer que todo se lo merecía, desdeñaba la suerte de una mujer como era la suya. Comenzó por repeler demostraciones de afecto, siguió con frialdades, agravó con disensiones y polémicas por cuestiones domésticas sin mayor importancia... La mujer sufría y continuaba adorando con la razón ilógica del poema noruego que dice: "¿Por qué amo? ¡Pregúntaselo al viento!"

Contra desaires y contra decepciones, la esposa chilena amaba intensamente, hasta que un día supo que su marido quería a otra mujer. Esta era una romántica de novela barata, que creía firmemente que ella era la enviada... La esposa desolada quiso saber de su marido por qué la había desamparado así, y oyó con dolorosa sorpresa que le respondía: —"Fui buscando ternura"... ¡Ternura que había tenido en su hogar a raudales!... ¡ternura, que si en algún momento le había faltado, es porque se fué como la esencia, cuando se rompe el pomo que la guardó!...

Y no se daba cuenta el esposo infiel, de lo fácil que resulta el demostrar ternura y suavidad y amor romántico y sin límites, cuando no se tiene que luchar con las amargadoras pequeñeces caseras, cuando no se escuchan reprensiones injustas ni malos humores, cuando en lugar de coser hasta cansarse o arreglar la casa con poco dinero se puede poner una flor en el pelo y un libro en la mano y hablar de amor en el banco de un parque iluminado de luna...

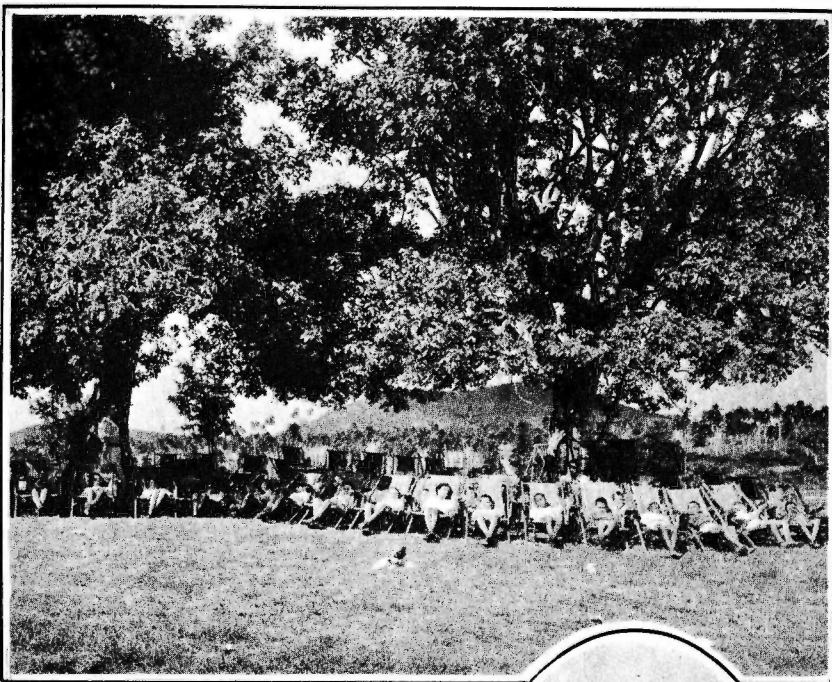
La "romántica" entonces no piensa en el hogar prosaico en apariencia y heroico en su honra... No piensa en una esposa que dejó a su vez los romanticismos porque se burlaban de ellos o no les daban importancia a sus matices de amor... No piensa en los hijitos que crecerán ante una mamá que sufre en soledad y en amargura y solo verán ante sí, la mentira que un hombre frívolo canta al oído de la novedad, convencidos para acallar su conciencia, de que ésta sólo le ha de dar ternura y comprensión. ¿Y ellos, la saben dar en todos los casos? Muchos hombres creen que conforme va pasando el tiempo, es natural guardar largos silencios, contestar con agrios monosílabos, negar explicaciones, callarse las noticias que pueden sacudir el aburrimiento de las esposas, contradecir inofensivos deseos y no fijarse en trajes nuevos, en peinados, en perfumes, dejando que se extienda por el cielo del matrimonio el telón gris del cansancio, que mata deseos y ahonda en las almas las huellas del dolor... La esposa entonces cierra poco a poco su alma a la alegría, al optimismo, a la ternura... Continúa amando, pero con recelo, con desconfianza, con temor, como pierden ingenuidad y alegría los niños pequeños, cuando pasan de manos de la madre amorosa a las de la madrastra seca y fría, ante quien tiemblan y callan en lugar de hablar y reír...

¿Y qué remedio habría para esto? Yo creo que tratar de educar la moral femenina, para que  
(Continúa en la Pág. 69)

# NOTAS GRÁFICAS



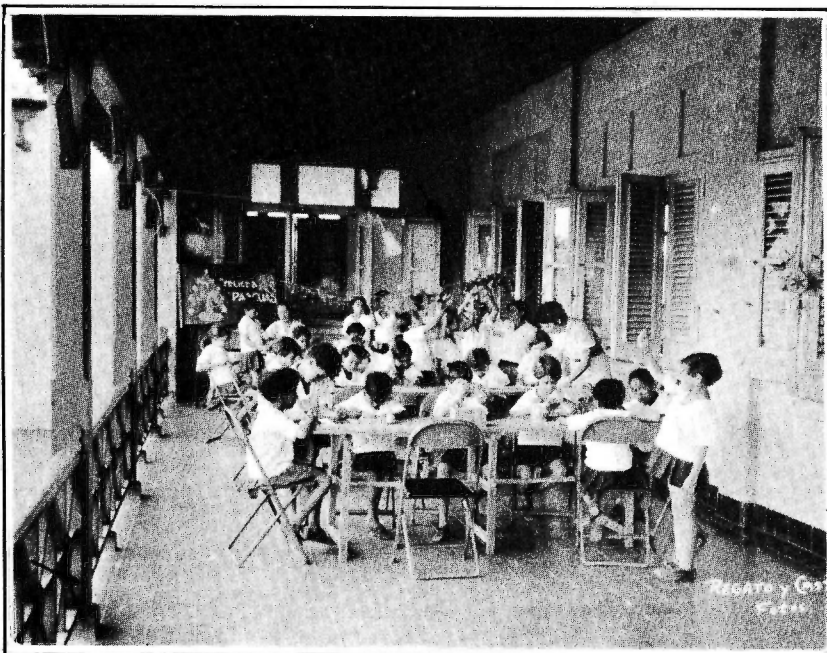
Emma BADIA, notable pianista, que ofreció con éxito un recital en el hotel Nacional, el sábado 6 de febrero. (Foto Rembrandt).



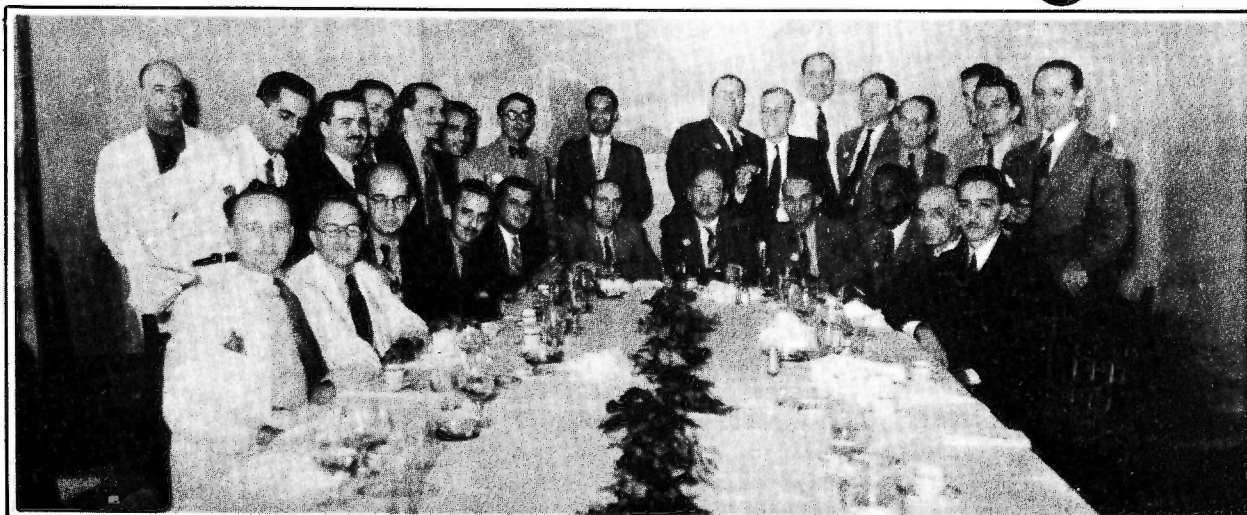
Las Colonias Infantiles siguen proporcionando alegría y alivio a miles de niños cubanos. He aquí a los alumnos de la Colonia Santa Clara, haciendo reposo en pleno campo.



Antonio GIL CARBALLO, ex subinspector de la Policía Secreta, que anuncia la publicación de un libro titulado "Uso y tráfico de los alcaloides en Cuba". Su experiencia en la represión del vicio de las drogas permite esperar que el libro será interesante y útil. (Foto Victory).



Una sala de clases de la Colonia Infantil Santa Clara, durante las horas de estudio. (Fotos Regato y Castro).



Almuerzo ofrecido por el Instituto Cubano de Ingenieros Electricistas y Mecánicos, el sábado 30, para conmemorar el segundo aniversario de la constitución de dicha sociedad. (Foto Nemo).



27

# ASESINATO PERFECTO

por DOLLOND PARSONS  
(Versión de A. A. Ruz, ilustrada por Andrés)

**N**ADIE HABIA visto nunca trabajar a Sidney Bavant, y por lo tanto nadie creía tampoco que trabajara gran cosa. Vivía en un estudio, en el mejor barrio de Eastlake, encantador pueblecito; obsequiaba con cocteles a sus amigos, poseía un automóvil de segunda mano en bastante buen uso, y con frecuencia desaparecía de la localidad durante los *week-ends*. En una palabra, llevaba una vida que podía ser calificada de confortable y contenta.

—Que bueno.—acostumbraban decirle—vivir en Eastlake, hacer lo que le da la gana y reducir el trabajo a sentarse y a ratos escribir novelas cortas, cada vez que le hace falta dinero.

La verdad era que Sidney Bavant trabajaba más de lo que la gente creía, y que a diario permanecía en su pupitre desde las nueve de la mañana hasta la una de la tarde. A veces, también después de almorzar dedicaba un par de horas a sus trabajos, todo ello sin contar el tiempo en que tenía ocupada la imaginación, desarrollando la trama de sus narraciones.

Tal vez si Marion Carr hubiera tenido noticia de la verdadera labor del muchacho, no le hubiera pedido una noche, mientras saboreaba uno de sus cocteles, que le escribiera una obra en un acto, para que la Sociedad Dramática del pueblo la pusiera en escena.—Vamos a tomar parte,—le dijo—en el Festival del Drama, y deseamos algo realmente bueno. Además, obtendremos mayor crédito si la obra es escrita por uno de los nuestros.

La señora Carr era una mujer atractiva que a los 35 años, con tres hijos y un marido mutilado en la guerra, todavía tenía energías para perseguir distintas actividades locales, cualquiera de las cuales le daba bastante trabajo. Bavant, que siempre obtenía sus mejores éxitos amorosos con mujeres diez años más viejas que él, sentía una gran admiración por Marion Carr, y, además la Sociedad Dramática lo entretenía grandemente.

A pesar de ello, el muchacho no se hubiera decidido a complacerla, si no hubiera sido porque acababa de vender, de la manera más inesperada, los derechos cinematográficos de dos de sus trabajos, y había decidido, halagado por tal resultado, tomarse unas vacaciones de dos semanas, escribiendo para el teatro.—Después de todo,—había pensado—siempre conviene probar fortuna, y un cambio viene a ser tan agradable como un descanso.

—Cierto, Marion,—le dijo.—Yo le escribiré un drama original y, además, de esos que ponen los nervios de punta, con lo cual le garantizo que el primer premio será suyo.—Pero, eso sí, le pongo una condición.

—¿Qué condición es esa?  
Sidney Bavant, con una sonrisa, colocó la cereza de su coctel en la boca de su amiga, y luego le dijo:

—Que tendrá que dejarme representar la parte del villano.

—Aceptado—le respondió ella. Luego discutieron el carácter de la obra:

—Debe tratarse de un crimen—dijo Bavant.—Siempre esa clase de obras alcanzan éxito.

—Cierto—le respondió la dama.—Sólo que necesitamos un personaje cómico para característica, porque es la única parte que

Mrs. Hemingway podría hacer. Si la dejamos fuera del reparto se pondrá furiosa.

—Está bien,—añadió el escritor tomando nota.—Pero la trama se desarrollará alrededor del eterno triángulo.

—Magnífico. De ese modo Julia Wilson será la vampiresa. Hace el papel maravillosamente, hasta el extremo de que creo que en la vida real debe serlo también.

—¿Pero qué diría su marido, el comandante Wilson?—vaciló Bavant.—En seguida continuó:—Está bien. Julia será la vampiresa y yo el marido infiel. Usted, Mrs. Carr, tendrá que hacer la parte de cadáver.—Por supuesto—añadió sonriendo—antes de matarla le daré oportunidad de que se luzca en escena.

—Perfectamente—afirmó la dama.—Pero recuerde que debe ser una escena de interior, a propósito para el único decorado que tenemos.—Y ahora, dígame, ¿cómo será la trama?—Bueno, le daré otro coctel antes, para que le funcione bien el cerebro.

—¿La trama?—repuso Bavant.

—Bueno, déjeme eso a mí. Será el viejo tema del crimen perfecto.

—Oh, no, Sidney. Eso ha sido ya hecho muchas veces.

—No de la manera que yo lo voy a hacer. ¿Usted ve?, la mayoría de esos "crímenes perfectos" tienen siempre mucho que ver con relojes, pedazos de cuerda, teléfonos, guías de ferrocarriles, etc. Un proceso, en una palabra, demasiado complicado. Pero si usted lee las reseñas de los juicios de muchas personas que han sido absueltas, verá que siempre ha habido serias dudas acerca de su culpabilidad. ¿Qué es lo que haría, por lo tanto, un criminal hábil? Si yo la quisiera matar, Marion, me las compondría de manera que me encontrarán en la escena del crimen unos minutos después de haber sonado el disparo, con el arma humeante en mi mano. Y lo primero que diría al primer agente de la autoridad que se pusiera a tiro, sería: "¡Seguro, yo hice el disparo fatal!"

La señora Carr lo miró sorprendida.

—¿Y cómo diablos demostraría después que no era culpable?—le preguntó después.

—Pues todo es muy sencillo. Yo la invitaría a tomar el té, y poco antes de que usted llegara me dedicaría a amenazar en tono de broma con un revólver a todo el que estuviera a una milla a la redonda. Haría incluso unos cuantos disparos inocentes, para que se enteraran bien. Luego volvería a casa y pondría a mi alcance todos los útiles indispensables para limpiar un arma. Y cuando llegara el momento a propósito, tranquilamente le saltaría los sesos. A su marido le diría después:—¡Estoy horrorizado y desesperado! ¿Pero cómo iba yo a pensar que el revólver tuviera balas? Usted se encuentra en los periódicos, casi a diario, casos semejantes a éste. Y nadie podría sospechar que aquella cosa estúpida había sido un verdadero crimen, friamente premeditado.

—Ingenioso—dijo la señora Carr—pero un poco aventurado en mi opinión.

—Haré un buen drama, que es lo esencial,—aseveró él.

Como sucede siempre, cuando el joven se dispuso a escribir la obra, la acción que iba a desarrollar en ella había cambiado grandemente, pero el conflicto era el mismo. No iba a haber homicidio por tiros de revólver, sino envenenamiento por confusión de medicinas. La trama era simple, pero bien desarrollada.

Marion Carr iba a ser la inválida crónica, irritable y belicosa, que tenía que ser llevada y traída a la escena en una silla de ruedas. Bavant sería el marido, decidido a envenenarla a la primera ocasión para poder irse con Julia Wilson, la vampiresa perfecta. Una vieja gárrula, un doctor, un policía y una sirvienta, constituirían el resto del reparto. La primera parte de la obra sería dedicada a explicarle al público la situación de los personajes, y luego vendría el crimen.

La inválida, desde su silla de ruedas, iría a tomar la medicina de una mesita *ad hoc*. Y resultaría que no era la medicina, sino un veneno mortal. Habría, como es natural, una coincidencia de botellas que justificara el error.

La víctima tomaba la pócima y se moría acto continuo, teniendo sólo tiempo para llamar a su marido, que se apresuraría a colocar en la mesa la botella de la verdadera medicina, al lado de la otra, para justificar la equivocación de la muerta. Pero resultaba que el doctor descubría que la botella de la medicina estaba vacía, y sabía también que la paciente había tomado su última dosis en la mañana, y que la nueva botella que habían mandado de la farmacia estaba, intacta, en otra habitación. De manera que se le había descubierto el juego, por lo que el marido, viéndose perdido, sacaba un revólver y se levantaba la tapa de los sesos, antes de que los que estaban a su alrededor pudieran evitarlo.

Los ensayos comenzaron poco después, con las dificultades inherentes a unos actores que no siempre podían acudir juntos a un lugar, en una misma noche. Pero, al menos en esa primera fase de la preparación, muchas de esas dificultades fueron zanjadas reuniéndose los principales actores por parejas, y ensayando sus partes en privado. Así Bavant, que tenía dos importantes escenas con Julia, pudo llevarla frecuentemente a su estudio, donde entre charlas y sorbos de coctel, pasaban el tiempo de lo más entretenidos.

Ensayar escenas de amor, a solas, con una mujer casada con otro hombre, es siempre una situación tan tentadora como peligrosa. Tratándose de una mujer de la belleza de Julia, alta y triguña y con tipo de actriz de cine, la situación era doblemente fascinadora. La "vampiresa", unida a un comandante retirado, pronto le estuvo contando al joven sus cuantas de mal casada con un hombre mucho más viejo que ella, y que parecía reservar todas sus energías a la labor de cultivar siempre lozanas las flores de su magnífico jardín. Bavant era interesante, atractivo, a veces cínico, y lograba entusiasmar a Julia. Sus entrevistas se seguían llamando ensayos, pero la verdad era que sus diálogos ya no se ajustaban a lo escrito, y terminaban siempre de una manera muy distinta.

—¡Qué lástima que mi marido no tome medicinas!—le dijo Julia un día.—Y lo peor es que tampoco confunde el *whisky* con cualquiera otra cosa.

—Lástima—le respondió Bavant—que no seas libre. ¡Entonces si que nuestra felicidad sería completa!

Marion, quien se daba cuenta de todo, lamentaba ahora haberle pedido al comandante Wilson que actuara como director del espectáculo, cosa que había aceptado. Y también se hallaba preocupado Bavant, que ya se estaba viendo envuelto en un escándalo que no lo favorecía en nada. Además, su *affaire* con la vampiresa lo mantenía medio alejado de su trabajo, por lo cual tenía pensado alejarse durante algún tiempo de Eastlake, en cuanto se representara la obra.

Y como todo llega, llegó la noche de la función. Tres pueblos distintos se discutían el premio

(Continúa en la Pág. 16.)





# DESTINO de CORALIA Y MISIÓN

Por RAFAEL MARQUINA



Coralía CESPEDES

EN EL PRINCIPIO fué la Voz. Más luego llegó el Sentido. Así, la anunciación plasmó en milagro, y cuajó en plenitudes la promesa. Si había una predestinación, existía también una conciencia. En el don natural se ahincaba el arte. La voz se hizo Verbo. El verbo fué Poesía.

El prodigio de la voz maravillosa señalaba a Coralía como a criatura predestinada, y ella, férvida y sumisa, se ha aplicado, se está aplicando, a convertir en venturosa realidad el anuncio venturoso. Coralía no se limita al goce de su tesoro; lo pule y lo refina sometién-dole a obediencia de estudio y norma. La libertad del arte tiene un nombre que atrae y atemoriza, a un mismo tiempo, como el amor de una mujer esquivada: disciplina. Coralía sintió, con la gracia del don, la responsabilidad del destino. Y se entregó al esfuerzo, dichoso y atormentado a la vez, de enriquecer el don sonoro con un destino de arte. Quiso darle a su voz un alma lírica, una conciencia poética.

Declamar es mucho, pero quizá aun es poco; cantar, aun es poco, pero ya es quizás demasiado. ¡Damos, Señor, la gracia de la equidistancia! He aquí la voz de Coralía apta, idónea, única para el prodigio. Si recitar es un arte, la voz de Coralía era el verbo de este arte. Ante todo, le urgía, pues, a la criatura predestinada aprender el sentido de esta gracia y en lo más íntimo de sí misma, servirlo y adorarlo. Lo primero era captar el mandato rotundo de aquella gracia viva y armoniosa, procurándole una eficacia de revelación, dotándolo de un sentido creador y auténtico. La magnificencia del don exigía una disciplina estricta.

No es tan difícil lograr que nos oigan los demás como conseguir oírnos a nosotros mismos. Quizá todo el secreto y, desde luego, todo el inicial sentido del arte recitativo estriba en esto. Antes, el artista debe oír dentro de sí su propia voz pura y desnuda y captar su fuerza y su expresión, y con las resonancias y los ecos que se levantan en su alma, pulir el espejo de su voz. Sólo así podrá

ésta percudir en el corazón de las multitudes. El gallo cree que despierta a la aurora y el ruiñeñor sabe que encanta el alma de la noche.

Si la recitación es un arte, es una disciplina. Es ésta una primera verdad que Coralía ha aprendido bien y practica con dedicación fervorosa. En la gran selva poética se esfuerza en ir captando aquellas realidades y aquellas emociones que han nacido para cuajar en la idoneidad de su gran voz patética. El patetismo; he ahí el crisma. Lo patético la reclama como su expresión más auténtica. La voz de Coralía Céspedes, pastosa, redonda, estremecida y clara, que suena a corazón y a epopeya, es la modulación perfecta y suasoria de lo patético, capaz de conmover, hasta la hondura de lo más humano, el sentimiento de lo épico. Es una voz que parece nacida para la expresión de lo suntuoso. Lo puramente lírico naufraga en ella. No hay brisas mansas en su mar infinito; en sus procelas, es huracán el suspiro. Por su voz no habla el sentimentalismo, pero se modula en ella la sensibilidad. Este matiz, que aparta de lo sentimental y sensiblero, lo sensible y sensibilizado y que separa lo patético de lo quejumbroso y que, al cabo, en un terreno de claridad y de excelencia distingue entre lo puramente lírico—irrecitable, al fin, digase lo que se quiera—de lo narrativo y recitable, es la estrella de luz que lleva Coralía en la mano, es la razón discernidora que lleva Coralía en su voz.

Cada día más atenta a esta verdad sustancial que nace en su alma y en ella se fecundiza, la gentilísima recitadora, cada día más consciente y más dueña de sí misma, se adentra en el estudio y cultivo de las infinitas y bellas posibilidades que esta excepcional capacidad de que está dotada despliega ante su avidez, en panorama de estímulos. Coralía se afana—y debe insistir en ello con voluntad decidida—en crearse un repertorio adecuado a esta gran condición de su temperamento de que es clara y como milagrosa señal el prodigio de su voz.

El caso concreto—tan lleno de gracias esenciales—yergue, en un horizonte de interpretaciones, una ejemplaridad exegética. ¿No estará en esta expresión de lo épico, de lo narrativo, de lo patético y de lo descriptivo el camino seguro, la materia idónea, el campo propio y exclusivo de la recitación, si ha de ganar categoría de arte? En este aspecto y desde este ángulo de proyección, el caso de Coralía Céspedes—ya tan interesante en sí mismo—reviste un interés extraordinario.

Muchas razones la obligan, pues, a poner en el cultivo de sus facultades y en el tesón de sus esfuerzos un criterio de selección a virtud del cual su arte llegue a la plenitud de su significado y pueda quizá, en un orden más general y externo, marcar una ruta para el verdadero arte de la recitación.

De momento, cada nueva apari-



*En España, como ahora en Cuba, siempre uso el Rhum Quinquina de Crusellas.*  
A. Godoy

**AGUSTIN GODOY**  
EL TENOR DE VOZ MARAVILLOSA  
USA Y RECOMIENDA EL  
RHUM QUINQUINA  
DE CRUSELLAS

Usted debe también lucir con su cabello atractivo y bien peinado.

Fricciónese a diario y cuantas veces usted se peine con Rhum Quinquina de Crusellas, haciendo que este tónico penetre bien en el cuero cabelludo.

El Rhum Quinquina de Crusellas elimina la caspa, evita la caída del pelo y deja el cabello suave... lustroso y delicadamente perfumado con un olor fino y agradable.



10¢. 20¢. 35¢. 60¢. y \$1.00

R. Q. 3

Sintonice la CADENA CRUSELLAS

ción de esta recitadora de voz maravillosa, de vocación ferviente, de claro juicio y de gentil prestancia armoniosa, señala un adelanto no sólo en la técnica—si así puede decirse de lo recitativo—sino en aquel otro aspecto de la adaptación de sus facultades a la verdadera materia en que ha de ejercitarlas. Coralía Céspedes tiene, sin duda, señalada una mi-

sión reveladora. La expresión convicta de lo patético puede ser el signo.

Porque ella está atenta a estas voces que le cantan en el alma y se aplica, cada vez con más fervor y más acierto, a modularlas con su voz de maravilla, que suena a credo y a milagro, merece Coralía Céspedes estímulo, confortación y aplauso.



**¡Evite EL CATARRO!**

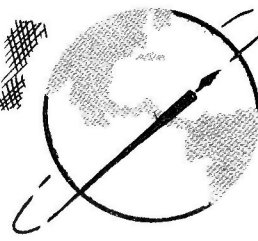
En cuanto llegue a la casa, aplíquese abundantemente MENTHOLATUM en el pecho, garganta y nariz como una ayuda a respirar libremente y a dormir bien. Nunca debe faltarle MENTHOLATUM, pero esté seguro de que sea el legítimo y no una imitación. Se vende sólo en latitas, tarros y tubos.

**MENTHOLATUM**



# MATANDO EL TIEMPO

A cargo de

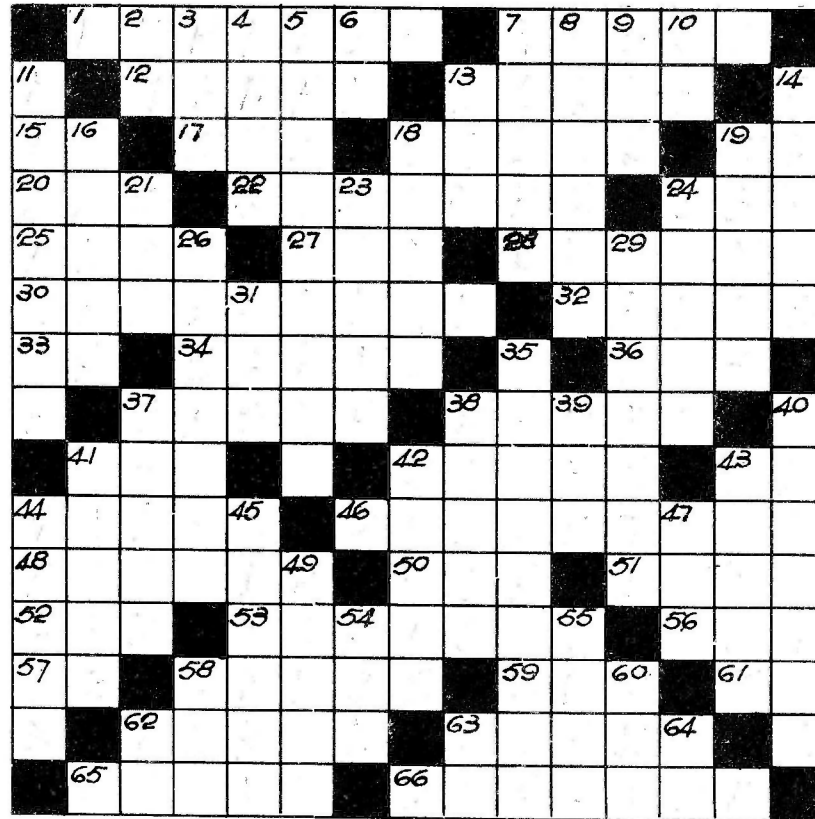


Luis Sáenz

## CRUCIGRAMAS

### Horizontales:

- 1—Obra de fortificación.
- 7—De Vizcaya.
- 12—Barril ancho.
- 13—Local de reunión de los francmasones.
- 15—Prefijo.
- 17—Prefijo.
- 18—Impresión que producen en la vista los rayos de luz reflejados por un cuerpo.
- 19—Símbolo del tántalo.
- 20—Pronombre.
- 22—Narrar.
- 24—Regla, norma.
- 25—Fruta.
- 27—Río de Europa.
- 28—Conjunto de cosas menudas.
- 30—Desgracia, infortunio.
- 32—Ente (Pl.)
- 33—Marchar.
- 34—Relativo a la vejez.
- 36—Flor.
- 37—Pura, honesta.
- 38—Nombre de varón.
- 41—Apócope de valle.
- 42—Hortaliza (Pl.)
- 43—Artículo.
- 44—Indigno, infame (Pl.)
- 46—País del Asia Menor.
- 48—Dar noticia de algo.
- 50—Monja.
- 51—Dios del amor.
- 52—Animal acuático.
- 53—Poeta latino.
- 56—Pimiento.
- 57—Terminación de aumentativo.
- 58—Mamífero rumiante (Pl.)
- 59—Dueña.
- 61—Lengua antigua.
- 62—Sacerdote hebreo.
- 63—Planta.
- 65—Denota alegría.
- 66—Cueva, lugar de refugio.

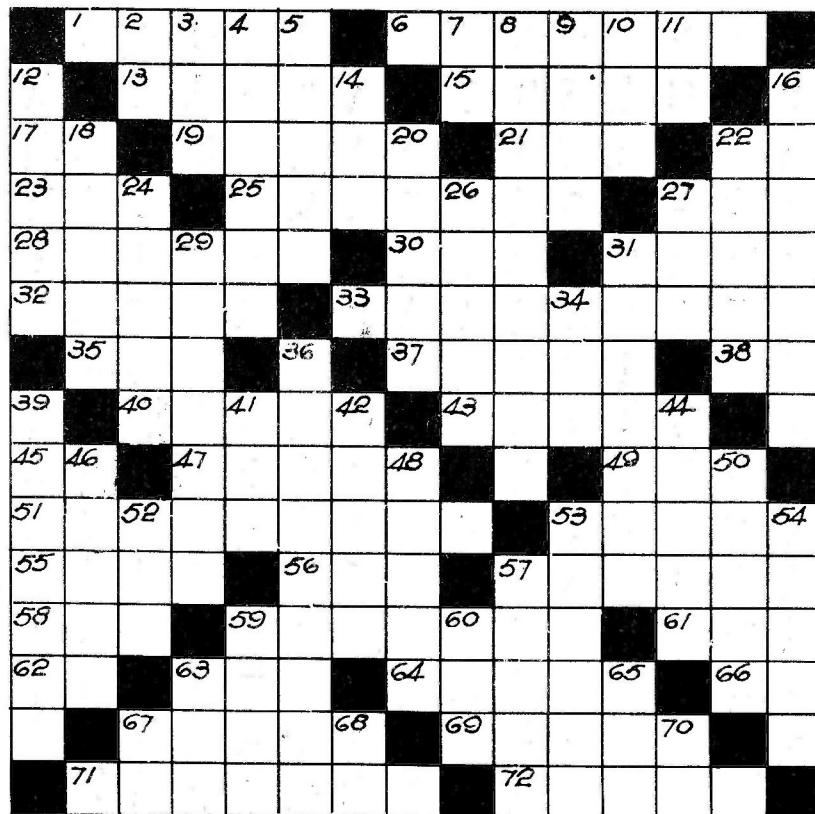


### Verticales:

- 2—Nombre de la nota do.
- 3—Al mismo nivel.
- 4—Adiós.
- 5—Lugar donde no se acierta la salida
- 6—Consonante doble.
- 7—Ir por el aire.
- 8—De agorar.
- 9—Señor (voz inglesa).
- 10—Símbolo del calcio.
- 11—Engaño, mentira.
- 13—Personaje bíblico.
- 14—Islote bajo (Pl.)
- 16—Tomar la cena.
- 18—Cauce artificial.
- 19—De temer.
- 21—Astro.
- 23—Antigua comarca de Asia.
- 24—Flor.
- 26—Relativo a la nariz (Pl.)
- 29—Perteneciente al cielo.
- 31—Período de tiempo.
- 35—Planta.
- 37—Vaso sagrado.
- 38—Dios de los amonitas.
- 39—Nombre de letra (Pl.)
- 40—Perteneciente al clasicismo.
- 41—De vivir.
- 42—Edificio para habitar (Pl.)
- 43—Enfado, cólera.
- 44—Fluido aeriforme.
- 45—Desierto de Africa.
- 47—Pecado capital.
- 49—Obtuso y sin punta (Pl.)
- 54—Bebida.
- 55—Califa de Oriente.
- 58—Fluido.
- 60—Ave trepadora.
- 62—Diptongo.
- 63—Símbolo del oro.
- 64—Prefijo.

### Horizontales:

- 1—Marino español.
- 6—De Inglaterra.
- 13—Conforme, con arreglo.
- 15—Organo del oído.
- 17—Artículo contracto.
- 19—Util para guardar algo (Pl.)
- 21—Animal bipedo.
- 22—Terminación verbal.
- 23—Palabra latina.
- 25—Idiota.
- 27—Oficial turco.
- 28—Poeta alemán.
- 30—Nombre femenino.
- 31—Sombrero plegable.
- 32—Molusco.
- 33—Instrumento geodésico.
- 35—Anillo.
- 37—De llevar.
- 38—Antemeridiano.
- 40—Piedra preciosa.
- 43—De orar.
- 45—Artículo.
- 47—Divinidad rusa.
- 49—Distraída.
- 51—Que educa.
- 53—De agitar.
- 55—Diosa.
- 56—Terminación de aumentativo.
- 57—Lámina de latón que imita al oro.
- 58—Papagayo.
- 59—De amotinar.
- 61—De osar.
- 62—Otorga.
- 63—De esta manera.
- 64—Nombre femenino.
- 66—Símbolo de la plata.
- 67—Nombre femenino.
- 69—Tiempo presente.
- 71—Que tiene grasa.
- 72—Pez.



### Verticales:

- 2—De ser.
- 3—Cabeza de ganado.
- 4—De agachar.
- 5—De lucrar.
- 7—Adverbio.
- 8—Soldado que arroja granadas.
- 9—De levar.
- 10—Línea de giro.
- 11—Sociedad Anónima.
- 12—Hecho noble.
- 14—Patriarca hebreo.
- 16—Enfermedad de los ojos.
- 18—Enredadera, embustera.
- 20—Escritora francesa.
- 22—Piedra fina.
- 24—Insignia real.
- 26—Divinidad falsa.
- 27—Yerno de Mahoma.
- 29—Círculo de la esfera terrestre.
- 31—Ministro de la Iglesia.
- 34—Planta acuática.
- 36—Rey de Orleans.
- 39—Apartado.
- 41—Adverbio.
- 42—Sustancia colorante roja.
- 44—Tragedia de Sófocles.
- 46—De adular.
- 48—Loco.
- 50—De atesar.
- 52—Número.
- 53—Terreno cubierto de arena.
- 54—De alegar.
- 57—Río de Rusia.
- 59—Agarradera (Pl.)
- 60—Rey de Troya.
- 63—Dios mahometano.
- 65—Período de tiempo.
- 67—Símbolo del cromo.
- 68—Nalpe.
- 70—Pronombre.



\* El ostracismo, en Grecia, era una clase de destierro temporal, pronunciado contra un ciudadano por el pueblo reunido. No era una pena, sino una medida de seguridad pública que no entrañaba ningún deshonor. El condenado conservaba la propiedad de sus bienes, y cuando transcurría el tiempo legal de su ostracismo, volvía a adquirir todos sus derechos de ciudadano. En Atenas la duración del ostracismo era de diez años, pero el pueblo podía traer del destierro a los ciudadanos condenados cuando estimase que tenía necesidad de sus servicios.

\* Los indios mayas, durante los días considerados como nefastos, se pintaban la cara de negro y ayunaban, dejando abandonados sus quehaceres.

\* La mayoría de los autores antiguos nos habla de las sirenas como si fueran mujeres-pájaros; sólo la tradición vulgar las considera como mujeres-peces.

Ovidio habla de ellas y las describe como si fuesen mujeres-pájaros.

Una urna funeraria de la villa Albani tiene un dibujo representando a Ulises retenido por las sirenas, y todas ellas tienen la mitad inferior del cuerpo en forma de cola de ave.

\* Siempre ha sido cuestión ardua para los tribunales el determinar lo que es un animal doméstico. Aun no hace muchos años, poco después de haber declarado un tribunal francés animal doméstico al toro, otro tribunal norteamericano daba por salvaje a un gato casero.

El hecho ocurrió en Maryland, donde un vecino poseía un gato muy cariñoso y listo que estaba siempre adornado con un lindo collar. Otro vecino le robó el animalito y cuando fué demandado por el verdadero propietario, los jueces, considerando que el gato

no presta servicios al hombre, lo declararon animal salvaje, y como tal, nadie podía alegar derechos de propiedad sobre él.

\* En el Mar Caribe existe una clase de tortugas marinas de cuya caparazón ósea se desprende una débil aureola luminica. Aun estando sumergidas a cinco o seis metros bajo las aguas, estas tortugas se distinguen claramente y por las noches irradian todavía más intensamente la substancia fosforescente que las caracteriza.

\* En Schleswig-Holstein los campesinos desconocen el kilómetro, la milla y la legua.

Las pequeñas distancias se miden por "ladridos de perro". En efecto, se estima que el ladrido de perro se oye a una distancia de 700 metros.

\* Un filósofo suizo se ha dedicado a formar un cuadro de clasificación de las principales lenguas de la humanidad. Figura a la cabeza el inglés, con 160 millones de hombres (20 millones solamente hace un siglo). Sigue el español, que ha pasado de 35 a 50 millones; el alemán, de 32 a 35 millones; el italiano, de 21 a 45 millones, y el francés, de 32 y medio a 45 millones.

\* La mayoría de las focas amaestradas que se exhiben en los circos pertenece a la especie de los "otarios" naturales de las costas de California y México. Viven de cefalópodos y de peces.

\* Los progresos realmente maravillosos a que se ha llegado hoy en lo concerniente a maquinaria de imprenta tiene su origen en la invención del papel continuo, debido al obrero Luis Robert, a fines del siglo XVIII, ya que el uso de ese papel facilitaba la impresión de todos los tamaños y era además posible la regulación mecánica de la presión.

¿Qué diferencia entre una máquina de novísimo tipo y aquella que se conserva en el Museo Plantin, de Amberes, y que sirvió para estampar la "Biblia Poliglota" de Felipe III.

\* La característica de los dentados consiste en que carecen de los dientes incisivos. El oso hormiguero, que pertenece a este orden, está completamente desprovisto de dientes.

\* "Deus ex machina": Estas palabras latinas que el lector ha visto reproducidas frecuentemente en calidad de "frase hecha", literalmente traducidas, significan "un dios salido de la máquina"; están tomadas de la "Eneida", el inmortal poema de Virgilio; se usan comúnmente para expresar el desenlace, por una acción o intervención sobrenatural, de una situación difícil.

\* En la península de Corea existen unos vegetales que semejan grandes repollos, que por las noches, a causa de una substancia especial que poseen, iluminan débilmente los lugares de la plantación.

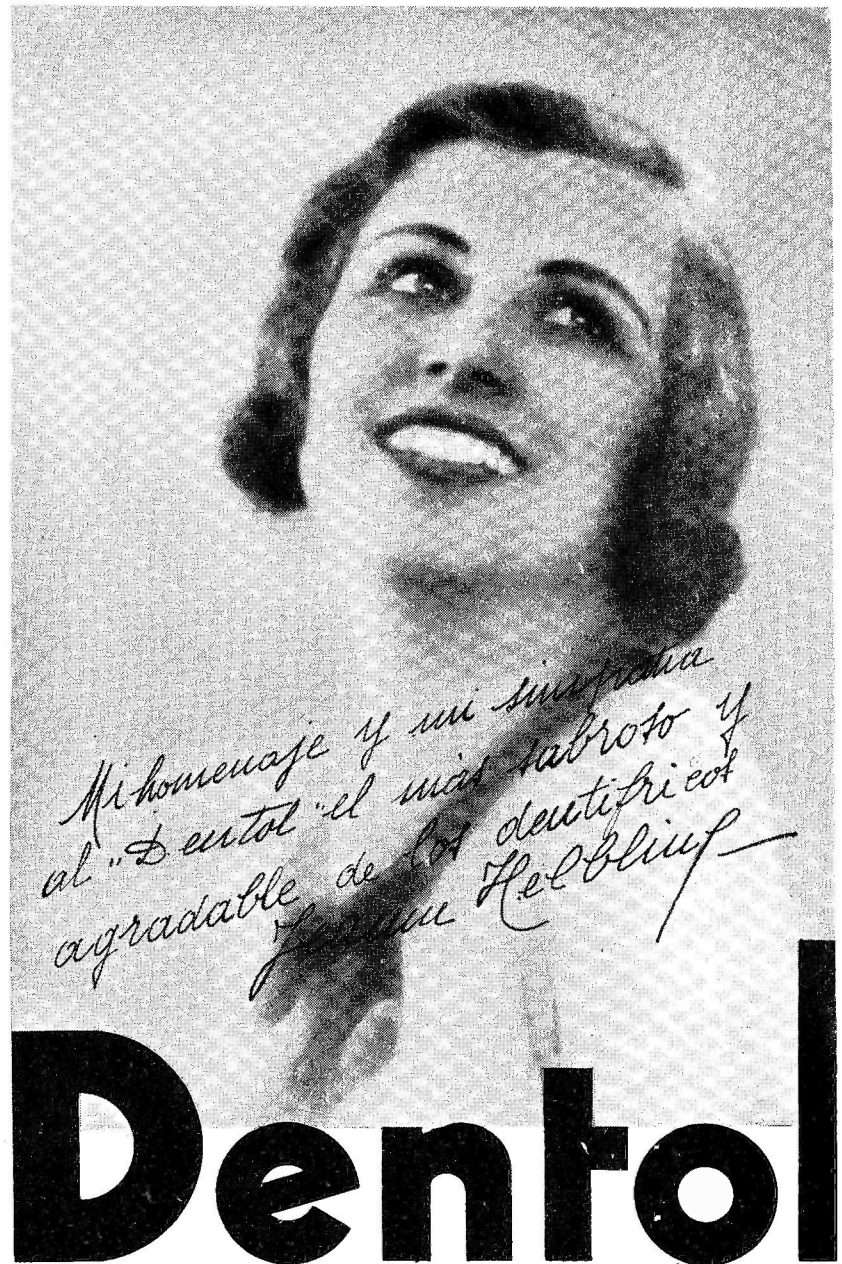
En ciertos lugares donde estos vegetales abundan mucho se nota de inmediato esa extraordinaria virtud luminica.

\* El pueblo japonés es eminentemente agricultor. Más del cincuenta por ciento de su población se dedica a la agricultura.

Solución a los crucigramas:

1	M	3	A	7	5	6	7	8	9	10	11	12	13		
14	E	N	A	L	A	G	E	S	15	C	16	T	O	M	E
17	A	M	O	L	E	S	18	P	O	19	S	20	A	L	
21	A	T	A	R	22	A	I	R	E	23	N	E			
24	A	N	25	N	N	O	C	U	O	26	G				
29	N	O	31	N	32	O	R	G	O	N	A	S	33	R	
34	V	I	35	E	36	L	L	A	S	37	P	L	A		
38	A	D	I	39	A	I	S	40	N	I	E	F			
41	T	O	42	T	R	43	C	44	E	45	L	E	G	I	
46	O	47	R	A	N	A	S	E	N	48	L	I	A		
49	R	I	B	U	N	A	50	T	51	R					
53	S	54	N	I	D	A	55	R	E	56	E				
58	A	59	O	C	A	60	C	O	R	T	A	62	S		
63	V	Y	64	O	65	M	B	E	R	66	S				
67	L	E	O	S	68	O	L	E	N	O	I	D	E		

3	A	7	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14			
14	S	A	D	15	T	16	A	L	O	R	I	A	S		
17	R	I	N	18	E	R	19	S	O	R	D	O	S		
20	A	21	T	O	L	E	22	A	I	N	23	C			
24	T	R	I	C	E	P	25	S	26	A	27	O	A		
29	N	31	N	32	L	O	G	I	A	D	33	S	E	B	
34	V	35	S	O	S	O	37	N	38	E	R	A			
39	M	E	40	S	E	41	D	42	R	43	I	E	L		
44	E	B	45	S	46	P	47	R	48	S	A	L			
49	R	51	L	52	O	P	O	53	S	54	L	E			
55	O	56	N	57	A	L	I	D	O	S	R				
58	C	I	59	L	60	L	I	D	O	S	E	I			
61	C	I	62	D	63	O	S	64	H	65	O	Z			
66	H	A	M	A	C	O	67	S	68	H	69	O	P	A	
70	L	I	B	E	R	A	L	E	S	71	M	A	Y	A	S



# Dentol

**EL DENTOL** es un dentífrico que, además de ser un excelente antiséptico, está dotado de un perfume muy agradable. Fabricado según los trabajos de Pasteur, destruye todos los microbios nocivos de la boca, impide también y cura seguramente la caries de los dientes, las inflamaciones de las encías y de la garganta. En pocos días da a los dientes una blancura resplandeciente y destruye el sarro.

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS  
**APARTADO 2143**





La NUEVA guía para acentuar sus encantos



Ojos "negros" o castaño oscuros:  
tipo "PARISIAN"

Ojos castaño claros o garzos:  
tipo "CONTINENTAL"

Ojos verdes o grises:  
tipo "PATRICIAN"

Ojos azules: tipo "DRESDEN"

\* No hay ojos negros. Si el iris fuera negro no se vería la pupila

## Un descubrimiento que cambia y mejora radicalmente el Arte del Maquillaje

Ahora nos damos cuenta por qué fracasaba el arreglo de muchas mujeres, aún usando las mejores preparaciones de tocador. No tenían—porque no la había—una guía segura, basada en algo fijo, para determinar su verdadero tipo:—¿cómo podían, entonces, elegir con certeza el tono *justo* de polvo, colorete o lápiz—y menos aún la combinación exacta de sus auxiliares de belleza? Por más que confiaran en su buen gusto, nadie—ni los mismos técnicos de belleza—habían dado con la clave y aunque la hubieran hallado no existirían aún las preparaciones perfectamente equilibradas entre sí para aplicarla.

### Ni rubias, ni morenas, ni trigueñas

Estudiando los diferentes tipos de belleza: rubias, morenas, trigueñas, pelirrojas, etc., los científicos de Hudnut hallaron de pronto, algo nuevo, asombroso, que les llevó a una conclusión sensacional:

"Que la naturaleza ha dotado a cada mujer de una tonalidad personal, un color que atañe a la piel y al cabello, un color en que intervienen factores hereditarios, que no *cambia nunca* y el cual se refleja indefectiblemente en el color de los ojos."

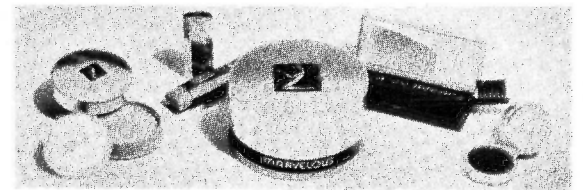
La clásica división de los tipos de belleza en morenas, rubias, trigueñas y mixtas, resultaba falsa como guía para el maquillaje. La única guía certera se halló en el color de los ojos... y con este punto de partida pudo por fin establecerse una combinación perfecta siguiendo la ley natural de la armonía de los colores, la armonía cromática. Hudnut llamó a esto el Maquillaje Sincromático Marvelous.

### Éxito rotundo del nuevo maquillaje

Los experimentos en más de mil mujeres dieron resultados asombrosos. Puesto a la venta, el Maquillaje Sincromático Marvelous está obteniendo un éxito rotundo. Los rostros muestran nueva y radiante belleza. Los peritos en belleza se declaran entusiastas. Para ensayar el Maquillaje Sincromático Marvelous, determine usted su "tipo" basándose en el color de sus ojos; y use la combinación correspondiente. Cada combinación consiste en Polvo facial, Arrebol, Lápiz labial, Sombra para los ojos y Máscara para las pestañas. Usted puede comprar estos productos por separado: pero no pruebe un producto solo, sino la combinación completa. Tampoco juzgue los artículos por su color aparente. Cuando se aplican es cuando se ve lo bien que sientan.

### Un ensayo gastando poco

Si quiere hacer una prueba concluyente con un gasto muy moderado, Hudnut ofrece el Estuche de Presentación Marvelous, que contiene los cinco artículos... ¡por casi el precio de uno solo! ¡Haga un ensayo cuanto antes!



MAQUILLADO

SINCROMÁTICO

MARVELOUS

ORIGINADO POR HUDNUT · NEW YORK-PARIS





# feminidades

por Leonor Barraqué

## Visión de infierno

**M**I HIJA viene risueña, con todo el entusiasmo de su vida en primavera, a mi rincón de trabajo, diciéndome feliz: "—Mamá, ¡vamos esta noche a esa gran película que dicen "Camino de la gloria!" Respondo afirmativamente, y ella y yo saboreamos de antemano un rato de esos que reaniman y se hacen cortos por aquello de deliciosos.

Ya estamos en nuestras butacas, cada una alerta y animada a cuanto va a sucederse, fingido pero elocuente. ¡Sorpresa grande: "Camino de la gloria" es senda de guerra, de odios desatados, de altísimo drama, de todas las furias de destrucción en pugilato, de almas destrozadas, de cuerpos torturados, de ruina, desolación y muertos a millones! Nos miramos comprendiéndonos, vamos poco a poco cayendo en un silencio de terror y compasión al mismo tiempo, y cada escena que se sucede, renueva y deriva en consideraciones de honda tristeza. Me olvido, cuando apenas hemos comenzado la trama; de que aquello es ficticio, y como lo sé vivido y en puerta siempre de repetirse, se me revuelven en el alma todas las protestas de quien sueña sólo amores y se da de cara hora a hora con la demencia de los hombres rípiando entre crueldades al hermano y aun a sí mismos en arrebatos irracionales.

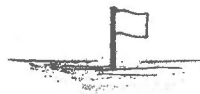
Tomo el cuadro como verídico—de la realidad se inspiró,—y con cada uno entablo un diálogo de íntimos desahogos. ¡Aquellos hombres fueron considerados como tales cuando en la sombra se urdió la guerra, cuando desde lo alto de los Gobiernos se dieron al aire toques de corneta, cuando se les exigió venir al infierno prometiéndoles después la gloria? Mujer al fin, no logran razones secundarias doblegar mis rebeldías sentimentales ante tamaño pecado de inhumanidad. Hace rato ya que la vida me dice a cada hora: "¡Soy yo o aquellos que por mí transitan los que llevan el veneno que todo lo corrompe? Hace rato que ninguna comedia de falsedades logra velarme la verdad. Fué el dolor, maestro sabio, quien me colocó de frente a lo cierto y de espaldas al engaño. Ya no me conmueve como en años ingenuos la palabra disfrazada de los que avivan fuegos interesados para tan presto se alce la llama quedar ellos a retaguardia y echar a la conflagración cuanto fuere preciso. Tras la llamarada que envía y fuerza a defenderse, se parapetan los callados y malignos intereses de éste, otro y muchos. Epicos cantos se dejan oír, y el hombre, que todavía no sabe crecerse y lejos y claro ver, acude sumiso, confiado, creyente de que es el instrumento de liberación de todo mal desatado. Se le habla de patria oprimida, de civilización por conquistar, de ofensas que vengar, de pueblos que suprimir por déspotas, de caminos de gloria que más luego sorprenden con sus truenos de pólvora, lluvia de balas, lanzas desgarrantes, martirios insoportables, cadenas que aprisionan, sed de todo hasta de aire, olvido y maceración de afectos y ternezas, ausencia total de toda dicha, pero sí con muchas cruces para el pecho, citaciones de honor en la orden del día, posibilidad de dorados entorchados, jefaturas desde donde ordenar y lucirse y si no caemos, marchar, formar y hacer número en las grandes paradas que hagan olvidar a los que no hallaron retorno. Esto en cuanto a los militantes, que junto a ellos si no en forma bien en espíritu es preciso unirles los que atrás quedaron contemplando aquello aterrados, destrozados, pero sin autoridad ninguna para la protesta que niegue e impida tamañas impiedades. Tras cada soldado que el lienzo me enseña, estampa de miseria, de dolor y martirio, he vislumbrado la madre enloquecida, la esposa sin brújula y sin vida, los hijos vagando en orfandad desgarrada, las novias envueltas en el sudario de la desesperanza, los viejos perdidos en la noche que arriba se les vino, el colegial preguntando en su alborar de conciencia ¿vale la pena estudiar y crear?; la ciencia que defiende vidas, arrinconada, abofeteada y pisoteada al paso del fantasma absurdo y loco que se cueiga cartel de progreso para salir a campo raso, barrerlo todo despidiendo rayos de fuego y ver cómo se crece, notable se le llama y honores se le rinden porque sus manos crean el gas que rompe pulmones, el explosivo que ciega, el tanque que tritura, los torpedos que vuelan, las bombas que se lanzan y hombre y tierra secan y agostan.

La vida de la vida, hogar, suelo, el alma, sí, el alma, que es esencia sin la cual nos corromperíamos bien presto, no pesan ni deciden, se les echa de lado en la grave cuestión y se cotizan sólo las intrigas veladas, que de quedar a descubierto iban a revelarnos secretos sin ningún ideal y si bien materiales hasta lo repulivo.

Warner Baxter y Fredric March con su batallón de sublimes víctimas me parecen a través de los episodios que la film relata un quejido agudo y lacerante por la inmisericordia de los que urden, desatan y avivan estas tormentas de infierno. Mi hija, que comienza a vislumbrar el más allá de las cosas, sólo deja escapar de vez en cuando con la voz casi un sollozo: "—Mamá, qué triste, pero qué valentía". Si que la hay, te respondo con la pluma, para saber soportar todas estas torturas sin un retroceso ni una flaqueza. Si que la hay cuando damos cuanto somos sin preguntar adónde vamos, por qué vamos y qué fin nos guía. Concibo, admito y respeto, pena y muerte por ideales puros, por oponernos al reinado de la maldad y el daño, por conquistar para la tierra leyes de honor, por rebajarle oprobios, pero ¿quién piensa hoy en esto, quién se planta en el consejo de los pueblos sólo a dibujar trillos limpios y justas demarcaciones? Como se multiplican las ambiciones el contagio cunde, y es epidemia ya pensar en primera persona, jamás en haz de almas. Vuelvo a las mías, se quiere un logro de oro o de gloria y atrás quedan las consideraciones al dolor de los medios.

En el silencio del drama que rueda el cine, me pregunto, aterrada y triste, ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Por qué no seremos tan fáciles y dóciles para elevarnos como lo fuimos y lo somos para caer y destrozarnos?

*Ramón Ferrer*



## Hoy y siempre...

Busca a tu madre en el lugar de niña.  
Busca a tu madre como luz que alumbré el problema de estudio.  
Busca a tu madre en las punzantes dudas que traiga la adolescencia.  
Busca a tu madre para templar las quimeras de muchacha.

Busca a tu madre al enfrentarte con el hombre.

Busca a tu madre cuando hable el amor.

Busca a tu madre cuando a él te confies.



Busca a tu madre cuando vayas a darte.  
Busca a tu madre cuando te digan *mía*.  
Busca a tu madre en tu vida de esposa.  
Busca a tu madre en tu vida de madre.  
Busca a tu madre cuando asomen sinsabores.

Busca a tu madre si te sorprende el isencanto.  
Busca a tu madre así llores o así rías. Dondequiera que estés, como quiera que estés, tiende los brazos para buscarla. Estarán siempre para estrecharte. Aun más he de decirte, si se fué de tu vista, sigue buscándola y aún la hallarás.

Leonor Barraqué.

Fué a Dalia Iñiguez, animadora deliciosa de versos escogidos, que escuché una tarde inolvidable este poema que tan bien se ajusta al tema de hoy. Clavado se quedó al recuerdo como un queja justa, fundada y doliente. En el silencio de la sala resonó como clarinada a sueños engañosos y prendió en los espíritus una clara visión de despertar.

## HABRÁ GUERRA DE NUEVO

Por Regino Pedroso

Habrá guerra de nuevo en Europa o el Asia. Los Estados Unidos entrarán al conflicto, y a nosotros, los fuertes y los ágiles, nos harán dejar los campos, abandonaremos en tropel las fábricas, y seremos soldados.

El canto del martillo callará sobre el yunque; fragmentados por pueblos, por banderas y razas, nos llevarán a los cuarteles, nos llevarán a las batallas; pero iremos unánimes a la muerte.

Habrá guerra de nuevo. Tendremos prodigiosas cosechas de riquezas y cosechas de muertos.

Habrá guerra de nuevo. Iremos a ella, jóvenes, con el himno en los labios... Pero regresaremos—¡los que regresen!— en largas caravanas de inválidos.

De nuevo llenaremos las ciudades y los talleres con nuestros cantos, mas no serán bellas canciones libres, sino cantos amargos.

Habremos muerto al extranjero, y volveremos esclavos; flamearán las mismas banderas libres, y seguiremos esclavos.

Seremos héroes vencedores, pero tendremos hambre; habrá pan y riquezas, pero tendremos hambre.

Abonada con sangre de hermanos la caña será alta y jugosa; dará miel de oro; pero tendremos hambre; la patria hermosa y grande estará ahí, y andaremos errantes...

Seguiremos como hasta ahora, hambrientos, —inmenso rebaño vencido,— frente a los grandes lienzos de los crepúsculos.

¡Hasta que un día —ya hombres sin razas ni fronteras,— ante los yunques sordos y los motores muertos, nos interrogaremos con ansiedad brutal si habremos peleado por algo!



# RIÑONES ENVENENADOS

**Ponga fin a las levantadas de noche**

Para eliminar inofensivamente los venenos y los ácidos de los riñones y corregir la irritación de la vejiga. a fin de no tener que "levantarse de noche", consiga un frasco de 40 centavos de Cápsulas MEDALLA DE ORO de Aceite de Haarlem, y tómelas según las instrucciones. Otros de los síntomas de enfermedad de los riñones y de la vejiga son la orina escasa — los ardores al eliminar — los dolores de cintura — los calambres en las piernas — los ojos abotagados.

**NERVO-FORZA**

Para personas  
**DELGADAS**  
que deseen  
**ENGORDAR**



**La Cera Mercolizada  
Imparte Nueva  
Belleza al Cutis**

Cera Mercolizada es la preparación para embellecer que satisface las necesidades particulares de cualquier cutis. Si es que se trata de manchas y descoloraciones, con Cera Mercolizada las hace desaparecer fácilmente. Si su tez es turbia y áspera la Cera Mercolizada le restaurará su color juvenil natural. Y si su cutis está reseco y escamoso y le falta la tersura, suavidad y transparencia de pétalo, Cera Mercolizada podrá proporcionárselas. Cera Mercolizada es la preparación de belleza de múltiples usos. Limpia suaviza, lubrica, aclara y blanquea la tez. Es en sí un completo tratamiento de belleza. Revele la hermosura oculta de su cutis con Cera Mercolizada. En todas las farmacias y boticas.

# RADIO

Escriba pidiendo nuestro catálogo de 1937, de 152 páginas, enteramente GRATIS. Contiene todo lo que hay en radio: 10000 accesorios y partes de repuesto; 38 modelos del famoso Radio Knight, de alcance mundial para corrientes AC y AC-DC, para baterías, 6 y 32 Voltios; receptores para automóviles a precios increíblemente bajos; instrumentos de comprobación; sistemas de amplificadores para hablar en público; antenas, transmisores, estuches para constructores de radios. Windcharges Rurlpower de 6 voltios y generadores de gas; textos, herramientas, etc. Miles de artículos que dejan excelentes utilidades. Despachos rápidos y seguros. Siempre bajos precios. Envíe hoy mismo por nuestro Catálogo Gratis. Diríjase a: ALLIED RADIO CORP., 833 W. Jackson Blvd., Chicago, E.U.A. Dept. C.C.

**ALLIED RADIO CORP.**  
833 W. JACKSON BLVD. CHICAGO, ILL.



CARTELES

# Cómo trabaja...

pueda evitar la ciencia. Hace tres años Stratford conoció a una muchacha que vivía en el mismo edificio que su familia, y aunque sólo tenía entonces 17 años de edad, pronto el veterano y la muchacha se entendieron, y hasta ésta sintió tal amor por él que estuvo dispuesta a realizar toda clase de sacrificios. De acuerdo con el testimonio de su mujer, un día Stratford salió a buscar un juguete para uno de sus hijos enfermos, y no retornó más, mientras que al mismo tiempo desaparecía Mary Flynn, la muchacha del caso.

Se supo también que la joven le había robado 25 dólares a la señorita que la empleaba, la semana antes del crimen cometido en la persona de la señora Fortescue. Y de acuerdo con el testimonio de esa señorita—miss Florence Gaze, de Golders Green,—Stratford venía todos los días a buscar a la muchacha, cuando ésta había terminado sus ocupaciones en la casa.

La declaración de miss Gaze le proporcionó a la Policía la seguridad de que los amantes habían matado a la señora Fortescue porque la aludida dijo haber llegado a su casa inesperadamente y haberse encontrado a los Williams tratando de robarle. El hombre, al ser descubierto, golpeó a miss Gaze hasta dejarla sin sentido, y acto seguido ambos escaparon.

¿Pero dónde estaban ahora? La Policía, en una nueva fase de su trabajo, buscó los nombres y direcciones de todos los parientes y amigos de Alfred Stratford y Mary Flynn, y notificó al correo

(Continuación de la Pág. 7)

para que interceptara todas las cartas que pudieran llegarles. Mientras tanto, los agentes, por las calles, interrogaban a los transeúntes, y les preguntaban si conocían a aquel par.

Mientras tanto, los fugitivos, cada vez más aterrizados, carecían ya de toda clase de medios de vida, a pesar de lo cual no se atrevían a salir de su escondite. Mary, desesperada, le escribió a un hermano pidiéndole inmediata ayuda si quería evitar su muerte por suicidio. Pero la carta fué interceptada por la Policía, que así pudo ver el distrito donde vivían los culpables, que era el de Dalston. Inmediatamente se organizó una batida por todos los lugares donde el criminal se pudiera encontrar, por policías disfrazados de obreros, y el resultado no se hizo esperar, pues Stratford era ya tan conocido de cada uno de los policías como si lo hubieran tratado toda la vida. Al apearde de un autobús, "Williams" fué reconocido y preso, y en el juicio se dió el caso de que su amante tratara de recabar para sí toda la culpa de la muerte de la vieja. El veterano no consintió su sacrificio, y si adujo en su defensa que no trató de matar a la señora Fortescue, sino de amordazarla y amarrarla para sacarle el dinero.

Stratford fué condenado a muerte, pero se le conmutó la pena y cumple prisión por todo el resto de sus días. La muchacha por él seducida, fué también condenada a la pena de ocho años de prisión, como cómplice del asesino.

# Un asesinato...

(Continuación de la Pág. 10)

lo que quiere decir que otros tantos conjuntos dramáticos se mezclaban en el escenario, y que gentes de los tres lugares hacían pequeño el local donde se celebraba el festival-torneo. El comandante Wilson, que en realidad sólo tenía a su cargo la entrega oportuna de las botellas y del revólver, se entregaba entusiasmado a su papel, corriendo de un lado para otro, como si de él hubiera en realidad dependido el éxito o fracaso de la representación.

Veinte minutos después de la hora anunciada para el comienzo, pudo, al cabo, levantarse el telón, mientras de la sala venía el murmullo de los programas que se elevaban hasta los ojos, para enterarse de qué era lo que iban a ver.

"La muerte en el frasco", rezaban los programas. Su autor era Sidney Bavant, y los actores pertenecían a la Asociación de St. Menick.

En primera fila se sentaba el juez que iba a officiar en el concurso. Se trataba de un "casi conocido" dramaturgo, que tenía un librito de notas en la rodilla, y que se hallaba convencido de que el espectáculo todo le iba a ser dedicado a él.

La acción se había ido desarrollando bien, y al llegar a la escena final, el absoluto silencio del público era prueba elocuente del interés con que esperaba el des-

enlace. Todo le iba saliendo al criminal a pedir de boca, y al final vino el gritó histérico de Julia Wilson:—¡John! ¡Tú, la envenenaste!

—¡Sí!—contestaba su amante con los brazos caídos.

Al fin intervenía la Policía, y un detective le decía al criminal:—Venga conmigo, Mr. Hargreaves. Lo siento, pero tengo que llevarlo a la estación.

—¡Nunca me colgarán!—decía ahora el asesino fuera de sí.—¡No! ¡No!

Bavant sacó entonces un revólver de su bolsillo, y de espaldas al público se dispuso a evitar que los que estaban a su alrededor lo sujetaran, evitando así su suicidio. Inmediatamente sonó un disparo, y Bavant, como si en realidad hubiera sido herido mortalmente, cayó al suelo hecho un ovillo.

El telón cayó, y el público aplaudió enloquecido aquel final apoteósico.—¡El autor! ¡Qué salga el autor!—gritaba.

Pero el autor no salió porque Bavant, detrás del telón, estaba muerto en un charco de sangre.

—¡Llamen a un doctor!—gritó el comandante Wilson, arrodillado al lado del cadáver, más livido que el muerto. Luego, tomando en sus manos el arma homicida, murmuró a todas luces conmovido por la desgracia:

—¿Pero cómo iba yo a pensar que estuviera cargado?...

**SIA RITVA**

PARA

*Conveniencia  
Economía  
Limpieza*

● El Estuche Marmolita de Williams refleja todos los armoniosos colores del mármol altamente pulido. Hermoso... esmerado... elegante... higiénico. Y durará toda la vida. Cuando la primera barra de jabón se gaste, cómprese una barra de repuesto Williams, a un precio mucho más bajo que el original.

El jabón de afeitar Williams en barra, dura de cinco a seis meses...rinda medio año de las más fáciles y cómodas afeitadas que jamás ha experimentado Ud. Esta es verdadera economía, verdadera comodidad al afeitarse. Compre hoy un Jabón de Afeitar Williams, envase "Holder Top".



JABON DE AFEITAR "HOLDER TOP"  
**Williams**  
EN EL ESTUCHE MARMOLITA.

**ALCANCE EL TRIUNFO**

Solicitando el "LIBRO DE LAS SORPRESAS", que le señalará el MÉTODO para ser afortunado en NEGOCIOS, AMOR, AZAR y mejorar la SUERTE en todo sentido. Envíe 30 centavos en sellos de correo al

**Sr. J. P. CARBALLO**  
Calle BUEN ORDEN, 963  
"Barrio SAENZ PEÑA" - ROSARIO  
(República Argentina)

AGUA MINERAL  
**"SANTA RITA"**  
DIURÉTICA Y DIGESTIVA

LA ÚNICA DE RÉGIMEN QUE SE EXPENDE Y COMPITE CON LAS MEJORES EXTRANJERAS.

PEDIDOS: TELÉFONO F-4256  
DEPÓSITO: CALLE 6 No. 187, VEDADO

**MANDE SUS NIÑOS AL COLEGIO EN  
TRANVIA Y LLEGARAN SEGUROS**  
HAVANA ELECTRIC RAILWAY COMPANY



**Un Dentífico  
A Medias No Puede  
Librar Doble Batalla:  
contra el deterioro de la  
dentadura...y contra las  
afecciones de las encías**

**Un enemigo**  
—la caries—ataca a la dentadura. Otro—la piorrea—amenaza a las encías. Este segundo enemigo es tan peligroso que 4 de cada 5 personas mayores de 40 años sufren de ella. El cepillarse simplemente los dientes constituye sólo la mitad del combate. Cepílese usted tanto la dentadura como las encías con FORHAN'S y derrote a ambos enemigos. Forhan's contiene un ingrediente especial, protector de las encías y que no se encuentra en ninguna otra pasta dentífrica: el famoso astringente del Dr. Forhan. De modo que, aparte de mantener los dientes limpios, Forhan's conserva las encías sólidas, firmes y sanas.



7FS8

**Forhan's**

**ES DE DOBLE ACCION** Limpia la Dentadura Conserva las Encías  
La Pasta Dentífrica Original para DENTADURA Y PARA ENCÍAS  
Fórmula del Dr. R. J. Forhan

**Usted también  
forma parte  
del paisaje:  
AGRADE AL TURISTA**

**USE LOS MARAVILLOSOS**  
Productos de Belleza "Etc."  
**PELUQUERIA ALEMANA**  
INDUSTRIA 113 TEL. A-9633  
HABANA

# La Opinión Ajena

Esta sección tiende a satisfacer una necesidad: la de recoger el clamor de la calle, dando publicidad a todos aquellos asuntos que por su índole no pueden ser comentados editorialmente y que, sin embargo, comporten un beneficio o respondan a una finalidad de mejoramiento colectivo. Quejas, protestas, sugerencias de bien público y requerimientos a las autoridades, los insertaremos en forma sintética. Nada personal será admitido. Rogamos a nuestros lectores que escriban corto y claro. De lo contrario, no prestaremos atención a sus envíos. SE RECHAZARAN LAS CARTAS QUE NO TRAJERAN LA FIRMA Y DIRECCION DEL AUTOR, AUNQUE SUPRIMIREMOS LAS MISMAS AL PUBLICARLAS SI ASI LO DESEA EL REMITENTE. LAS COMUNICACIONES ANONIMAS IRAN AL CESTO.

## AVISO

En esta sección sólo aparecerán las comunicaciones que se dirijan exclusivamente a CARTELES. No se reproducirán las que hayan sido enviadas a las autoridades o dadas con anterioridad a la Prensa.

Santa Clara, enero 29 de 1937.

Señor Director de CARTELES:  
En la página 8 de su ilustrada revista número 5 de este mes, aparece un escrito firmado por un señor Angel Martínez, en el cual, tergiversando los hechos, me hace la gratuita inculpatión de que propago entre las maestras suplentes que no acepten sustituciones porque el Estado no las paga, cuando lo cierto fué que las suplentes no aceptaron durante los primeros días las sustituciones en las tres aulas cuyas maestras solicitaron licencia por maternidad, porque exponían que demoraba el cobro de su trabajo, pero nunca, y miente quien tal afirme, el secretario de la Junta, que fué maestro 19 años, con honorables notas por su labor, ha podido hacer propaganda en contra de la escuela, como aparece en el escrito del tal señor Martínez, a quien, de paso, desconozco.

El secretario de la Junta y los inspectores hicieron gestiones entre las suplentes y a los pocos días estaban funcionando las dos aulas que se clausuraron, pues la de la escuela número 7 no dejó de laborar porque su director se hizo cargo del aula.

También en 13 del actual se dirigió telegrama a la Secretaria de Educación solicitando autorización para descontar a las maestras con licencia por maternidad el haber correspondiente a las sustitutas, resarciendo luego a aquéllas al ser concedido el crédito para las suplentes.

Ese señor Angel Martínez puede informarse en esta ciudad acerca de mi actuación en la escuela desde 1899 hasta 1918 y desde esta fecha hasta el presente como secretario de la Junta, y seguramente rectificará el juicio gratuito y denigrante que ha formado de mi persona.

Gracias, señor director, y quedo a sus órdenes muy atentamente,  
Gerardo ROJAS.  
S/c. Máximo Gómez, 64.

COMENTARIO.—Nos parece que nuestro comunicante interpreta con demasiado calor la carta del señor Angel Martínez a que hace referencia. No había en ella nada "denigrante" para el señor Rojas, ni tampoco se le acusaba de "hacer propaganda en contra de la escuela". Se denunciaba únicamente un caso de equivocada actitud administrativa; y celebramos que el señor Rojas, por el cargo que ocupa, no promoviera el cierre de la escuela por sus consejos a las suplentes. Según él afirma, fueron las maestras suplentes las que "no aceptaron las sustituciones, porque demoraba el cobro de

su trabajo". Lo cual confirma el hecho pertinente de quedar cerradas las aulas por las licencias de maternidad concedidas a las maestras fijas.

Y esta interrupción en el funcionamiento normal de una escuela pública es lo que realmente tenía importancia, y a ese hecho, corroborado por nuestro comunicante, se ceñía nuestro comentario, al pedir una organización que hiciera imposible el cierre de ningún aula o escuela por más de veinticuatro horas, salvando, claro está, los casos de fuerza mayor.

\*  
Bayate, Guantánamo, 20 de enero de 1937.

Señor Director de CARTELES:  
Voy a utilizar por primera vez su gentil sección dedicada al público, para tratar un asunto que hace tiempo me hace pensar, y que en estos momentos en que el respetable señor secretario del Trabajo toma cartas en él, aunque animado por distinto fin, me impulsa a lanzar mi modesta opinión por si sirve como un pequeño óbolo de cooperación.

Me refiero a la tan debatida inmigración antillana.

Soy una humilde obrera, con un año de servicio en este lugar, zona netamente cafetalera y por lo tanto muy visitada por los haitianos, sobre todo cuando llega la recolección del fruto. Pues bien, he observado con alarma cómo se está fusionando esa raza con nuestras familias cubanas. Muchachas de todas las razas sociales, jóvenes, saludables y por lo tanto fecundas, se unen al infeliz haitiano, infeliz por su vida de atraso que raya casi hasta en el salvajismo.

Como me expreso antes, tienen familia y vemos a las pobres criaturas, producto de un nuevo mestizaje (tan pródigo ya en nuestro país) sufriendo las consecuencias, pues tal parece que toda la herencia la adquieren del padre; son niños torpes, maníacos, hueraños, etc., porque hay que observar cómo esta raza en vez de adaptarse a la influencia del ser más civilizado que le rodea, transmite la suya. He notado cómo sus mujeres, las cubanas, toman de ellos su dialecto, su abandono personal, su demoníaca religión, en fin todo lo pierden al influjo del desigual compañero, y sus hijos seguramente seguirán la misma suerte por el medio en que se desarrollan.

Por eso, señor director, más aún que por el trabajo que comparten con el cubano, creo que es tan peligrosa la inmigración haitiana y que debemos ayudar en su em-

(Continúa en la Pág. 48)

**¡Su Niño  
TOSE!  
Déle  
PASTILLAS  
VALDA**

## Líbrese del estreñimiento

**sin arriesgar los efectos de purgantes drásticos**

**Siéntase saludable, despejado, dinámico**

Cuando siente la cabeza pesada y cansado el cuerpo; cuando está desganado, nervioso, sin apetito, no exagere sus preocupaciones hasta enfermarse de veras—ni, con la intención de atenderse, tome tampoco "cualquier" purgante, pues podría resultarle más perjudicial que beneficioso.

Lo que usted necesita es simplemente despejar el intestino grueso porque, estando obstruido, entorpece el funcionamiento de todo el organismo. Lo que haría su propio médico, puede hacerlo usted: ayudarse con una preparación vegetal, inofensiva pero eficaz, para eliminar todo desperdicio tóxico. Con tomarse al acostarse dos píldoras de Brandreth,—que son puramente vegetales—usted se levantará muy aliviado. Notará el despertar de nuevas energías, se sentirá en mejor disposición—cumplirá mejor sus tareas—y disfrutará más plenamente las cosas gratas de la vida.

No demore en tomar las Píldoras de Brandreth. Tienen que ser un producto de confianza cuando miles y miles de personas las toman. Es un remedio favorito en la mayoría de los países del mundo. Siempre que sienta la más leve indisposición—pesadez o desganado, o note que le salen barritos o que su piel se marchita, tome Píldoras de Brandreth—y no se preocupe más. Las venden las buenas farmacias. No admita sustitutos.

## APRENDA AVIACION Asegure Su Porvenir

La aviación es el medio de transporte más rápido del mundo. Los diferentes Gobiernos están invirtiendo millones de pesos en su desarrollo. Esto está creando miles de posiciones bien remuneradas. Usted puede lograr una de ellas, como piloto o mecánico de aviación, en un corto tiempo. Esta escuela está autorizada por el Gobierno norteamericano para enseñar aviación, vuelo y mecánica, y para traer alumnos del extranjero. Tiene 26 años de existencia—16 enseñando aviación. Cuenta con una flota de aeroplanos modernos, talleres y laboratorios bien equipados y profesores licenciados por el Gobierno. Estas facilidades garantizan a usted instrucción inmejorable, técnica y prácticamente. Espléndida oportunidad para que se prepare pronto y gane buen dinero en la aviación. La instrucción se da en español e inglés, en la escuela y a domicilio. Solicite catálogo e flyers, en español. Indique su edad.

**LINCOLN AIRPLANE & FLYING SCHOOL,**  
948 Aircraft Bldg., Lincoln, Nebraska, E.U.A.



# HECHOS DE LA POLÍTICA MUNDIAL UNA SEMANA MÁS DE HISTORIA CORRIENTE

POR R. JULIUS



Adolfo HITLER, "Fuehrer" de Alemania, que ha dado seguridades a Francia de que no aspira a penetrar en Marruecos.

## 1.—Las apariencias y las realidades de la lucha política internacional en Europa.—

**L**A OBSCURA y amenazadora situación que prevalece en Europa hace breves días, se aclaró bruscamente, primero, al quedar comprobado que la supuesta presencia de fuertes contingentes alemanes en el Marruecos español, así como de técnicos de la misma nacionalidad en las minas, y de ingenieros militares teutones encargados de fortificar a Ceuta para anular a Gibraltar, era falsa; segundo, al darle Hitler seguridades a Francia—y quizás más que a Francia a la Gran Bretaña—por medio del embajador francés en Berlín, de que el Reich no tiene ambiciones territoriales en España ni en las posesiones españolas, Marruecos inclusive.

La noticia de la supuesta presencia de los alemanes en el Marruecos español era de recibirse con mucho escepticismo. Ni la Gran Bretaña ni Francia, puede darse por seguro, le permitirían a Hitler apoderarse del Marruecos español mientras ambas potencias cuenten con el poder militar suficiente para impedirlo. Italia, al firmar el reciente tratado con la Gran Bretaña, ha hecho evidente también su política favorable a mantener el *statu quo* en el Mediterráneo. Hitler no puede ignorar estas realidades. El envío de tropas alemanas a Marruecos, de técnicos para controlar la explotación de las minas, y de ingenieros para convertir a Ceuta en una plaza rival de Gibraltar, no podía interpretarse sino como una provocación intolérable. Ahora bien, ese reto tampoco podía terminar sino en una de estas dos formas: con una retirada alemana, desastrosa para el prestigio de Hitler, o con una declaración de guerra. En toda esta lucha de habilidades de las cancillerías, hay multitud de aspectos y antecedentes que escapan al conocimiento de observadores y comentaristas, obligados a ver las cosas a distancia y desde fuera. Pero como puede colegirse que Alemania no está en condiciones de arriesgarse a una nueva guerra contra la Gran Bretaña y Francia unidas, había fuertes razones para sospechar que las acusaciones francesas eran infundadas y obedecían quizás a

algún propósito oculto. La convicción de que Hitler y sus consejeros no son unos locos impulsivos induce a pensar de esta manera. Los hechos vinieron muy pronto a confirmar las predicciones del artículo anterior de esta sección, basadas en los razonamientos indicados.

## 2.—El acercamiento franco-alemán.—

Las seguridades dadas por Hitler al embajador francés, han servido de punto de partida "ostensible" a un nuevo intento de "entendimiento" francoalemán. Ostensible, debe decirse, porque la experiencia enseña que estos movimientos de acercamiento e inteligencia no se inician de manera brusca. Por más que, como en este caso, parezcan comenzar bruscamente, en casi todos o en todos los casos están precedidos por pasos preliminares que se han mantenido en reserva. Y es bien sabido que desde hace meses, Alemania y Francia tratan de llegar a un acuerdo que abarque las cuestiones políticas, militares y mercantiles pendientes de arreglo entre los dos países. Informaciones muy dignas de crédito adelantan la noticia de que el acuerdo puede comprender la negociación de un tratado comercial que reemplace al que venció en el verano de 1935, y que Francia espera llegar también a una solución satisfactoria sobre la limitación de armamentos, y después de esto a un convenio general sobre las cuestiones europeas en su conjunto, con una redistribución de las colonias como cuestión incidental. Para abrigar esperanzas de llegar a realizar satisfactoriamente un programa tan vasto, es preciso pensar que ya se tiene andado bastante camino. Esto puede servir de prevención a las personas que se imaginan a Francia y Alemania dispuestas a lanzarse a la guerra en cualquier momento por la cuestión de España.

## 3.—Los eternos intereses británicos.—

Mientras tanto, la Gran Bretaña persigue, con la acostumbrada flema y tenacidad británicas, los fines políticos que hemos apuntado en otras ocasiones. En España, declaró Mr. Eden en un discurso pronunciado el día 12, ante la Foreign Press Association, después del último artículo de esta serie de CARTELES, no habrá ni comunismo ni fascismo, expresión que debe interpretarse en el

sentido de que España no será dominada por los poderes fascistas ni por Rusia, pues no cabe pensar que Mr. Eden pretenda imponerle al pueblo español una forma de gobierno determinada. Una política intervencionista británica de ese género estaría en contradicción con la tradición inglesa respecto al particular, y con los esfuerzos que la Gran Bretaña realiza para evitar la ingerencia extranjera en España y localizar la guerra civil dentro de las fronteras españolas.

En el citado discurso, Mr. Eden, como muy bien observa un comentarista, expresó ideas semejantes a las que en cierta ocasión expuso lord Palmerston a mediados del siglo pasado. La Gran Bretaña, dijo lord Palmerston y repitió poco más o menos Mr. Eden, "no tiene amigos eternos, ni tampoco eternos enemigos, sino únicamente eternos intereses". El mismo principio, que según ha demostrado bien claramente el historiador norteamericano Beard, rige la política exterior de los Estados Unidos: la doctrina del interés nacional. Esta es la verdad y todo lo demás son ficciones diplomáticas y mera propaganda.

Por lo demás, Mr. Eden declaró en términos absolutamente explícitos, que la Gran Bretaña mantendrá el paso en la carrera de armamentos, "con firme determinación", e hizo una transparente y significativa alusión a Alemania.

En 28 de octubre próximo pasado, como ha recordado recientemente *The New York Times*, el corpulento general Goering, en un discurso que pronunció en Berlín al iniciarse el "Plan de Cuatro Años", destinado a hacer a Alemania lo más independiente posible en caso de guerra, declaró que "la mucha grasa crea mucha barriga". "Yo he comido menos mantequilla—dijo—y he reducido veinte libras. El "Fuehrer" no come ni carne ni mantequilla". Un mes más tarde, la Administración Alemana de la Leche acuñó este lema: "Cañones en lugar de mantequilla".

Mr. Eden, en el discurso de referencia, dijo con cierta suavidad: "Nosotros, definitivamente, preferimos la mantequilla a los cañones, y estamos dispuestos a hacer todo lo que podamos, mediante nuestra cooperación económica y trabajando por el apaciguamiento de Europa, para que los demás tengan mantequilla también, en un mundo que no tenga necesidad de cañones". Toda la política inglesa, a la cual se ha hecho referencia frecuentemente



Alberto LEBRUN, Presidente de Francia, que ha dado en cambio seguridades de respeto al territorio español.

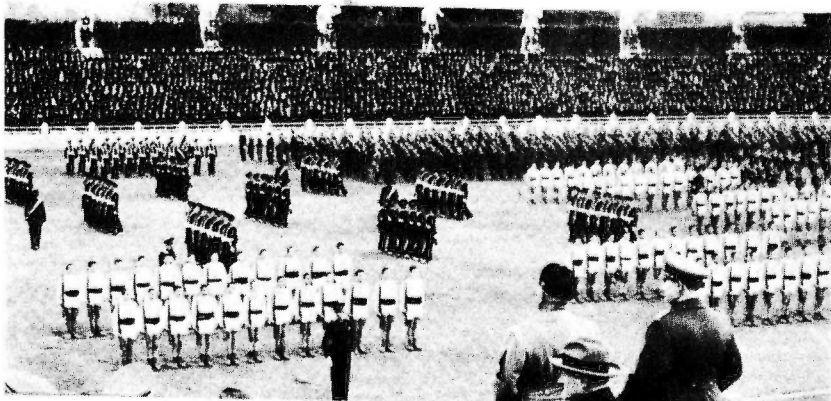
en esta sección, queda definida en el discurso del joven ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña.

## 4.—"Si vis pacem para bellum".—

Los Estados Unidos, de acuerdo con el viejo adagio latino, predicando la paz y se preparan para la guerra. ¿Cuáles serán, en lo profundo, las preocupaciones y las miras de Roosevelt y sus consejeros más influyentes y más íntimos, que le ayudan a trazar las grandes líneas de su política? Roosevelt, en el fondo, es un espíritu militante. Su objetivo, declara siempre, es la paz, pero sus palabras suelen ser agresivas e hirientes para ciertas naciones. Acaba de regresar con Mr. Hull de Buenos Aires, de una gran asamblea pacifista, pero durante el próximo presupuesto se destinarán otra vez más de \$1.000.000.000 (mil millones de pesos) a la preparación militar; ha ordenado la construcción de dos gigantes acorazados a un costo de \$50.000.000 cada uno; en el Congreso se ha presentado por Mr. Vinson, presidente de la Comisión de Asuntos Navales de la Cámara, un proyecto de ley por el cual se provee a la apertura del canal de Nicaragua, a un costo calculado de \$700.000.000 de pesos; el número autorizado de aviones militares de 2.320, se ha aumentado en 565 unidades más el año pasado, y otro número igual se ha incluido en el presupuesto que comenzará a regir el 1º de julio. Finalmente, el representante Wilcox, de Florida, acaba de presentar un proyecto de ley en la Cámara para convertir la aviación militar en un cuerpo aparte, con un personal de 50.000 hombres entre oficiales, aviadores y alistados. La aviación norteamericana, si este proyecto se aprueba, contará también con un colegio superior para el estudio de los problemas de la táctica y la estrategia de la guerra en el aire, a semejanza de los que poseen la Marina y el Ejército, el último creado por Elihu Root, en tiempos del primer Roosevelt.

La Administración norteamericana se enfrenta, además, en estos momentos, con el grave problema de gigantescas huelgas obreras, pero éste es un asunto que merece una crónica aparte.

Washington, enero de 1937.



MUSSOLINI y GOERING pasando revista a los "balille" en Roma, durante la reciente visita de este último.

Publicado en la ciudad de La Habana, por la Editorial Carteles, S. A., Ave. Menocal y Peñalver.—Apartado 188.—Cable y telégrafo: "Carteles".—Teléfonos: Dirección, U-3959; Administración, U-2732; Redacción, U-5621; Anuncios, U-8121.—Representantes exclusivos para anuncios en el extranjero: Joshua B. Powers, Inc., 220 East 42nd St., New York; 616 Ave. Sáenz Peña, Buenos Aires; 21 Rue de Berr, París, VIIe.; 14 Cockspur St., Londres; Postdamstr., 28, Berlin, W. 35.—Número suelto: en Cuba, \$0.10; en el extranjero, \$0.15.—Precios de suscripción: para Cuba, un año, \$5.00; seis meses, \$2.75. Para el extranjero: Países adheridos al Convenio Postal, un año, \$6.00; seis meses,

ALFREDO T. QUILEZ

Director



\$3.25; países no comprendidos en el Convenio Postal, un año \$7.00; seis meses, \$4.00.—Acojido a la franquicia postal y registrado como correspondencia de segunda clase en las Oficinas de Correos de La Habana.—Registrado como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de Guatemala, el 7 de enero de 1935, bajo N.º 195.—No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia sobre material no solicitado.—Autorizado por Resolución n.º 1600 de fecha 23 de mayo de 1935, del señor secretario de Gobernación.

## Previsión o destrucción

**L**A RELATIVA prosperidad de que una parte del país disfruta y el bienestar que la misma otorga, por ello, a ciertas clases sociales, proceden del trato benévolo que nos dispensa el Gobierno de Roosevelt, y que nos rescató, no ya de una crisis económica, sino de la quiebra y la ruina.

El Tratado de Reciprocidad Comercial entre los Estados Unidos y Cuba, sin ser perfecto, derivó determinadas ventajas, y la derogación de las altas tarifas, así como la fijación de una cuota para el azúcar, han hecho posible que mantengamos hoy un nivel más alto de vida que el que imperaba en nuestro país cuando el jefe de Estado norteamericano implantó su política del New Deal.

Pero, como lo hemos dicho reiteradas veces, el Presidente Roosevelt representa en la vida norteamericana un ciclo transitorio; dentro de la relatividad de las proyecciones históricas, su mandato resultará efímero, y aunque su pueblo le ha investido, por un nuevo período, con las prerrogativas del mando, es presumible que no va a perpetuarse en éste. Los hombres públicos, por aquellas latitudes, no son providenciales, como los nuestros, y aunque su labor sea magnífica, ceden el puesto a los que vienen detrás, con nuevas ideas.

La concepción de Roosevelt respecto a lo que deben ser las relaciones económicas y políticas entre los Estados Unidos y los pueblos de Hispanoamérica, no puede decirse que sea, en realidad, una plataforma del Partido Democrático, sino una política del Presidente. La comprensión clara del gran mandatario de los problemas de la hora, y su afán de anticiparse, desde el Poder, a satisfacer las solicitudes de una realidad internacional que afecta a todos los Estados, le han hecho implantar normas y principios que constituyen un curioso experimento revolucionario-evolucionista, cuya eficacia parece que la están corroborando los hechos.

Pero una sana lógica nos hace inferir que cuando el Presidente Roosevelt termine su mandato, aunque su partido siga en el usufructo del Poder, nuevos rumbos pueden ser trazados e impuestos, con lo que Cuba, que hoy goza de la política del Buen Vecino, puede hallarse, si el mandatario sustituto la abandona, en la misma situación de inestabilidad y pobreza que hizo tan dolorosa la última crisis.

Con la misma imprevisión y la misma estulticia que han sido características de nuestros actos, la derogación de las altas tarifas contra el azúcar y la fijación de una cuota para ella en el mercado norteamericano, han hecho pensar a nuestros gobernantes que el problema de Cuba ya está resuelto. Sin advertir que la mejoría que se acusa en el orden económico, como consecuencia del alza operada en nuestra primera industria, es una conquista insegura y transitoria, no controlada ni controlable por nosotros, y que puede, en un instante cualquiera, de modo imprevisto, por una votación del Congreso o por un cambio de política del Presidente Roosevelt, convertirse en penuria, depresión y derrumbe de nuestra economía.

La única acción inteligente, como lo hemos predicado mil veces, a que está obligado nuestro Gobierno, es la de aprovechar, rápida y previsivamente, la tregua que el New Deal nos ofrece, tratando de enfocar nuestros problemas y de estimular y desarrollar las fuentes de riqueza efectiva que Cuba posee y que yacen abandonadas.

Si el Tratado de Reciprocidad comercial se denunciase, si Cuba perdiese su cuota fija y preferencial en el mercado azucarero norteamericano, si de nuevo la principal industria nativa se estrellase contra las altas barreras arancelarias que alzó el proteccionismo de Hoover, nos encontraríamos, después de varios años de estar en vigencia esos beneficios, en la misma situación de desamparo, de invalidez y de empobrecimiento absoluto que nos agobió a todos, en los últimos años de la dictadura de Machado.

Pero hay más todavía: una gran parte de la Prensa norteamericana está combatiendo el Tratado. Agricultores de La Florida y de otros Estados de la Unión están moviendo sus influencias en el Congreso para que aquél sea denunciado. Y hombres públicos de positivo relieve se pronuncian, en declaraciones que incluyen datos estadísticos, en contra de ese trato de ventajas recíprocas para los dos países que, según ellos afirman, sólo nos beneficia a nosotros. La opinión pública en los Estados Unidos no es una entelequia, ni asume esa posición conformista que es peculiar al trópico. La Historia demuestra que siempre que esa opinión pública es orientada por la propaganda y por la persuasión hacia una zona determinada, su fuerza no admite que se la desatienda ni se la desconozca. Cuando el pueblo norteamericano llegue a la conclusión de que el Tratado de Comercio con Cuba y la cuota azucarera son desventajosos para sus intereses—aunque tal realidad no sea cierta,—nada podrá impedir que ambos sean suprimidos. Y ni siquiera ese peligro, cuya realidad va cuajándose en la Prensa, en la tribuna y en el Congreso, ha obligado a nuestros gobernantes a realizar, con toda urgencia, la labor que se requiere, y que es la de liberar a Cuba de la servidumbre de un monopolio.

La industria azucarera es el eje de la vida cubana. La prosperidad nacional depende de ella. Es la única fuente de riqueza vital que existe en Cuba y de la que se esperan, en el orden oficial y en el privado, todas las bienandanzas. Ella, sin embargo, es la clave de casi todos nuestros infortunios. En gran parte se halla en poder de manos extranjeras. Creó y mantiene el latifundismo. Infestó la isla de inmigraciones indeseables que desplazan al obrero nativo. Estableció

monopolios y privilegios en las zonas cañeras, subordinadas al despotismo del central. Hizo posible la ley de los subpuertos, que ha arruinado los comercios circundantes, defrauda a las aduanas y contribuye a la corruptela administrativa en el orden fiscal. Implantó jornales de miseria en el campo, sustrayendo al guajiro de otras tareas agrarias más útiles y dignificadoras a cambio de una zafra efímera. Y todo esto a cambio de etapas fortuitas y transitorias, en que los precios del azúcar se elevan en parte para provecho de las instituciones de crédito que tienen hipotecada la industria, y en parte, también, para inversionistas extraños o nativos, y muy poco para provecho del campesino.

Si a pesar de todos esos males, el azúcar fuese una industria cuyo control ejerciésemos, y cuyo destino regulásemos, su predominio quedaría explicado. Pero lo cierto es que su vitalidad depende de la voluntad ajena, que Hoover la arruina y Roosevelt la levanta, y que dentro de esa perpetua oscilación fiada a la buena fe o a la política circunstancial del Gobierno vecino, no se sabe nunca qué nos deparará el porvenir.

De momento, y observando las posibilidades inmediatas con optimismo, lo único cierto es que con el Presidente Roosevelt en el Poder—y si las circunstancias imprevisibles no imponen mutación inesperada—podemos tener tres años más de respiro. En ellos el Gobierno de Cuba tiene el deber de sentar las bases de una economía más sólida que la que representa el azúcar. Cuba tiene en potencia enormes fuentes de riqueza, cuya explotación hay que regular, que estimular y que canalizar hacia el Tesoro público y hacia los hogares cubanos. Hay que comenzar por dar trabajo a los millares de hombres que no lo tienen. Cuba es, comparativamente, uno de los países menos poblados de la tierra y no hay razón para que sus hijos no libren en él su propio sustento. Pero el Gobierno ha de buscar grupos de hombres de capacidad, de experiencia, de probidad y de energía orientada, para que coordinen un plan científico, de largo aliento, un plan medular con desarrollo a plazo fijo, dentro del trienio que nos resta de política del Buen Vecino. Ese plan debe incluir legislación minera y explotación productiva de nuestro suelo. Creación de cooperativas agrarias y bancos de refacción y redescuento que permitan al campesino labrar la tierra y extraerle su riqueza, no sólo para fines de abastecimiento interior, sino para la exportación y fines industriales. El cubano no debe invertir sumas fabulosas cada año para importar artículos que produce la tierra cubana, como el arroz, para no citar otros. Hay que aprovechar la incomparable riqueza forestal de nuestros campos, cuyas maderas, tan ricas como variadas, podrían representar un sólido ingreso para nuestra economía. Hay que proteger las industrias naturales que ofrecen empleo a millares de hombres y permitir el desarrollo y la fundación de otras, rectificando la absurda legislación social en vigencia, que no permite establecerlas, por la carencia de técnicos y por la prohibición de importarlos. Hay que hacer una revisión integral de nuestro régimen tributario anacrónico, para que las cargas públicas pesen de modo equitativo sobre todos, según su capacidad, y no sobre las clases más necesitadas y oprimidas.

Y, finalmente, hay que canalizar hacia Cuba la corriente turística que, por sí sola, sin limitaciones y sin tropiezos, compensaría a nuestro país de cualquier crisis que pudiera acarrear una nueva depresión en nuestra industria azucarera. Pero el fomento del turismo no puede hacerse con un sentido precario y sórdido de las inversiones que él requiere, sino aplicando al mismo, durante tres años, los millones de pesos que una labor de tal magnitud determina. Cada millón de pesos que Cuba invierta, no de modo inconsulto, sino científicamente, en atraer el turismo, se traducirá en positiva riqueza. Hay que aplicar a esa finalidad, haciendo el sacrificio que sea necesario, hasta el último centavo disponible en la Hacienda pública, embelleciendo las ciudades, creando centros de verdadera atracción, construyendo caminos, haciendo accesibles todos los rincones dignos de ser vistos por la curiosidad extranjera, a los turistas que aquí lleguen. Hay que hacer una intensa propaganda de todo lo nuestro: tipicidad, clima, paisajes, costumbres, leyendas, arquitectura, fauna, flora, tradición, belleza, cultura. Hay que describir nuestros balnearios curativos y recreativos, nuestros centros benéficos; en una palabra: cuanto sea digno de mostrarse con orgullo al extranjero. No es una labor raquítica y miserable, sino generosa y permanente. Hay que invertir millones, repetimos, pero se cuadruplicará lo que se invierte. No es posible que en un año, y consignando varios miles de pesos para esfuerzos aislados, se canalice hacia Cuba el turismo extranjero. Los resultados se apreciarán después de tres años de esfuerzos. Pero si no se comienza ahora, para que al finalizar Roosevelt su mandato ya sea nuestra isla un centro de turismo importante, y la crisis del azúcar quede compensada por la zafra libre de viajeros, nos reintegraremos a la penuria de hace cuatro años, el hambre degenerará en malestar y en rebeldía y volveremos a la etapa de violencias, de la que nos costó mucha angustia y mucha sangre liberarnos.

El turismo puede y debe ser la emancipación definitiva de nuestra economía. Sus ingresos se reparten en todo el país y benefician a las clases más altas y a las más humildes, en vez de quedar en unas manos favorecidas. No hay barreras arancelarias que lo limi-

(Continúa en la Pág. 54)



**YO** ME ENCONTRABA podando el seto.

Era a fines de abril, y el seto iba pareciéndose cada vez más a los puños de una chaqueta vieja. Frátase de un seto elevado, y yo tenía que estar subido en una silla. Las tijeras esparcían los desbrozos igual que verdes copos de nieve, y cuando el hombre me habló inesperadamente desde abajo, y yo bajé la cabeza para mirarle, los verdes recortes le cubrían todo el sombrero y aun tenía uno o dos en la cara. Lo mismo que yo, llevaba unas grandes tijeras en las manos.

—¿Supongo que no necesita usted que le ayuden, señor?—dijo, con una sombra de esperanza en la voz. La tarde era tórrida, y yo, según mis amigos, poseo unos setos que no tienen fin.

Era el tal un sujeto bastante desarrapado, no llevaba cuello, y lo menos debía hacer tres días que no se afeitaba. Su aspecto no me gustó nada, pero, por otra parte, he conocido personas a quienes no les agradaba el mío. En este mundo ha de haber de todo, y todos tienen que vivir. En cierto modo me dió lástima.

—Usted no me creará—respondí—pero esto es todo lo que tengo que hacer. Si yo mismo no me ocupara de mi jardín, me moriría de aburrimiento. Lo siento.

—Nadie quiere nada—murmuró él como para sí mismo.

—¿Por qué no prueba en la casa de al lado?—indiqué.—Podiera tener suerte ahí. Mi vecino no tiene a nadie, y ya ve usted que le hace falta quien le ayude.

En la casa de al lado vivía el Nabab. Entonces todavía no conocíamos su nombre. Le llamábamos el Nabab. Su aspecto era el de un nabab. Un hombre solitario, retraído, que no hablaba con nadie si lo podía evitar, pero en muy buena posición a juzgar por las apariencias. La clase de hombre que debía pagarle a alguien para que le podase los setos.

—Muchísimas gracias, señor—dijo el desarrapado. Y a la casa de al lado encaminóse acto continuo.

Oí chirriar el portillo de la cerca del Nabab al cerrarse tras él. Y luego no hubo más. Yo seguí recortando el seto.

Mas a los pocos minutos me puse a pensar en lo que debía haber sucedido. Si, por supuesto... el portillo debía haber chirriado otra vez al salir el individuo desarrapado. Continué podando, intrigado. No, yo estaba equivocado. Precisamente. El hombre no salía porque le habían encargado el trabajo. Eso era. Le habían encargado el trabajo. De nuevo seguí podando. Y a poco me detuve. No, no era eso tampoco. Si había logrado obtener el encargo de podar los setos del Nabab, yo debía de oír el ruido de sus tijeras, como cualquiera que se hallase dentro del radio de cien yardas debía de oír el que yo estaba haciendo desde hacia una hora lo menos.

Permanecí inmóvil encima de la silla, escuchando. ¡No se oía nada! Extraño, pensé. No ha obtenido el trabajo, pero tampoco ha salido. ¿Qué estará haciendo? ¿Le habrá pasado algo? ¿Se habrá muerto de repente en el jardín del Nabab? ¿Y cómo es que éste no lo sabe?

A la hora del té le hablé a mi mujer del caso.

—Si alguien ha muerto de re-

# PESADILLA

gente en el jardín del Nabab, pronto lo sabremos—dijo ella.

—Cierto—convine.—Cierto, así lo creo.

—Y no puedo imaginar ni por un instante que nadie haya hecho una cosa tan absurda.

—No—convine de nuevo.—No. Creo que tienes razón.

Y, puesto que realmente no se podía hacer nada en relación con el asunto, lo dejamos correr. A decir verdad, al día siguiente ya me había olvidado del hombre desarrapado que entró por el portillo del Nabab y no volvió a salir. Mas al otro día recibí una extraordinaria sorpresa.

\* Estaba yo en la puerta de mi jardín, silbando al perro, cuando

se abrió el portillo del Nabab y el individuo desarrapado salió a la calle.

¡Sólo que ahora ya no iba desarrapado!

Vestía un traje gris de excelente corte, aunque era evidente que no había sido cortado a su medida; llevaba un sombrero blando también gris y guantes. Un alfiler de brillantes relucía en su corbata, y fumaba un cigarro de una marca que es demasiado cara para mí. No fué aquél el momento más dramático de mi carrera, de ningún modo, pero no creo que en toda mi vida me haya quedado más estupefacto.

Saludóme con una inclinación de cabeza al pasar y dijo:—"Buenos días". Nada de "Buenos días,

# SCOTT

señor". Solamente "Buenos días". Y yo respondí "Buenos días". No se me ocurrió otra cosa.

Cuando estuvo fuera del alcance de mi vista, entré y se lo dije a mi mujer.

—¡Cosa más extraordinario!—exclamó ella.—¿Será acaso que se ha quedado a vivir en la casa de al lado? ¿Qué quiere decir eso?

—¿Supongo que no habrá asesinado al Nabab para robarle su mejor traje?—Una explicación disparatada, como bien me daba cuenta. Si el en un tiempo desarrapado sujeto hubiese dado muerte al Nabab, no se dejaría ver de mí alejándose de la escena del crimen en pleno día; y a buen seguro que se habría llevado algo más que un traje bueno y un cigarro. Pero entonces, ¿qué explicación había que no fuese disparatada? ¡Un vulgar podador de setos, viviendo en casa del Nabab, usando sus trajes y fumando sus cigarros!

—Después de todo—observé,—nuestro Nabab es un nabab. No tienes más que mirarle. Este individuo no puede ser un hermano perdido que regresa de repente de Australia o de presidio después de veinte años. Ni siquiera un primo político lejano.

—Pero debe haber alguna razón para ello—opinó mi mujer.

—Debe haberla—convine. Claro que la había...

Por ser los únicos vecinos inmediatos del Nabab, teníamos, como es natural, mucho más interés en el asunto que los demás residentes del suburbio. A decir verdad, no fué sino hasta mucho después que los otros empezaron a interesarse. Pero nosotros especulábamos sobre el caso todo el día y todos los días sin dejar uno; y, tanto como nos era posible hacerlo por encima de un alto seto vivo, nos dedicábamos a espiar un poquitín, todo el día y todos los días, asimismo.

Pues, como verán ustedes, el en un tiempo desarrapado individuo regresó a la casa vecina aquel día, como regresó de sus paseos todos los demás días, y cualquiera que fuese la razón de tan insólito estado de cosas, no existía la menor duda de que este errante jardinero vivía en la casa del Nabab, permanentemente, con el Nabab.

Podé de nuevo el seto, quitándole esta vez lo menos dos pies de la parte superior, de manera que pudiésemos ver mejor. Y desde la ventana del cuarto de baño veíamos ahora bastante. Pero no al Nabab.

Sólo una vez o dos lo vimos. No con tanta frecuencia como antes de que el ex desarrapado viese podando setos por la avenida, sino una o dos veces tan sólo. Y fué casi con un estremecimiento que nos dimos cuenta del cambio sufrido por el Nabab. Un cambio tremendo, desde entonces.

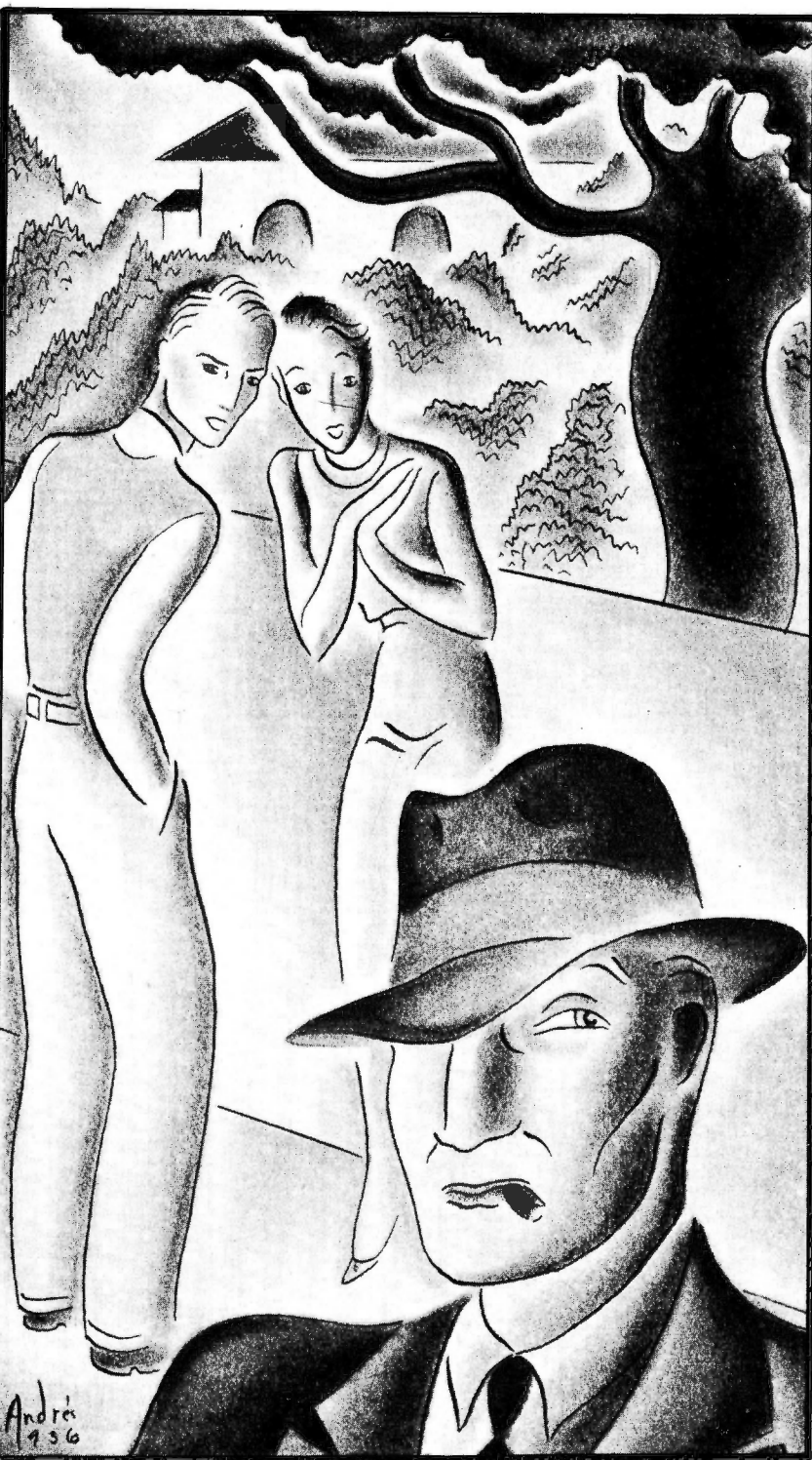
—Parece... parece...—dijo mi mujer.

—Perseguido—terminé yo.

Ella asintió.

—Algo como eso.

\* Me senté en el borde del baño y me puse a pensar de firme. El Nabab no cabía duda de que tenía el aire de un hombre acosado; en eso no había exageración. Jamás he visto una expresión tan espantosa en un rostro de hombre. Vagaba abatido por su jardín como si ya la vida no tuviese para él ningún interés. Nunca ha-





bia sido lo que se llama un hombre sociable, pero ahora era algo peor que un ermitaño. Mientras que, por otra parte, el en un tiempo desarrapado individuo íbase poniendo cada día más gordo y se pasaba la mayor parte del tiempo sentado en una silla larga en el jardín, silbando. El mundo, para él, resultaba ser un lugar excelente.

—¡Es un chantaje!—exclamé de pronto.

—¡Chantaje!—repitió mi mujer —¿Cómo?

—Ese día que vino podando setos—repuse,—entró de nuevo en la vida del Nabab. Cuánto tiempo hacía que no se veían y lo que media entre ellos no lo sabemos; pero así fué. Accidentalmente sin duda, pero eso es lo que sucedió. Se reconocieron mutuamente, y el podador sin más ni más se invitó a sí mismo a entrar y ha estado “viviendo sobre el país” desde entonces. “Manténme, dame de comer, vísteme, y no diré nada. Pero si no lo haces así...”. Casi lo oyes pronunciando estas palabras. Y el Nabab no osa echarle a la calle. No me cabe la menor duda de que él es quien le hace la cama al individuo y le prepara la comida. ¡No le queda otro remedio!

—Pero eso me parece insensato —exclamó mi mujer.

—E s t o y completamente de acuerdo—declaré.—Insensato.

Y lo parecía, en efecto.

Pero no lo era. Como se vió luego, yo había dado en el mismo clavo. Se trataba de un chantaje, y el podador estaba “viviendo sobre el país”. Pero eso no lo comprobamos hasta pasado algún tiempo. Y no fué lo más importante, después de todo.

Transcurrieron varias semanas en una especie de triste monotonía. Sólo de vez en cuando lo grabamos echarle un vistazo al Nabab, y dichos vistazos no nos resultaban muy gratos, no, señor. Había enflaquecido, y su rostro, sonrosado en otro tiempo, estaba pálido ahora. Tenía el aspecto de un hombre que despierta de una pesadilla y halla que dicha pesadilla continúa. Y bien mirado, ello era una pesadilla. Vivir día tras día, semana tras semana, con un parásito para siempre montado a horcajadas sobre tus espaldas, y saber que, salvo el azar o algún accidente, ese estado de cosas debe persistir hasta que el uno o el otro muera..., en fin, pesadilla no me parece aún la palabra apropiada.

—¿Por qué no huye una tarde cuando el hombre está fuera?—dijo mi mujer.

Le expliqué que huir no es tan fácil.

—El Nabab tiene una buena suma de dinero invertida en esa casa y en los terrenos y los muebles, así como en otras propiedades en el barrio—apunté.—No es posible desarraparse en una hora, especialmente si las raíces que uno ha echado son tan hondas como éstas. Hay que hacer un montón de cosas y hay que ver a mucha gente. Notarios y tasadores y demás le visitan a uno, y luego tiene uno que ir a visitarles a ellos. El Nabab no podría hacer eso sin que ese individuo se enterase. Parece fácil, pero en la práctica es una de las cosas más difíciles. Es verdad que pudiera marcharse y abandonarlo todo, pero no me parece a mí que el Nabab sea hombre capaz de pasarse el resto de sus días vagabundeando por los caminos, y las noches durmiendo en asilos. No; estoy por decir que del único modo que puede librarse de su parásito... si es que hemos dado en el clavo acerca de lo que está sucediendo en la casa de al lado... es...



Aquí me interrumpí y miré a mi mujer, y ella me miró a mí.

—¿Es qué?—preguntó.

—Pues...—repliqué.

—Ya sé lo que quieres decir.

¡Matándolo!

Asentí con un movimiento de cabeza. No pude pronunciar ni una palabra siquiera.

Pero desde aquel momento, cada vez que mi mujer o yo mirábamos hacia la casa vecina, lo hacíamos de un modo furtivo... y con cierta expectación. La casa vecina, que desde la llegada del andrajoso desconocido se nos aparecía llena de misterio, habíase ahora tornado siniestra; y por las noches nos resultaba positivamente un lugar de maleficio. Si bien ninguno de los dos volvió a mentar mi solución de las dificultades del Nabab, me consta que no dejábamos nunca de pensar en ella; y siempre que atisbábamos por encima del seto que nos separaba del jardín del Nabab, se nos ocurría algo parecido a esto: —“¿Cuándo sucederá ello? ¿Será esta noche?”

La pesadilla extendiase desde la casa de al lado y comenzaba a apoderarse de nosotros.

Aparte de nuestro estado de

con él desde la mañana aquella en que salió del jardín del Nabab vestido con el traje gris de éste. Aconteció que nos hallamos uno al lado del otro y supongo que se creyó obligado a dirigirme la palabra.

Habló en tono amistoso acerca del tiempo, como un vecino cambiando impresiones con otro. Hasta había averiguado mi nombre, no sé cómo, y me dijo el suyo. Se llamaba Buntley. Refirióse al Nabab como su “amigo”, y luego dijo que hacía días que no se sentía muy bien de salud. Pero no entró en detalles. A la verdad, no permaneció mucho rato después de mi llegada. Se comprendía que temía irse de la lengua y descubrir su juego.

Por entonces ya habíamos reparado en que seguía una especie de programa diario. Todas las mañanas a las once salía (sin duda con destino al Railway Hotel), y a las doce y treinta regresaba. Cada atardecer a las seis salía de nuevo, y a las ocho estaba de vuelta. E m p e z a m o s a acostumbarnos a esperarlo para verle entrar por el portillo del jardín vecino. Y lo que pensábamos siempre (aunque nunca nos lo decíamos uno a otro) era “Vaya, todavía está vivo...”. No es un pensamiento muy agradable que digamos para expresarlo con palabras, pero aun es peor mantenerlo guardado. Para contrarrestar una pesadilla no sirven de nada los pensamientos secretos.

\* Llegó septiembre, un septiembre frío y húmedo. Y una mañana de ese mes, aquello que habíamos estado esperando durante semanas enteras sucedió. Buntley no apareció a las once, ni por la tarde a las seis. Mi mujer estuvo muy silenciosa ese día, y yo me sentía desasosogado. Por turnos nos acercábamos a la ventana y vigilábamos estrechamente la casa de al lado. Ambos pensábamos, “¿Sería anoche?”. Me fui a rondar por el jardín, y me di cuenta de que a la verdad estaba echando de menos los satisfechos silbidos de Buntley y el olor de su excelente cigarro. Pasamos un día tremendo, seguido de una tremenda noche. Muy poco me faltó, bien puedo asegurarlo, para ir en busca de la Policía.

Al día siguiente me alegré de no haberlo hecho así... hasta cierto punto. Vimos a Buntley.

Pero un Buntley terriblemente cambiado. El hombre estaba enfermo, enfermo de verdad si habíamos de juzgar por su aspecto. Hallábase sentado en una silla hamaca en el jardín, demasiado débil, según me pareció, para dar un paso.

—¡Demonio! Ese hombre está mal—dije.—Necesita que lo vea un médico.

—¿Qué tendrá?—caviló mi mujer en alta voz.

—Sabe Dios—respondí.—Como no sea que...

Se me había ocurrido la idea del veneno. No me fué posible decirlo. Pero no hubo necesidad. Una mirada de mi mujer me reveló que sabía lo que yo me callaba.

—¿Por qué no llama a un médico?—murmuré.

—Si el Nabab no lo deja...—dije yo.

—Todos tienen teléfono—me hizo presente.—¿Tan malo está que no puede llegar hasta el teléfono?

Pero por lo visto sí pudo telefonar; pues al otro día vimos a nuestro médico, el Dr. Cobb, bajar de su pequeño automóvil azul ante la casa vecina y pasar al interior. Estuvo más de veinte minutos, y aquel día, en total, vino tres veces.

—La cosa parece ser grave—opiné.—Y si en realidad hay algo

(Continúa en la Pág. 57)





El escritor alemán Ludwig RENN, coronel de un regimiento de la brigada internacional, defensora de Madrid.

**¿**AS NUEVAS ofensivas contra Madrid tendrán mejor éxito que las pasadas? Es difícil decirlo. Pero lo que se sabe hasta ahora de los ataques de noviembre y diciembre arroja una luz singular sobre las batallas futuras.

Las columnas del general Franco venían del sur por las carreteras de Andalucía y Extremadura. Se apoderaron de Badajoz, Toledo, Illescas, a 30 kilómetros de la Puerta del Sol. La resistencia se fraccionaba a medida que iban avanzando.

En los dos campos se comenzó a decir:

—¡Sí! ¡Sólo que falta Navalcarnero!

Navalcarnero era la línea de defensa que los técnicos habían preparado cuidadosamente.

En Madrid, en el Consejo de Ministros, se inclinaba la cabeza:

—Imposible batirse en la capital... En Navalcarnero, posición estratégica, ya es otra cosa...

Militares y civiles estaban de acuerdo en eso.

Lo mismo pensaban en Salamanca y en Burgos.

—Les desbarataremos en Navalcarnero... Lo demás es un paseo militar...

Pero Navalcarnero cedió. Unos y otros recibieron la sorpresa de sus vidas, salvo acaso el general Varela que lanzó vivamente su Tercio y los Regulares sobre Madrid.

El general Franco no tenía un ejército bastante numeroso para tomar, a unos defensores resueltos, una ciudad habitada todavía por más de un millón de habitantes; Mola seguía detenido ante la Sierra del Guadarrama.

Pero el generalísimo rebelde pensó como Varela que no habría que combatir. El Tercio llegó a los arrabales de Madrid.

Como todos los expertos, Franco creía que la caída de Navalcarnero había sido decisiva.

Por otra parte, el general Franco tenía confianza en una táctica que había dado hasta entonces buenos resultados. Era muy sencilla y descansaba en las costumbres de las tropas leales.

Estas no tenían, al principio, ni tren de equipajes, ni parques de municiones, ni aprovisionamientos verdaderamente organizados, ni retaguardias. Desde que sus bases improvisadas—pueblos que les aprovisionaban bien que mal—cedían bajo el bombardeo, se quedaban "en el aire", aisladas.

El hecho se había producido veinte veces y veinte veces habían tenido que retirarse los milicianos.

*El 2 de noviembre de 1936, quinientos hombres hubieran podido llegar a la Puerta del Sol... ¡Hoy haría falta un ejército profesional muy numeroso y un material enorme!*

## **POR ELÍAS RICHARD**

Pero los bombardeos aéreos, a pesar de su intensidad—en un solo día hicieron más de 500 víctimas—no produjeron el mismo efecto sobre Madrid. Los madrileños no abandonaron la ciudad. Y esta vez los milicianos siguieron recibiendo sus provisiones y se mantuvieron en línea.

La explicación de este cambio profundo es sencilla. Es de orden psicológico. Los habitantes de la capital no tenían una noción exacta del peligro. Cuando Franco se apoderaba casi sin dificultad de Getafe, de Cuatro Vientos y de Carabanchel, a las puertas de Madrid, la población creía que se estaban batiendo aún en Navalcarnero, donde se desarrollaba la verdadera gran batalla por la capital. Y aun cuando los cañones tiraban desde la Casa de Campo, había en Madrid quienes afirmaban que eran piezas de largo alcance las que les bombardeaban desde una distancia de diez y ocho o veinte kilómetros de la Puerta del Sol.

Fué así cómo llegaron al Manzanares las vanguardias de Varela sin que nadie pudiera creerlo.

Un madrileño me ha contado cómo tuvo la revelación del peligro. Vivía en el Paseo de Rosales. La mañana del 6 de noviembre abrió su ventana para contemplar el magnífico panorama que se extiende desde el Manzanares hasta las cimas nevadas del Guadarrama, cuando vió hombres que, a lo lejos, por entre los árboles de la Casa de Campo, parecían regresar a toda prisa hacia la ciudad.

—Están preparando la defensa de Madrid—pensó—porque Navalcarnero no es favorable a los milicianos...

Bajó a la calle y ante la puerta vió que ponían en batería una pieza de artillería novecita.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—¡Váyase! Estamos en la zona de guerra...

¡La víspera había leído en los periódicos que se batían a gran distancia de allí.

Los moros y los legionarios de Varela se desplegaban en ese mismo momento por la orilla derecha del Manzanares, buscando hacia el noroeste el acceso más cómodo a la capital. Habían logrado penetrar hasta los terrenos de la Ciudad Universitaria.

Cuando el Gobierno español supo, momentos después, ese avance fulminante de Franco, se reunió el Consejo de Ministros. A pesar de las decisiones anteriores, se resolvió trasladar el Gobierno a Valencia. Se consideraba que Madrid estaba perdido, pero que perder la capital no era perder la guerra.

La noticia se propagó, pero con lentitud. Los madrileños continuaban escépticos. En la mañana del 7 de noviembre, un batallón de Franco hubiera podido penetrar todavía sin gran peligro hasta la Puerta del Sol. El efecto de sorpresa, unido a la impresión de-

primente de la partida súbita del Gobierno, hubiera entregado la capital a los rebeldes.

Nadie pensó en ello. La oportunidad de Franco no fué aprovechada. Y el momento pasó...

El generalísimo ordenó, en efecto, un descanso de cuarenta y ocho horas. Deseaba reagrupar sus fuerzas muy dispersas, quería ante todo organizar un desfile triunfal a través de Madrid. Actuó en político más bien que en militar.

La entrada en Madrid debía marcar para el mundo el fin de la resistencia de los republicanos y convenía prepararla en todos sus detalles. El general Mola, que había venido a toda prisa desde su cuartel general, marcharía a la cabeza y, una vez llegado a la Puerta del Sol, se instalaría ante un micrófono para revelar al universo el acontecimiento.

Se repartieron las invitaciones. En la ciudad, los simpatizantes preparaban sus trajes de fiesta. Los periodistas, enviados especiales y corresponsales extranjeros, recibieron los pases que debían darles acceso a la Puerta del Sol. La Guardia Civil recibió uniformes nuevos.

Ahora bien, cuando el Tercio quiso franquear el Manzanares y avanzar desde la Ciudad Universitaria y la Casa de Campo, no pudo. Los Regulares cayeron bajo fuegos cruzados de ametralladora. Desde hace dos meses no han podido avanzar. La entrada triunfal fué pospuesta *sine die*.

Una reacción imprevista se había producido en Madrid.

Ignorando toda la gravedad de la situación, no dándose cuenta de que los moros estaban a 80 metros del Paseo de Rosales, los habitantes de Madrid cayeron en brazos de la desesperación con la noticia de la partida del Gobierno. Y arrancaron los adoquines de las calles, levantaron barricadas y se salvaron por sí mismos. Cada calle fué un fortín; cada ventana, una tronera. La Junta de Defensa, a la que confió el Gobierno la suerte de la ciudad, se sintió galvanizada por ese ejemplo. Comenzaba el milagro.

En el mismo momento, llegó a Madrid un nuevo material de artillería. Los milicianos, que habían sufrido penuria de cañones, recobraron aliento. Esas piezas fueron montadas frente al Palacio de Oriente y en el Paseo de Rosales. Los artilleros bombardearon las baterías disimuladas bajo los árboles de la Casa de Campo y que la multitud creía colocadas a decenas de kilómetros de distancia.

La Junta de Defensa se organizó.

En la mañana del 7, el general Miaja, hombre taciturno, avaro de palabras, un católico fiel al juramento prestado a la República, llegó al Ministerio de la Guerra sin saber más que una cosa: que era necesario resistir.

Los centros sindicales habían asumido ya la dirección del "movimiento defensivo". Y se pusie-



El general KLEBER, jefe de la brigada internacional, que participó oportunamente en la defensa de Madrid.

ron de acuerdo con ese viejo imperturbable.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Quedarme aquí.

—En ese caso, cuente con nosotros...

Se emplazaron ametralladoras en todas las avenidas de la capital. Se prohibió la entrada y la salida. Un millón de hombres, de mujeres y niños fué amalgamado a la defensa.

En ese momento entró en acción la brigada internacional, contraatacando en la Ciudad Universitaria que estaba casi enteramente ocupada. Los milicianos, dominados por la emulación, se batieron como jamás lo habían hecho.

El ejército de Madrid, mejor armado, reforzado por la brigada internacional había alcanzado por otra parte, cierta calidad combativa que le ponía casi en pie de igualdad frente a los soldados profesionales.

Hasta entonces cada columna había tenido su vida propia, su reclutamiento azaroso, un desdén profundo por la disciplina. Pero la prueba del fuego, durante tres meses, había efectuado una selección severa. Los ineptos, los tibios, habían desaparecido. No quedaban más que los combatientes, las tropas de asalto, por darles algún nombre. Se había forjado el espíritu militar y se había establecido la cohesión, detestada hasta entonces. Esos hombres que se habían batido a la manera de los guerrilleros, sin aprovisionamientos ni reservas, habían aprendido por sí mismos el combate de tropa y descubrieron la táctica moderna en contacto con la brigada.

En tres días la Junta de Defensa disponía de elementos tan poderosos como los del general Franco...

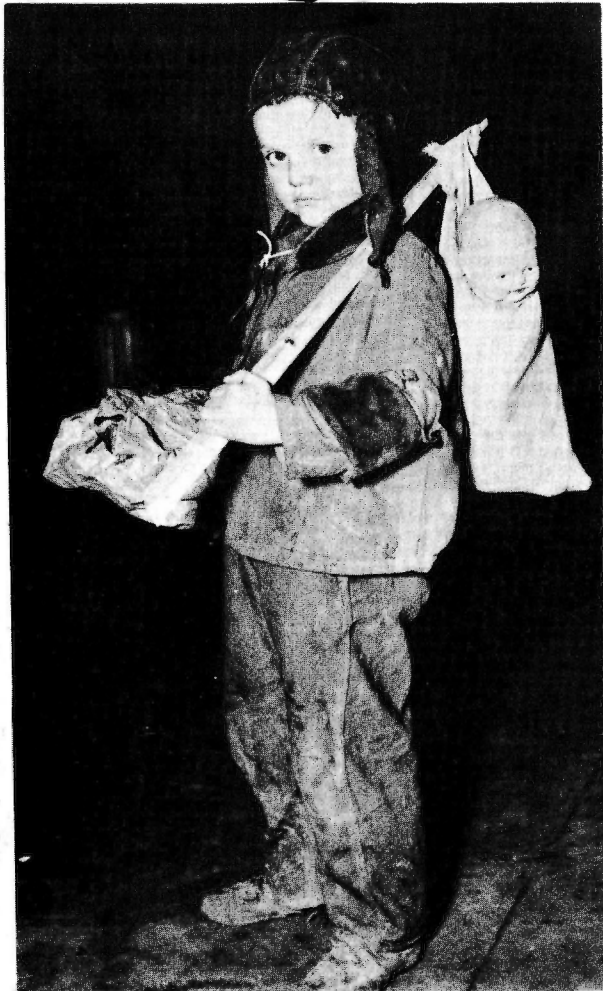
El minúsculo Manzanares no pudo ser franqueado.

¿Volverá a presentarse la ocasión perdida?

Es posible que el jefe rebelde tome un día a Madrid, después de largo trabajo. Pero la ocasión, la oportunidad de conquistar fácilmente la capital, se le escapó del 6 al 9 de noviembre pasado. Además, tomar a Madrid no es ya hoy terminar la guerra. Al retirarse, el Gobierno ha reservado un mañana a la difícil victoria de Madrid.

A los republicanos les quedaría solamente el Levante, es decir, una faja de territorio en la costa mediterránea. Pero eso es bastante para que la guerra fratricida dure hasta el verano próximo.

# ACTUALIDAD INTERNACIONAL



**LAS INUNDACIONES EN LOS ESTADOS UNIDOS.**—Aunque han cesado en estos últimos días, las inundaciones siguen causando sufrimientos sin cuento al pueblo norteamericano. He aquí un niño de Memphis (Tennessee), que se vio obligado a evacuar su casa, sin llevar más que lo puesto.



**EL "FUEHRER" ANTE EL REICHSTAG.**—Adolfo HITLER, Presidente y canciller del Reich alemán, pronunciando ante el Reichstag su discurso en el cuarto aniversario del establecimiento del régimen "nazi" en Alemania.



**MURIO EL INTERPRETE DE LA ENMIENDA PLATT.**—El famoso internacionalista norteamericano Elihu ROOT, ex secretario de Estado y premio Nóbel de la Paz, que acaba de fallecer en los Estados Unidos. Root dió oficialmente una interpretación a la Enmienda Platt, al declarar que no autorizaba ingerencias en las cuestiones interiores de Cuba.

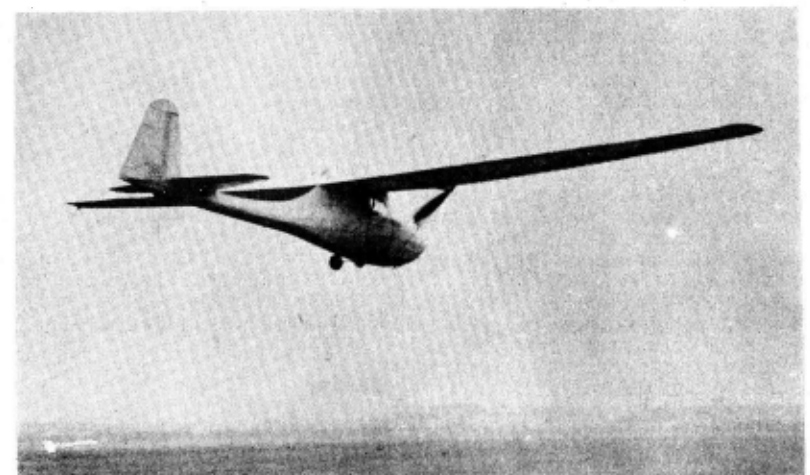
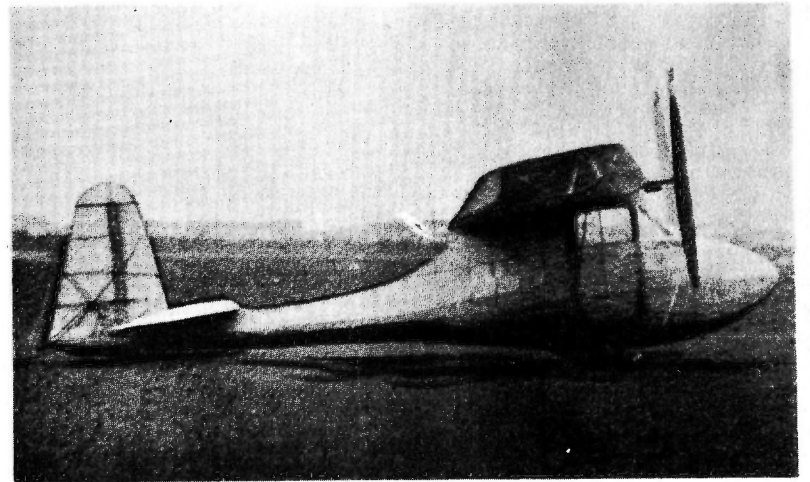


**EMBAJADORA REAL.**—La princesa MARIA, de Inglaterra, condesa de Harewood, que ha llegado al castillo de Ensfeld (Austria), para visitar a su hermano, el ex rey Eduardo, con objeto de informarle de las dificultades parlamentarias con que tropieza su inclusión en la lista civil.



**EL CONGRESO DE ESCRITORES Y ARTISTAS DE MEXICO.**—Presidencia del acto inaugural del Congreso de Escritores y Artistas, celebrado en México los días 17 a 23 de enero. La foto fué tomada en el momento en que pronunciaba el discurso de apertura el profesor Juan MARINELLO, ilustre poeta y escritor cubano. Figuran en la mesa el gran escritor norteamericano Waldo FRANK; el licenciado Luis RODRIGUEZ, secretario del Presidente Cárdenas, de México; el señor CHAVEZ-OROZCO, subsecretario de Educación; el músico Silvestre REVUELTAS; el profesor Gilberto BOSQUES; el periodista neoyorquino Joseph FREEMAN; la escritora VON WIEGHAN; el novelista MANCISIDOR y el pintor José JONES.

(Fotos International).



**EL AEROPLANO SIN MOTOR.**—Dos aspectos del avión movido por fuerza humana, que inventó el ingeniero italiano Eneas Bossi. Este aparato tiene una hélice movida por pedales como los de una bicicleta, y ha realizado ya con éxito sus vuelos de prueba en Milán.



# La Carta

He aquí uno de los cuentos más famosos que se han escrito en el mundo. Su autor, el gran novelista y cuentista inglés W. Somerset Maugham, es también afortunado autor dramático, y ha extraído de algunas de sus narraciones—como “Lluvia” y “La Carta”, que ahora ofrecemos a nuestros lectores—dramas internacionalmente aplaudidos. “Lluvia” y “La Llama Sagrada”, otro de sus dramas, así como algunas de sus novelas—“El Velo Pintado” y “La Humana Bondad”—han sido también llevadas al lienzo cinematográfico en films de todos conocidos. Somerset Maugham, sin disputa, es uno de los mejores autores contemporáneos, y ésta, sin duda, una de sus mejores obras.



ABRE la calle, el sol irradiaba implacablemente sus rayos. Automóviles, ómnibus, camiones, coches particulares y de alquiler, rodaban a toda velocidad sobre la calzada obstruida, haciendo ulular sus bocinas. Las literas se deslizaban a través de la muchedumbre, y los coolies jadeantes ya no tenían aliento más que para apostrofarse: doblados bajo sus pesadas cargas, trotaban de lado, gritándoles a los transeúntes que se apartaran. Los vendedores ambulantes pregonaban a grito herido su pacotilla. Y es que del *tamil* negro al chino amarillo, todas las razas se codean en Singapur, y armenios, malayos, judíos y bengalíes, mezclan allí sus roncacas voces.

En el estudio de los señores Ripley, Joyce y Naylor, reinaba una silenciosa frescura, y la penumbra y la tranquilidad contrastaban con la luz y la trepidación de la calle polvorienta. El señor Joyce hallábase sentado a su mesa, bajo la ducha de aire helado del ventilador eléctrico. Echado hacia atrás, con los codos apoyados en los brazos de la butaca y las puntas de los dedos unidas, fijaba la mirada en los amarillentos legajos de informes jurídicos amontonados en un largo estante, así como en una papelería en que se hallaban alineadas cajas japonesas de estaño, sobre las cuales destacaban en letras policromas los nombres de los clientes.

Tocaron a la puerta.

—Adelante.

Un pasante chino, pulcramente vestido de blanco, entró.

—Ahí está el señor Crosbie, señor.

Hablaba un inglés impecable, pronunciando distintamente cada palabra, y con frecuencia la riqueza de su vocabulario había sorprendido al señor Joyce. Cantonés de origen, Ong Chi Seng había estudiado Derecho en Grays Inn, y llevaba a cabo una pasantía de dos años en el estudio de los señores Ripley, Joyce y Naylor, antes de establecerse por su cuenta. Laborioso y aplicado, su corrección y su servicialidad no conocían desfallecimientos.

—Hágalo pasar,—dijo el señor Joyce.

Levantóse para estrechar la mano del visitante y le rogó que se sentara. El recién llegado quedó en plena luz mientras el rostro del señor Joyce permanecía en la sombra. El señor Joyce era naturalmente silencioso y, durante cerca de un minuto, examinó a Roberto Crosbie sin decir palabra. Crosbie,—un hombracho de más de seis pies de estatura, de espaldas poderosas—era plantador de caucho. Las largas marchas a través de su plantación y la práctica del tenis,—que era su distracción habitual después del trabajo diario,—le daban un aspecto deportivo. El sol le había tostado;

sus pies calzados con zapatos de punta cuadrada y sus manos velludas parecían enormes, y el señor Joyce se puso a pensar que un golpe de aquel puño podía aplastar sin trabajo a un frágil *tamil*. Pero sus ojos azules, de mirada cándida, no tenían nada de duros, y su fisonomía honrada y vulgar respiraba lealtad y franqueza. En aquel momento, una expresión de profunda angustia trastornaba sus rasgos.

—No parece usted haber dormido estas últimas noches,—dijo al fin el señor Joyce.

—En efecto.

El señor Joyce observó entonces el viejo sombrero de anchas alas que Crosbie había dejado sobre la mesa, y siguió haciendo desfilarse bajo sus ojos el corto pantalón de tela kaki que descubría sus rodillas, la camisa de tenis de cuello abierto y sin corbata y la americana polvorienta, cuyas mangas estaban recogidas; todo, en su visitante, denunciaba la fatiga de una larga marcha. La frente del señor Joyce se ensombreció.

—Hay que tener ánimo, amigo mío. Este no es el momento de perder la cabeza.

—¡Oh! Me siento perfectamente tranquilo.

—¿Vio a su mujer hoy?

—No: la verá esta tarde. Es un escándalo sin nombre el que la hayan encarcelado.

—No se podía hacer otra cosa,—observó el señor Joyce en su plácido tono.

—Creía que la dejarían en libertad bajo fianza.

—El caso es grave.

—¡Es una vergüenza! Ella hizo lo que cualquier mujer honrada en su lugar. Sólo que, nueve veces de diez, las mujeres no se atreven... Leslie es de la mejor pasta del mundo: no le haría daño a una mosca. Hace doce años que estamos casados, querido: ya pensará usted si la conozco... ¡Pardiez! Si hubiera sido yo el que se encontró con ese miserable, le habría roto la crisma, lo habría matado sin un minuto de vacilación. ¿Y usted también, verdad?

—Todo el mundo está a su lado, amigo mío. Nadie piensa en excusar a Hammond. Sacaremos a la señora Crosbie. Juez y jurados entrarán en el tribunal dispuestos de antemano a un veredicto absolutorio.

—Todo el proceso no es más que una comedia,—interrumpió Crosbie con violencia.—En primer lugar, ella no debió ser encarcelada jamás, y luego, después de lo que esa pobre mujer ha sufrido, infligirle también la humillación de la Audiencia, es demasiado. Todas las personas con quienes me he encontrado, hombres o mujeres, desde mi llegada a Singapur, creen que Leslie se hallaba estrictamente en su derecho. El haberla encarcelado es inculcable.



# POR W. Somerset Maugham

· VERSIÓN de A. NÚÑEZ-OLANO ·

—La ley es la ley. Después de todo, ella ha confesado que mató. Es terrible y lo siento de todo corazón por los dos.

—Yo no cuento,—interrumpió Crosbie.

—Se ha cometido un homicidio de todos modos y, en una sociedad civilizada, la Audiencia es inevitable.

—¿Es un homicidio aplastar a un animal dañino? Ella lo mató como hubiera matado a un perro rabioso.

El señor Joyce se recostó nuevamente en su asiento y tornó a juntar la punta de sus dedos, a la manera de las vigas de un techo. Durante un momento, guardó silencio.

—Faltaría a mi deber de abogado,—dijo al cabo con voz tranquila y con los ojos fijos en su cliente,—no previniéndole de que hay un punto que me inquieta bastante. Si su mujer no hubiera disparado más que una vez sobre Hammond, el asunto no ofrecería ninguna dificultad. Desgraciadamente, hizo fuego seis veces.

—Su explicación, sin embargo, es muy sencilla. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

—Evidentemente. Y desde luego, esa explicación me parece muy plausible. Pero de nada sirve cerrar los ojos. Siempre ha sido una buena táctica ponerse en el lugar de los demás, y no le ocultó que, si fuera yo el encargado de la instrucción, ése sería el principal objeto de mis investigaciones.

—No tiene importancia, querido amigo.

La mirada del señor Joyce se heló, en tanto que la sombra de una sonrisa pasaba por sus afeitados labios. Aquel excelente Crosbie, en verdad, carecía de perspicacia!

—Probablemente no,—prosiguió el abogado.—Sólo he tratado de atraer su atención hacia ello. Ahora, ya no tiene que esperar mucho. Y cuando todo haya acabado, le aconsejo que se vaya a dar un viajecito con su mujer y que trate de olvidar lo ocurrido. Aunque la absolución no deje sombras de duda, un asunto de esta clase es siempre una dura prueba.

Por la primera vez, una sonrisa distendió los rasgos de Crosbie. Su rostro pareció transformarse.

—Creo que yo lo necesitaré más que Leslie,—dijo.—Ella ha sufrido el golpe con una entereza extraordinaria. ¡Pardiez! ¡Puede decirse que es una mujercita valiente!

—Me ha sorprendido tanto dominio sobre sí misma, en efecto. Jamás habría imaginado en ella tanta fuerza de resistencia.

Como abogado de la señora Crosbie, el señor Joyce había tenido frecuentes entrevistas con ella desde su encarcelamiento. A pesar de las facilidades que se le concedían, ella se encontraba en prisión, acusada de homicidio, de todos modos, y hubiera sido natural que se mostrara nerviosa. Pero no era así: parecía soportar la prueba con serenidad. Leía mucho, aprovechaba todas las ocasiones para hacer ejercicio y, por un favor especial, trabajaba en el cojín bordado que desde hacía mucho tiempo ocupaba sus ocios. El señor Joyce admiraba el constante cuidado de su aspecto, su cabellera bien ondulada, sus uñas impecables. Conservaba toda su sangre fría; hasta bromeaba a veces acerca de las molestias de

su crítica situación, y hacía la impresión de que sólo una perfecta educación le impedía poner de relieve el lado cómico de la misma. El señor Joyce no salía de su asombro.

La conocía desde larga fecha. Cuando ella venía a Singapur, comía siempre en casa de los Joyce, y había pasado uno o dos *week-ends* con ellos, en el *bungalow* que poseían a orillas del mar. Por su parte, la señora Joyce había estado dos semanas en la plantación, y allí se había encontrado muchas veces con Geoffroy Hammond. Los dos matrimonios, pues, mantenían relaciones excelentes, si no íntimas, y fué por ello por lo que Roberto Crosbie corrió inmediatamente después de la catástrofe a Singapur, a rogarle al señor Joyce que se hiciera cargo de la defensa de su desgraciada esposa.

La señora Crosbie mantuvo sin variarla en el más mínimo de los pormenores, la versión del hecho que le dió al abogado en la primera entrevista de ambos. Algunas horas después del drama, la había expuesto con la misma sangre fría que ahora, de una tirada y en un tono perfectamente objetivo. Sólo un fugitivo rubor, a la evocación de ciertos particulares, había traicionado alguna emoción de su parte.

Graciosa, más que bonita, la señora Crosbie podía tener unos treinta años, y aunque era un poco endeble—los tendones de sus manos acusábanse bajo su piel, muy blanca y cruzada de finas venas azules,—advertíase la delicadeza de sus ligamentos. Su carne era de color mate; sus labios pálidos e indeciso el color de sus ojos. Sus abundantes cabellos, de un tostado claro, mostraban ligeras ondas: poca cosa les habría convertido en encantadores, pero costaba trabajo imaginar a la señora Crosbie recurriendo a artificios. Cierta timidez parecía cohibirla y perjudicaba sus éxitos en sociedad. La vida solitaria de los plantadores explicaba esa torpeza; pero no obstante esto, revelábase como muy simpática en su ambiente intelectual. La señora Joyce, al regresar de su temporada en casa de ella, le había declarado a su marido que Leslie recibía lo mejor del mundo. Tenía—decía ella—más personalidad de lo que se pensaba, y cuando se llegaba a conocerla, uno quedaba sorprendido de la cultura que denotaba su conversación. Era, en verdad, la última mujer a quien uno hubiera creído capaz de un homicidio.

El señor Joyce despidió a Roberto Crosbie con palabras consoladoras y, solo de nuevo, tornó a la lectura del sumario. Fué algo maquinal, porque todos sus pormenores le eran familiares. De Singapur a Penang, el caso apasionaba los clubs y los salones de la península.

Los hechos que relataba la señora Crosbie eran sencillos. Aquella noche, su marido había ido a Singapur, a negocios, y ella debía permanecer sola hasta su vuelta. Comió tarde, a las nueve menos cuarto; luego fué a instalarse en el salón, para trabajar en su bordado. Dicho salón daba a la galería y no había nadie en la casa: los *boys* dormían en un edificio separado y acababan de retirarse. Por tanto, oyó con gran sorpresa que la arena del jardín crujía ba-

(Continúa en la Pág. 49)





# INSTANTANEAS.



Maruja GONZALEZ, la aplaudida primera triple cantante, que actúa con éxito en los principales teatros de La Habana, después de conquistarse aplausos y elogios en Madrid.

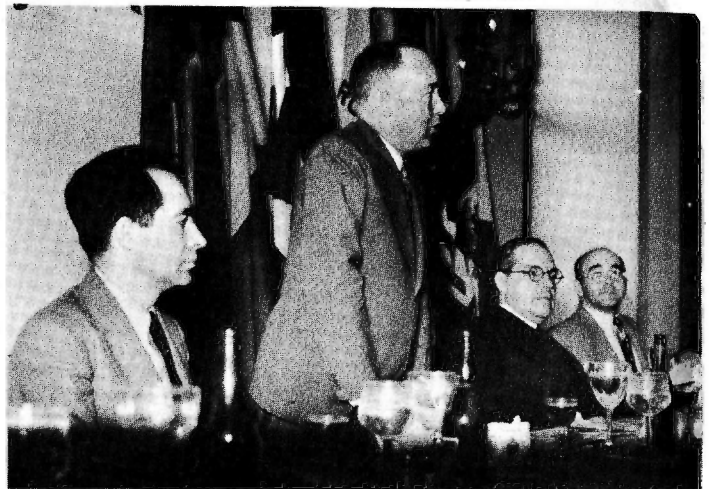


EL TORNEO MUNICIPAL DE AJEDREZ.—El ex campeón mundial de ajedrez, José Raúl CAPABLANCA, y el alcalde de La Habana, doctor BERUFF MENDIETA, inaugurando el campeonato de ajedrez que se efectúa en los salones del Municipio. Por la organización de este campeonato merecen calurosas felicitaciones el señor Beruff Mendieta y las personas que con él han cooperado.

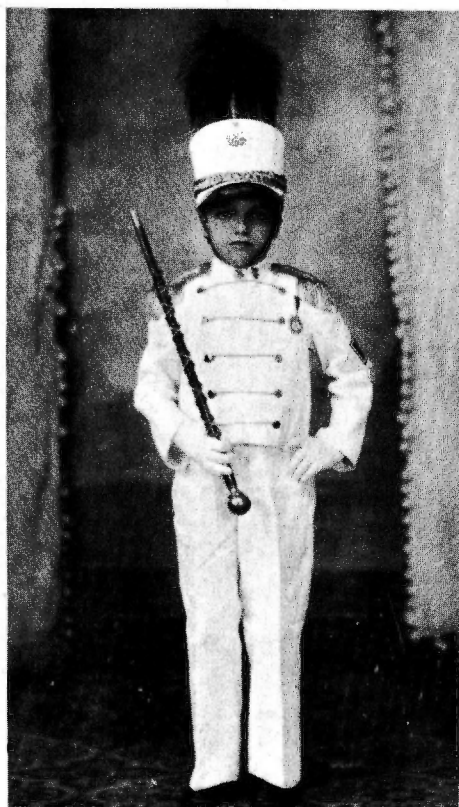


EL HOMENAJE A LOS ESPOSOS FARELLI-BOVI.—El maestro Cav. Arturo BOVI dirigiendo el coro que tomó parte en el homenaje rendido a los esposos Farelli-Bovi, al cumplirse los veinte y cinco años de la fundación de su conservatorio.

(Fotos Funcasta).



RUIZ WILLIAMS EN EL ROTARY CLUB.—El ingeniero Enrique RUIZ WILLIAMS, ex secretario de Obras Públicas, explicando ante el Rotary Club de La Habana su magno plan de expansión del turismo. Este plan, dado a conocer por CARTELES, es una obra admirable que puede reportar a Cuba enormes beneficios si se le pone en práctica de acuerdo con las recomendaciones de su autor.



LA EXPOSICION MABARAK EN LA CULTURA FRANCESA.—Concurrentes al acto inaugural de la exposición de cojines de la señorita Magda MABARAK, efectuado en los salones del Circulo de Amigos de la Cultura Francesa. Los elegantes trabajos artísticos de la señorita Mabarak han llamado poderosamente la atención.

Rafael BRITO ORAMAS, tambor mayor de la Banda Rítmica Infantil del Instituto Edison, que tantos aplausos conquistó en la parada escolar del Día de Martí.

La señorita Quika HART Y VILLAR, hija de nuestro distinguido amigo el doctor Frank E. Hart, que ha obtenido brillantes triunfos académicos a los 15 años de edad. (Foto Merayo).



# Actualidad NACIONAL



**EL BALNEARIO DEL INSTITUTO CIVICO MILITAR.**—El Presidente de la República, señor LAREDO BRU; el Cor. Fulgencio BASTISTA, jefe del E. M. del Ejército, y otras autoridades y oficiales, en el acto de la firma de la escritura para la construcción del balneario del Instituto Cívico Militar.



(Foto David).



**Paulina SINGERMAN**, la aplaudida primera actriz cómica argentina, que celebrará su beneficio el jueves 11, en el teatro Principal, con un programa pleno de atractivos. (Foto Torres).



**HUESPED DISTINGUIDO.**—El conocido director de la First National-Warner Brothers, Archie MAYO, en "pose" de "relax" en el Balneario de la Concha. De izquierda a derecha: MAYO, Al LEVY, doctor MELTZ, Joe FISHER, Lloyd WELL, Herbert LOUDHEIM y Harry STEINBERG.



**LA CRISIS DE LA CAMARA.**—El doctor Carlos MARQUEZ STERLING (a la izquierda), escritor e investigador distinguido y uno de nuestros políticos de mayor cultura y talento, que renunció la presidencia de la Cámara de Representantes. A la derecha, el doctor Antonio MARTINEZ FRAGA, representante conservador, electo presidente de la Cámara por la nueva mayoría que se formó para destituir al doctor Miguel Mariano Gómez.

**UN ACONTECIMIENTO TEATRAL.**—Pepita DIAZ DE ARTIGAS (a la izquierda), la eminente primera actriz española, que visitará La Habana en el próximo otoño con la Compañía Díaz de Artigas-Collado. Esa gran temporada de arte será presentada en esta capital por el prominente empresario y hombre de negocios mexicano señor Ricardo TOLEDO (a la derecha), a quien debe nuestro público varios espectáculos de primer orden.



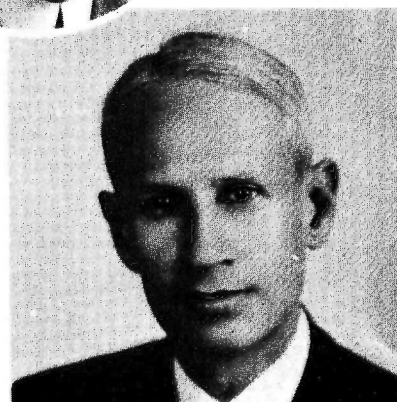
**EN DISPONIBILIDAD.**—El señor Orlando FREYRE, ministro de Cuba en el Perú, que ha sido llamado a La Habana y puesto en disponibilidad.



**A WASHINGTON.**—El doctor Pedro MARTINEZ FRAGA, ministro en Londres, que ha sido trasladado a Washington con categoría de embajador. El señor Martínez Fraga es el más joven de todos los embajadores que ha tenido Cuba.



**A MEXICO.**—El licenciado Guillermo PATTERSON, embajador de Cuba en Washington, que ha sido trasladado a México.

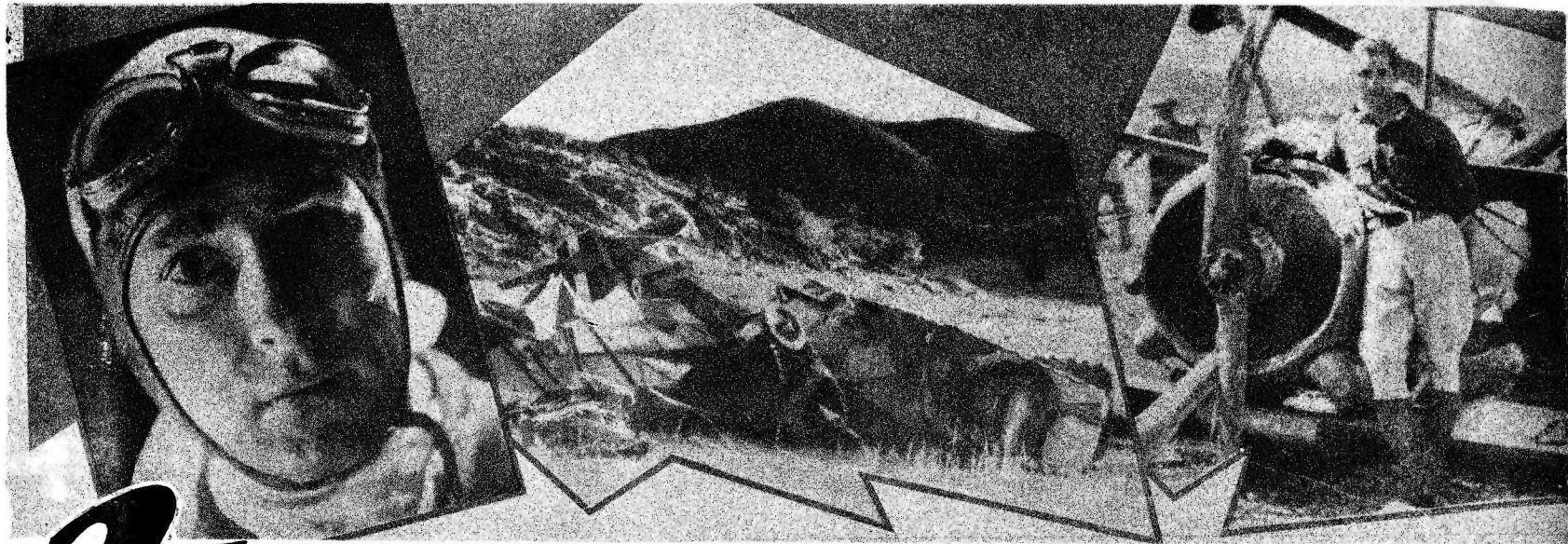


**A LONDRES.**—El doctor Guillermo DE BLANCK, ministro en Suiza, que ha sido trasladado a Londres. (Fotos Funcasta).



**EMBAJADOR EXTRAORDINARIO.**—El general Carlos GARCIA VELEZ, embajador de Cuba en México, que ha sido designado jefe de la embajada extraordinaria que enviará Cuba a la coronación del rey de Inglaterra.





# Yo VIVO DE LO QUE

**P**ROBABLEMENTE, la primera impresión que le produciré a usted, lector, con estas confidencias, es la de que soy un solemne embustero, porque hay cosas que lindan con el absurdo, si no caen francamente en él, y mi profesión es una de ellas; mas pondrá usted la cara seria cuando conozca varios detalles espeluznantes de la misma, que muy gustosamente le ofreceré, y una vez que eche la vista encima a las fotos que acompañan estas líneas ya no le quedarán dudas de que seré todo lo orate que se pretenda, pero no un "mitropráctico"...

Soy actor de cine, sí, señor; aunque nadie haya visto jamás un *close-up* de mi rostro. No pertenezco al estrellato, pero tampoco formo entre los extras, y, en ocasiones, las "estrellas" me ceden el paso, porque se reconocen incapaces de interpretar cumplidamente los roles en que yo me luzco: importantes y movidos—sobre todo movidos,—si los hubo, como lo prueba la siguiente lista de alteraciones anatómicas que experimentaré en el curso de mi trabajo: tres fracturas de los huesos de la nariz, tres de los craneanos, veintiocho de las costillas, cuatro dislocaciones del cuello, siete fracturas de la pierna y pie derechos, cuatro de la pierna y pie izquierdos, catorce de ambos brazos y manos, dos del pecho, una de la cadera y dos de los huesos del cuello.

En resumen: soy el señor que a bordo de un avión se lanza contra tierra, da varias vueltas de campana (o no, según ordene el director) al chocar y, finalmente, destrozase con gran ruido y entre una imponente nube de polvo y de humo... El mismo que decena de veces ha contemplado usted desde una cómoda luneta huir perseguido por otro pájaro de guerra, en las bélicas escenas, o por la tempestad, cuando representaba el papel de piloto del correo aéreo, que, de viejo es sabido, hace bueno su *slogan*: "¡El Correo tiene que pasar!", cumpliendo su cometido a diario, llueva, truene o relampaguee.

Cuarenta y seis veces he confirmado las leyes de la caída de los cuerpos y sentido deshacerse súbitamente bajo mi humanidad el tren de aterrizaje de mi aparato, su barquilla y sus alas, volar hechas cisco las esferas de la pizarra de controles y, algunas, muy

*¿Recuerda usted "Alas", lector, y "El águila y el halcón", películas cuya acción se desarrollaba durante la Gran Guerra? Pues el autor de este trabajo es el atrevido piloto que tripulaba los aviones aquellos que se desbarataban contra la tierra entre una gran nube de polvo y de humo, víctimas del ataque de sus adversarios. Vive—aunque algo deteriorado,—y nos relata en las siguientes líneas sus impresiones.*

pocas realmente, merced a las precauciones que aprendiera a tomar, perderme, por un cabello, los cristales del altímetro y del velocímetro o del indicador de inclinación mientras se quebraba bruscamente la faja de protección que me ceñía al asiento... Cuarenta y seis, descompuestas en la siguiente forma: treinta y cuatro voluntarias, calculadas y... cobradas, y doce absolutamente inesperadas, involuntarias. Este año me esperaré seis más y sabe Dios solamente cuántas en lo venidero. Claro es que bastará el más pequeño olvido, un infimo error de cálculo, para que pague con algo más que con unos cuantos huesos rotos, pero mientras tanto, existo, más todavía, vivo, y lo bailado, como la gente dice, ¿quién me lo quita? Aparte de que tengo una gran confianza en mí mismo, basada en la preciosa ex-

periencia que he ido acumulando a fuerza de tiempo y de caídas, y no se me llame vanidoso por esto: algo tendrá el agua cuando la bendicen, y algo habrá archivado en su meollo un señor para arrojarse contra el suelo cuarenta y seis veces y salir del paso indemne o con unos cuantos parchecitos sobre la piel. Algún día, sin embargo, me llegará el turno de no incorporarme más, a raíz de un choque... Cuando lea usted de ello en su periódico, veinticuatro horas más tarde, diga para su capote: "¡Bah: un bobo menos!", y vuelva la hoja. Ese será mi mejor epitafio.

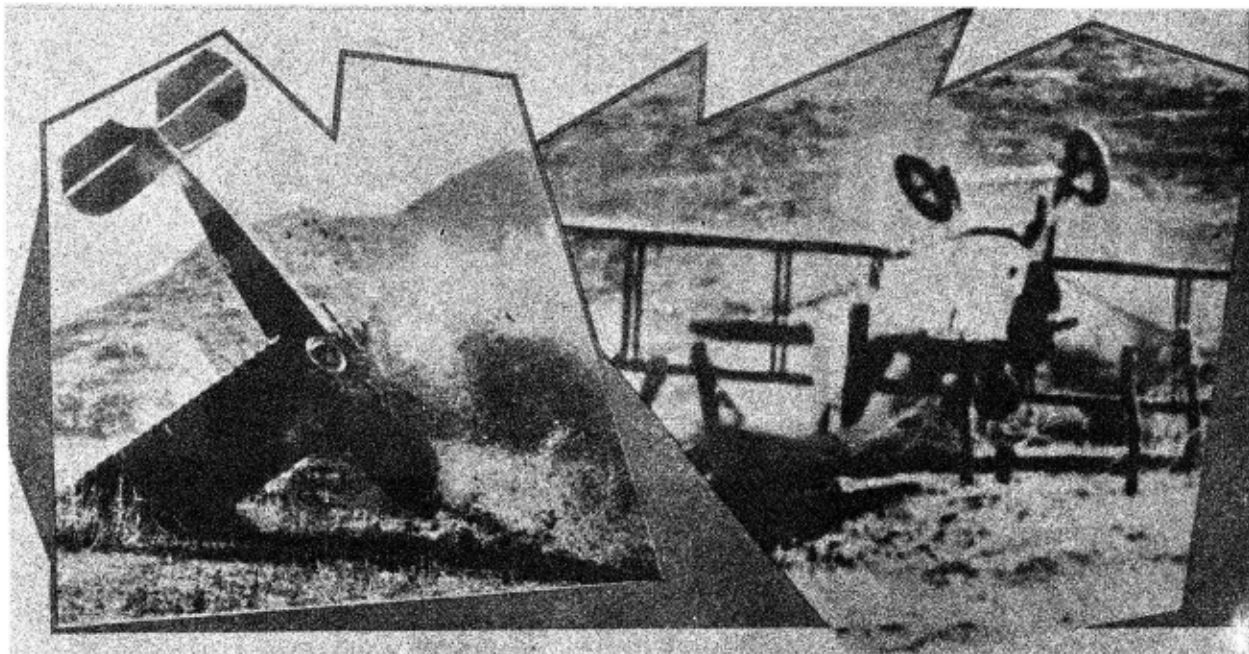
Lo malo es que esta profesión mía, que sólo yo ejercito en el mundo, me ha dotado de un complejo de inseguridad, de un desasimilamiento hacia todo, que a veces me asusta...

Ahora, por ejemplo, he compra-

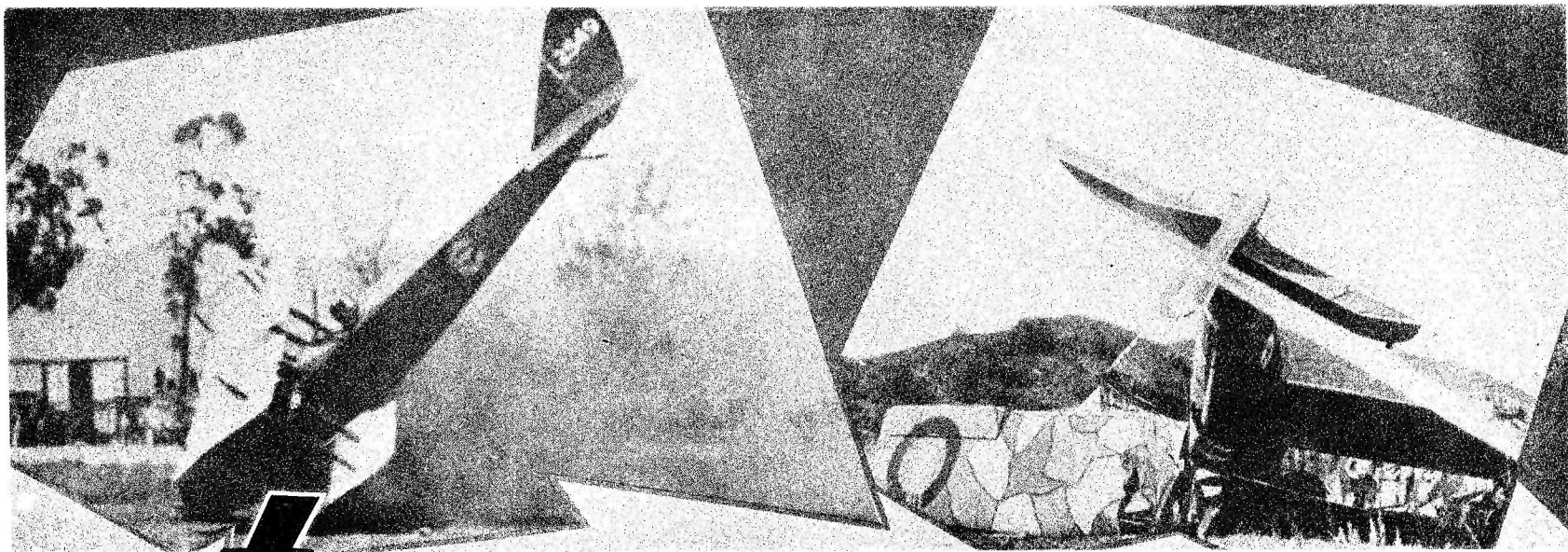
do un hermosísimo rancho en el valle de San Fernando, cercano a un aeródromo desde el cual he partido para innumerables vuelos. Pues bien: no puedo gozario, conforme son mis deseos. Lo miro extasiado; contemplo los sitios en que sembraría mis árboles predilectos. Me digo: "¡Qué delicioso sitio para reposar, leer, dormir, conversar con una persona amiga!", al descubrir un rincón sombrío, de mullido césped y desde el que se domina espléndido panorama; mas no puedo realizarlo: no me concibo haciendo nada de eso. He llegado a olvidar el sabor del descanso, de la vida fácil, el sentido de la perennidad, sobre todo. ¡Eso es lo que mi disparatado género de trabajo ha hecho por mí!

\*  
Hace quince años que yo empecé a destrozarme aeroplanos a propósito.

No se crea que era un novicio entonces, como piloto, ni mucho menos. Había volado considerablemente y dado la cara a situaciones de esas que lo encanecerían a uno en pocos minutos, si no fuera porque la teoría de que el dolor y la zozobra emblanquecen los cabellos es pura filfa. Hablé con Ben Jackson, *manager* para la producción de la casa Fox, y







# otras + MUEREN

## POR DICK GRACE

VERSIÓN de J. R. CHENARD

dijele que estaba seguro de poder destrozarse un avión en el espacio señalado de antemano, sin que ello me costara heridas ni fracturas de importancia. Me creyó loco, al principio; pero tanto insistí y tan poderosamente intervino en mi favor el recuerdo de pasadas aventuras corridas juntos, en las que, con vistas a la obtención de películas, tuvimos que habérmolas—llevando yo la peor parte, naturalmente, porque no en vano era el ayudante,—con tigres, leones y leopardos, descensos de aeroplano a toda velocidad y caídas de rascacielos, que al fin accedió. Tenía fe en mí...

Lo persuadí de que podía realizar el trabajo. Necesitaban precisamente por aquellos días algo sensacional en el sector en que debía especializarme seguidamente y yo me encargué de escenificarlo. Tratábase de caer a peso muerto, destrozarse con el choque las ruedas del tren de aterrizaje y, dando una vuelta completa, hacer que el avión quedara reposando sobre su espalda.

Seis veces había ya gustado la sensación de caer y besado el suelo sin pretenderlo. Ahora debía probar mi aserto—hecho un poco a la ligera. ¡Se nada tan bien en seco!—de que podía destrozarse

un aeroplano espectacularmente y con toda seguridad por lo que al piloto hacía.

Mucho aprendí con esa primera experiencia... Cuando llegó a tierra mi barco lo hizo con más velocidad de la calculada; oí cómo todo se rompía con un sonido peculiar de astillamiento; algo cantó vibrando al pasar junto a mi rostro, en el instante que la fuerza del impacto me precipitaba hacia adelante; perdí el aliento y, en posición invertida, como al través de una cortina de niebla, vi al motor desprenderse de su alvéolo. No obstante, todo aconteció conforme a lo convenido: el choque habíase verificado a veinte pies de la cámara. Sobreponiéndome al estado nervioso que me dominaba, abandoné sin prisa la barquilla en escombros y, haciendo una inclinación salutarior y bastante teatral a cuantos pre-

senciaron el desastre, subí a mi vetusto Ford modelo T y me dirigí a casa: un cuarto de cinco dólares a la semana, única forma de habitación que pudiera pagar con mis hasta entonces problemáticos ingresos...

Poco después encontré lo que había vibrado al pasar cerca de mí: un pedazo de paleta de la hélice, en forma de daga, y de un pie de largo. Saltó con violencia tal que atravesó mi chaqueta de cuero sin advertirlo yo, a menos de tres pulgadas del corazón, y se enterró profundamente en el respaldo del asiento, pese a estar constituido éste por una plancha de acero.

La impresión me produjo fatiga, literalmente, mas ¡de cuánto me sirvió! Porque me enseñó que debía cuidar especialmente de fijar todo aquello que debía llevar en mi torno, para reducir el número

de elementos de peligro a la hora del choque.

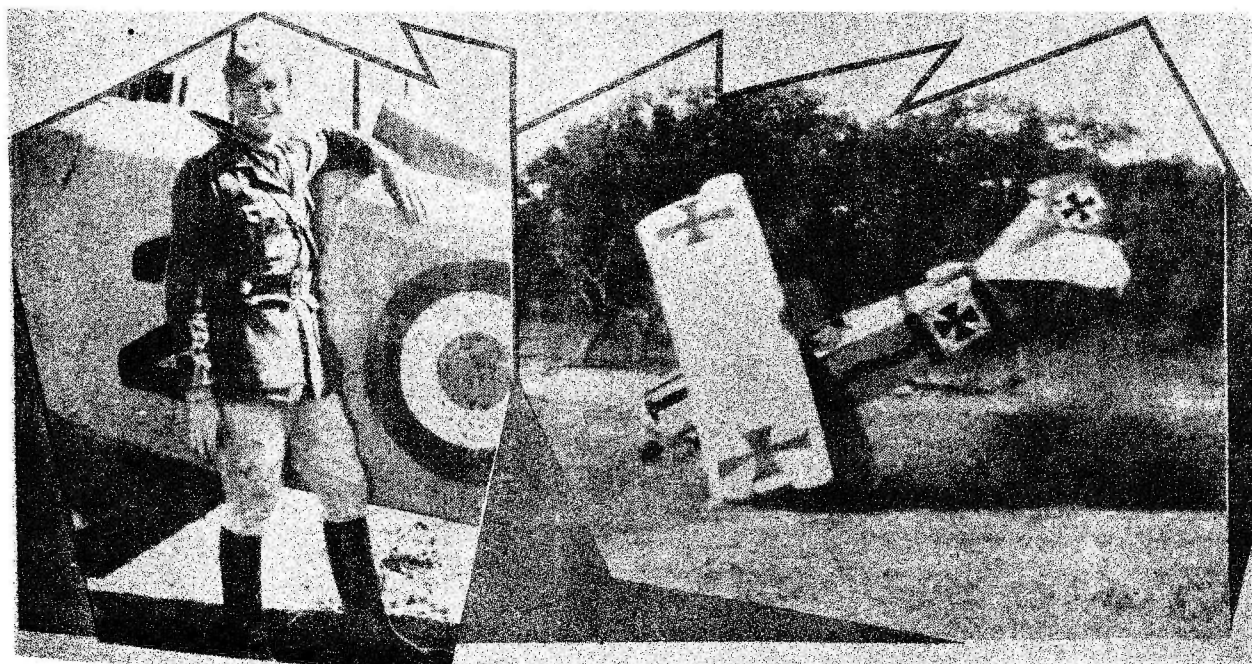
Sobre otros dos factores fijé la atención. Primero: la faja de adhesión al asiento, que debía ser variada radicalmente, a fin de que, lejos de estrecharme en un abrazo que podía ser mortal, significara un auxilio, y, segundo: la dieta, que he ido mejorando a partir de aquellos días hasta llegar al perfeccionamiento obtenido hoy, en que los últimos alimentos los ingiero la noche antes (té, café, cocoa o chocolate) y la mañana del día de mi caída, consistente éste en un vaso de jugo de naranjas. Nada más práctico, porque muchas veces la brusca detención originada por el tope-tazo hace que el estómago se pliegue contra la columna vertebral, ni más ni menos que una vejiga, y en tales casos más vale que la vejiga se encuentre vacía.

También he aprendido a manejarlas de modo que el primer encoronazo lo verifico con el ala derecha, porque de hacerlo con la izquierda podría provocar alteraciones de orden visceral: cuestión de segundos, pero el corazón no puede parar en su continuo batir ni durante segundos siquiera. Y el corazón se halla del lado izquierdo...

Hoy, al despegar, tengo la pequeña satisfacción de suponerlo todo previsto. Ni un cristal espejea a mi alrededor, en la barquilla; todos los he sustituido por mica. El cinto que me ciñe el tórax está fabricado de tal manera que se rompe cuando la presión llega a determinado número de libras, y el pequeño tanque al cual hago servir, en lugar del perteneciente al aparato, no contiene más que el número de litros de esencia necesario para el vuelo; así no tengo que admitir la posibilidad de un incendio por haber olvidado cortar la ignición a su tiempo, o algo semejante.

Restan los imponderables... De acuerdo. Trato de darles cara con ánimo entero, y me parece que hasta ahora voy muy bien así. Por ejemplo, volando cierta vez sobre las boscosas montañas de Santa Cruz, el motor de mi avión se detuvo, frío. No había que pensar en aterrizaje forzoso; solamente copas de enormes árboles y farallones percibían, e imperfectamente, mis pupilas... Me las compuse, sin embargo, pese a todo, para alcanzar el sitio designado.

(Continúa en la Pág. 49)







I

A HABANA vuelve a tener la oportunidad de escuchar a uno de los pianistas hispanoamericanos de mayor relieve, el chileno Armando Palacios, actualmente en la plenitud de su brillante carrera artística. En 1925 hizo su primera presentación ante nosotros, en cuatro conciertos con la cooperación de la Orquesta Sinfónica de La Habana. Desde entonces, su meritísima labor en el piano ha cosechado aplausos en las principales ciudades de Hispanoamérica y de Europa, situándolo entre las figuras más representativas del arte en nuestro continente. Huésped hoy del maestro Lecuona, al lindo departamento de nuestro gran compositor y pianista va a buscarlo nuestro deseo de ofrecer a los lectores de CARTELES un resumen de sus actividades artísticas.

—Despierta la vocación desde los primeros años—comienza a decirnos, con su característico dejo natal—inicié mis estudios musicales serios a los quince años, en Santiago de Chile. Luego me tras-

*Primera presentación en La Habana.—El Premio Mendelssohn.—Un concierto en Berlín.—Valores musicales de Hispanoamérica.—La preferencia por Schumann y Debussy.—El máximo pianista.—Una primera audición en Cuba.—Lima, ciudad de la música.—Condecoraciones.—Una gran pianista hispanoamericana.*

## por ARTURO RAMÍREZ

ladé a Alemania y en el Conservatorio de Berlín cursé estudios hasta diplomarme, teniendo como maestro al profesor Rossler. Después perfeccioné con una de las grandes glorias del piano, Ferruccio Busoni.

Entre los múltiples honores que le ha valido el cultivo de sus brillantes facultades, Palacios gusta señalar—y lo hace con comprensible emoción evocativa—el Premio Mendelssohn, que le fuera otorgado al concluir sus cursos en Berlín, por unanimidad.

—¿Su primera presentación?

—A los veinte años, con la Orquesta Filarmónica de Berlín.

Tras esa honrosa prueba, el jo-

ven concertista realizó una jira por Austria, Hungría, Polonia, Francia, Bélgica, Suiza y otros países europeos, reuniendo encomiásticas celebraciones de la crítica.

—Concluida esa *tournee* inicial—prosigue informándonos—retorné a la América del Sur. Me he presentado en casi todas nuestras grandes ciudades, de Buenos Aires a La Habana, ofreciendo también conciertos todos los años en las salas europeas.

II

La charla se extiende en consideraciones sobre el ambiente artístico hispanoamericano, y el jo-

ven gran pianista nos señala los valores que considera más representativos del arte musical en Hispanoamérica: en Uruguay, Fabini; en Colombia, Uribe Holguín Antonio M. Valencia; en Perú Sánchez Málaga, Alfonso de Silva; en Venezuela, Juan M. Plaza; en Brasil, Héctor Villalobos, al que considera entre los primeros del mundo; en Chile—donde anota un notable florecimiento artístico—Humberto y Adolfo Allende, Domingo Santa Cruz, Alfonso Leng; en Cuba, Lecuona, que goza de gran prestigio continental y del que cuenta en su repertorio pianístico dos danzas, la famosa *Malagueña* y *Ahi viene el chino*.

—*Malagueña*, — dice — la tengo grabada en Alemania, acoplada con *En alas del canto*, de Mendelssohn.

A nuestra pregunta sobre su preferencia para la interpretación al piano responde que la siente por todo lo bueno; pero luego muestra cierta predilección por Schumann y Debussy.

—El primer pianista del mundo, en su opinión, ¿quién es?—interrogamos de pronto.

Sonríe, y reconsidera antes de responder:

—Es arriesgada cualquier respuesta. Puedo decir, sí, que me agrada sobre todos Gieseking, el gran ejecutante alemán.

III

Armando Palacios ofreció el domingo un concierto en el Principal de la Comedia, con la Orquesta Sinfónica de La Habana, dirigida por el maestro Gonzalo Roig, obteniendo un rotundo éxito artístico. En marzo—a su regreso de los Estados Unidos, a donde va ahora a cumplir contratos—será presentado por Pro Arte, también con la Orquesta Sinfónica.

—Ofreceré una primera audición en Cuba—nos indica.—Variaciones sinfónicas de Frank... Tenía vivos deseos de volver a La Habana; de mis recitales en 1925 guardo buen recuerdo.

—¿Cuál cree usted que es la ciudad hispanoamericana donde la preocupación musical es más honda?

—Lima. Es extraordinario el ambiente musical de la capital peruana. Las gentes allí, y los artistas, están siempre vibrantes de curiosidad y de entusiasmo. Las autoridades prestan decidido apoyo a las iniciativas artísticas.

Hemos leído alguna vez que Armando Palacios había sido objeto de especial distinción por parte de algunos Gobiernos, en premio a su labor; interrogamos, para concretar, y él confirma:

—Sí. Italia, Colombia, Ecuador y Francia me han otorgado condecoraciones.

IV

Tras su *tournee* por los Estados Unidos y su compromiso en La Habana, es esperado en Venezuela. Y de allí, otra vez a Europa. Ese es su futuro inmediato, y añade:

—Nombre a Rosita Renard. Es, a mi entender, la pianista de más talento de nuestra América.

Y con esto concluye la entrevista, porque el pianista extrae el reloj y comprueba que la hora de una cita concertada previamente está al llegar. Y una de sus virtudes personales es la formalidad.



Nuestro compañero Arturo RAMÍREZ entrevistando al eminente pianista Armando PALACIOS.

# DE LA HORA DE AHORA



**EL CRIMEN DE LA FINCA SABANASO.**—La señorita Isabel ALVAREZ, que dió muerte al vendedor ambulante Cristóbal Brito, que la perseguía con sus proporciones amorosas. En la foto aparece junto a su padre y a los miembros de la Policía en el vivac municipal de Cabaguán. Se espera el envío de un miembro de la Policía Judicial para investigar este caso, que ha interesado profundamente a la sociedad de aquella zona.



**LA REINA DE PALMA SORIANO.**—S. M. ROSITA I, electa Reina de Belleza en el certamen de la Cojonia Española de Palma Soriano, que fué coronada solemnemente el sábado 6. (Foto Suetro).

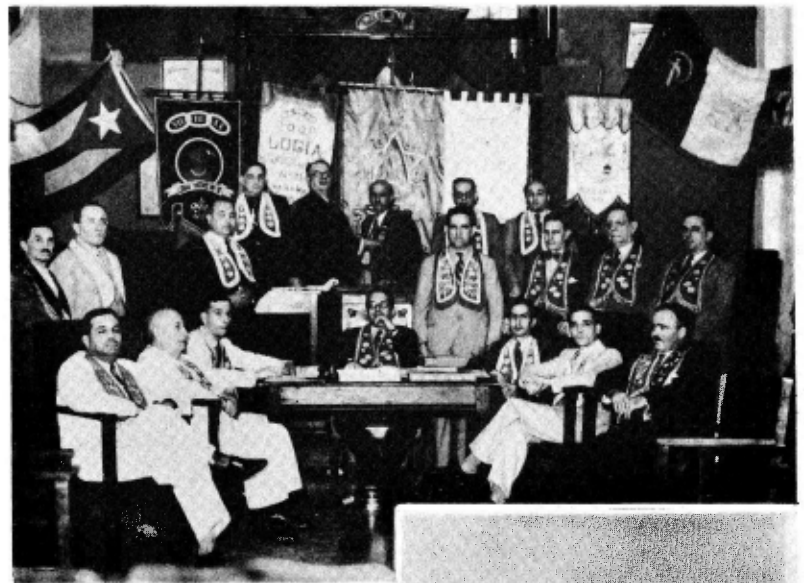


Llegada a Baracoa, por la vía aérea, de una comisión de Patriarcas y de Rebekahs, pertenecientes a los Campamentos y Logias subordinados de la Independiente Orden de Odd Fellows, presidida por el Diputado del Distrito Oriente, señor ARRUE. Esta comisión hizo el viaje desde Guantánamo.



**Juan ESNARD Y HEYDRICH,** alumno distinguido de la Escuela Nacional de Bellas Artes de San Alejandro, que obtuvo, por una oposición, una beca en dicho plantel, según veredicto unánime del Jurado.

**MUERTO RAMON VILLA.**—El famoso dandolero oriental Ramón VILLA, que perdió la vida en un tiroteo con la fuerza pública, en la finca "Baja", cerca de Yara.



La Gran Logia de la América Latina, de la Independiente Orden de Odd Fellows, celebró su sesión anual en La Habana. En la foto aparecen, al fondo, Marino Ruiz Rojas, Gran Sireante, y Joaquín Rodríguez Ortiz, que le substituyó en el cargo, rodeados por los altos dignatarios de esa institución. Sentado, al centro, Antonio Martínez Morales, Gran Secretario, que resultó reelecto.

**UN SALVAMENTO HEROICO.**—Los jóvenes Narciso ROSELL y Alberto GARCIA, que en horas de la noche y con grave riesgo de sus vidas, se lanzaron al mar por el Malecón, para salvar a un hombre que se ahogaba. El meritorio esfuerzo resultó estéril, ya que la víctima expro poco después de llegar a la casa de socorros.





# ABRA LA BOCA!

por Eduardo Shenton

(Ilustración de H. E. ELDRIDGE)

La historia amable de un hombre que no creía en la capacidad de las mujeres.

**A** LOS TREINTA y ocho años, Enrique Cander era un soltero con ideas bien definidas acerca de las mujeres y de las profesiones. Cander solía decir frecuentemente, en su tono sereno y precavido: "Bien está que las mujeres trabajen, siempre que busquen ocupaciones adecuadas a su carácter femenino". El admitía a las mujeres como taquígrafas, como escribientes, como secretarias, enfermeras o maestras. Pero se negaba a aceptarlas como médicos, abogados, investigadoras científicas, ingenieros o en cualquier otra ocupación que exigiera aptitudes mecánicas o habilidad manual.

Cada vez que se discutía acerca del lugar de las mujeres en el mundo, Enrique evocaba una irrefutable experiencia personal, refiriéndola con vehemencia cada vez mayor a medida que el incidente se alejaba en el tiempo.

La cosa ocurriera en Francia, poco después del admisticio. Una barbera—mujer gruesa y trigueña, con un bigote desconcertante—le había afeitado. Y la buena mujer le dejara tan lacerada la epidermis que a Enrique no le fuera posible concurrir a una cita con cierta muchacha linda, que cocinaba admirablemente y que le atrajera con vigor.

A la mañana siguiente el regimiento fué trasladado y Enrique no volvió a ver jamás a la muchacha.

No,—concluía Enrique con una sonrisa melancólica.—Hay profesiones en las que no debiera admitirse nunca a las mujeres.

Y aunque pensaba con frecuencia en aquella francesa dueña absoluta de los secretos de la cocina la verdad es que consideraba absurdo suponer que lo ocurrido hubiera afectado su vida en forma alguna.

Ni admitía tampoco que tuviera algún significado el hecho de que, en sueños, le persiguiera de vez en cuando la figura desagradable de una mujer bigotuda, inclinada agresivamente sobre su rostro indefenso.

Enrique Cander era un hombre práctico, un próspero ingeniero de puertos, caminos y canales. Estaba seguro de no creer ni en amores ni en sueños. Y de haber resuelto el problema de las mujeres.

Pero no sabía nada de dolores de muelas.

Cuando comenzó el sufrimiento, Enrique no pudo resistirlo, y se fué al dentista.

El consultorio estaba en una casa reconstruida de una antigua calle elegante de la ciudad baja. Una joven de rostro alegre, vestida de blanco, abrió la puerta y le dijo:

—El doctor Wells le verá inmediatamente.



Enrique se sintió enojado y sorprendido.—Soy un hombre ocupado—dijo. Ella le interrumpió introduciéndole el espejito en la boca.—Tonterías—le dijo con tono indulgente.

—Creí que era el doctor Ramsdell...

—El doctor Ramsdell no está. Le va a atender a usted el doctor Wells.

La muchacha abrió otra puerta y dijo:

—El señor Cander, doctor.

Enrique comenzó a dar los buenos días pero no pudo continuar.

Una mujer delgada, que estaba lavándose vigorosamente las manos, le sonrió por sobre el hombro. Tenía los ojos inmensos, oscuros y brillantes. Una masa de pelo, pesada y lustrosa como ébano pulido, se enroscaba como una corona en torno a su cabeza. Ese peinado le daba una apariencia exótica, incongruente con la bata blanca y almidonada que vestía.

Enrique tuvo un momento de pánico. Algo se removió, advirtiéndole, en su memoria. Pero estaba demasiado estupefacto para adoptar ninguna resolución decisiva. La enfermera le sentó en el sillón y le adaptó el respaldo a la cabeza. La doctora Wells se secó las manos y preguntó directamente:

—¿Alguna muela que le duele, señor Cander?

—¿Eh? Sí—murmuró Enrique.—Estaba en mi oficina...

—Abra la boca, por favor.

Y le introdujo diestramente un espejito en ella.

—Hielo,—dijo a la enfermera. Tocó cada diente con el minúsculo cilindro y los nervios vibraron en protesta. Luego agregó:

—Hay un empaste viejo en una

muela superior que me parece sospechoso.

Acercó el hielo a la pieza y Enrique dió un salto en el asiento.

—Es que el nervio no está muerto del todo—dijo ella.—Voy a levantar el empaste y a tratar la pieza. Puede ser que logremos salvarla.

—¿No cree usted...?

—Un momento. No se mueva.

Hizo un rápido movimiento con un fino instrumento buido y Enrique sintió como si se le derrumbara la casa encima. Luego trabajó un momento en la muela y dijo, sonriendo:

—Esto es todo por hoy. Quiero verle mañana. Si la muela le molesta esta noche, tómese dos de éstas.

Y le entregó a Enrique una caja de cápsulas.

—Hasta mañana, señor Cander.

—Hasta mañana, doctor—farfulló él.

Enrique pasó una mala noche. No por la muela, que no le molestó nada. Lo que le perturbaba era un dolor más hondo. Su mundo había sufrido un choque y todo su mecanismo crujía entretantosamente. ¡Una mujer dentista! Era ridículo. ¡Y la forma despreocupada en que le había tratado, como si fuera un niño sin conocimientos ni experiencia! Enrique tenía la vaga aprensión de que la estructura misma de su vida estaba en peligro.

Al día siguiente penetró en el consultorio decidido a recuperar sus derechos.

—He estado pensando...

—¿Qué tal se ha portado la muela?—le interrumpió ella animosamente.

—Muy bien—contestó Enrique.—En realidad creo...

—¡Abra la boca!

Y comenzó a trabajar moviendo con eficiencia sus manos alargadas y fuertes.

De pronto dijo:

—Tiene usted los dientes en muy mal estado y necesita cuidárselos.

Enrique se sintió sorprendido y molesto.

—Soy un hombre ocupado...

Pero ella le cortó la frase introduciéndole el espejo en la boca.

—Tonterías,—dijo, con el tono indulgente que se usa para aplacar a las personas poco razonables.—Si no se los cura va usted a tener dificultades antes de un año.

—¿Cuánto tiempo...?

—Una vez a la semana durante tres meses por lo menos.

Enrique fué una vez por semana. Durante el primer mes logró exteriorizar completamente tres opiniones y todas ellas fueron despiadadamente destruidas por la doctora Wells con lógica incontestable. Las ideas preciosas que Enrique había acariciado años enteros, esta mujer las arrastraba y demolía. Enrique descubrió en ella una piadosa tolerancia por los hombres.

—Si no fueran tan sentimentalistas—dijo un día la dentista,—el mundo sería otra cosa.

—Pero, ¡ojga!—exclamó Enrique indignado.—Son las mujeres.

(Continúa en la Pág. 49)

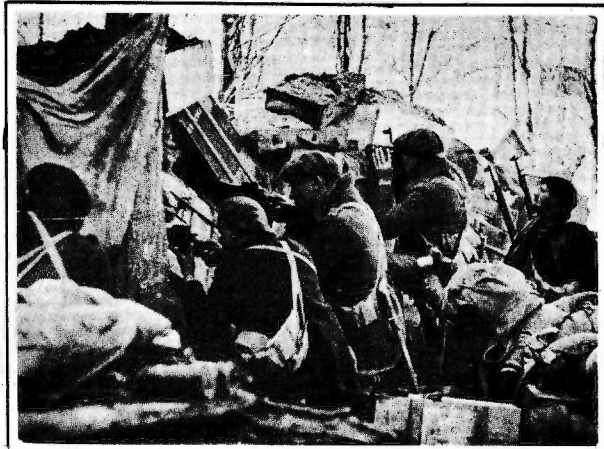
# LA GUERRA EN ESPAÑA



Antes de marchar hacia el frente, este miliciano madrileño se despidió de su hijo, al que acaso no volverá a ver...



Mientras los hombres se juegan la vida en el frente, las mujeres de España—heroicas y sufridas mujeres,—hacen cananas, uniformes y medias para los combatientes.



Una barricada en el Parque del Oeste, donde se están librando fieros combates. Los leales han utilizado para su defensa baúles, maletas, colchones y otros objetos de uso doméstico, llenos de tierra.



El éxodo de la población madrileña continúa. Una familia se dirige hacia la zona de evacuación llevando a hombros sus escasas pertenencias.



El general Emilio KLEBER, jefe de la Columna Internacional, que ha sido enviado por el Gobierno a Málaga con objeto de que coopere en la defensa de la ciudad meridional.

(Fotos International).



Para mitigar los sufrimientos del invierno, los milicianos que combaten en el sector de Valdemoro-Pinto rocían el almuerzo con abundante vino.



Una manifestación antifascista, celebrada recientemente en Valencia. Los manifestantes llevan al frente una gigantesca cabeza del señor Largo Caballero, jefe del Gobierno español.





## La espada de Damocles

La industria azucarera cubana confronta un nuevo peligro. Este consiste en el anunciado propósito del secretario de Agricultura de los Estados Unidos, Mr. Wallace, de pedir que se fije un impuesto o sisa de elaboración sobre el azúcar, que puede ser de medio centavo por libra o llegar hasta un centavo.

El senador José Manuel Casanova, presidente de la Asociación Nacional de Hacendados, y también de la Unión Social Económica de Cuba, acaba de hacer unas declaraciones a los representantes de la Prensa norteamericana radicados en el país, las que han traído la cuestión al plano de la actualidad más palpante.

Dice el señor Casanova que "no es específicamente el impuesto lo que preocupa a los hacendados y colonos de Cuba, ni tampoco el propósito de subsidiar con él a los cosecheros de remolacha y de caña en los Estados Unidos y sus áreas insulares", sino "la manera especial en que se propone hacer funcionar dicho impuesto, lo que, si se aprueba, constituiría una violación del espíritu de los principios recíprocos comerciales, mantenidos por el Presidente Roosevelt y el secretario Hull, desde que asumieron sus cargos". Y fundamentando su declaración pasa a exponer lo siguiente:

"Se dice que si el impuesto es puesto en vigor, sea de medio centavo o de un centavo, no se podrá pasar al consumidor y que tendrá que ser absorbido por el fabricante. Ahora bien, el fabricante, que en el caso del azúcar crudo de Cuba es el refinador de la Costa del Atlántico o del Golfo, de los Estados Unidos, no puede absorber dicho impuesto de manera alguna, considerando que su margen o diferencial no es más que un centavo promedio y que este margen tiene que cubrir el gasto de la refinación y de la utilidad legítima. Por lo tanto, se comprenderá que, si no le es permitido al refinador aumentar su precio en igual cuantía que el impuesto, no tiene más remedio que bajar su precio de compra de azúcares crudos, o retirarse del negocio".

Como dentro de la ley Jones-Costigan—sigue exponiendo el señor Casanova—los productores cubanos no pueden formar un sindicato para retener sus azúcares con el fin de conseguir precios más altos, puesto que al dejar de vender su cuota durante el año, se exponen a perder el derecho de embarcarlos el año siguiente; y como tal sindicato tampoco podría formarse sin la cooperación de otras áreas de suministro, ni dentro de leyes que prohíben los monopolios, es bien claro que el impuesto, en la forma proyectada, "resultaría exclusivamente una penalidad para los productores cubanos".

"He dicho *exclusivamente*—afirma el presidente de la USEC—porque los productores cubanos en manera alguna pueden compensar la reducción en los precios, tal como les resulta posible a los productores de otras áreas, por recibir bonificaciones. Me parece que semejante criterio puede considerarse como una violación del espíritu del Tratado de Reciprocidad entre Cuba y los Estados Unidos. Equivaldría a la creación por Cuba de un impuesto de elaboración sobre el arroz de Louisiana que se importa en Cuba, simultáneamente con una prohibición de aumentar el precio del arroz al consumidor".

Odz H. Lamborn, de la conocida firma neoyorquina de expertos azucareros, dice, por su parte, en un extenso informe sobre el particular: "A cambio de recibir ciertos beneficios bajo el sistema de cuotas y un arancel reducido por virtud de su Tratado de Reciprocidad, Cuba accedió a rebajar sus aranceles sobre productos de los Estados Unidos importados por ella. Me parece que una sisa sobre los azúcares en los Estados Uni-

dos, especialmente si a la vez se aumentan las cuotas para contrarrestar el peso de dicha sisa, equivaldría a la anulación de ciertos beneficios que Cuba esperaba obtener, y de hecho equivaldría a un aumento de los derechos arancelarios sobre el azúcar de Cuba".

El doctor Ramiro Guerra, en un acucioso resumen de la situación que acaba de publicar, sitúa el problema en estos precisos términos:

"Si se establece un impuesto de elaboración de 0.5 centavos por libra, y el precio promedio de 1937 baja los 0.363 centavos por libra que subió en 1936, Cuba volverá a alcanzar por su azúcar en New York un precio promedio de 2.331 centavos por libra, como en 1935. La situación quedará restablecida a lo que fue en el primer año del Tratado. Pero si el impuesto de elaboración es de un centavo, y se carga todo al precio de Cuba, entonces el precio promedio de 2.694 centavos correspondiente a 1936 se reducirá a 1.694 centavos, cotización mucho más baja que la de 2.331 del año 1935. Cuba, en realidad, perdería, en ese caso, casi todos los beneficios del Tratado".

Concretado así el problema por el doctor Guerra, nos parece que debemos tratar de considerarlo en su aspecto exclusivamente económico.

No es cuestión de nación fuerte y nación débil, sino de diplomacia buena o diplomacia mala.

Si sabemos alegar nuestros derechos con capacidad, entereza y mesura, el cabello que suspende la espada que hoy amenaza nuestra testa, tendrá la fuerza de un calabrote de acero. Y decimos que *con mesura*, porque no debemos oponernos a lo que merme una utilidad circunstancial, sino sólo a lo que nos dañe manifiestamente reduciendo una legítima.

Si el impuesto del medio centavo nos causa daño, tratemos de evitar esa palpable violación del Tratado de Reciprocidad.

Pero si ese impuesto no nos daña, sino que restablece las utilidades obtenidas en 1935, mediante un precio promedio de 2.331 centavos por libra, y, por otra parte, el Fisco norteamericano necesita de ese impuesto para equilibrar un capítulo que, muy a pesar suyo, quedó exangüe por el fallo de su Tribunal Supremo, no debemos poner el grito en el cielo si, a pesar de los mejores esfuerzos por lograr lo más, nos vemos obligados a conformarnos con un poco menos dentro de lo bueno.



## La "Vía Blanca"

Terminadas las fiestas del Centenario de las calles de San Rafael y Galiano, los comerciantes de dichas calles deben sentirse satisfechos del concurso que les prestaron los industriales, las distintas entidades ajenas a los intereses de tales comerciantes y la sociedad habanera, cuyo aporte generoso a sus festejos ofreció un contraste, no muy halagüeño que digamos, a la pobreza, por todos constatada, de los adornos y decoración de esas dos grandes avenidas comerciales de nuestra urbe.

Justo es consignar, no obstante, que entre esos comerciantes poco emprendedores, hubo sus excepciones distinguidas, que ofrecieron su cooperación entusiasta, al éxito y esplendor de los festejos. Podemos señalar entre ellas a los almacenes de "El Encanto" con sus espléndidas vitrinas, obra insuperable de

Ana María Borrero; a Salvador Fondón, cuyo establecimiento, "Le Trianon", mostró un bello decorado, artísticamente iluminado; así como el concurso de las joyerías, el de la Casa Singer, el de J. Vallés; el de "La Emperatriz" y otras más. Y no es posible silenciar el aporte de Mr. Thompson y la Compañía Cubana de Electricidad, encargada de la iluminación, y el de nuestro máximo empresario teatral, señor Heliodoro García.

Pero los comerciantes de San Rafael y Galiano están todavía a tiempo de hacer algo que perdure, algo que conmemore debidamente la celebración de un Centenario de actividades, y que, al mismo tiempo, comporte un beneficio a la ciudad.

Unidos todos y mediante una contribución fija que, dado el número de los comercios, no resultaría gravosa para ninguno, podrían dejar permanente la actual iluminación, convirtiendo así sus calles en la "Vía Blanca" de la ciudad.

Esta iluminación no sólo significaría un detalle más en nuestro embellecimiento urbano, y un medio efectivo de hacer perdurable la celebración del Centenario, sino que habría de redundar en beneficio directo de los comerciantes, facilitándoles una mejor exhibición del contenido de sus vitrinas ante un público, nacional y extranjero, especialmente atraído por la iluminación y los artículos que se expongan a su vista.

Y sería una oportunidad excepcional para que las censuras y el desencanto que ha invadido la opinión pública ante ese fracaso inicial, se tornen en aplauso y admiración ante una obra de tal trascendencia para nuestra capital.



## La resurrección de Momo

El alcalde de la ciudad, doctor Beruff Mendieta, y cuantos colaboraron con él en la organización de las actuales fiestas de Carnaval, merecen un aplauso entusiasta por haber logrado lo que, a todas luces, parece la primera trompetada de la resurrección de Momo.

El escaso público que presenció el último remedo de Carnaval que aquí tuvimos, puede dar fe de que el dios de la risa y la alegría parecía ya definitivamente muerto y enterrado en nuestro medio.

No ha sido tarea fácil el insuflarle nueva vida. Ni podemos pretender que el resucitado ejecute sus piruetas con la misma exuberancia de antaño. Pero el inicio ha sido francamente prometedor.

Se le han buscado nuevos tablados donde saltar, y se le orienta ya por otros senderos de practicabilidad y modernismo. Con un poco de buena voluntad se puede llegar a afianzar nuevamente su reinado.

Pero es preciso recordar y revivir el espíritu de otrora. Al Carnaval no se va solamente a ver; se va a reír y a cabriolear.

Si las penas no se dejan en casa y se aligera la mente de toda seriedad, las muecas de Momo sólo nos parecerán ridículas y perderemos la verdadera significación del Carnaval, que es o válvula necesaria de escape, o contraste equilibrador de tensiones.

Con caras menos serias y un poco más de bullicio—sentido o fingido—volveremos a las glorias de los antiguos Carnavales habaneros. Porque no basta con resucitar a Momo. Es preciso que resucite también nuestra alegría.



**HOMENAJE A ESPERANZA IRIS EN CAMAGÜEY.**—Esperanza IRIS, la famosa ex tiple cómica de opereta, y el tenor Francisco SIERRA, rodeados de las personas que les rindieron un homenaje de simpatía y afecto en la Asociación Atlética de Camaguey. En primer término, la señorita Olga DE VARONA, candidata de la Asociación al concurso para elegir a "Miss Turismo".



**DE ALQUIZAR.**—Solemne acto de la entrega del título de hijo adoptivo de Alquizar al juez municipal de dicha ciudad, señor Cecilio CANEDA, a quien se entregó también una medalla de oro en prueba del aprecio en que le tienen sus convecudanos.



**HOMENAJE A MARTI EN REMEDIOS.**—El señor O'hon GARCIA DE CATURLA, usando de la palabra durante el acto del descubrimiento de la lápida de mármol por él donada a la Biblioteca Pública José Martí, de Remedios.



**DE CIEGO DE ÁVILA.**—El señor Pablo RUIZ OROZCO, secretario del Grupo Minorista de Ciego de Avila, que pronunció una interesante conferencia acerca de "Martí, Figura Tutelar de América". (Foto La Moderna).

**EL DIA DE MARTI EN CAIBARIEN.**—Candastillas martianas donadas por el Rotary Club de Caibarién a los niños nacidos en el aniversario del nacimiento de Martí. (Foto Martínez Ila).



**La señorita Olivia PIEDRA GONZALEZ,** candidata del central Agrarmente al concurso de nuestro colega "El País". (Foto Víctor).



**EL DIA DE MARTI EN CIENFUEGOS.**—El presidente de la Junta de Educación de Cienfuegos, señor FUXA, pronunciando un discurso durante el acto público celebrado el día 28 de enero para conmemorar el natalicio de Martí. (Foto Ugarriza).



**DE SAGUA LA GRANDE.**—El doctor Rafael YANIZ LOPEZ, médico distinguido de Sagua, que acaba de montar su laboratorio clínico en dicha ciudad. (Foto Pérez).



**LOS DEPORTES EN CARDENAS.**—El "team" femenino de "basketball" del Club Deportivo de Cardenas, que ha vencido al Atlético de Matanzas en tres ocasiones consecutivas.





# ATÁQUESE POR EL LADO DÉBIL

I

**H**AY UNA frase vieja, muy vieja, que viene rodando por esta pecadora tierra de siglos atrás, y que probablemente tuvo su origen en aquellos días del Paraíso, cuando nuestro padre Adán se decidió a probar la manzana. Pero, vieja como es, algo terrible debe haber en ella, cuando, hasta hoy, ni siquiera Einstein ha podido calcular lo que sucede cuando una fuerza irresistible choca con un objeto inmóvil.

No, no me considero el hombre de la respuesta. Soy sencillamente un buen corredor de bolsa, que se hallaba a bordo del *Pennsic* cuando la fuerza y el objeto se encontraron. Y el relato de la colisión va a continuación, para que pase a la posteridad.

Correspondió a mi mujer, entre tanto pasajero que regresaba de la tierra de las deudas y los desarmes, descubrir que la fuerza irresistible y el objeto inmóvil se encontraban a bordo. Mi mujer es una apasionada de los libros, y aparte de sostener, sin ayuda extraña, tres bibliotecas circulatorias, puede dar más informes sobre autores modernos y éxitos de librería que cuatro carros cargados de circulares y catálogos.

No me sorprendió, por tanto, ver que al primer día descubrió en nuestra compañera de mesa, Phyllis Heming, a la Wanda Wilson que escribió el famoso *Atrapalo*, manual completísimo y detallado de cómo pescar a los hombres. Muy pocas personas sabían que el verdadero nombre de Wanda Wilson era Phyllis Heming, pero mi mujer conoce muchas cosas que otras mujeres ignoran, incluso cómo llamar con personas con quienes desea establecer amistad.

Y, créame, esta chiquilla Heming merece la pena de tenerla como amiga. Es un poderosísimo manojito de nervios, una criaturita adorable y una de esas niñas a las que no se cansa uno de contemplar.

Su edad debe andar por los veinticinco y, cuando la conocí, mi primer pensamiento fué cómo podría una joven de sus años haber coleccionado tan vastos conocimientos sobre el hombre, como los contenidos en su manual para pescar marido. Su libro es completísimo en todos los detalles y consejos, y además de analizar todos los procedimientos puestos en práctica desde el Paraíso hasta nuestros días, divide a los hombres en tres grupos—A, B y el inevitable C,—con amplias instrucciones para proceder en cada caso.

Bien; el primer día en cubierta, mientras gozaba de la comodidad de una silla de extensión y aspiraba a pulmón pleno el aire puro del Atlántico, se apareció mi mujer con un libro bajo el brazo y todo el aspecto en su rostro de traer una sensacional información. Se dejó caer en la silla próxima y no tardó en hablar así:

—Jack: adivina quién está a bordo.

—Si te refieres a Phyllis Heming—respondí—ya he tenido el placer de conocerla.

—No me refiero a la señorita Heming—dijo mi mujer fríamente.—Me refiero a un hombre llamado Lloyd Harrison Gates, cuyo nombre acabo de descubrir en la lista de pasajeros.

—Y dime, ¿quién es ese caballero?

Es la historia de la mujer que escribió el manual para "pescar" marido.

por **Everett Freeman**

Los ojos de mi cara mitad se abrieron asombrados.

—¿Pero quieres decirme que nunca has oído hablar de Lloyd Harrison Gates?

—El nombre — indiqué — me es vagamente familiar. ¿Es, acaso, nuestro vicepresidente?

—No,—contestó mi mujer rápidamente.—Lloyd Harrison Gates es el autor de este libro.—Y me entregó un volumen forrado en papel carmelita.

El título me llamó la atención inmediatamente. Decía: *El arte de permanecer soltero* y, como había indicado mi mujer, estaba escrito por Lloyd Harrison Gates. No teniendo cosa mejor que hacer, abrí el libro y leí por espacio de unos diez o doce minutos, descubriendo que el señor Gates ha enriquecido nuestra literatura con un serio y comprensible volumen sobre las ventajas de la soltería,

a la vez que da innumerables consejos para no perderla.

—Un hombre inteligente y sabio—comenté al cerrar el libro, y mientras me preparaba para hacer lo mismo con los ojos. Pero el sueño parece que no era cosa que me estuviese permitida en esta hermosa mañana, pues hacia nosotros avanzaba por la cubierta Phyllis Heming, la mujer a quien ningún hombre puede resistir. Y cuando nos informa lánguidamente que ha dado siete vueltas a las cubiertas del *Pennsic* y está dispuesta a sentarse, mi mujer le ofrece cortésmente una silla próxima.

Naturalmente, después de unas cuantas frases sobre el tiempo, las modas de otoño y otras lindzas por el estilo, mi mujer lleva la conversación hábilmente por un canal que va recto al corazón



—Bueno, espero que usted comprenderá... quiero decir, la conozco hace tan poco tiempo...

de todas las mujeres... ¡hombres!

A poco, discuten estas dos modernas féminas sobre la teoría aceptada de la prerrogativa masculina a la selección de su compañera; y, sin andarse con rodeos, la joven Heming no tarda en afirmar que cualquier hombre puede ser fácil presa de una mujer con inteligencia y ambición suficientes para ir tras él.

—Esa vieja creencia—afirma—de que una muchacha debe esperar pacientemente hasta que llega el hombre que la enamora y le propone matrimonio, debe desecharse. El negocio de los hombres es hacer dinero. El negocio de las mujeres es atrapar un marido. No cualquier marido, fíjense bien, sino aquel que ella desea. Y no es más difícil que ganar una mano de *bridge* si se juegan las cartas debidamente.

Bueno, me parece llegada la oportunidad de salir en defensa de mi sexo, y respondo:

—¡Palabrerías! Ningún hombre moderno es tan idiota que caiga frente a un atractivo femenino.

—Usted no me ha entendido—dice Phyllis Heming con dulce frialdad.—No quiero decir "un atractivo", sino "atractivos". La falacia común entre las muchachas es que emplean la misma técnica todas las veces y con todos los hombres. Olvidan que los hombres tienen diversos gustos sobre mujeres, del mismo modo que tienen diferentes gustos en cigarrillos, dulces, corbatas y deportes. La mejor política—y la que yo recomiendo—es hallar el atractivo particular que encaja a determinado hombre. Una vez hallado, el resto es fácil.

—Si—gruño,—tan fácil como llevar a patadas un elefante alrededor de una cuadra. ¿Qué cosa le da a usted la impresión de que los hombres son tan tontos?

—Tontos no,—responde Phyllis firmemente.—Todo hombre tiene un ideal, y cuando encuentra el ideal, no se preocupa en averiguar cómo está fabricado.

—Todo esto—digo—está muy bien, suponiendo, como usted hace, la teoría de que un hombre desea casarse. ¿Pero ocurre lo mismo con un solterón empedernido, para quien todas las mujeres y todos los atractivos son iguales?

—No hay tal cosa como el solterón empedernido—responde la irresistible señorita Heming.—El impulso matrimonial es inherente a todo hombre, y los solterones son solterones sólo porque no han encontrado una mujer con inteligencia y nervio suficientes para ir y conquistarlos.

—Pero usted no se ha casado...

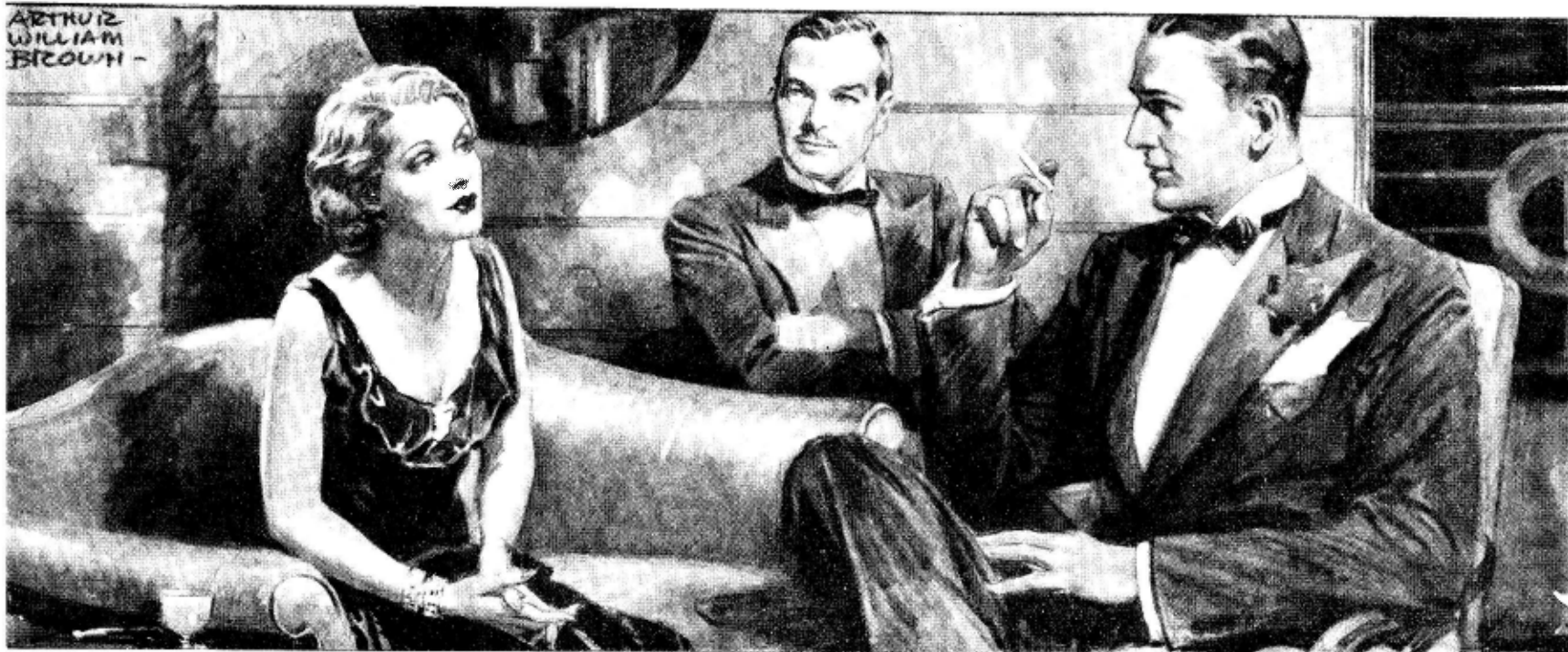
—Mi querido señor Kinney—dice Phyllis acremente,—la única razón de que no esté casada es que jamás encontré un espécimen de su sexo que me atrajera en lo más mínimo. Si alguna vez lo encontrara—y comienzo a dudarlo—puede estar usted seguro de que nada en la tierra impedirá que yo lo conquiste.

—Eso significa que usted se considera capaz de sacarle una declaración y una oferta matrimonial al hombre que usted desee.

—Exactamente.

—O. K. Supongamos que prueba usted con éste...

Y le entrego el libro sobre soltería de Lloyd Harrison Gates, agregando:—Este caballero viaja en este mismo barco. Y si logra usted hacer la menor mella en su



—Pues, señor Gates...—titubeaba, jugando muy bien sus cartas—¿estaba yo mirándole? Lo siento. No me daba cuenta, pero su perfil...

equilibrio de soltero, soy capaz de regalarle la torre Eiffel envuelta en papel de China.

Phyllis apenas si mira el libro y lo deja a un lado.

—Señor Kinney—dice,—me sorprende que un hombre con ese rostro de persona inteligente tenga tan poco cerebro. No existe una sola razón para que yo haga objeto de mis ataques al señor Gates. No lo conozco, ni tampoco siento deseos de conocerlo.

—Hermosas palabras—le respondo con retintín,—pero que no representan más que una defensa hábil, una excusa. No le pido que se case con ese hombre. Sólo deseo verla poner en práctica sus teorías. Probablemente empleó usted unos cuantos curieles en sus experimentos científicos, durante la preparación de su libro. Bien; ahí hay un curiel más a quien sacrificar en pro de la ciencia...

—Me temo...—comienza fríamente.

—Teme, eso es—interrumpo.—Tiene usted tanto *chance* de hacerle pronunciar a Harrison la palabra "amor" como yo de ver al rey Eduardo caminando de manos en Times Square.

Y esto, aparentemente, es la gota de agua que rebosa la copa, pues se pone en pie rápidamente y dice:

—Señor Kinney, estaba usted en lo cierto cuando dijo que había hecho docenas de experimentos y también lo estaba al afirmar que uno más en nada perjudicaría. En realidad, voy a probarle que este Lloyd Harrison Gates, con todos sus conocimientos, es un sapo más con dos ojos, dos brazos y ningún cerebro; y le prometo que lo tendré comiendo en mis manos antes de que llegue el barco a puerto.

Y dichas estas palabras, da media vuelta y se marcha con aire de reina.

—*Tsk, tsk*, se va a llevar una sorpresa...—comento.

—¡Cállate!—ordena mi mujer.

—¿No ves que la has ofendido?

—Bueno; una dama de esa clase necesita de algunos insultos. Y los míos constituyen sólo el principio. Deja que comience Gates.

—Evidentemente estás bajo la impresión de que va a tropezar con dificultades.

—Dificultades no es la palabra. Hasta hoy la Novia de Sigma Chi ha viajado a favor de la corriente. Pero en Harrison se va a encontrar con una roca incom-

parable. Si logra que él se declare antes de tocar puerto, te compro un sombrero nuevo.

—Y si no—termina mi mujer—seguiré con el viejo.

## II

En la página 33, capítulo II, del libro de Wanda Wilson hay un párrafo que dice:

"Es cosa probada que la edad del hombre tiene mucho que ver con su vulnerabilidad. Las estadísticas demuestran que el impulso matrimonial brota entre los veintidós y los treinta, y entre los cuarentiocho y los sesenta años. Esos años intermedios—entre los treinta y los cuarentiocho—son los más difíciles y los que requieren más tacto, habilidades y estrategia".

Y si este párrafo tiene alguna base sólida, lo cual, claro, no estoy en condiciones de comprobar, es cosa aparente que a la Heming le espera un trabajo regularcito, pues parece que nuestro Lloyd Harrison Gates es un apuesto ciudadano de treinticinco primaveras. Y la forma en que logra presentarse a él es como sigue: Resulta que el amigo Gates va acompañado en el viaje por un tipo gris, mediano, inofensivo, llamado Waldo T. Burdette, que, por alguna razón inexplicable, no les teme a las jóvenes bonitas y de pelo rubio. En realidad, cuando una joven correspondiente a esa descripción le ofrece tímidamente en la cubierta del barco una cámara fotográfica para que le haga una instantánea, jamás se niega a ello y en cambio, por sus maneras y galanterías, invita a una mayor intimidad.

Y valiéndose del truco de la camarita, Phyllis entabla conversación con Waldo y éste más tarde la presenta a Lloyd. Y así llegamos a la tarde del segundo día, cuando los cuatro—Phyllis, Waldo, Lloyd y un servidor, pues mi mujer estaba recogida en el camarote con un fuerte dolor de cabeza—nos reunimos en el salón escuchando las notas del vals *Sonando en las sombras*.

Phyllis se nos presenta trastornadora, con un vestido de tarde, de terciopelo negro que, ordinariamente sería suficiente para sacar de quicio al hombre más frío. Nuestra amiga no se confía mucho en los atractivos naturales.

Waldo le ha proporcionado valiosa información y con el terreno que pisa bien estudiado ha iniciado la primera ofensiva, según la delinea *Atrápalo*, capítulo III, página 57, específicamente:

"Hay un arte definido en causar un sentimiento de intimidad a un nuevo amigo, y si el plan se emplea correctamente, una mujer puede hacer que un hombre se sienta a solas con ella aun en las más difíciles circunstancias. En un salón de baile, lleno de personas, por ejemplo, un efecto de *tête-à-tête* puede lograrse con una simple vuelta de los hombros, una inclinación de la cabeza o dirigiendo la conversación solamente al sujeto interesado".

Experta como es, Phyllis lanza toda la carne al asador desde el primer momento. Comienza por la vuelta de los hombros, la inclinación de la cabeza y acaba con la conversación directa, pero Lloyd se sostiene y no se conmueve bajo el bombardeo. Phyllis, por otro lado, pronto se da cuenta de la ineficacia de su táctica y, cuando Waldo Brunette le pide que baile, acepta de buena gana la oportunidad de planear un nuevo ataque, y no tarda en poner en práctica sus consejos del capítulo IV, página 65, que dicen:

"Los ojos constituyen armas poderosas, y pueden emplearse con grandes ventajas. No hay mejor método para atraer la atención de un hombre que mirarlo fijamente. A todos los hombres les agrada saberse interesantes y, cuando la conversación falla, sorprenderá la eficacia de un extasiado y continuo mirar".

Que es exactamente el arma que emplea ahora contra Lloyd Harrison Gates, ayudada eficazmente por un par de soles azules, tan profundos que puede nadarse en ellos. Lloyd, de primera intención, no se da cuenta de esto y sigue su descripción de la pesca con arpón en el Mediterráneo, pero, después de cierto tiempo, nota el fuego graneado de que es objeto y comienza a inquietarse. Comprendo que la cosa va adelantando y, en realidad, hasta yo empiezo a simpatizar con esta pobre víctima del ataque, cuando de súbito se pone en pie y marcha recto a las dos ametralladoras azules.

—Le ruego me perdone, señorita Heming—dice serenamente,—¿De-

ro acaso tengo necesidad de una afeitada?

—Hombre, me parece que no. —Entonces, ¿sería indiscreto preguntar el motivo de su insistente mirar?

—Pues, señor Gates...—titubea, jugando muy bien sus cartas—¿estaba yo mirándole? Lo siento. No me daba cuenta. Pero su perfil...

—Oh, ¿es mi perfil?

—Bueno, no... quiero decir...

—Perdóneme—interrumpe Waldo molesto.—Me parece que voy a cubierta en busca de aire fresco.

Y al partir, se conjura una delicada situación, pero otra hace inmediatamente su aparición. Porque Phyllis, como un verdadero general, decide cubrir su retirada con un ataque de flanco y reúne sus fuerzas para una concentración sobre la vieja debilidad confidencial, según se indica en el capítulo X, página 126:

"Colocándote en el papel de confidente, echas mano de un método infalible de ganarte su interés. Un medio de ponerlo en práctica es decirle que estás enamorada de otro hombre y le pides consejo. No hay nada que agrade más a un hombre que dar consejos de cómo atrapar a otro hombre. Y sus indicaciones no deben echarse en saco roto, pues pueden ser usadas efectivamente contra él sin temor de que las reconozca".

Phyllis no tarda en cambiar su ataque. Deja caer los párpados con estudiada belleza y abre el fuego en suave tono de contralto.

—Señor Gates—dice deteniéndose—¿puedo... puedo pedirle un consejo?

—Cómo no, señorita—replica cortésmente Gates, verdadero caballero de corazón.

—Bueno... yo... yo no sé cómo empezar... no quiero, no le preguntaría, de no estar convencida de que usted conoce mucho mejor que yo estas cosas.

—¿Qué cosas?—preguntó Lloyd.

—Cosas como... como Waldo.

—¿Cosas?—vuelve a preguntar Gates.

—Oh, no me confunda; usted sabe lo que yo quiero decir.

—Francamente, no lo sé.

—Bien—dice ella, extendiendo la barbilla con firmeza,—estoy enamorada de Waldo. Me sentí subyugada la primera vez que hablamos y... y...

—¿Y qué?

—Y me preguntaba si usted querría decirme lo que debe hacer

(Continúa en la Pág. 41)



**L** QUE CANTABA,—un joven de tez clara y de alegre mirada,—se inclinó para echar un poco de agua en la marmita en que hervían las judías. Luego se irguió con una tea en la mano y dispersó a los perros congregados en torno de la caja de las provisiones y de su instalación culinaria. Sus ojos azules, su larga y áurea cabellera, su robusta vivacidad, constituían un placer para la vista.

El disco blanquecino de la luna nueva surgía por encima de la apretada y blanca fila de los abetos cubiertos de nieve que rodeaban el campamento y lo aislaban del mundo exterior. Las estrellas titilaban con vivos y rítmicos movimientos en el cielo claro y frío, y hacia el sudeste, un resplandor verdoso que iba disminuyendo anunciaba la aurora boreal.

En primer término, dos hombres hallábanse tendidos sobre las pieles de oso que les servían de lechos, bajo las cuales extendíase una capa de seis pulgadas de espesor de ramas de abeto colocadas sobre la misma nieve. Las mantas estaban enrolladas, y detrás de ellos, dábales abrigo una especie de pantalla formada por una tela tendida entre dos árboles con una inclinación de 45 grados y que reflejaba en dirección de las pieles el calor del fuego. Junto a éste, sentado sobre un trineo, otro hombre arreglaba unos mocasines.

Hacia la derecha, un montón de cascajo helado y un torno toscamente construido, señalaban el lugar en que cada día se extenuaban en la monótona búsqueda del filón remunerador, y a la izquierda, cuatro pares de raquetas denotaban el medio de locomoción a que recurrían cuando abandonaban el campamento.

La canción popular sueva adquiría una resonancia extrañamente patética bajo las frías estrellas del norte, y entristecía a los hombres congregados en torno del fuego tras las fatigas de la jornada. Un malestar oscuro, una necesidad análoga al hambre, invadían sus corazones y transportaban sus almas al sur, más allá de las montañas, hacia los países asoleados.

—¡Por amor de Dios, Segismundo: cállate!—dijo uno de los hombres en tono de reproche.

Sus manos se crispaban dolorosamente, pero las disimulaba en los pliegues de la piel de oso sobre la cual hallábase tendido.

—¿Y por qué, Dave Hertz?—interrogó Segismundo.—¿Por qué no he de cantar si el corazón me lo pide?

—Porque no debe ser: eso es todo. Lanza una mirada en torno tuyo, amigo, y piensa en la alimentación con que hemos ensuciado nuestros órganos durante los últimos doce meses y en cómo hemos vivido y penado como bestias.

Segismundo, el hombre de los áureos cabellos que de tal modo era sermoneado, examinó cuanto le rodeaba, desde los perros lobos de plambre llena de escarcha hasta las nubes de vapor producidas por la respiración de sus compañeros.

—¿Por qué no ha de estar alegre mi corazón?—dijo riendo.—¡Todo va bien! Y en cuanto a la comida...

Dobló el brazo y acarició sus bíceps salientes.

—Y si hemos vivido y penado como bestias, ¿no hemos sido pagados como reyes? El filón produce veinte dólares en cada extracción y tiene una profundidad de ocho pies. Estamos seguros de que es otro Klondike, y Jim Hawes, que está ahí a tu lado, lo sabe igualmente y no se queja. ¿Y



# DONDE se

Hitchcock? Cose mocasines como una vieja y aguarda lo que el porvenir le reserva. Tú eres el único que no puede esperar y trabajar hasta el momento del lavado, en primavera. Entonces, todos seremos ricos como Cresos. Sólo tú pierdes la paciencia y quieres regresar a los Estados. También yo: allí he nacido. Pero puedo esperar, ya que cada día veo el oro, amarillo como la mantequilla en la mantequera. Tú querías ya vivir la buena vida, y como un niño, lloras por tenerla cuanto antes. ¡Bah! ¿Por qué no voy a cantar?

*Del año entrante en los hermosos días regresaré a tu lado para siempre, y si me has continuado siendo fiel contigo he de casarme, bella mía.*

*Una vez terminado aquí mi tiempo no mucho más habré de demorarme, y si...*

*El año próximo, al llegar la siega, he de estar en tu casa de regreso, y si...*

*Cuando las uvas hayan madurado de nuevo me verás entre sus muros, y si...*

Los perros, con el pelo erizado, acercáronse gruñendo a la luz y el fuego. Percibíase el monótono





# BIFURCA Y PISTA

## JACK LONDON

VERSIÓN DE ANDRÉS NÚÑEZ-OLANO, ILUSTRADA POR GALINDO

Jack London nos da en este cuento una visión del Norte a la vez ruda y elicada, en que la acción, equilibrada como una balanza, muestra de un lado a unos hombres sencillos en lucha contra un medio primitivo, y de otro, una historia de amor abierta en la nieve como una flor imprevista.

rechinar de una raqueta, cortado a intervalos regulares por el deslizamiento del talón, al cual acompañaba un ruido análogo al del azúcar que es pasada por un tamiz.

Segismundo interrumpió su canto para espantar a las bestias, jurando y blandiendo algunos tizones, y de pronto, una silueta cubierta de pieles apareció en plena luz y una joven india, desembarazándose de sus raquetas, echó hacia atrás el capuchón de su parka de pieles de ardilla y permaneció en pie en medio de ellos.

Segismundo y los otros hombres tendidos sobre las pieles de oso, la saludaron con el nombre de Sipsu a la vez que con un familiar ¡Hola! Pero Hitchcock le hizo sitio en el trineo para que pudiera sentarse junto a él.

—¿Cómo estás, Sipsu?—preguntó, hablando, como ella, en *chinnook*, la jerga india.—¿Sigues el hambre azotando el campamento? ¿Ha descubierto al fin el doctor-brujo por qué escasea la caza y por qué el alce ha desaparecido de la comarca?

—No: todo está igual. Hay poca caza y nos preparamos a comer-nos los perros. Pero el doctor-brujo ha descubierto la causa de nuestros males y quiere hacer mañana un sacrificio a los dioses y purificar el campamento.

—¿Quién es la víctima designada por la suerte? ¿Un recién nacido o alguna infeliz *squaw*, vieja y temblorosa, verdadera carga para la tribu y de la cual quieren deshacerse?

—No ha hablado de ese modo la suerte. Para conjurar el terrible azote, se ha escogido nada menos que a la hija del jefe: ¡a mí, Sipsu!

—¡Condenación!

La palabra subió lentamente a los labios de Hitchcock y estalló, plena y sonora, en un tono que denotaba emoción y sorpresa.

—He ahí por qué se separan nuestras pistas: la tuya y la mía, —prosiguió la muchacha con calma.—He venido para que podamos mirarnos una vez más: la última.

La joven descendía de una raza inculta y sus tradiciones, como su existencia, eran primitivas. Consideraba la vida de un modo estoico, y para ella, el sacrificio humano entraba en el orden natural de las cosas.

Los poderes que regulan la luz del día y las tinieblas, las corrientes y las heladas, la eclosión de los botones y la caída de las hojas, estaban irritados y pedían que se les apaciguara. Testimoniaban de distintas maneras: ya por la muerte en el agua a causa de la rotura de pérfidas capas de

hielo, ya por el apretón del oso *grizzly*, o por la rápida dolencia que sorprendía al hombre en su tienda y le hacía toser hasta que los pulmones se le escapaban por la boca y por las narices.

Así reclaman los dioses el sacrificio: el doctor-brujo conocía sus secretos y su selección era infalible. Todo era natural: la muerte llega de diversos modos, y después de todo, no es más que la manifestación de la impenetrable voluntad de los dioses.

Pero los orígenes de Hitchcock eran más modernos, sus tradiciones menos concretas y su lenguaje menos respetuoso. Dijo:

—¡No, Sipsu! Tú eres joven: estás en plena alegría de vivir. El doctor-brujo es un loco y su decisión inicua. ¡Eso no puede ser!

Ella respondió sonriendo:

—La vida no es dulce, por muchas razones. Primeramente, ha hecho blanco a uno de nosotros y rojo al otro, lo cual es injusto; luego, después de haber hecho que nuestras pistas se encontraran, las separa. No podemos hacer nada. Ya otra vez que los dioses estaban irritados, tus hermanos vinieron a nuestro campamento. Eran tres blancos vigorosos y dijeron al ver a la víctima: "¡Eso no puede ser!" Pero los tres perecieron poco después y la inmolación se efectuó de todos modos.

Hitchcock hizo señal de que comprendía. Luego, volviéndose a medias y alzando la voz, dijo:

—¡Escuchen, camaradas! En el campamento indio preparan un crimen odioso. Van a asesinar a Sipsu. ¿Qué dicen de eso?

Wertz y Hawes se miraron, pero ninguno de los dos abrió la boca. Segismundo bajó la cabeza y acarició al perro de ganado que tenía entre las rodillas. Lo había traído consigo y lo quería mucho. En realidad, cierta muchacha hacia la cual volaban todos sus pensamientos y cuya fotografía, que llevaba en un medallón colgante sobre su pecho, le incitaba a cantar, le había dado el perro a la vez que su bendición en el instante de los adioses, antes de su partida para el norte.

—¿Qué dicen ustedes de eso?—repitió Hitchcock.

—Quizás no sea cosa tan seria,—respondió Hawes deliberadamente.—Sin duda, no es más que una figuración de mujer.

—¡No se trata de eso!

Hitchcock sintió que el calor de la cólera le invadía ante aquella evidente mala fe.

—La cuestión es saber si vamos a dejarles hacer, en caso de que sea cierto lo que ella dice. ¿Qué decidimos?

—No veo ninguna razón para intervenir,—dijo Wertz.—Esas gentes proceden así, ésa es su religión y a nosotros no nos importa. Nuestro único objeto es recoger polvo de oro y salir lo más pronto posible de esta región dejada de la mano de Dios. Aquí no pueden vivir más que las bestias. ¿Y qué son esos diablos negros sino bestias? Por otra parte, con ello haríamos un mal negocio.

—Esa es también mi opinión,—aprobó Hawes.

—Somos cuatro y estamos a cien millas del Yukon o de un blanco. ¿Qué podemos hacer contra una cincuentena de indios? Si no vivimos en buena inteligencia con ellos, no nos queda más que irnos. Si preferimos batirnos con ellos, estamos aplastados de antemano. Además, hemos encontrado un filón, ¡y por Dios que yo, por lo menos, no lo suelto!

—Yo tampoco,—apoyó Wertz. Hitchcock se volvió con un ademán de impaciencia hacia Segismundo que canturreaba:

Cuando las uvas hayan madurado de nuevo me verás entre sus muros...

—¡Bueno! He aquí lo que pienso, Hitchcock,—dijo al fin.—Estoy en el mismo barco que los otros. No podemos hacer nada frente a una cincuentena de hombres que han decidido matar a esa muchacha. Un solo asalto, y seremos barridos del paisaje. ¿Y de que serviría eso? Matarán a la muchacha de todos modos. No es prudente contrariar las costumbres de un pueblo, como no cuenta uno con fuerzas para ello.

—¡Pero tenemos esas fuerzas!—interrumpió Hitchcock.—Cuatro blancos bien valen cien pieles rojas. ¡Piensa en la muchacha!

Segismundo acarició al perro con aire pensativo.

—¡No hago otra cosa que pensar en la muchacha! Sus ojos son azules como un cielo estival y risueños como el mar que chispea bajo el sol; su cabellera es rubia como la mía y dispuesta en trenzas tan gruesas como el brazo de un hombre. Desde hace mucho tiempo me espera allá lejos, en una tierra mejor, y ahora que tropezamos con la fortuna, puedes figurarte que no voy a abandonarla.

—Pues yo sentiría vergüenza de mirar los ojos azules de una mujer con las manos teñidas con la sangre de otra de ojos negros,—dijo Hitchcock sarcásticamente. En su alma vivía el sentimiento del honor y la bravura, a la vez que el deseo de hacer las cosas por sí mismas, sin meditar en las consecuencias.

Segismundo meneó la cabeza:

—No conseguirás enojarme, Hitchcock, ni hacerme cometer tonterías con el pretexto de que estás loco tú mismo. Se trata de un asunto en el cual debemos reflexionar con sangre fría. No he venido a este país a divertirme, y vuelvo a repetirte que somos demasiado débiles para intervenir. Si las cosas ocurren así, lo siento por ella: eso es todo. Es un costumbre de su pueblo y la casualidad ha querido que nos halláramos aquí en tales circunstancias. Esas gentes han llevado a cabo sacrificios humanos desde hace miles de años, van a hacerlos ahora y seguirán haciéndolos hasta la eternidad. Por otra parte, ni ellos ni la nueva víctima pertenecen a nuestra raza. Decididamente, tomo el partido de Wertz y de Hawes y...

Pero los perros gruñían y se acercaban: Segismundo se interrumpió y prestó oído al crujido de gran número de raquetas. Uno tras otro, los indios fueron presentándose gravemente en el espacio iluminado por el fuego, altos y huraños, silenciosos entre sus pieles, y sus sombras bailaban caprichosamente sobre la nieve.

Uno de ellos, el doctor-brujo, se dirigió a Sipsu con palabras guturales. Su rostro estaba cubierto de tatuajes bárbaros, y sobre sus hombros pendía una piel de lobo, cuyo hocico, provisto de brillantes colmillos, cubría su cabeza.

Los mineros permanecieron silenciosos. Sipsu se levantó y volvió a ponerse la raqueta.

—¡Adiós, oh, mi hombre!—le dijo a Hitchcock.

Pero él, junto al cual habíase ella sentado sobre el trineo, no hizo un solo ademán y ni siquiera levantó la cabeza cuando el cortejo se hundió en la blanca selva.

Al contrario de otros muchos, ni su facultad de adaptación, aunque desarrollada, ni su amplio espíritu cosmopolita, le habían hecho entrever jamás una alianza con las mujeres de la tierra del norte. Si tal deseo hubiese

(Continúa en la Pág. 67)



# LA REVOLUCIÓN AGRÍCOLA DEL DOCTOR NORTHEN



La investigación microscópica en el laboratorio.

**¿S**ABE USTED que la inmensa mayoría de los seres humanos estamos sufriendo ciertas peligrosas deficiencias en nuestra alimentación? ¿Y que éstas no podrán ser remediadas hasta tanto no se consiga que la tierra de donde los alimentos proceden sea provista de las sustancias minerales que le faltan?

En otras palabras: las frutas, al igual que las hortalizas y granos que comemos, poco o nada representan para nuestra economía, porque carecen de las sales minerales que les conceden importancia como materias alimenticias.

Para usted, hasta ahora, lector, no ha habido cosa más semejante a una zanahoria que otra zanahoria, ¿no es cierto? Pues se equivocaba usted: una zanahoria puede contener los principios de nuestra naturaleza requiere y otra, en apariencia semejante, carecer de ellos, haciendo absolutamente inútil su ingestión para nuestro organismo. Pruebas de laboratorio han demostrado más allá de toda duda que las frutas, las legumbres, los granos y aun los huevos, la leche y la carne de nuestra época no pueden compararse con las que consumieron nuestros abuelos. Tal descubrimiento, corolario obligado de otro reciente y demostrativo de que la dieta debidamente balanceada del ser humano no se reduce a cierto número de calorías, las vitaminas tales y cuales y determinadas proporciones de proteínas, carbohidratos y almidones, sino que también deben figurar en ella varias sales minerales, ha producido viva excitación en los centros científicos mundiales y principalmente norteamericanos, a los que ha probado el doctor Charles Northen, médico de Alabama residente ahora en Orlando, Florida, que nuestros alimentos son pobres en minerales.

Tras una larga práctica médica, el doctor Northen especializándose en enfermedades del estómago y desórdenes de la nutrición, marchando a New York con objeto de efectuar estudios en el campo de conocimientos a que concretara su actividad intelectual, asociándose, para ello, con un profesional francés, graduado en la Sorbona. Mas a poco de comenzar sus rebuscas convencióse de que existía un parvísimo acervo acerca de la química alimenticia sobre el cual cimentar un orden de conocimientos tan específico

Recomendamos especialmente al lector este trabajo que el gran periodista y autor norteamericano Rex Beach publicó no ha mucho en la popular revista "Cosmopolitan".

Conocíamos ya las sensacionales experiencias del doctor Charles Northen, pero no habíamos leído aún un reportaje periodístico que tratara el asunto con la necesaria simplificación y claridad para hacerlo ameno al lector corriente. Este artículo de Rex Beach logra admirablemente ese fin, y nos brinda la oportunidad, no sólo de ofrecérselo al lector, sino de encarecer la atención de la Secretaría de Agricultura y recomendar al nuevo secretario, doctor Amadeo López, el envío de un técnico a la granja del doctor Northen, en Orlando, Estado de Florida, para que estudie los procedimientos del sabio agricultor norteno y pueda luego la Secretaría implantar en Cuba esas experiencias revolucionarias.

## Por REX BEACH

Versión de J. R. Chenard.



Rex BEACH examinando los apios cultivados por él siguiendo los métodos del doctor Northen.

como el suyo, y con seguro paso adentróse en el campo que escogiera, sentando, de inicio, la premisa de que difícilmente puede construirse un cuerpo saludable cuando éste no obtiene de los productos que ingiere los elementos esenciales de vida, y ello por la sencilla razón de que la tierra no los posee.

—Es simplemente lógico—nos dice el doctor Northen:—los minerales son imprescindibles al humano metabolismo y a la salud y ningún animal o planta puede extraerlos de un suelo que carece de ellos.

Cuando por vez primera hice pública tal aseveración—prosiguió—fui ridiculizado porque hasta entonces nadie había prestado atención a tales deficiencias. Muchos médicos eminentes negaron enfáticamente la posibilidad de que hubiera frutas y legumbres sin la cantidad de minerales suficientes para el provecho humano, y, naturalmente, tras ellos se pronunciaron los agricultores, preguntando quién había proferido semejante desatino...

Algunas de nuestras más respetadas autoridades médicas llegaron en su empeñamiento hasta negar que los minerales llamados secundarios jugaran papel en la salud del hombre. Y ha sido necesario, para que este criterio se acallara—si no modificara—que últimamente se pronunciasen contra él hombres de tanto valimiento como los doctores McCollum, de John Hopkins; Mendel, de Yale; Sherman, de Colum-

bia; Lipman, de Rutgers, y H. G. Knight y Oswald Schreiner, del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, arguyendo que dichos minerales secundarios son esenciales en los alimentos de las plantas, los animales y el hombre.

Sabemos que las vitaminas son complejas sustancias químicas, necesarias para la nutrición y que su presencia es indispensable para el normal funcionamiento orgánico, como lo prueba el hecho de que cualquier deficiencia vitamí-



El doctor NORTHEN contempla las naranjas obtenidas gracias al estudio del suelo.

nica tradúcese en desórdenes y enfermedades. No se ha sabido hasta recientemente, sin embargo, que las vitaminas controlan la absorción de sales minerales por nuestras vísceras, y que, cuando estas sales faltan, no tienen aquellas función que realizar.

Nuestro informante continúa ilustrándonos:

—Para el hombre vulgar todas éstas son monsergas, naturalmente, y un apio, un pepino, una zanahoria, sólo se diferenciarán, en todo caso, de otro apio, otro pepino y otra zanahoria, en el tamaño, y esto para él es fácil de rectificar mediante el uso de un fertilizador... Pero la verdad es que nuestros productos alimenticios varían grandemente de valor, hasta el punto de que algunos de ellos carecen totalmente de él. Así, por ejemplo, vegetales crecidos en determinada región poseen hasta 1.100 partes, por millar de millón, de yodo, contra 20 que arrojan los procedentes de otra. El examen de la leche ha dado re-

sultados insospechables: de 362 partes, por millón, de yodo, y 127 de hierro, hasta 000, en violento descenso.

Algunas de nuestras tierras nunca estuvieron bien balanceadas: añádase a ello la sustracción que de sus empobrecidos elementos hemos efectuado durante años de intensa explotación y se ponderará el misérrimo estado en que se encuentran ahora.

¡El problema es, sin embargo, tan simple! Bastaría un poco de atención para resolverlo de plano.

A medida que profundizo en el estudio de la nutrición y observo la estrecha relación—de causa a efecto—existente entre las deficiencias minerales y la falta de salud, me doy cuenta de lo imperativo que resulta restituir a la tierra, y por tanto a los vegetales con que nos alimentamos, el mineral que requieren.

Los resultados obtenidos por el doctor Northen podrían calificarse de milagrosos si no fuera porque su labor, rigidamente científica, rechaza como ofensivo tal dictado; a tal extremo sobrepasan los cálculos más optimistas.

Primero dijo lo que debía hacerse y llevó a vías de hecho su teoría en la hacienda floridana de que es dueño...

Dobló y redobló el contenido mineral de las frutas y legumbres.

Mejóro la calidad de la leche mediante el aumento del yodo y el hierro en ella existentes.

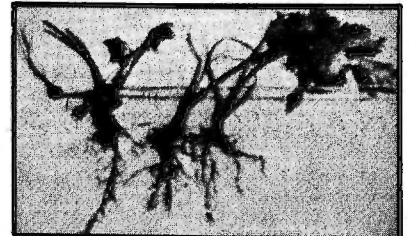
Hizo que las gallinas pusieran huevos más ricos en elementos vitales.

Y alimentando previamente la tierra cosechó mejores papas en el Estado de Maine, uvas en California y naranjas en La Florida...

(Conste que por mejores entendemos no solamente riqueza mineral, sino también aumento en cantidad y calidad).

Pero antes de seguir adelante, veamos mediante ejemplos la latitud que posee la expresión "deficiencias minerales", sobre la cual insistimos desde el comienzo de este artículo; su importancia por lo que a nuestra salud respecta, y cómo puede afectar al desarrollo mental y físico de nuestros hijos...

Por lo pronto sabemos que es posible provocar una enfermedad (Continúa en la Pág. 65)



Apios nuevos, de la misma edad y el mismo terreno. Arriba: del suelo natural. Abajo: del suelo tratado por el doctor Northen.



# Atáquese...

(Continuación de la Pág. 37.)

una muchacha cuando el hombre no se da cuenta de... de su amor.

Lloyd la contempla de manera extraña.

—En otras palabras—dice lentamente—me pide usted que la ayude en su complot para quitarme mi mejor amigo.

—No debe usted calificarlo así. El amor no es un complot. El amor es...

—Una corriente de aire caliente—interrumpe Lloyd.—Y ciertamente que no puedo ayudarla en tal cosa. Waldo es un hombre feliz en la actualidad... feliz porque está libre de compromisos. ¿No cree usted que traicionaría a mi amigo si la ayudase a usted?

—Pero, señor Gates,—dice Phyllis con ojos de asombro—¿cree usted honradamente que podría yo ser fatal para Waldo?

—No discutimos personalidades. Puede usted ser, por lo que veo, la muchacha más dulce del mundo, pero sigo teniendo mis reservas sobre ayudarla a pescar un amigo... especialmente uno que, antes de iniciar este viaje, no pensaba en el matrimonio.

—Pero, señor Gates,—insiste Phyllis asombrada—todo hombre, más tarde o más temprano, piensa en el matrimonio. ¿No ha pensado usted nunca en eso? ¿No ha soñado usted con una encantadora esposa a la cual confiar sus secretos, una casita acogedora, con una personita amable y cariñosa que le cuide y que le llene la pipa y le traiga las zapatillas?

—Mi querida amiga—responde Lloyd suavemente—no siendo un inválido, me considero capaz de cuidarme, de llenar mi pipa y de buscar mis zapatillas. Y en cuanto al matrimonio, le suplico que no me lo vuelva a mencionar.

—¿Pero cómo puede usted decir eso?—objeta Phyllis indignada.—Si no hubiera matrimonios se acabaría la raza humana.

—Lo cual—concluye Lloyd—sería una bella cosa.

Y con una cortés inclinación de cabeza hacia mí, echa a un lado la silla y se marcha.

Bueno; en el silencio que sigue trato por todos los medios de no reirme, pues sé que si tal cosa sucede voy a encontrarme con una copa de cocktail en la cabeza; de modo que mantengo una respetuosa reserva y espero a que reaccione Phyllis. No tarda mucho, pero cuando tal cosa sucede, me quedo maravillado de la forma en que ocurre; porque en vez de mostrarse resentida u ofendida, se humedecen aquellos ojos donde naufragaron miles de pilotos amorosos.

—Oh, señor Kinney—dice casi sollozando,—algo terrible ha sucedido.

—¿A mí me lo cuenta?—respondió sonriendo.

—¿Pero usted no comprende? ¡Yo... yo estoy enamorada de Lloyd Harrison Gates!

### III

Siempre he creído que una partida de bridge es más interesante cuando se apuesta algo; un match de baseball más atrayente cuando llevamos algún interés material en el resultado; y siguiendo el mismo razonamiento, no hay razón para creer que este juego llamado del amor no tenga más atractivos cuando algo se disputa. Y en el caso de P. Hemming, 115 libras, Vs. L. H. Gates, 162 libras, indudablemente hay algo de interés por medio. Porque para mi mujer y para mí, al llegar al tercer día, es obvio que Phyllis se ha interesado vivamen-

te en el solterón empedernido y que Lloyd está asustado por su persistente presencia.

Nos encontramos sobre cubierta a la cuarta tarde de navegación, enfrascados en un juego de tejo y Phyllis trata desesperadamente de interesar a su objetivo. Abandonó las reglas del marqués de Queensberry en favor del catch-as-catch-can y se lanza al viento con todas sus velas desplegadas. Las finezas son inútiles. Capítulo XI, página 164:

“El embaucamiento femenino fué un arte en boga entre las damas de la época de los Luises, pero no hay razón para considerarlo inútil o gastado hoy en día. Los hombres siempre darán muestra de su vanidad ante ciertas torpezas femeninas que producen en ellos un sentimiento de superioridad y características que pudiéramos considerar faltas de todo sentido o carentes de cerebro, son a veces consideradas por los hombres como habilidades. Recuérdese: Femenidad es un capital, no una obligación”.

Phyllis va de compañera con Lloyd en contra de mi mujer y yo y, créanme sinceramente, estoy tan interesado en el match personal que apenas si pongo atención al juego o al score.

—¡Oh!—grita Phyllis después de hacer un tiro muy malo—¿no fué eso terrible, señor Gates? ¡Si apenas puedo sostener como es debido este palo!

—Debe tratar de sujetarlo bien y después empujar con firmeza. —Eso para usted resulta muy fácil—dice ella en tono compungido.—Usted es hombre y tiene mucha más fuerza que yo.

—La fuerza—dice Lloyd un tanto irritado—no es necesaria. Este es un juego de habilidad y si le presta tan sólo un poquito de atención, podrá jugarlo bien.

—¿Así es como usted hace?—pregunta Phyllis, y le da al disco un empujón que lo envía hasta la mitad de la cubierta.

—Me parece que no—desaprueba Lloyd.—La idea es apuntar a esos cuadros. Fíjese.

Y deposita limpiamente uno de los discos dentro de un cuadro.

—¡Oh, espléndido!—grita Phyllis palmoteando.—Eso nos da la victoria, ¿verdad? ¿O no es así?

—No es así y estamos tan lejos de nuestros contrarios, que me parece tonto continuar.

—Entonces iniciemos otra partida—suplica Phyllis.—Comienzo a cogerle el juego. Le observo cuidadosamente y procuraré imitarle.

—Tengo una idea mejor—dice Lloyd al ver acercarse a Waldo Brumette.—¿Por qué no observa cuidadosamente a Waldo y le imita?

Y le entrega su palo a Waldo y se marcha... acción que deja a Phyllis con la boca abierta, pero que a Waldo le parece admirable; porque este caballero queda encantado ante la oportunidad de tenerla como compañera y no se detiene para dar muestras de su alegría. Pacientemente explica los rudimentos del juego y ríe sus errores... todo lo cual, claro, resulta exasperante para Phyllis. Supongo lo que siente cuando a la conclusión de nuestro match Waldo la toma por el brazo e inclinándose le dice:

—Señorita, yo... ah... yo... bueno, Lloyd me habló esta mañana de...

—¿De qué?—interrumpe ella glacialmente.

—De... bien, de lo que usted le dijo anoche. Y...



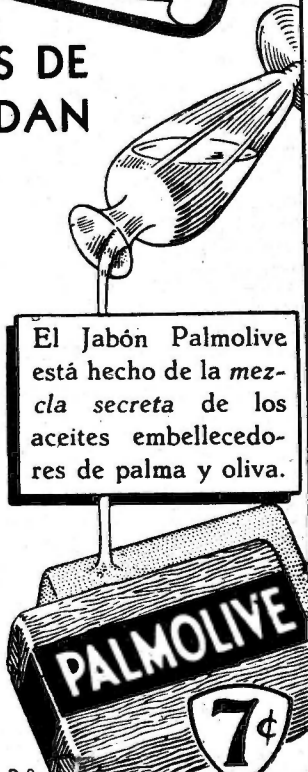
... y piel en perfectas condiciones, el uso constante del jabón Palmolive.  
LLORENS  
Galiano 54, Habana

## LOS ESPECIALISTAS DE BELLEZA RECOMIENDAN PALMOLIVE

... no sólo para la cara, cuello y hombros, sino también "para todo el cuerpo".

Siga este valioso consejo y ensaye hoy mismo el baño embellecedor Palmolive. Frótese bien todo el cuerpo con una toallita impregnada con la rica espuma del Palmolive, hasta que penetre en los poros y los limpie completamente. Después, enjuáguese y séquese suavemente. Observe como queda todo su cuerpo deliciosamente fresco y vigorizado—lindo y juvenil.

Compre hoy mismo 3 jabones Palmolive que sólo cuestan 20 cts. Comience en seguida a practicar el "baño embellecedor Palmolive".



El Jabón Palmolive está hecho de la mezcla secreta de los aceites embellecedores de palma y oliva.

5 Cintas negras de las envolturas del Palmolive, sirven para obtener una Villa JABÓN CANDADO todos los meses en "El Concurso del Millón".

Sintonice la CADENA CRUSSELLAS

—¿Y qué? —Y yo... yo quiero... ciertamente, no me daba cuenta, pero sí puedo hacerla feliz...

—Claro que puede—salta Phyllis, ya a punto de ebullición.—Me haría usted feliz si se cayera por la borda.

Pero este despliegue de mal genio dura poco. A la caída de la tarde, Phyllis ha conseguido dominarse y esperándose que el barco llegue a puerto al día siguiente, la batalla entra en la recta final.

Estamos en el salón, escuchando el concierto, contando anécdotas y bebiendo; y Phyllis, en una creación de un célebre modisto francés, en blanco y negro, es lo

más cercano a la palabra "encantadora" de cuanto he visto en mi vida. Una destrozadora de corazones es la niña... una destrozadora en enormes proporciones. ¡Y dinamita pura! Pero se enfrenta con la montaña que no quiso ir donde Mahoma... Decir que nuestra joven se encuentra desesperada, no es exagerar.

Conociendo sus propósitos, me parece descubrir algo maligno en el encanto que exuda. Y lanza sobre Gates, capítulo tras capítulo de psicología aplicada, en un intento desesperado por abrir hueco en su armadura de acero níquel.

Le ataca bajo el ángulo "mater-

(Continúa en la Pág. 59.)

EVITE la infección de las picaduras de insectos aplicándose PENETRO El Balsamo penetrante

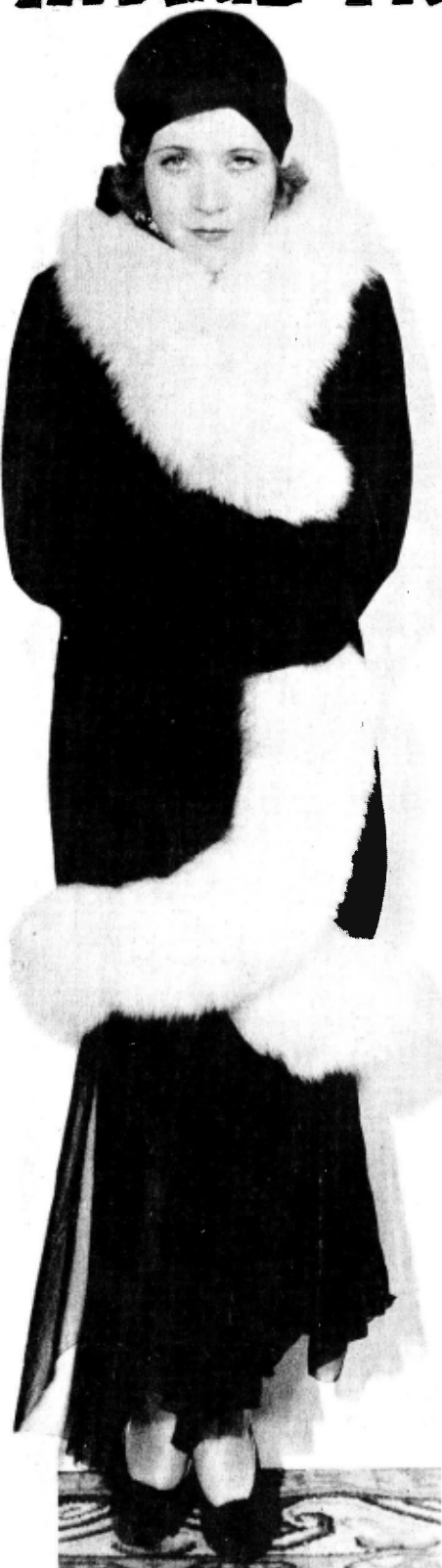
Use Pastillas PENETRO Para la Tos





# MARIE PREVOST MURIÓ DE HAMBRE EN HOLLYWOOD!

por Mary M. Spaulding



pone fin a la infinita tragedia y aquelárrico dolor de una mujer que fué un día sinónimo de triunfo y admiración.

Las autoridades investigan inútilmente la causa de tan repentina muerte. Algunos médicos forenses declaran serenamente que la artista se había sometido a fatales dietas rigurosas, para combatir la monstruosidad de unos tejidos adiposos que comenzaron por cubrir el cuerpo—gloriosamente bautizado en años anteriores como escultura griega—y más tarde toda la carrera y el porvenir de la actriz.

La casa en desorden... el fogón helado... la alacena vacía. ¡Marie Prevost se había impuesto una dieta rigurosa!... Pero los aullidos del noble perro guardián que durante 48 horas veló junto al cadáver, la escuálida apariencia del pobre animal, fiel a su ama aun después de la muerte, declaran elocuentemente que Marie Prevost, efectivamente, se ha-

El grupo de turistas se marchó del estudio sin Marie Prevost. La chiquilla canadiense (Marie nació en Sarnia, Ontario), quedó instalada como futura estrella en los estudios de Mack Sennett. Pesaba entonces 123 libras y su estatura era de 5 pies y cuatro pulgadas, lo que la hacía perfecta. Le ofrecieron cuarenta dólares semanales, y Marie pensó que acababa de encontrar una vieja lámpara de Aladino. En aquellos días este salario representaba la opulencia. Gloria Swanson ganaba entonces 65 dólares semanales y Charlie Chaplin, que después ganó millones, era un potentado al cual se le daba cada siete días un sobrecito con ciento veinte y cinco dólares. Durante mucho tiempo Marie era la niña adorada y adorable de Mack Sennett. El público idealizó a la muchacha de curvas delicadas, labios sonrientes, irónicos y ligeramente sensuales. Triunfó por su pose, por su talento, por la belleza y sabi-

contaba diez y seis años, unió sus destinos a los de Sonny Gerke, creyendo sinceramente que la infinita sensación de su alma, el latigazo de la carne joven en presencia del apuesto mancebo, era la verdadera llamada del amor... Pero esta unión naufragó, terminando en los tribunales angelinos en el año 1923.

Demasiado joven y bella para resistir a la tentación, creyó haber arribado al verdadero puerto de la felicidad, cuando volvió al



Marie PREVOST, una de las gloriosas artistas de la pantalla, murió a los 36 años de edad, víctima del hambre y la adiposidad. (Foto Columbia).



Marie PREVOST y Mary M. SPAULDING en una escena de la película "La Muchacha del Pullman", filmada en los estudios Metropolitan en el año 1928. (De la colección privada de Mary M. Spaulding. Exclusiva para CARTELES).

bía sometido a una drástica dieta, impuesta por la necesidad. Marie Prevost muere, sencillamente, de hambre, de desolación y de miseria.

Y la fantasía, el caudal de recuerdos que se juntan súbitamente, salvan el tiempo y la distancia. Como una cinta cinematográfica pasa vertiginosamente por nuestra vista la vida de la artista que acaba de pagar su último tributo a la Vida.

Es el año de gracia de 1917. Varios turistas visitan los estudios de Mack Sennett, glorificador de la bañista americana. Entre ellos se destaca una chiquilla de rostro picaresco y cuerpo escultural. El ojo clínico de Ford Sterling, director famoso en aquellos días, descubre en la pequeña visitante líneas de extraordinaria belleza; en los labios rojos y sensuales, un anhelo infinito de besar y ser besada, en los ojos azules unos sueños locos de triunfar. Y Ford Sterling habló unas misteriosas palabras al oído de la muchacha que rió alborozada, lo siguió balanceando rítmicamente el milagro de su cuerpo y volvió al cabo de unos minutos metida en un deslumbrante traje de baño...

duría que había recibido como herencia al nacer. Pero Marie, como todas las bañistas de Mack Sennett, quería aparecer en películas más serias y donde el talento histriónico no se redujera al semidesnudo del cuerpo núbil y jocos. Tenía el don del humorismo y tenía, también, rasgos de mujer dramática. El cinematógrafo adelantaba a pasos agigantados y con él adelantaba la popularidad de Marie. Alcanzó la cúspide y sostuvo entre sus manos blancas y pequeñas el cetro de la fama.

Llegó a ser una de las artistas mejor retribuidas en Cinelandia. Nada faltaba a su carro triunfal: automóvil propio, chófer, domésticos siempre atentos al menor deseo de su ama. Su hogar se mantenía siempre abierto, generoso y óptimo, para todos los amigos. De carácter cordial, lista siempre al repartee más ingenioso, a su lado se congregaba la flor y nata de la colonia cinesca, y escritores, directores, estrellas, le rendían homenaje y se inclinaban ante ella como lo hubieran hecho ante una reina. Marie Prevost era una reina en el frívolo e inconstante reinado de Hollywood.

En el año 1918, cuando apenas

altar de brazo de Kenneth Harlan, actor del cine silente. Se unieron en el año 1924 y se divorciaron en el 1929.

Sin embargo, Marie Prevost seguía creyendo en el amor. Era una sacerdotisa sincera que oraba eternamente a los pies de Cupido. Si el lector revisa sus archivos, encontrará una entrevista que escribimos el día 28 de julio del año 1929 y que apareció en las páginas de CARTELES. Marie Prevost nos confesó que creía cie-



La figura escultural comenzaba a fracasar bajo la monstruosidad de los tejidos adiposos, y Marie PREVOST temía presentarla al público en toda su totalidad. (Foto Columbia).

gamente en la posibilidad y facultades del corazón para renovarse constantemente; para amar infinita y eternamente.

¡Ironías del destino!... La mujer que rindió semejante culto al amor, muere sola y abandonada; muere de inanición; muere junto al fuego helado, sin otro compañero que un pobre perro, que aulló tristemente, durante 48 horas, para llamar la atención del Hollywood despreocupado, para advertir que un ídolo había caído

(Continúa en la Pág. 71)

La línea severa y clásica desapareció, y con ella la fama y fortuna de Marie PREVOST, encontrada muerta en su misero departamento, el día 23 de enero, después de 48 horas de serena inmovilidad... (Foto Columbia).

**M**ARIE PREVOST ha muerto!... Entre el ruido de las copas de champaña, de las risas y de la frívola alegría de Hollywood, el cable, un poco tembloroso, lleva la noticia, breve, a los cuatro puntos cardinales del planeta. Porque un día Marie Prevost fué adorada por el público y éste tiene el derecho de saber que otro ídolo cayó definitivamente en las brumas de la nada.

De bruces sobre el duro lecho de miseria y dolor, envuelta en ropajes pobres, caricatura de días mejores e idos para siempre, la Muerte, más piadosa que la Vida,

Dorothy LAMOUR, es-  
trela de Hollywood.  
(Foto Paramount)...





# Los PATRIOTAS CUBANOS EXILADOS en COSTA RICA: EDUARDO POCHET Y ODDIO

## Por ROIG De LEUCHSENRING

**AL VEZ** nuestros lectores recuerden el artículo que publicamos en estas páginas la primera semana de octubre, sobre el atentado de que fué víctima Antonio Maceo en Costa Rica en el año 1894 y los amorosos y eficientes auxilios que le prestó el doctor Eduardo Uribe Restrepo. En aquella evocación histórica mencionamos el nombre de un insigne patriota cubano, exilado en esa República, y en cuya casa vivió Maceo: Eduardo Pochet y Oddio.

A este fervoroso revolucionario vamos a consagrar el presente trabajo, aprovechando la oportunidad que nos ofrece la estancia en La Habana de un hijo de aquél, don Eduardo Pochet Lacoste, figura prominente en Costa Rica, ex gobernador de la provincia de Guanacaste, ex comandante de plaza de Liberia, capital de la misma provincia, y ex presidente municipal de San José.

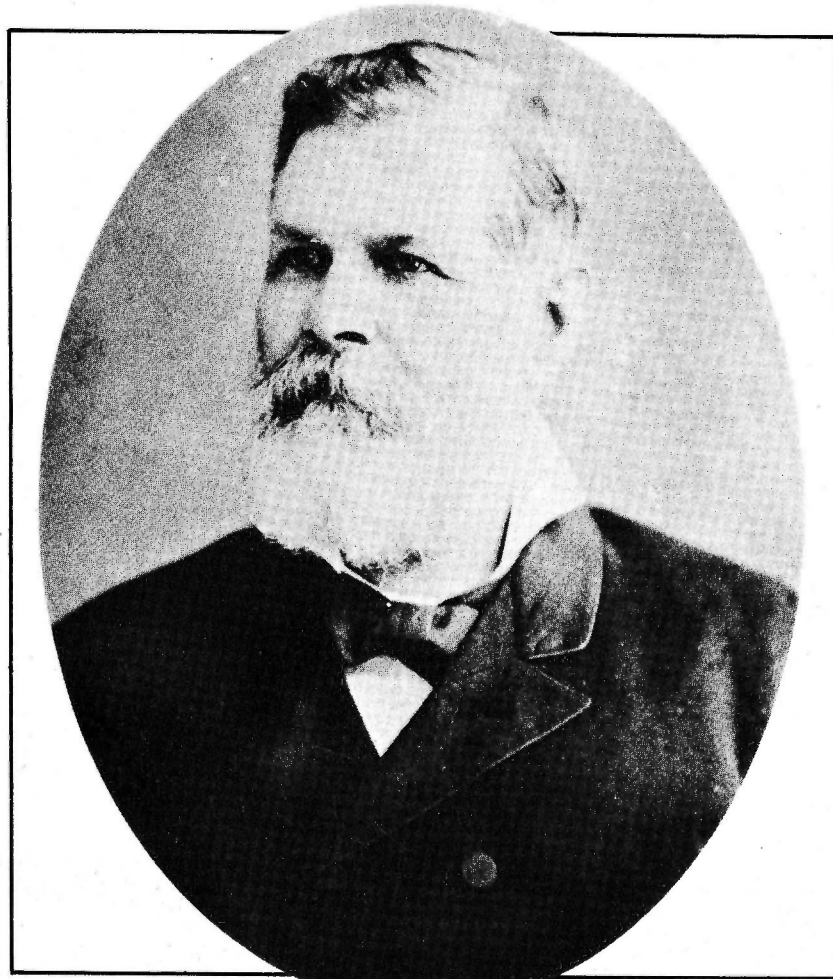
El señor Pochet Lacoste, en su visita a la redacción de CARTELES, nos ha traído un afectuoso mensaje de nuestro buen amigo el eminente jurisconsulto e internacionalista doctor Luis Anderson, y ha sido mensajero, también, de las simpatías que los costarricenses tienen para CARTELES y el ávido interés con que es leído todas las semanas y comentados colectivamente muchos de sus trabajos. Aquél que dedicamos al atentado a Maceo en Costa Rica, mereció ser recogido en un folleto, adicionándolo con numerosos documentos comprobatorios de la intensa labor patriótica desenvuelta durante la última guerra emancipadora cubana por Eduardo Pochet y Oddio.

Costa Rica no olvida a los patriotas exilados cubanos que en ella vivieron o la visitaron en los años anteriores a la guerra del 95, y últimamente se han publicado en aquella República dos valiosísimos estudios que rememoran esa época: *José Martí en Costa Rica*, por Carlos Jinesta, con prólogo de Alejandro Alvarado Quirós, y *Martí o de la Patria*, por Victor Manuel Cañas.

Aunque consagrado el primero de dichos libros, de manera especial, a relatar las dos visitas que Martí hizo a Costa Rica, en él se ofrecen, también, amplias e interesantísimas noticias sobre la vida y la actuación de otros cubanos revolucionarios en aquella República, Antonio Maceo principalmente y, desde luego, Eduardo Pochet Oddio.

En 1892 llegaron a las pampas guanacastecas, procedentes de Nicaragua, los hermanos Antonio, José, Tomás y Elizardo Maceo, Flor Crombet, Juan Rojas, Arcilio Guila y Pedro Pic, a todos los cuales dió abierta acogida y franca ayuda el entonces Presidente José Joaquín Rodríguez.

Maceo había logrado formalizar un contrato con el secretario de Estado en el Despacho de Fomento, Joaquín Lizano, que fué aprobado por el Congreso en decreto de 21 de diciembre de 1891, mediante el cual se comprometía aquél a llevar a Costa Rica cien familias cubanas agricultoras, las cuales se establecerían en el distrito de Nicoya de Guanacaste, situado en un valle formado por los



Eduardo POCHET Y ODDIO, esclarecido patriota cubano, exilado en San José de Costa Rica desde la guerra del 68, que prestó eminentes servicios a Maceo y otros revolucionarios residentes en aquella República, así como a Martí en las dos ocasiones que la visitó.

cerros de Las Huacas, La Balsa, Los Leones y Jesús y regado por el río Morote, dedicándose al cultivo del tabaco, caña de azúcar, cacao, algodón y café, sin perjuicio de fomentar otras industrias. El Gobierno costeaba los gastos de pasaje y manutención de cada familia desde Cuba a Nicoya; daba de \$25.00 a \$50.00 por cada hectárea de terreno preparada para labrar; \$300.00 por cada edificio que construyeran los cubanos; 5 yuntas de bueyes; \$2.000 para compra y transporte de semillas y un empréstito general de \$10.000.

Al instalarse en Nicoya cada familia cubana recibiría de 2 a 4 hectáreas de terreno limpio, 1 vaca de leche, 1 caballo, utensilios de cocina y aperos de labranza. A los colonos que se establecieran en los primeros 30 meses, además, alimentos y vestidos. El Estado cedía a la colonia la exención, por cuatro años, de impuestos de importación por mercaderías, otorgaba a cada jefe de familia la propiedad de la tierra que sembrara de tabaco, caña de azúcar, cacao, algodón y café, mientras no pasara de 100 hectáreas por familia. Los adelantos hechos en dinero, animales, alimentos y vestidos, serían saldados por los colonos con el tabaco obtenido en sus primeras cosechas. El 7 de enero de 1892 firmó Maceo el convenio.

El sucesor de Rodríguez en la

presidencia, Rafael Iglesias Castro, continuó prestando su apoyo a los colonos cubanos y estimulándolos en sus trabajos.

A los primeros, ya mencionados, exilados de nuestra patria, se unieron más tarde en Nicoya, Tomás Carrillo, Manuel Amaya, Federico Montero, Angel Noguera, los hermanos Santiesteban y otros muchos. En este grupo, dice el historiador Carlos Jinesta, "sobresalía doña María Cabrales, mujer de Antonio Maceo, que asociaba, a las virtudes hogareñas, ¡cuán de veras!, brío patriótico".

Los cubanos trabajaron tenaz e intensamente; instalaron un ingenio, que producía azúcar en abundancia; cultivaron tabaco, café, cacao, frutos menores; fomentaron la crianza de ganado. Fué aquél un rincón de Cuba en plenas pampas costarricenses. Ese rincón recibió el nombre de *La Mansión*, nombre que aun subsiste. Y en aquel pueblo agrícola de cubanos revolucionarios, como es natural, se pensaba a diario y se hablaba de la suerte de la patria desgraciada, en espera todos de que llegase el momento de renovar la lucha por la libertad, interrumpida por la tregua del Zanjón. Dice Jinesta que "todavía quedan en *La Mansión* descendientes de los colonizadores". Y agrega: "¿No viven Quesada, el decidor, y Arauz, el fogoso? Hay flúidos en el aire vivífico, que evocan cosas de Cuba, en la jornada

de la independencia. Se repiten anécdotas orladas de sangre de héroes; con sudor de libertadores permanecen fecundizados aquellos acres costarriqueños". El ingenio de *La Mansión* está todavía en pie, y Jinesta lo visitó recientemente, "al declinar un día, hermoso como la honradez".

Martí, que se carteaba frecuentemente con Antonio y José Maceo, con Flor Crombet y otros exilados cubanos en Costa Rica, visitó esta República dos veces, en julio de 1893 y junio de 1894.

El 30 de junio del primero de dichos años, llegó al anochecer Martí a San José. *El Heraldo de Costa Rica*, que dirigía Pío Viquez, le dió en la sección editorial de su número del día siguiente, cordial saludo de bienvenida, calificándolo de "alta personalidad latinoamericana, cubano ilustre, enérgico luchador por el triunfo del derecho democrático y la cultura racional de los pueblos de América". Fué objeto Martí de singulares agasajos: un banquete en el Gran Hotel; una velada en el Colegio de Abogados, en la que dió Antonio Zambrana notable conferencia y a la que asistió Antonio Maceo. En la Escuela de Derecho ofreció Martí, también, una conferencia dedicada a la Asociación de Estudiantes. Dice Jinesta que Martí se hallaba muy quebrantado de salud, "los pulmones le fallaban y el corazón se le quejaba". Martí discursó acerca de la palabra *patriotas*, por espacio de dos horas. Según la reseña de un periódico de San José, el conferenciante, "incansable a pesar de sus energías debilitadas, aparentaba agotar en arranques de suprema elocuencia el fuego divino de su inspiración, con frases ora impetuosas y robustas, ora suaves, dulces y llenas de encantadora poesía". Dice Jinesta que de la conferencia de Martí aun recuerdan algunos de los concurrentes, muchos de sus más destacados períodos, "con el encanto de la añoranza", principalmente aquellos en que ensalzó las razas india y negra, "sólo desfiguradas o desdeñadas por los malvados".

A las 7 de la mañana del sábado 8 de julio partió Martí rumbo a Nueva York.

Antes de abandonar Costa Rica, visitó, acompañado de Antonio Maceo, al Presidente José Joaquín Rodríguez. Dejó Martí restablecidas las relaciones entre Maceo y Máximo Gómez y a Maceo resuelto y listo para incorporarse al movimiento revolucionario, después de libertado del contrato con el Gobierno de Costa Rica.

De esta su primera visita a Costa Rica, guardó Martí gratísimos recuerdos y a Costa Rica consagró los más cálidos elogios, como a "tierra que siempre defendí y amé por culta y viril, por hospitalaria y trabajadora, por sagaz y por nueva", pidiéndole a don Pío Viquez, a quien está dirigida la carta de donde tomamos esas frases, y a sus amigos de Costa Rica, "me permitan servirla como hijo".

El jueves 8 de junio de 1894 volvió Martí a Costa Rica, acompañado de Panchito Gómez Toro. Se entrevistó con los cubanos de *La Mansión*, abandonando el país el 18 de junio. (Cont en Pág. 48)

LA · INEVITABLE · HONRADEZ

# DE SIMONA

(A la manera de OCTAVIO · FEUILLET)

El JOVEN vizconde Marcelo de Cadillac regresaba por el camino vecinal a su viejo castillo de la margen derecha del Loira. La tarde caía y la tierra exhalaba su alma en el perfume de las flores silvestres. ¿En qué pensaba el vizconde? En nada: se dejaba mecer por la brisa primaveral, el lento paso de su caballo favorito y los recuerdos de su infancia.

Los labriegos que regresaban a sus chozas con la hoz o la horquilla al hombro, lo saludaban quitándose el sombrero, pues el que más y el que menos tenían algún buen recuerdo del joven y ya magnánimo señor.

De pronto, el ruido de los cascos de un caballo, lanzado a toda carrera, le hizo volver la cabeza, y al mismo tiempo una yegua blanca, sobre la que iba una mujer, cuya amazona azul flotaba en encrespados pliegues, pasó a su lado rauda como el rayo.

Una ojeada le bastó al joven para apreciar la situación: entre

la mujer, que era joven, bella y rubia, y la noble bruta se había entablado una lucha desigual, pues la yegua daba muestras inequívocas de estar desbocada. Rápido como el pensamiento, Cadillac espoleó a su cabalgadura y en pocos instantes estuvo ésta emparejada con la de la joven y rubia amazona. Sacó una pistola y ya iba a descerrajar un pistoletazo a la yegua cuando la joven que la montaba le gritó, clavando en él la mirada de sus ojos azules:

—¡No la matéis que es prestada!  
—¡Vuestra vida corre peligro!  
—Prefiero el peligro al hastío,  
—¿Os hastiáis siendo joven, hermosa y amada?

—¿Cómo sabéis que soy amada? El vizconde guardó silencio porque comprendió que había ido demasiado lejos. De un momento a otro iban a precipitarse todos en las aguas del Loira. Con un brazo rodeó la cintura de la joven y con el otro detuvo su propio caballo. A tiempo que la impetuosa yegua se precipitaba en la tumultuosas aguas.

La joven se desasí del imprevisto abrazo y cayó delicadamente sobre la verde grama del ribazo. —Perdonadme, pero no había otro medio—se disculpó el vizconde.

—¿Estáis perdonado. Mil gracias; os debo la vida. Y ahora idos, caballero, y no tratéis de seguirme ni de saber quién soy, porque me enfadaría.

—¿Os volveré a ver?  
—Quizás—fué la enigmática respuesta de la misteriosa amazona azul.

El vizconde se quitó el sombrero y picando espuelas se perdió a la distancia. ¿En qué pensaba? Posiblemente en quién sería la bella amazona.

Al día siguiente recibió una esquila de su madrina, la vieja marquesa Celestina de Quid-Proquo, en la que lo invitaba a cenar, rogándole que no faltara por nada del mundo.

—Te he hecho venir—le dijo su madrina—para presentarte a una persona a quien ya conoces y a la que tendrás un gran gusto en volver a ver.

En el mismo instante y como evocada por esas palabras, apareció una joven rubia luciendo una "tenué" de noche de seda "pongé" color malva, adornada con aplicaciones de canutillo de oro, que realzaba notablemente su singular belleza.

—¡Ella!—fué lo único que pudo articular el joven.

—Sí, es ella, mi amiga la señora de Gruyeré, Simona de Gruyeré, esposa del presidente de la Audiencia de Perpignan, que pasa unos días conmigo—presentó la anciana.

La cena fué deliciosa. Cuando terminó, él dijo a Simona:

—¿No habéis visto nuestro cementerio a la luz de la luna?

—No. ¿Es interesante?

—Venid y juzgad por vos misma.

—Yo no os acompaño—se excusó la anciana marquesa—porque allí está mi esposo y le juré en su lecho de muerte dejarlo en

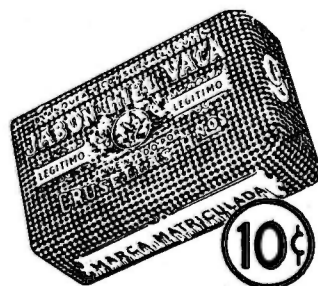
## Un Baño de Perfume



### JABÓN DE HIEL DE VACA DE CRUSELLAS

El Jabón de Hiel de Vaca de Crusellas, blanquea y suaviza el cutis. Además, su abundante espuma, impregnada con el intenso perfume característico de este jabón, deja la piel de todo el cuerpo envuelta en una exquisita fragancia.

El jabón de Hiel de Vaca de Crusellas, proporciona, al más reducido costo, un baño deliciosamente perfumado.



Las envolturas del Jabón de Hiel de Vaca de Crusellas se canjean por bonos para el "Concurso del Millón".

HV 15-R

### SINTONICE LA CADENA CRUSELLAS

paz en su tumba. Id y divertíos. Partieron.

Llegaron junto a una tumba de dos plazas, en la que había grabada esta sencilla inscripción: "Juan y Juanita, por toda la eternidad". Debajo de la inscripción se veían dos corazones en relieve, atravesados por una flecha.

—¿No os dice nada esta alegoría?

—Se me ocurre preguntaros: ¿Si uno de esos corazones fuese el vuestro, de quien quisierais que fuese el otro?

—¡Vuestro!—dijo el joven, con ímpetu irresistible.

—Lo pregunté por simple curiosidad.

—¡Sois diabólica!

—¡Quizá!—fué la enigmática respuesta.

Quedaron ambos en silencio. Por fin Marcelo inquirió.

—¿No habéis tenido nunca aventuras?

—¡Jamás! Soy una mujer honrada, caballero, y además el señor de Gruyeré no me quita los ojos de encima, y no olvidéis que son muchos los ojos de Gruyeré.

—Pero aquí no os puede ver... y ojos que no ven...

—¿Me amáis?

—¿Lo dudáis?

—¿Qué prueba me dais?

—La que me pidáis. ¿Por qué lo preguntáis.

—Por simple curiosidad.

—¡Sois satánica!

—Quizás...

La luna se ocultó tras una nube, como una bella mujer tras su abanico; el céfiro de la noche trajo el perfume capitoso de los rododendros, y los corazones grabados en la tumba parecieron palpitar con nueva vida. Sus bocas se unie-

ron y en aquel florilegio de epítafios sus almas fueron como un exuberante epitalamio cantado por el Eros triunfante de la antigua mitología... Después... Después, con la miel en los labios del beso de la despedida, Simona huyó como una corza blanca deshecha en llanto por entre las florecidas tumbas del cementerio aldeano. Los pillegues de su falda se perdieron en un rayo de luna y Marcelo de Cadillac se sentó en una lápida, oprimiéndose el corazón con ambas manos, que quería saltársele del pecho enamorado.

Al día siguiente Marcelo recibió una esquila perfumada a la violeta concebida en estos términos: "Os amo y voy a morir. Que no se culpe a nadie de mi muerte. Pero no puedo resistir al deshonor. No me lloréis: ¡soy una adúltera!—Simona".

El vizconde no dijo una palabra. Derramó primero abundante llanto y luego sacó una pistola y se la acercó a la pensativa frente. Ya iba a disparar cuando un criado del castillo de su madrina le entregó otra misiva. Decía así: "Me podéis llorar tranquilo: no soy adúltera porque acabo de recibir la noticia de que el señor de Gruyeré cerró los ojos para siempre anoche a las diez, y cuando fui vuestra miré el reloj—una vieja costumbre—y vi que eran las diez y cuarenta y cinco. Por lo tanto, era viuda y si me amáis no tengo por qué morir tan joven.—Simona".

—Esto es lo que se llama una desgracia con suerte—dijo el joven vizconde Marcelo de Cadillac, y corrió como un loco feliz rumbo a la casa de su madrina.

#### DISFRUTE DE LA VIDA



VIGOROSO aunque esclavo del escritorio

No siempre los atletas son verdaderamente vigorosos—ni los oficinistas siempre endebles. Todo puede depender del estreñimiento, que roba el vigor... ¡Pero los purgantes no lo devuelven!

Lo que hace falta es añadir "fibra" a la alimentación diaria. Kellogg's ALL-BRAN proporciona la "fibra" que ejercita y barre suavemente los intestinos de todos los residuos impuros.

Le bastarán dos cucharadas diarias de Kellogg's ALL-BRAN para librarse del estreñimiento. En casos crónicos, tómense en cada comida. Kellogg's ALL-BRAN proporciona también dos grandes reconstituyentes de la sangre: hierro asimilable y Vitamina B. No hay que cocerlo. Es delicioso con leche fría. De venta en todas las tiendas de comestibles.



**Kellogg's ALL-BRAN**  
(Todo-salvado)  
El remedio benigno y natural contra el ESTREÑIMIENTO



# UN HOMBRE BLANCO

## SINOPSIS

Alejandro del Valle, joven cubano graduado en una escuela militar de E. U., se alista en Londres para combatir por Abisinia. Con credenciales del embajador etiope, M. Martín, llega a Yibuti, donde lo detienen, siendo libertado por gestiones del cónsul. Toma el ferrocarril de Addis-Abeba, que es tiroteado en el trayecto por las tribus nativas, las que roban los alambres del telégrafo para hacer collares y las vías férreas para construir lanzas. Dos periodistas españoles, Carlos Mengoli y Carlos Heredia, lo reciben en la estación de Addis-Abeba, así como dos oficiales del Ministerio de la Guerra. Recorre la ciudad en compañía de un griego, dueño del hotel Majestic, donde se aloja, y visita el Mon-Cine, antro de vicio, donde se reúne la colonia extranjera. Del Valle anticipa una narración descriptiva de las cosas singulares de Addis-Abeba antes de comenzar el relato de los hechos de acción en que tomó parte directamente. Habla de los tambores guerreros, de la montaña de Entoto, de la Iglesia Copta de San Jorge y de sus singulares ritos, del árbol de la muerte en que son ajusticiados los reos, del pender trágico de los cadáveres, durante meses, de las ramas siniestras. Cuenta cómo se

cólera feroz contra aquella turba fanática.

—¿Quién los mató?—rugí, con los ojos centelleantes...

En torno mío se hizo un silencio hostil, cargado de recelos. Mis cinco esclavos estaban allí, con las armas empuñadas, como perros de presa. Los capitanes Alamaya y Backala se acercaron, como si adivinaran en mi actitud resuelta la posibilidad de una violencia estéril.

—Perros asesinos... Han matado a sus jefes...—agregué, con voz silbante.—Esto requiere un escarmiento... Voy a fusilarlos a todos...

Alamaya me echó la mano sobre el hombro y me dijo en inglés:

—Ya no tiene remedio... Cállese... Vamos a ver al ras...

En la sombra distinguí, al sa-

acompañó a la tienda de los suizos. Echó una ojeada a los dos muertos. La tropa se agitaba afuera esperando la decisión suprema del jefe máximo. A poco trajeron ante él a tres soldados que se tendieron a sus plantas. Les habló en su lengua. Le contestaban con monosílabos dramáticos. Vi llegar a los verdugos con los látigos pavorosos preparados para el castigo. Ante mis ojos los azotaron sin piedad durante minutos que me parecían horas. En el silencio que precedió a la ejecución y que se mantuvo durante ella, rasgaba la noche el zumbido del látigo cortando el aire tápido del valle y el chasquido que producía en la piel, hendiéndola cada azote fiero. Las víctimas permanecían inmóviles como satisfechas de su destino. A cada golpe un breve estertor agitaba los cuerpos y un gemido sofocado se escapaba de los bultos inertes que se desangraban en el suelo. El ritmo era perfecto y los verdugos alzaban y bajaban sus brazos con inalterable vigor hasta que los tres culpables quedaron exánimes. Poco a poco el gemido se hizo más débil hasta apagarse por completo. Y el temblor se aquietó en la inmovilidad de la muerte. Aquella ejecución lenta y mutiladora calmó mi furia, al ver

vengados a los suizos. Los tres guerreros, tendidos en el suelo, eran apenas una masa informe. Un espeso charco de sangre ennegrecía la tierra en torno de ellos. Y las tres espaldas unidas confundíanse en una sola mutilación que dejaba ver entre las incisiones profundas la blancura descarnada de los huesos.

El ras Mulugueta me condujo a su tienda:

—¿Satisfecho, faranyi?—me interrogó mirándome gravemente a los ojos.

—¿Por qué lo hicieron?—interrogué a mi vez.—¿Por qué asesinaron a sus jefes?

—Porque los jefes tenían miedo. No se puede mandar a un ejército si se carece de valor, faranyi. Esos suizos no lo tenían. Temían a sus propios soldados. ¿Cómo iban a combatir al enemigo?

El tono era de severidad y me pareció hallar en su lógica una justificación del doble crimen.

—¿Cómo supo usted que fueron ellos?—dije.

—Nadie lo sabe—repuso con sosiego.—Pero alguno lo hizo. Se escoge entonces, al azar, entre la tropa y ése paga por todos. Para el caso es igual. El delito no queda impune.

Me quedé estupefacto: —¿Quiere decir que mató a latigazos a tres hombres que bien pueden ser inocentes?

Ras Mulugueta me miró con asombro, reflexionó por un instante y añadió al fin:

—Diga, faranyi, ¿no teme que le maten también como a los suizos?

Lo miré rectamente a los ojos y dije, con palabra segura:

—No, ras Mulugueta. No hay entre sus cien mil guerreros, uno solo que pudiera darme la muerte. Y si lo hubiera, los verdugos no tendrían que enarbolar el látigo: yo mismo lo mandaría al infierno...

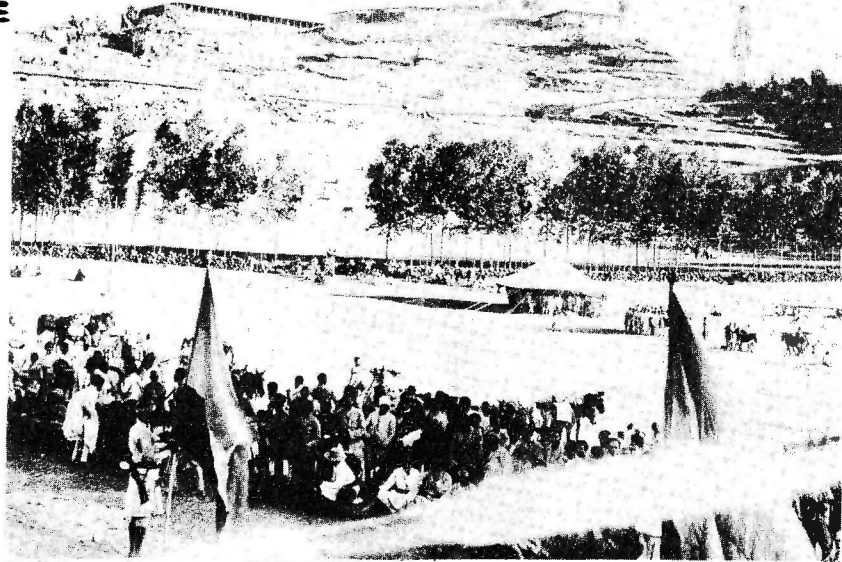
Sonrió complacido. —El faranyi no le teme a la muerte...

—Ni a la vida—repuse.

Al amanecer reanudamos la marcha. La región componíase de montañas en sucesión, separadas por valles profundos que culminaban en la meseta del Yirru. La vegetación tornábase nuevamente precaria. Animales salvajes huían en la distancia espantados por el avance de las legio-



castiga a los delincuentes menores, azotándoles en la vía pública. Describe el "Guibi", palacio imperial, y el episodio de los leones del negús, libertados en la noche para cuidar de los jardines, que devoraron en la mañana a varios siervos. Explica cómo se tortura al niño etiope seleccionado como eunuco, las prerrogativas de que después disfruta, y finalmente describe el deporte nacional de la l'icha y el descalabro que sufrió un gigante griego que llegó a Addis-Abeba cargado de medallas. El coronel Del Valle es recibido por el emperador, al que entrega sus credenciales. Queda destacado en la infantería, por entender que la aviación abisinia es casi nula. Visita al ras Mulugueta, ministro de la Guerra, quien lo acoge sin cordialidad, y sostienen un diálogo desapacible. En el aeropuerto conoce al "Águila Negra de Harlem", un negro norteamericano apellidado Julia, que se dice coronel aviador y que destruye el mejor avión de la flota del negús. De súbito se conoce en Addis-Abeba que los italianos están bombardeando a Adua y la situación de todos los blancos se hace crítica. El capitán Del Valle se entrevista con el ras Mulugueta quien le anuncia la partida. Frente al árbol de las ejecuciones halla a cinco etíopes a los que van a ejecutar y obtiene el perdón de Haile Selassie, por lo que los adopta como esclavos. A la mañana siguiente se inicia la marcha hacia el norte ascendiendo montañas, cruzando valles y vadeando ríos. Las tropas arrasan y saquean las poblaciones por las que cruzan. La desconfianza de los nativos hacia los blancos que se han alistado para pelear por Abisinia se hace ostensible y una noche dos oficiales suizos fueron asesinados en su tienda por sus propios soldados.



**U**NO DE LOS suizos me pareció que aun alentaba. Los ojos azules, muy abiertos y dilatados por el terror, miraban con espantable fijeza. Llevé la mano a mi pistola, instintivamente, con un gesto de represalia y sentía una

lir, las siluetas innumerables de aquellos guerreros feroces, erguidas en la noche y recortándose sobre el fondo rojo de las hogueras.

El ras Mulugueta, con gesto tranquilo y voz pausada, escuchó mi indignado relato. Con las manos cruzadas sobre el pecho, dijo

# en el INFIERNO NEGRO

por el Coronel Alejandro De VALLE,  
según lo narró a Arturo Alfonso Roselló, del staff de CARTELES

nes. La jornada se iba haciendo más fatigosa. Cada descenso exigía una más ríspida ascensión, porque las montañas iban ganando cada vez más en altura. Acampábamos en la noche y al amanecer partíamos de nuevo trepando siempre en nuestra marcha hacia el norte. Al quinto día de jornada alcanzamos la meseta superior del Yirru, en cuya planicie, de unas veinte millas de extensión por unas seis de anchura, viven las tribus feroces de igual nombre. Además de guerreros los yirrus son espléndidos agricultores y comparten su afición y su temple en desgarrar la tierra y en despedazar a sus semejantes.

Toda la meseta estaba sembrada con un perfecto orden simétrico. Estos campos de cultivo recordaban algo la técnica agraria del chino, no siendo ésta la única influencia de marcado tipo oriental que se registra en Abisinia. Las viviendas reproducían la misma arquitectura de otros pueblos y ciudades etiópicas: chozas de barro y lodo, con techos de troncos silvestres recubiertos y acolchados de hierba.

Los guerreros yirrus nos acogieron sin entusiasmo. La mayor parte de ellos había emigrado al norte, para incorporarse a la lucha. Me sorprendió que nuestros soldados no saquearan el pueblo ni raptaran a las mujeres, respetando las casas y no tocando un solo de los sembrados. Backala me informó cuál era el secreto:

—Los yirrus son muy temidos; tienen un valor a toda prueba y no olvidan jamás un agravio. No hace mucho el emperador envió aquí un destacamento de la Guardia Imperial, para que hiciera maniobras. Uno de los oficiales, el capitán Menayo, cometió un desafuero. Y el destacamento fue aniquilado. Un mes después llegó el jefe de la tribu a Addis-Abeba, y entregó a S. M. una carga como trofeo: los miembros mutilados de los que integraban el regimiento.

—Y el emperador qué hizo?  
—Nada. Lo condecoró para recompensar su bravura y le permitió el regreso. Otra cosa hu-

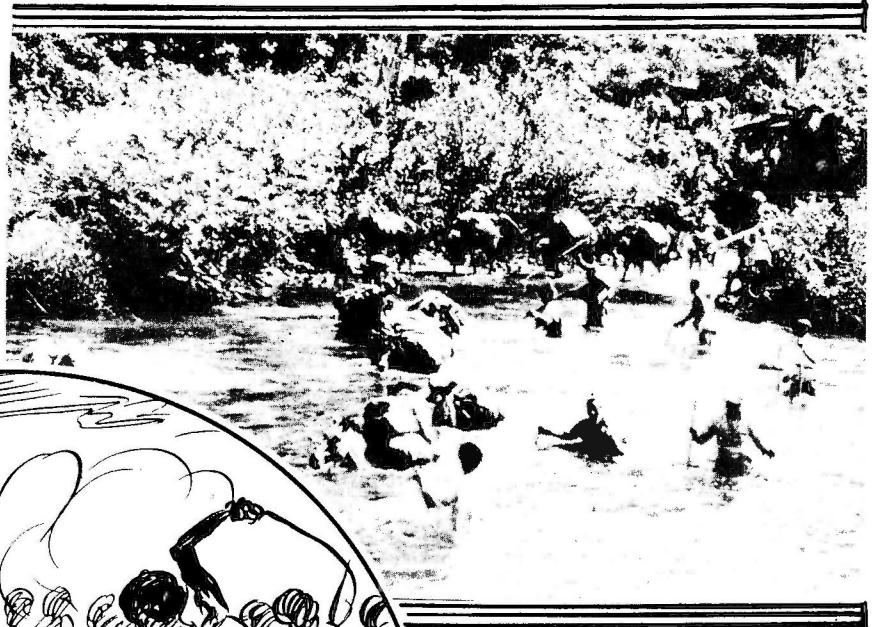
bera significado una guerra a muerte y el no poder atravesar nunca esta zona, de suyo inaccesible.

El ras Mulugueta no quiso interrumpir la marcha y seguimos avanzando sin acampar en la meseta. Al final de ésta, siempre hacia el norte, se abría un verdadero precipicio, una pendiente casi vertical de unos dos mil pies de extensión, corte geológico que tajaba la montaña como a golpes de pico. La maniobra del descenso se ejecutó con lentitud, pero con pericia, aun cuando yo la consideraba imposible. Aquel denso hormiguero humano liberó a las bestias de su pesada impedimenta y comenzó a bajar la montaña adhiriéndose a las sinuosidades del precipicio, apoyando los pies desnudos en las raíces silvestres, deslizándose los cuerpos ágiles por los derriscaderos traidores. Y todo esto llevando a cuestas los armamentos, las vituallas, las cajas de parque, todo el equipo campamental que había sido transportado hasta allí a lomo de mulas. No había bestia que pudiera aventurarse por aquella pendiente de dos mil pies de profundidad sin precipi-

tarse al abismo. Tres días invertimos en llegar a la sima y en reorganizar nuestros hombres. La meseta del Yirru quedaba en lo alto, casi lindando con las nubes. Habíamos vencido el precipicio de Ajiya Faya, que quiere decir en el idioma etiope "Cueva de la hiena". El río Mofar Waha, caudaloso y profundo, se extendía ante nuestros ojos, deslizándose su curso lento entre dos altitudes inmensurables. Las arenas de este río, que se extienden por ambas márgenes, son negras. Esa arena, lavada en la mano, deja por lo común un polvo auri-

más prolongado. La topografía de aquella zona equivalía a una V por cuya tangente interior habíamos descendido para llegar al vértice y de donde debíamos salir trepando la inclinación opuesta. La meta, otra planicie como la de Yirru, estaba a unos dos mil metros de altura y el frío, a medida que nos acercábamos a ella, se hacía más intenso. Acampamos, al fin, fatigados del duro esfuerzo, y el campamento se armó con la diligente vivacidad de quienes necesitan un poco de reposo. A pesar del frío, los guerreros, cargados con la impedimenta que antes había sido transportada a lomo de mulas, sudaban copiosamente.

Desde la serena altitud se dominaban hacia la derecha los desiertos de Danakil, incommensurables y estériles. Más cercano y



al lado opuesto estaba el pueblo de Warrahailu, dividido en cuatro secciones, distantes entre sí y que ocupaban los cuatro ángulos de aquella llanura. Eran como las cuatro puntas de un pañuelo. En épocas pasadas, cada sección estaba bajo el dominio de un ras, que poseía un cañón y una tropa y que, anualmente, para no abdicar de sus tradiciones guerreras, atacaba a los otros rases. Durante un día los cuatro cañones vomitaban metralla con el saludable propósito de exterminar al enemigo y al atardecer los guerreros, armados con sus sables y casi por seguir un rito tradicional, se reunían en el centro de la llanura y se destrozaban alegremente. El balance de muertes alcanzaba cifras enormes, hasta que el emperador Menelik, entendiéndose que el derecho de aniquilar y de dominar a las tribus era potestad suya, descendió una mañana con sus legiones y de los cuatro rases inquietos no quedó sino un leve rastro sobre la hierba. La población conserva su topografía peculiar y las cuatro secciones de Warrahailu siguen en ángulos opuestos, pero habitadas por tribus amigas.

Cuando a la mañana siguiente proseguimos la marcha, descendimos a este lugar histórico, donde se nos unió el proveedor de Palacio, Gratchmatch Kassai, que venía con tres mil esclavos para conducir la comida y los viveres del emperador hasta Dessie, don-

(Continúa en la Pág. 54.)





peño al señor secretario del Trabajo.

Atentamente queda de Ud. s. s. s.  
UNA OBSERVADORA.

COMENTARIO.—¿A qué añadir un comentario a esta carta?

Muy amargas son las reflexiones que ella suscita. Y si no creyésemos que estas vergüenzas patrias deben exponerse a la luz pública, como el mejor modo de corregirlas, nos absteníamos de publicarlas por un concepto de pudor. ¡Qué triste es que a los treinta y cuatro años de República pueda descubrirse un cuadro de tamaña sordidez!

\*  
Alcalá, Holguín, 22 de enero de 1937.

Señor Director de CARTELES: Conociendo, a través de los números de su leída revista, sus campañas por toda causa justa y viendo el ambiente acogedor que éstas tienen en los llamados a subsanar las injusticias, me permito rogarle—y conmiyo los miles de sacrificados como yo—que rompa una lanza en pro del pago a los enumeradores del último censo.

A pesar del tiempo transcurrido, casi 3 años, y de que el censo se hizo con tanto sacrificio por nuestra parte, ya que a todos se nos nombró para lugares distantes de donde veníamos, donde no estábamos relacionados de manera que se nos hiciera menos dura nuestra labor y de que el trabajo se realizó en épocas tan malas económicamente, por lo que tuvimos que realizar enormes sacrificios para sufragar los gastos que el traslado, comida y otros menesteres precisaban, nada se ha hecho por pagarnos.

Es voz popular, que una exigua minoría bien relacionada con los políticos ha hecho efectiva su labor, pero la inmensa mayoría tuvimos que perder la vergüenza con los que nos facilitaron me-

# La Opinión Ajena

dios para realizar el trabajo o pagarles con lo que obtuvimos por otros medios.

Me figuro que la consignación, para pagar esta deuda no será mayor que la hecha para festejos en el natalicio de Máximo Gómez ni para el traslado de una Comisión a Buenos Aires.

Como esto entraña una gran injusticia, no dudo tenga su inmediata atención, que hemos de agradecerle los miles de víctimas de los males de Cuba libre.

Gracias anticipadas y es su voto admirador.

UN ENUMERADOR.

COMENTARIO.—La carta que antecede ni tiene desperdicio ni necesita comentario. Y debe ser más que suficiente para enrojecer la faz de todo lector consciencioso, para quien estas desvergüenzas que aquí se cometen con tanta ligereza como impunidad o logran destruir su concepto de decencia y equidad.

Unos Gobiernos despilfarrado-

res como fueran los de la Provisionalidad, que tuvieron en sus manos los fondos que anteriormente se dedicaban al Poder Legislativo, que no pagaron la mayor parte de la deuda extranjera, que ganaron millones con la acuñación de la plata, no pudieron pagar a los pobres enumeradores del censo. Cobraban puntualmente los presidentes, los secretarios, los consejeros, los jefes todos, los influyentes y los paniaquados, pero para muchos de los enumeradores del censo, como para tantos jubilados y deudores, para éstos no alcanzó el dinero.

Mucho peor y más vergonzoso que el dejar de pagar un suministro que se contrata y una deuda que se vence, es el escamotear el sueldo del empleado público, que debe ser sagrado. País que defrauda a sus servidores humildes, es país que va a la zaga de la civilización. ¿Y qué autoridad moral tiene un Estado que así procede con sus empleados para dictar normas de justicia social y establecer sanciones contra los pa-

## Coopere con nuestro clima. AGRADE AL TURISTA

Durante esta nueva estancia de Martí en Costa Rica pudo aquél evitar un lance entre José Maceo y Flor Crombet, que se iban a batir en duelo por disensiones de índole privada—"una guanacasteca, linda como una flor, el ojo adocelado, de alas de pirausta los labios"—según recuerdan sobrevivientes de La Mansión.

Sobre este incidente ha escrito para CARTELES el señor Eduardo Pochet Lacoste la siguiente expresiva y sentida evocación:

"SUBLIME GESTO DEL INMORTAL MARTÍ.

Era el año de 1894. Preparábase la lucha redentora por la independencia de Cuba; centenares de cubanos arribaron a playas costarricenses, donde fueron recibidos con cariño fraternal; el espíritu público de ese pueblo adorador ferviente de la libertad se unificó a la causa cubana que tenía por adeptos a los hombres libres de la humanidad.

Don Rafael Iglesias Castro, Presidente entonces de la República y exponente verdadero del sentir costarricense, brindó a los emigrados, entre otras cosas, parcelas de terreno en el lugar más apropiado que encontraran. Así se formó la "Colonia Maceo" en la jurisdicción de Nicoya; allí fueron Antonio y José Maceo, Flor Crombet y muchos cubanos a fundar la bella y productiva finca que hoy se llama La Mansión.

En esos días llegó a Costa Rica el Apóstol; fué recibido con aquella misma simpatía que sabía inspirar, simpatía que no era sólo por lo grandioso de su causa, sino por la espiritualización que ese

## Los patriotas...

(Continuación de la Pág. 44)

hombre insigne difundía en el campo literario y que servía de tea vencedora en la conquista del derecho más sagrado.

¡Oh, triunfo más hermoso el que presento!

¡Oh, corazón que al compás de las notas de su canto derramaba lágrimas cual si fueran lubricantes de tan hermosa máquina!

¡Oh, Martí, que supisteis vencer con un sublime gesto a dos de los más fieros leones de tu campamento!

Allá, en las soledades de la montaña, por causas que no son del caso mencionar, José Maceo y Flor Crombet se preparaban a cruzar sus machetes; tuvo noticias Martí de este incidente y por telégrafo les invitó a suspender la lucha para continuarla en su presencia en Punta Arenas.

En un cuarto reducido, José Martí, Flor Crombet y José Maceo se encuentran allí reunidos; se expone la causa del disgusto y Martí silencioso, transfigurado, saca la hermosa bandera de Cuba con su estrella solitaria, desplégala entre ambos contrincantes; una lágrima sale de sus ojos y como un murmullo se oye: pobre Cuba. Y aquellas almas fieras, almas de héroes forjados al rugir del cañón, rinden pleito homenaje a la insignia libertaria; únense ante ella en estrecho y fraternal abrazo y olvidan el odioso rencor para bañar luego con su preciosa sangre los gloriosos campos de batalla.

Ya dijimos que el padre de este Eduardo Pochet y Lacoste, que

ahora es huésped de nuestra capital, lo fué don Eduardo Pochet y Odio, perteneciente a una de las más distinguidas y ricas familias de Santiago de Cuba, que sufrió prisiones por sus actividades revolucionarias durante la guerra del 68 y estuvo entonces expuesto a ser fusilado. Expulsado de Cuba, se estableció en Costa Rica, consagrándose al comercio de víveres y a las representaciones de casas norteamericanas de harinas, leche condensada, poseyendo además una gran fábrica de pan y galleticas.

Rico, pero patriota y hospitalario, espléndido y altruista, abrió su casa y su bolsa a los cubanos emigrados. En su hogar habitaban Maceo y su esposa cada vez que desde La Mansión iban a San José y al ser herido Maceo en las calles de esa capital el 10 de noviembre de 1894, fué en casa de Pochet donde se refugió, y allí estuvo hasta sanar totalmente, asistido por el doctor Eduardo Uribe Restrepo, así como por los también médicos, Durán, Calneck, Céspedes y Ulloa.

En la primera visita de Martí a Costa Rica, don Eduardo Pochet le ofreció un gran almuerzo, al que asistió la colonia cubana en pleno, sirviendo ese ágape de base a la propaganda del Partido Revolucionario Cubano en Costa Rica y al establecimiento en dicha República de los clubs revolucionarios.

Eduardo Pochet, Enrique y José Boíz, Prudencio y Alberto Odio,

tronos que abusan de sus obreros? El actual Gobierno haría bien, antes de dar curso a las profusas iniciativas que tiene en cartera, en subsanar las vergüenzas pretéritas, para poder así edificar sobre sólidos cimientos y no exponerse a hundir un puntal en arena movediza. ¡Ante todo y por todo, pagar los adeudos de empleados y jubilados!

\*  
Las Tusas, enero 15 de 1937.  
Señor Director de CARTELES: Quiero por este medio que CARTELES inserte en sus páginas estas quejas tristes y lamentables y llenas de veracidad.

A mi llegada a esta colonia, denominada Las Tusas, me ha costado mucho conseguir que me dejaran cortar caña donde laboran setenta y cinco cubanos y cincuenta y dos haitianos, los cuales según la ley tienen que ser reemplazados según vayan llegando cubanos.

Los cubanos llegan unos tras otros, y según llegan se van, después de largos ratos de espera, sin almorzar y hasta sin comer, porque a veces los tienen engañados todo el día, para después decirles que están completos.

¡Triste sino el del infeliz cubano labriego! Las leyes nos beneficiarían si se cumplieran, pero son burladas, y nosotros tendemos que seguir hambrientos y desnudos o semidesnudos. Gracias al promedio para los precios, o si no tendríamos que cortar la caña a como a ellos les pareciera.

UN TRABAJADOR.

COMENTARIO.—Trasladamos esta carta al señor secretario del Trabajo, cuya campaña en favor del reembarco de los antillanos y su sustitución por cubanos, viene ya acusando un resultado halagador, a pesar de carecer aún de los medios necesarios para llevar a cabo una supervisión completa de la obra.

Raimundo Pardo, fueron ejemplares cubanos, dispuestos siempre a contribuir a todos los gastos relacionados con los trabajos preparatorios de la revolución que debía estallar en 1895.

Cuando el fracaso de Fernandina, Pochet y Pardo completaron la suma necesaria sobre los únicos dos mil pesos que quedaron disponibles, para que pudieran abandonar, rumbo a los campos de Cuba libre, las playas de Costa Rica, los hermanos Maceo, Flor Crombet y sus compañeros revolucionarios.

De Pochet escribió Martí, en carta a Antonio Maceo, estos renglones que constituyen su mejor diploma como patriota y revolucionario: "De Pochet, ¿por qué no he sabido? ¿O está bravo con quien tanto tiene que agradecerle como yo, y le quiere y estima tanto?"

Identificada con los sentimientos patrióticos de su esposo, doña Florencia Lacoste de Pochet fué también compañera en labores y sacrificios por la causa de nuestra libertad e independencia, y ambos ofrendaron casi toda su fortuna para ayudar a sus compatriotas revolucionarios.

Hoy de aquella familia de nobilísimos cubanos sólo quedan dos de sus hijos: Amada, y Eduardo, que, como ya dijimos, es hoy huésped de esa Cuba tan amada por sus antecesores.

Nuestra República debe admiración y cariño a don Eduardo Pochet y Odio, recuerdo imperecedero a su memoria esclarecida y profunda gratitud por sus trabajos y sus sacrificios en favor de la causa de nuestra independencia.

# ¡Abra la boca!

—Abra la boca, por favor.  
En dos meses los dientes de Enrique estuvieron en magnífica forma, pero su corazón iba por mal camino. Estaba enamorado. No cabía duda. Y lo que es peor, sin esperanzas. ¿Cómo diablos se le iba uno a declarar a una mujer como ésta? ¡A ella, que se burlaba especialmente de las ternuras del noviazgo y del amor romántico!

De pronto, un buen día, declaró ella:

—Esta muela no responde. Voy a extraérsela.

Enrique consideró las perspectivas. Había oído hablar de personas que revelaban sus secretos más íntimos al salir de la anestesia. Si pensaba energicamente en ella antes de dormirse, acaso su subconsciente pronunciaría las palabras que sus labios no tenían el valor ni la oportunidad de proferir.

Al respirar profundamente y perder el conocimiento, su cerebro repetía: "La amo. ¿Quiere usted casarse conmigo? La amo".

De pronto abrió los ojos y lo primero que vio fué el rostro sor-

(Continuación de la Pág. 32)

prendido de la doctora Wells inclinado sobre él. Un estremecimiento de felicidad le sacudió. Le tomó las manos entre las suyas.

—Te lo dije—exclamó entusiasmado.—¿Aceptas?

—¿Acepta qué?

—El casarte conmigo, desde luego.

Por un momento sus ojos parecieron aumentar de tamaño. Luego dijo prácticamente sin vacilar:

—Sí; acepto.

Aquella noche, después del café y los cigarrillos, Enrique la contemplaba con orgullo. Nadie diría que fuera una dentista. Con su traje de terciopelo, sus hombros pálidos y su mata de pelo negro enroscada en la cabeza, parecía una princesa rusa desterrada. Enrique le explicó su plan con todos los detalles.

—Tan pronto como abrí los ojos—agregó—y vi lo desconcertada que estabas, me di cuenta de que había tenido éxito. ¿Qué fué lo que te dije, exactamente?

—Me dijiste—contestó ella:—"Si te cojo alguna vez en esta silla te voy a afeitar el bigote".

# Yo vivo...

(Continuación de la Pág. 29)

nado por mi director y "romperme" allí, únicamente allí. Así lo hice, obedeciendo al pie de la letra las órdenes recibidas.

Son muchos los pocos a que tengo que atender, en este endiablado oficio. Porque basta que me demore una fracción de segundo en el manejo de los controles para que vaya a parar cien pies más allá de donde debo. Y marcar el blanco equivaldría a la pérdida de un aeroplano que vale diez mil pesos, para la compañía, y la pérdida asimismo de mi trabajo que, como es lógico, no me sería pagado. Pero estas consideraciones son de carácter material, menguadas después de todo; las importantes son las que se refieren a la vida humana. Y conste que no aludo a la mía, porque yo, a vueltas de todo, soy parte de la maquinaria, sino a la de los otros—equipos de ayudantes, actores y fotógrafos—a los que borraría tan fácil y seguramente de la faz de la tierra cual se borran varios guarismos de un papel con un movimiento de la goma... Debo ver el blanco, apuntarle, herirlo y quedar precisamente en la posición exigida. Con un motor que oscurece la visión, porque me queda ante los ojos, y a una velocidad que no permite

distinguir el paisaje, a los lados, sino dos cintas grises que se desenvuelven ininterrumpidamente. A todas éstas he tirado los espejuelos por la borda, porque si aguardo el último momento puedo olvidar tan preciosa necesidad y chocar con ellos puestos, jugando de paso la vista.

No una, sino muchas veces, al verme destrozado en las exhibiciones privadas del estudio, he sentido que se me enfriaban las manos y una interrogación abriase ansiosamente en mi cerebro. ¿Pero era posible que yo hiciese tales barbaridades sin descrismarme? Y un asomo de duda me ha atenuado, levantando en el fondo de mi alma el fantasma de la locura...

En el sector de la seguridad personal—el estrecho ángulo que puede dominar la humana previsión—todo ha sido sabiamente organizado por la compañía. Un hombre se halla a cargo de todos los equipos de socorro (Policía, incendio, rescate, etc., etc.) para evitar confusiones. Aun el médico, la ambulancia y las enfermeras venise obligados a rendirle obediencia. Junto con él chequeo, antes de cada vuelo, los prepara-

(Continúa en la Pág. 69)

# La carta

(Continuación de la Pág. 25)

so un pie calzado, un pie de blanco. Sin embargo, no había pasado ningún automóvil... ¿Quién podía venir a verla tan tarde? Alguien subió los peldaños de la escalinata, cruzó la galería y apareció en la puerta del salón. De momento, no reconoció al visitante. Estaba sentada junto a una lámpara de pantalla y aquél permanecía en la sombra.

—¿Se puede?—preguntó el que llegaba.

La voz no le fué conocida.

—¿Quién es?—preguntó ella.

Y mientras hablaba, se quitó los espejuelos que usaba para bordar.

—Geoffroy Hammond.

—¡Ah! ¿Es usted? ¿Qué se le ofrece?

Se levantó y le tendió cordialmente la mano. No obstante, aquella visita le sorprendía. Aunque

Hammond fuera vecino suyo, no tenían gran amistad con él, y ella no le había visto en las últimas semanas. Su plantación se hallaba a cerca de ocho millas de la de ellos, y no comprendía aquella visita tardía.

—Roberto no está,—dijo ella.—Pasará la noche en Singapur.

Quizás él advirtió que era necesaria una explicación:

—Perdóneme,—dijo,—pero me sentía tan solo esta noche, que se me ocurrió subir a ver qué era de ustedes.

—¿Y cómo vino? No he oído el automóvil.

—Lo dejé en la carretera. Podían ustedes estar durmiendo.

Todo parecía natural. Los planificadores se levantan con el día para llamar a los trabajadores, y se

acuestan con la noche, al dejar la mesa. Por otra parte, el automóvil de Hammond fué encontrado al día siguiente a trescientos metros del bungalow.

Como Roberto estaba ausente, en el salón no había whisky ni soda, y por no despertar al boy, la propia Leslie fué a buscar las botellas. Su visitante se sirvió y cargó su pipa.

Geoffroy Hammond contaba con muchos amigos en la colonia. Tenía entonces cerca de cuarenta años; pero había llegado muy joven a la Malasia. Al declararse la guerra, fué uno de los primeros en alistarse y su conducta fué brillante. Una herida en la rodilla hizo que le dieran de baja al cabo de dos años, y regresó a la Malasia con la D.S.O. (Distinguished Service Order; Orden de Servicios Distinguidos) y la Cruz de Guerra. Era uno de los mejores jugadores de billar del país; había sido un bailarón solicitado y un excelente jugador de tenis; pero si ya no podía bailar y su rodilla rígida le impedía ser tan buena raqueta como antes, aquel buen mozo de insinuantes ojos azules y de negros cabellos rizados sabía hacerse querer de todos. Los viejos le reprochaban su ardor en correr tras las faldas, y cuando ocurrió la catástrofe, no perdieron la oportunidad de ase-

gurar que siempre la habían predicho.

Hammond comenzó a hablar con la señora Crosbie de los asuntos locales, de las próximas carreras de Singapur, del precio del caucho y de su esperanza de matar un tigre que rondaba por las cercanías. Deseosa de acabar el cojín bordado que esperaba mandar a Inglaterra para el cumpleaños de su madre, ella volvió a ponerse los espejuelos y acercó a su butaca su mesita de labor.

—¿Por qué usa usted esos horribles espejuelos?—dijo él.—No me explico el que una mujer bonita trate de desfigurarse.

Aquellas palabras contrariaron a la señora Crosbie: Hammond nunca le había hablado en semejante tono. Quiso poner las cosas en su lugar.

—No me las doy de bonita, amigo mío, y si quiere usted saberlo, me es igual que usted me encuentre fea o no.

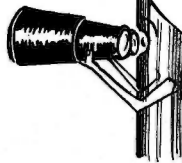
—¿Usted fea? Yo la encuentro extremadamente linda.

—Muy amable,—respondió ella irónicamente.—Pero, entonces, tiene un gusto raro.

El fué a sentarse junto a ella, —No negará usted, sin embargo,—continuó,—que tiene las manos más deliciosas del mundo.

Y esbozó el ademán de cogerle (Continúa en la Pág. 52)





**F**ENECE el campeonato de *baseball* profesional con la languidez característica de las cosas que han perdido el incentivo de la contienda, y la esperanza de un triunfo que no se espera. Ya todos los fanáticos saben que el club Santa Clara es el campeón y que si hay epílogo de batalla ésta será para el segundo lugar, siendo los contendientes Habana y Marianao. También es obvio que el Almendares ocupará la retaguardia del campeonato, sin la más leve oposición...

\*  
Don Julio Blanco Herrera es un visionario deportivo. Hace tres años vislumbró la posibilidad de convertir a La Habana en un campo de entrenamiento para los clubs de las ligas mayores de *baseball*, y aunque la empresa, en total, requiere la cooperación más robusta de los organismos oficiales y una labor de contacto que exige tiempo y dinero, don Julio ha dado el paso inicial hacia su ideal deportivo con la presentación anual de distintos clubs de ligas mayores. El año pasado fueron los Cardenales del San Luis los que abrieron el paso a las posibilidades de un campo primaveral de entrenamiento beisbolero. La situación del país no era precisamente halagadora, la inversión era elevada y la temperatura del fanatismo no estaba entonces marcando ese grado febril que hoy se observa en el *baseball* profesional. Pero don Julio tuvo visión, y la presentación de los Cardenales tuvo la doble virtud de demostrar que el *baseball* era, en efecto, una profesión que ofrece óptimos frutos y que el fanatismo cubano había resurgido de sus propias cenizas.

Más animado, don Julio hizo su programa más ambicioso. Con la cooperación de Adolfo Luque, que fué el alma de la negociación, se contrató a los Gigantes para un mes de entrenamiento en La Habana incluyendo nueve desafíos contra distintos *teams* cubanos y contra los mismos Carde-

## por Jess Losada

nales que nos visitaron el año pasado.

Don Julio nos envía el *schedule* de la breve temporada de liga grande que presenciara La Habana desde el día 24 de febrero hasta el 14 de marzo.

Febrero 24, fiesta nacional: Gigantes vs. Selección de las Fuerzas Armadas.

Febrero 27, sábado: Gigantes vs. Club Habana.

Febrero 28, domingo: N. Y. Gigantes vs. Club Almendares.

Marzo 4, jueves: Gigantes vs. Club Fortuna, campeón de la Liga Nacional de Amateurs.

Marzo 6, sábado: Gigantes vs. Club Almendares.

Marzo 7, domingo: Gigantes vs. Club Habana.

Marzo 11, jueves: Gigantes vs. Club de la Liga Social de Amateurs.

Marzo 13, sábado: Gigantes vs. Club San Luis Cardenales.

Marzo 14, domingo: Gigantes vs. Club San Luis Cardenales.

\*  
Este programa ha de robustecer grandemente la afición beisbolera en Cuba y ha de servir para realizar con carácter definitivo el ideal de don Julio Blanco Herrera: convertir a La Habana en la sede del entrenamiento de las ligas mayores de *baseball*.

\*  
Joe Corona, el empresario mexicano de luchas, que actualmente ofrece en la Arena Cerveza Cristal un espectáculo movido e interesante, con un *elenco* de luchadores que incluye la mayoría de las nacionalidades del mundo, demostró el jueves pasado que está hecho de esa fibra promotoril ya desanarecida en Cuba. La noche del jueves comenzó a lloviznar a las ocho de la noche. Un promotor tropical se hubiera enfermado viendo caer las primeras gotas desde la ventana de su hogar, y

hubiera suspendido la velada. Joe Corona, en cambio, se enfermó después de haber asimilado no sabemos cuántos miles de pies cúbicos de un torrencial aguacero, mientras servía de árbitro de su propio espectáculo.

Y, *rara avis* en nuestro fanatismo, la lucha, que desde hace tiempo no ha logrado despertar el entusiasmo local, logró el milagro de mantener a más de dos mil espectadores empapándose en las gradas, desde las nueve hasta las once de la noche. Tres horas de regadera continuada, mientras los artistas del colchón realizaban sus feroces y panorámicas evoluciones sobre el *ring* de la Cristal.

Ahora, Corona, repuesto de su aguda amigdalitis, prepara su segundo programa para el jueves próximo. Le preguntamos el otro día:

—¿Y si llueve otra vez, Joe?  
Y a pesar de estar en plaza el promotor mexicano Pérez López, que el año pasado nos trajo un magnífico *team* de luchadores y una tendencia muy marcada hacia los aguaceros juevecinos, Corona nos replica:

—Presentaré la velada de todas maneras. Yo quiero que el público vea seriedad en mi espectáculo.

—Pero, ¿y si llueve mucho?— insistimos.

Y Corona, con esa calma filosófica que es bagaje principal en todo empresario, nos ripostó:

—¡Pues le daré a cada espectador un boleto, un impermeable y una aspirina!

## ¿QUIÉN ES EL PELOTERO MÁS POPULAR DE CUBA?

Llene el cupón que aparece en esta página, con el nombre de su jugador favorito, y ayúdelo a conquistar el título de EL JUGADOR DE *BASEBALL* PROFESIONAL MÁS POPULAR DE CUBA, en este nuevo concurso deportivo de CARTELES.

VALIOSOS PREMIOS EN EFECTIVO PARA EL GANADOR Y PARA LOS JUGADORES QUE OCUPEN LOS DIEZ PRIMEROS PUESTOS EN EL CONCURSO.

Fanático:

Envíe su cupón a CARTELES, Concurso de *Baseball*, Apartado 188, La Habana, por correo o personalmente a esta redacción, en Infanta y Peñalver.

EL CONCURSO TERMINARA AL FINALIZAR EL CAMPEONATO DE *BASEBALL* ACTUAL.

### CONCURSO DEPORTIVO DE "CARTELES"

Voto a favor de .....

Del club .....

"EL JUGADOR DE "BASEBALL" PROFESIONAL MÁS POPULAR DE CUBA"



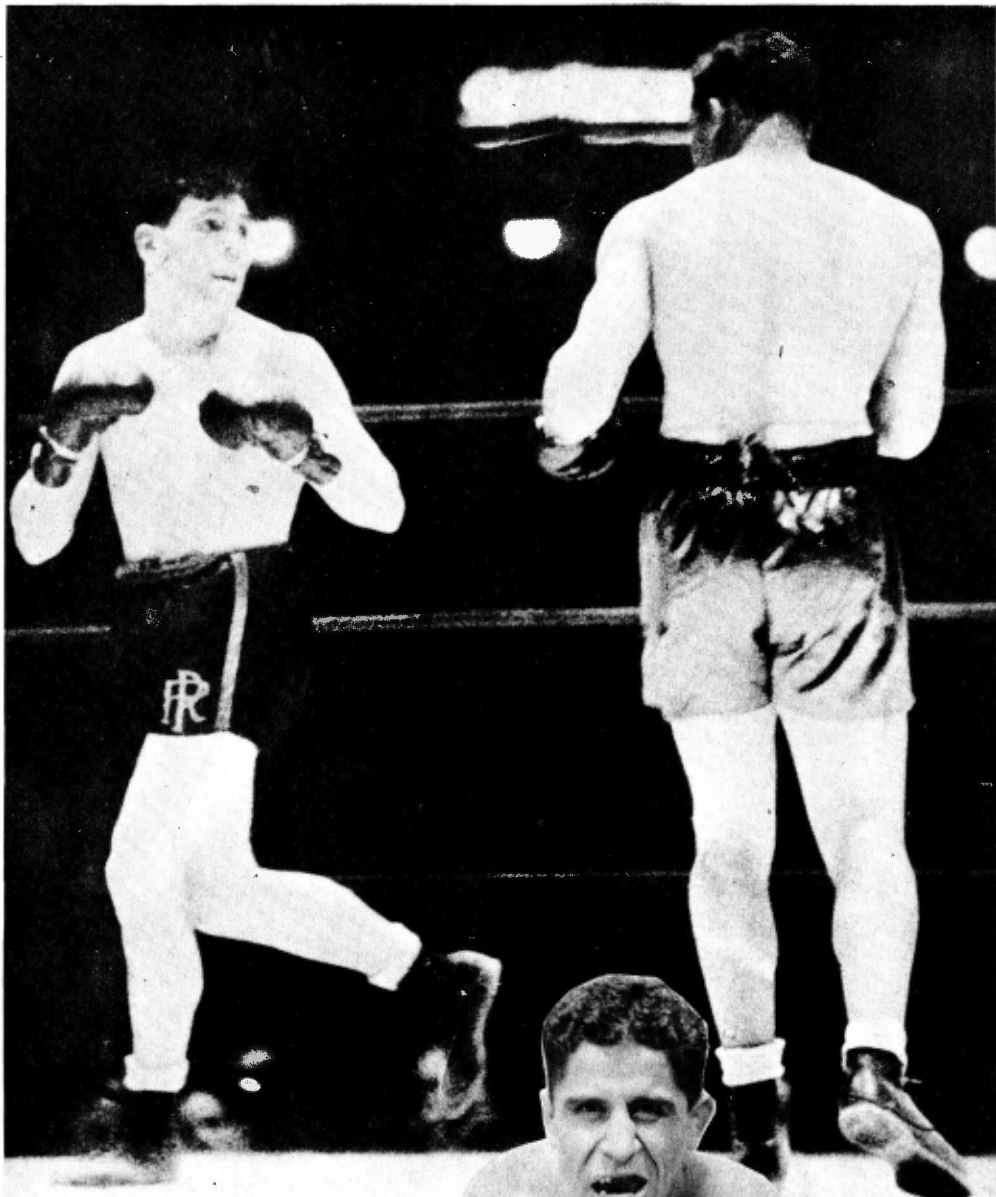
Carlota MIRO, profesora de Educación Física, graduada, y directora del Instituto de Cultura Física Femenina, que recientemente abrió su estudio de gimnasia en San Lázaro, 362, con los últimos procedimientos científicos.

RESULTADO DEL SEXTO ES- CRUTINIO CELEBRADO EL DIA 8 DE FEBRERO DE 1937			
1 Carlos Blanco	2,272	20 Rodolfo Fernández	139
2 Ramón Couto	2,236	21 Miguel Solís	91
3 Raúl Ruiz	850	22 Gilberto Torres	41
4 Salvador Hernández	738	23 Antonio Mirabal	35
5 Estalella	562	24 José Miralles	24
6 Armando Paytuví	528	25 José Olivares	23
7 Alberto Torres	522	26 Armando Torres	23
8 Manuel Fortes	522	27 Cuco Correa	21
9 Cayuco Martínez	403	28 Javier Pérez	20
10 Yoyo Díaz	351	29 Silvio Romero	17
11 Mario Veitia	284	30 Adolfo Luque	15
12 Lázaro Salazar	258	31 Rubén García	12
13 Tomás de la Cruz	243	32 Pepín Pérez	10
14 Rogelio Linares	208	33 Cando López	5
15 José Vargas	200	34 Brown	5
16 Regino Otero	156	35 Antonio Caravalló	3
17 Antonio Castaño	146	36 Marino Rodríguez	2
18 Martín Dihigo	142	37 Forbes	2
19 Mariano Abreu	142	38 Pedro Arango	1
		39 Elio Mirabal	1
		40 Santos Amaro	1
		41 Juan Eckelson	1

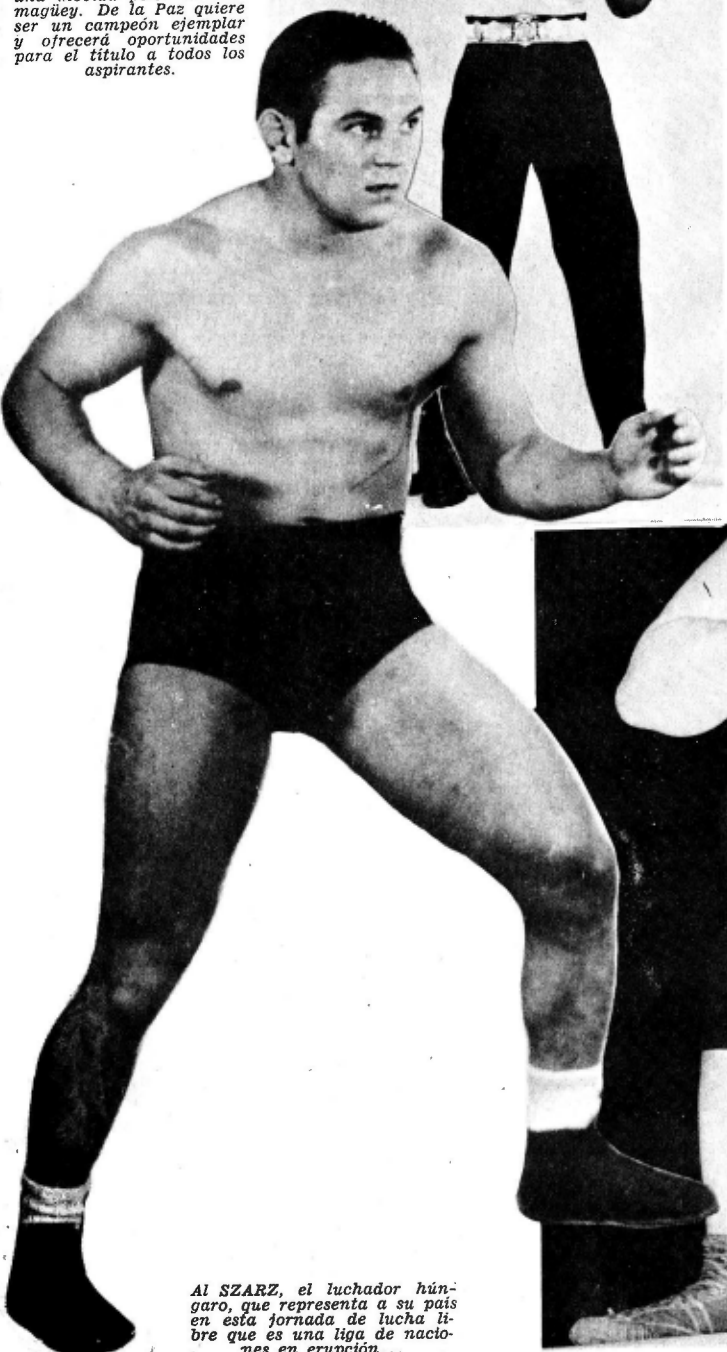


UNA HISTORIA MUY GRAFICA DEL ENCUENTRO PASTOR-LOUIS.—Pastor fué derrotado por puntos, pero dió a Joe Louis mucho trabajo y hasta logró adjudicarse cuatro "rounds" del encuentro, según los jueces y críticos. La táctica de Pastor fué sencillamente la de la carrera de "sprint", como atestigua esta instantánea, en la que se puede observar a Louis tratando de acercarse a su contrario, mientras que Pastor trata de hacerle sombra a Jesse Owens...

Felipe ROMANO, uno de los colchonistas mexicanos que vienen contratados por la empresa de Corona, y que será presentado en la Arena Cerveza Cristal.



El nuevo campeón nacional de la división "welterweight". Después de una carrera azarosa, repleta de alternativas, Baby de la Paz, retorna a Cuba y derrota al campeón "welterweight" Joe Legon, en una movida pelea en Camagüey. De la Paz quiere ser un campeón ejemplar y ofrecerá oportunidades para el título a todos los aspirantes.



Al SZARZ, el luchador húngaro, que representa a su país en esta jornada de lucha libre que es una liga de naciones en erupción...



Alberto CAMPOS, muy gráficamente denominado "El Bulldog" mexicano, que es uno de los luchadores estrellas del conjunto que nos presenta Joe Corona en la Arena Cristal.

Aquí ven ustedes a Martin LEVY, un luchador del tipo "clownesco" que infesta actualmente los estadios de los Estados Unidos. Levy, que no es otra cosa que una mole de grasa glorificada con el nombre de luchador, pesa 627 libras, tiene 27 años de edad y una rala barba que tiende a hacer su aspecto más grotesco. Este tipo de luchador no puede ofrecer la clase de lucha de los chicos de Corona, ejemplares esbeltos y llenos de ese vigor joven que solamente pueden tener los atletas bien proporcionados.



# CALIDAD DESDE

# 1862



## La carta

(Continuación de la Pág. 49)

una. Ella le dió un ligero azote.

—No haga el tonto. Siéntese allí y no diga más necedades o lo mando a su casa.

El no cejó.

—¿Ignora usted, pues, que estoy locamente enamorado de usted?

Ella se quedó helada.

—Lo ignoro. No lo creo, por otra parte, y aunque fuera verdad, no le permitiría que me lo dijera.

Estaba tanto más asombrada cuanto que, desde hacía siete años que se conocían, Hammond jamás le había demostrado una atención particular. A su regreso de la guerra, se habían visto mucho. Un día, cayó enfermo y Crosbie fué a buscarlo en automóvil y lo trajo a su casa. Pero sus intereses opuestos impidieron que estas relaciones se convirtieran en amistad, y desde hacía dos o tres años casi

no se veían. Algunas veces, él venía a jugar al tenis, o ellos le encontraban en casa de los vecinos; pero solía ocurrirles estar un mes sin verse.

Como él tomara un segundo whisky, la señora Crosbie se preguntó si no habría bebido antes de venir. Había algo en su actitud que la hacía sentirse incómoda. Lo miró con aire de descontento.

—¡Bueno! Ya ha bebido bastante por hoy,—le aconsejó.

El vació el vaso y lo dejó.

—¿Cree usted que le hablo así porque estoy borracho?—preguntó bruscamente.

—¿No sería ésa la mejor explicación?

—No: no comprende usted. La he amado siempre, desde la primera vez que la vi. He callado cuanto tiempo he podido, pero ahora es algo más fuerte que yo. La amo y se lo digo.

Ella se levantó y dobló cuidadosamente su labor.

—Buenas noches,—le dijo.

—No me irá.

Entonces ella comenzó a impacientarse.

—Pero, ¿no comprende usted, idiota, que yo no he amado más que a Roberto, y que, aunque no lo amara, usted sería el último en quien yo pensaría?

—¡Me tiene sin cuidado! Roberto está lejos.

—Si no sale usted inmediatamente, llamo a los boys y le hago echar.

—Inténtelo. No la oírán.

Ahora ella estaba furiosa. Y como se encaminara hacia la galería, desde la cual los boys hubieran podido oírlo, él la sujetó por un brazo.

—¡Suélteme!—gritó ella con rabia.

—¡No! Esta vez la tengo.

Ella pidió socorro; pero, con brusco ademán, él le tapó la boca, y antes de que ella tuviera tiempo de defenderse, la estrechó entre sus brazos y la besó con ardor. Ella luchó, apartando sus labios de aquella boca ávida.

—¡No! ¡No!—gritaba.—¡Déjeme! ¡No quiero!

De lo que ocurrió entonces, no conservaba más que un recuerdo confuso. Recordaba con una precisión aguda lo que se había dicho hasta allí; pero ahora las palabras de Hammond llegaban a sus oídos a través de una tempestad de violencia y de horror. Esforzándose por enternecerla y estallaba en protestas de amor, estrechando cada vez más su frenético abrazo. Ella sentíase impotente entre los brazos de aquel macho vigoroso, que paralizaban su resistencia. La respiración de Hammond le quemaba el rostro. Mientras ella se sentía asfixiar, él le besaba la boca, los ojos, las mejillas, los cabellos. Trató de golpearlo: el apretón que la destrozaba se hizo más poderoso. El hombre no pronunciaba palabra, y ella leyó en sus ojos enloquecidos de deseo que la arrastraba hacia el lecho. No era un ser civilizado sino un bruto. Pero como chocara con una mesa que se interponía en su camino, su rodilla anquilosada le hizo titubear bajo el peso de la mujer y rodar por el piso. Ella aprovechó aquello para escapar y refugiarse detrás del diván; pero, con la rapidez de un relámpago, él la alcanzó inmediatamente.

Había un revólver sobre la mesa. No es que ella fuera miedosa; pero, en ausencia de Roberto, pensaba llevarse aquella arma a su alcoba. Por esa razón el revólver se hallaba a su alcance. El terror la había vuelto loca. No sabía lo que hacía. Oyó una detonación, Hammond titubeó lanzando un grito; dijo algo que ella no comprendió y retrocedió dando traspiés hacia la galería. Fuera de sí, ella lo siguió; sí: seguramente, eso era lo que había ocurrido. Ella debió de haberlo seguido, aunque no se acordaba de nada. Lo siguió apretando automáticamente el gatillo, disparo tras disparo, hasta que el cargador estuvo vacío. Hammond se desplomó sobre el piso de la galería, en un charco de sangre.

Cuando los boys, despertados por las detonaciones, llegaron corriendo, la encontraron inclinada sobre Hammond, muerto, todavía con el revólver en la mano. Por un momento, le miró atontada. Apretujábanse en torno de ella, espantados. Ella dejó caer el revólver y, sin decir palabra, volvió al salón. La vieron entrar en su alcoba, en la cual se encerró. Sin atreverse a tocar el cadáver, los criados lo contemplaban con los ojos horrorizados y cuchicheaban febrilmente. Al cabo, el primer boy logró dominarse. Este chino, que se hallaba al servicio de los Crosbie desde hacía años, era hombre despierto. Como Roberto había salido para Singapur en motocicleta, en el garaje no quedaba más que el automóvil. Le dijo al chófer que lo condujera inmediatamente al comisario de Policía para informarle de lo que acababa de ocurrir. Recogió el revólver y se lo guardó en el bolsillo. El comisario, un tal Withers, vivía en las afueras de la villa vecina, a treinta y cinco millas de allí. Necesitaron hora y media para llegar. Todo el mundo dormía y tuvieron que sacudir a los boys para despertarlos. Withers apareció en seguida y lo pusieron al corriente. El primer boy le mostró el revólver como pieza de convicción. El comisario fué a vestirse, pidió su coche y les siguió. Iniciábase apenas el día cuando llegaron al bungalow de los Crosbie. Withers se lanzó hacia la galería y se detuvo ante el cadáver de Hammond, tendido en el mismo lugar en que había caído. Le tocó el rostro: estaba frío.

—¿Dónde está la señora?—preguntó.

El boy señaló la alcoba: Withers tocó a la puerta. No recibió respuesta y volvió a tocar.

—¿Señora Crosbie!—llamó.

—¿Quién es?

—Withers.

Hubo un instante de silencio. Al cabo, la llave giró en la cerradura y la puerta se abrió lentamente. La señora Crosbie estaba ante él. No se había acostado y vestía aún el *tea-gown* con que había comido. Sin decir palabra, miraba al comisario.

—Su primer boy ha ido a buscarme,—dijo éste.—Hammond... ¿Qué ha hecho usted?

—¿Quiso ultrajarme! Lo he matado.

—¿Dios mío! Venga y cuénteme exactamente cómo ocurrieron las cosas.

—Ahora no. No puedo. Déme tiempo. Mande a buscar a mi marido.

Withers estaba amarillo: no sabía bien cuáles eran sus deberes en aquella ocasión. La señora Crosbie se negó a hablar hasta la llegada de su esposo, y entonces hizo el relato del cual no debía cambiar una sílaba en lo adelante. El punto que inquietaba al señor Joyce era el número de los disparos hechos. Como abogado, deploraba que la señora Crosbie hubiera hecho fuego no una sino seis veces: el examen del cuerpo había demostrado que cuatro disparos habían sido hechos a boca tocante. Hasta se podía suponer que, después de la caída de Hammond, ella se había inclinado sobre él para vaciarle encima el cargador. La señora Crosbie confesaba que su memoria, tan precisa en cuanto a lo que había precedido, le fallaba en este punto. Había una laguna en sus recuerdos, que podía tomarse como indicio de un furor desencadenado; pero esta clase de furor era la última cosa que se podía esperar de aquella mujer tan dueña de sí. El señor Joyce la conocía desde hacía muchos años y siempre la había juzgado muy tranquila. Por lo demás, en las semanas que siguieron al drama, su actitud había sido sorprendente. El señor Joyce se encogió de hombros: sin duda,—reflexionaba—jamás se puede saber lo que ocurre detrás de la frente de la mujer más distinguida.

Tocaron a la puerta.

—Entre.

El pasante chino entró, cerrando la puerta tras él. La cerró con suavidad, pero con decisión, y se acercó.

—¿Puedo pedirle, señor, sin molestarle, algunos minutos de atención?

El ceremonioso modo de expresarse de su pasante divertía siempre al señor Joyce. Respondió sonriendo:

—No me molesta, Chi Seng.

—El asunto de que tengo que hablarle, señor, es delicado y confidencial.

—Diga.

El señor Joyce advirtió el aspecto ladino del pasante. Como de costumbre, éste vestía a la última moda de Singapur. Llevaba zapatos lustrosos, de los cuales surgían medias de seda demasiado claras; corbata negra en que se hallaba prendido un alfiler que era una perla rodeada de rubies, y en el dedo anular izquierdo, una sortija con un brillante. Una estilográfica de oro emergía del bolsillo de su americana inmaculada, y el reloj de muñeca, así como los lentes discretos, eran igualmente de oro.

Destosó.

—El asunto se refiere al proceso Crosbie, señor.

—¿Y bien?

—He tenido conocimiento, señor, de un hecho que parece iluminarlo con una nueva luz.

—¿Qué hecho?

—Me he enterado, señor, de que existe una carta de la acusada a la infortunada víctima del drama.

—No me sorprendería. No dudo que la señora Crosbie haya tenido frecuentes ocasiones de escribirle al señor Hammond durante los últimos siete años.

El señor Joyce, que tenía una alta opinión de la inteligencia de su pasante, se esforzaba por disimular sus impresiones.

—Es muy probable, señor,—prosiguió Ong Chi Seng.—La señora Crosbie debe de haberle escrito con frecuencia al difunto, para invitarlo a comer, por ejemplo, o para proponerle una partida de tenis. Esa fué mi primera idea. Pero esta carta ha sido escrita el mismo día de la muerte del señor Hammond.

El señor Joyce no pestañeó y logró conservar la sonrisa benevolente con que solía escuchar a Ong Chi Seng.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Ese particular, señor, me ha sido comunicado por un amigo mío.

El señor Joyce se guardó bien de insistir.

—Seguramente, usted no ha olvidado, señor, que la señora Crosbie ha declarado que, hasta la noche fatal, no había tenido, desde hacía muchas semanas, relación alguna con la víctima.

—¿Tiene usted la carta?

—No, señor.

—¿Qué juego es éste?

—Mi amigo me ha dado una copia. ¿Quiere usted leerla, señor?

—Ciertamente.

Ong Chi Seng sacó del bolsillo interior de su americana una voluminosa cartera, atiborrada de papeles y de billetes de banco, y extrajo de ella la mitad de una hoja de papel que colocó bajo los ojos del señor Joyce. La carta decía:

*R. estará ausente esta noche. Tengo absoluta necesidad de verte. Te esperaré a las once. Estoy desesperada y, si no vienes, no respondo de las consecuencias. No llegues en automóvil hasta la casa. L.*

El billete estaba transcrita en esa escritura impersonal que se les enseña a los chinos en las escuelas extranjeras, y la trivialidad de sus caracteres contrastaba extrañamente con la importancia de las palabras.

—¿Qué le hace suponer que esta carta ha sido escrita por la señora Crosbie?

—Tengo absoluta confianza en la veracidad de mi informante, señor, y la prueba puede realizarse fácilmente. La señora Crosbie, sin duda, le dirá si ha escrito o no esta carta.

Desde el inicio de la conversación, el señor Joyce no había dejado de observar a su pasante, y ahora advertía en él, no sin sorpresa, un ligero tono de ironía.

—Me cuesta trabajo creer que esa carta provenga de la señora Crosbie.

—Si ésa es su opinión, señor, no hay más que hablar. Mi amigo me ha contado esta historia porque yo pertenezco a su estudio y creía que a usted podría interesarle conocer la existencia de esa carta antes de que fuera comunicada a la justicia.

—¿Quién posee el original?—preguntó secamente el señor Joyce.

Ong Chi Seng no dejó ver que hubiera advertido el menor cambio en el tono del señor Joyce.

—No habrá usted olvidado, señor, que después de la muerte del señor Hammond, se descubrió que sostenía relaciones íntimas con

una china. La carta está en manos de esa mujer.

El escándalo hecho en torno de estas relaciones, había contribuido al descrédito de Hammond. Nadie ignoraba que una china había vivido en su compañía durante meses. Los dos hombres permanecieron silenciosos. Todo había sido dicho y cada uno adivinaba los pensamientos del otro.

—Le estoy agradecido, Chi Seng,—dijo el señor Joyce al cabo.—Lo pensaré.

—Bien, señor. ¿No tiene nada que decirle a mi amigo?

—Me parece mejor que usted permanezca en contacto con él,—respondió gravemente el señor Joyce.

El pasante se retiró discretamente, dejando al señor Joyce entregado a sus reflexiones.

Inclinado sobre la copia de la carta de la señora Crosbie, contemplaba aquella escritura clara y vulgar. Vagas sospechas le asaltaban, tan inverosímiles, que hubiera querido alejarlas. La explicación de aquella carta debía ser muy sencilla, y la señora Crosbie, sin duda, la daría; pero, de todos modos, imponíase una explicación. Se levantó, se echó la carta en el bolsillo y cogió su sombrero. Pasó por delante de Ong Chi Seng. El pasante, atareado, escribía inclinado sobre su mesa.

—Me ausento por algunos minutos, Chi Seng,—dijo el señor Joyce.

—El señor Reed está citado para el mediodía, señor. ¿Qué le digo?

—Lo que le parezca,—respondió el señor Joyce con una sonrisa.

Pero se daba perfecta cuenta de que Ong Chi Seng sabía que iba a la prisión.

\*

La vista de la causa debía efectuarse en Belanda, lugar del suceso. No obstante, la señora Crosbie había sido encarcelada en Singapur, para evitarle la prisión de Belanda, sucia y malsana.

Cuando el señor Joyce entró en el locutorio, Leslie, sonriente, le tendió su mano fina y distinguida. Como siempre, su aspecto era sencillo y cuidado, y sus cabellos estaban ondulados con arte.

—No esperaba verle tan temprano,—dijo en tono ligero.

Le recibía con la naturalidad de una dueña de casa. Por un poco más, el señor Joyce hubiera esperado verla llamar al boy y ordenarle cocteles.

—¿Cómo le va, señora?—preguntó.

—Magníficamente, gracias. (Un resplandor de alegría pasó por sus ojos). Como cura de reposo, es lo ideal.

El guardián se retiró y permanecieron solos.

—Sientese,—propuso Leslie.

El aceptó una silla, preguntándose por dónde iba a comenzar. Sentíase embarazado ante el inocente y cándido aspecto de Leslie. ¿Cómo abordar el motivo de su visita?

—Estoy contentísima de poder ver a Roberto esta tarde,—dijo ella con una naturalidad completamente mundana.—¡Pobre amigo mío! Sus nervios han sufrido una prueba tremenda. ¡Qué suerte la de que todo acabe pronto!

—No necesitaremos más que cinco días.

—Ya lo sé. Todas las mañanas, al despertarme, me digo: ¡uno menos! (Sonrió). Lo mismo que antes, en la escuela, al acercarse las vacaciones.

—A propósito: ¿estamos de acuerdo en que usted no tuvo relaciones de ninguna clase con Hammond antes de esa triste noche?

—Estoy absolutamente segura. La última vez que me encontré

## DESPABILE LA BILIS DE SU HIGADO... SIN USAR CALOMEL

y saltará de su cama sintiéndose  
"como un cañón"

El hígado debe derramar todos los días en su estómago un litro de jugo biliar. Si ese jugo biliar no corre libremente no se digieren los alimentos. Se pudren en el vientre. Los gases hinchan el estómago. Se pone usted estreñido. Se siente todo envenenado, amargado y deprimido. La vida es un martirio.

Sales, aceites minerales, laxantes o purgantes fuertes no valen la pena. Una mera evacuación del vientre no tocará la causa. Nada hay mejor que las famosas Pildoritas Carters para el Hígado para acción segura. Hacen correr libremente ese litro de jugo biliar y se siente usted "como un cañón". No hacen daño, son suaves y sin embargo, son maravillosas para que el jugo biliar corra libremente. Pida las Pildoritas Carters para el Hígado por su nombre. Refuse todas las demás. Precio 30 cts. Agentes Exclusivos Para Cuba—Adolfo Kates & Hijo, Aguacate 120, Habana.

con él, fué en una partida de tenis en casa de los MacFarens, y no cambiamos cuatro palabras. Ya sabe usted que ellos tienen dos courts, y no nos encontramos en los mismos sets.

—¿Y no le ha escrito usted?

—¡Oh, no!

—¿Está usted segura?

—Absolutamente segura. No le escribí nunca más que para invitarle a comer o a merendar, y hacía muchos meses que ni para eso.

—Pero hubo un tiempo en que ustedes intimaron mucho con él. ¿Por qué dejaron de verle?

La señora Crosbie encogió sus frágiles hombros.

—Uno se cansa de las gentes. No teníamos ningún interés común. Es verdad que cuando estuvo enfermo hicimos lo que pudimos por él; pero en estos dos últimos años gozaba de buena salud y salía mucho. No le faltaban las invitaciones, precisamente.

—¿Eso es todo? ¿Está usted bien segura?

La señora Crosbie vaciló.

—¡Oh! Creo que puedo decirse. Nos habíamos enterado de que vivía con una china. Yo misma lo comprobé y a Roberto no le agradaba recibirlo.

(Continúa en la Pág. 56)



Una medida  
preventiva

No descuide la higiene, base principal de la salud.

PATENTEX es un preparado a la vez eficaz e inofensivo para el cuidado íntimo de la mujer.

De venta en las buenas farmacias.

Distribuidores para Cuba:

CIA. FARMACIA GOICOHEA, S. A.  
PLAZA DE LA SOLEDAD, CAMAGUEY



de habría de unírseles. Era un viejo risueño, cordial, de barba espesa y casi blanca, que simpaticizó mucho conmigo y que, a través de la marcha, me narraba historias guerreras, tradiciones míticas y aventuras fantásticas en las que él siempre intervenía.

Sus coloquios se prolongaban, a veces, hasta la madrugada y solía llamarme por el invocativo de "Hijo", atendiéndome con desvelo y aconsejándome con sabiduría.

Cierta noche se quejaba del frío; y recogido en la tienda, envuelto en su manta, bebiendo sorbos del vino etíope, me habló de su vejez y de la inclemencia de la campaña.

—Es duro dormir solo, con mis achaques, sin abrigo, y separado de mi esposa.

Me enterneció la queja del viejo y risueñamente, con travesura maliciosa, le recomendé que pusiera en el lecho, para entibiar su soledad, una botella de agua hirviente.

—Eso no,—repuso con cierta dignidad agraviada.

Y me explicó entonces que el hombre etíope, después de los cincuenta años, puede, sin desdorar su crédito y cuando está alejado de su esposa, buscar una compañera que le conforte. Debe ser virgen para garantizar que la unión no entraña concesiones equívocas, y si una mera función calórica. Si el hombre es de cierta categoría, muchos padres tienen a honor concederle a una hija para que le acompañe en las noches, a la que debe respetar plenamente.

—Al llegar a Dessie,—dijo, te facilitaré una compañera que dormirá en tu tienda y te acompañará en la jornada.

Sonreí ante la dádiva y consideré la curiosa fórmula de calefacción individual adoptada por los etíopes.

Todas las tardes, los jefes de tribus, cuando se recogían al campamento, llegaban hasta mí cargados de presentes, para exteriorizarme su simpatía. A veces eran gacelas que habían cazado en sus correrías por la floresta. Otras veces eran collares, amuletos, ídolos. Y, por lo común, me traían frutas, dulces, manjares que requisaban en las aldeas invadidas, donde los guerreros practicaban el más escandaloso saqueo.

Quince días después de nuestra partida de Addis-Abeba, descendiendo riscos, vadeando ríos, escalando picachos, atravesando llanuras, el ejército imperial del ras Mulugueta llegó a Dessie.

Acampamos a unas veinte millas al sur de esta población para evitar que nuestros soldados la arrasaran, como habían hecho con las otras. Pero tuvimos el primer combate sangriento ya que las fuerzas destacadas en Dessie, bajo el mando del teniente belga Friepont,—que Haile Selassie mandó por avión para que las destruyera y adiestrara—tiratearon nuestras avanzadas, generalizándose el encuentro. El jefe etíope de aquel destacamento, general Odayo, envidioso de nuestro superior equipo guerrero, pensó que podía sorprendernos, matando a nuestros hombres y apoderándose de sus armas, método común de armar las tribus de acuerdo con la tradición táctica de aquellos guerreros. Cientos de muertos e innumerables heridos quedaron sobre el terreno. El teniente Friepont se impuso a sus hombres y las dos partes confesaron que el encuentro había tenido su origen en el error de creer que se trataba de un avance enemigo.

En seguida se nos unió el comandante Dañiodayo, héroe de la cuestión del Ual Ual, que motivó

## Un hombre...

la guerra italoetíope, con cuatro guerreros pertenecientes a la Guardia Imperial y una flota de esclavos portadores de seis ametralladoras antiaéreas marca Horlicon, de fabricación sueca. Dañiodayo, educado en la escuela militar de St. Cyr, en Francia, era un militar culto, valeroso, lleno de astucia y que dominaba varios idiomas. Simpatizamos rápidamente y nuestra amistad se mantuvo firme a través de toda la campaña guerrera.

En su compañía visité a Dessie, salvando la distancia de veinte millas que la separaba del campamento. Como Addis-Abeba la población está sembrada de eucaliptus y las edificaciones son también de barro y paja. Unos diez mil nativos se alojaban en ellas. Conocí allí a un cura italiano, hombre de viva inteligencia, muy culto, que hablaba siete idiomas y todos los dialectos de Abisinia y que mantenía abierta una misión para cristianizar a los etíopes. Se hacía pasar como francés y ejercía poderosa influencia en aquella zona. El desdichado, sin embargo, fué muerto por la tropa, antes de nuestra salida de Dessie, porque descubrieron su verdadera nacionalidad y lo calificaron de espía.

El ras Mulugueta dió orden de partir y atravesamos Dessie para acampar de nuevo a unos ochenta kilómetros de esta zona urbana. Se extendía allí un valle tranquilo, de singular belleza, que reflejaba su verdura en el pequeño lago Borumeda, donde abrevaban en la noche las alimañas de la selva. Las hienas, particularmente, eran numerosas y corrían ante nuestros ojos como lebreles. En la noche elevaban su concierto sombrío, mezcla de aullidos y de risas y de aquí y de allá, impresionantes y fragorosos, llegaban los rugidos de la fauna africana, inquieta ante la proximidad de tantas legiones que penetraban en sus dominios.

A diario producíanse choques entre nuestros mismos soldados. Patrullas de nativos emprendían *raids* nocturnos para saquear las chozas agrestes habitadas por campesinos, que respondían a la invasión descargando sus viejos fusiles enmohecidos por el uso. El reparto del botín logrado, terminaba en riña feroz que iba diezmando nuestras filas. Quince o veinte muertos al día eran el balance de estas incursiones rapaces.

Una noche me dirigía a la tienda del ras Mulugueta, para recibir órdenes cuando me salió al paso, con un gesto procaz, el teniente etíope Haile, que estaba a cargo de las patrullas de reconocimiento. Me dió el alto y le contesté la consigna. Seguí la marcha y a unos veinte metros de la tienda del jefe me alcanzó de nuevo, agarrándome por el hombro. Me volví vivamente, le quité el brazo con violencia y le pedi

(Continuación de la Pág. 47)

que se cuadrara en atención, respetando mi mayor jerarquía.

Era un mocetón alto, de rostro energético, con una expresión de odio profundo en sus pupilas. El ras Mulugueta salía ya de su tienda y se detuvo para asistir, con gesto tranquilo, al episodio inesperado.

—Usted es un espía italiano—dijo, como si me denunciase ante la tropa.

Cerré el puño con ira y se lo incrusté en la quijada. Cayó de espaldas, aturdido, con la boca sangrante, pero se incorporó de nuevo, esgrimió el sable y se abalanzó sobre mí, ciego de ira.

Lo encañoné con mi pistola. El ras Mulugueta avanzó hacia nosotros, riendo. Y el teniente Haile, frente a mí, le explicó al jefe en su propio idioma el origen del incidente. El viejo guerrero lo calmó con un gesto autoritario y me habló luego:

—Dice el teniente Haile que los *faranyis* sólo gustan de combatir con armas de fuego.

—Yo combato con él en cualquier forma,—repuse—ahora mismo y en este mismo sitio.

El ras Mulugueta me miró a los ojos, y repuso:

—Bien... Lucha pareja. A sable y entre dos hogueras.

Ramas secas fueron agrupadas en el suelo, a una distancia de diez metros las llamas se elevaron altas poniendo un límite de fuego en aquel improvisado estadio. Y de una parte y otra, grupos de guerreros, la alta oficialidad en su mayoría, se dispusieron a asistir al combate, cercando con sus lanzas la escena. Quedamos el teniente Haile y yo, frente a frente, con los sables desnudos, con una inmensa pira a la espalda y el acero vengador ante el pecho. Estaba sereno y tenía, por una suerte de providencial sugestión, la certidumbre de que le llevaría la cabeza de un solo tajo. En los ojos del negro brillaba el resplandor rojizo de la hoguera, que chisporroteaba a mi espalda. Me puse en guardia, hice algunas fintas y me tiré a fondo de un salto. Retrocedí ágilmente, pero lo perseguí sin tregua, antes de que reaccionase de su sorpresa. Ya estaba al límite de la llama. Amagué al cuello, se cubrió con presteza, libré el arma por abajo y asesté un tajo de revés que paró con el brazo, aturdido de la violencia del ataque. Todo fué instantáneo. El acero hendió la carne, taladró el hueso y el infeliz quedó con el miembro inútil, pendiendo de los tendones dislacerados. Murió esa misma noche.

El ras Mulugueta me convidó a comer, como homenaje a mi victoria. El combate, presenciado por todos, aumentó mi prestigio guerrero y esa noche se comentó la pericia del jefe *faranyi* en manejar el sable etíope...

\* Mensajes urgentes del ras Kassa y del ras Siyoum reclamaban que aceleráramos la marcha, porque

## Previsión o destrucción

(Continuación de la Pág. 19)

ten. No hay cambios de regímenes que lo afecten. Ningún triunfo electoral lo desvía. Las utilidades no emigran, ni se escapan en seguros, fletes, dividendos y otras exportaciones de tipo invisible. Va directamente al pueblo y opera, directamente también, el progreso, y el engrandecimiento de las industrias, de los comercios y de las ciudades.

Ese es el deber de los actuales mandatarios. Y si no lo cumplen merecerán el estigma de un pueblo ansioso de justicia y de bien.

los italianos avanzaban sin tregua sobre Makalé, necesitada de refuerzos. Era menester proseguir el avance hacia el frente norte para resistir la invasión enemiga. Un avión nuestro voló sobre nosotros, rumbo al sur, a escasa altura. Sin que pudiéramos impedirlo los soldados, esgrimiendo sus fusiles, comenzaron a disparar, pues la tensión de la tropa era terrible. Había un ansia de lucha, de destrucción que se exteriorizaba en cada momento. El avión se elevó entonces y desapareció de nuestra vista.

Seguimos avanzando durante tres días hasta que acampamos en un llano muy fértil, a la orilla del lago Jaki. Nos rodeaban pequeñas montañas de vegetación espesa de las que descendía la fragancia peculiar de la selva africana. Nos preparábamos para el almuerzo, cuando el trepidar de un motor denunció la proximidad de una nave aérea. Con mis gemelos de campaña exploré el horizonte y descubrí hacia el noroeste a un trimotor Caproni que se deslizaba a unos mil pies escasos de altura. Corrí a una de las ametralladoras antiaéreas, y disparé una ráfaga de cinco tiros graduando las miras para una velocidad media del avión de 150 millas por horas. La fortuna me acompañó en la prueba. Una bala explosiva le alcanzó en el tanque de combustión que se incendió rápidamente. Las alas rotas se dispersaron en el aire y descendían con graciosas ondulaciones. Parte del fuselaje caía también como los fragmentos de un nido gigantesco. El motor se estrelló en las márgenes del lago Jaki sepultándose más de un metro en la orilla fangosa. Tres hombres se lanzaron con singular pericia abriendo sus paracaídas, pero los soldados etíopes los acribillaron a balazos antes de que tocaran la tierra.

Dentro del avión, totalmente deshecho, hallamos tres hombres más, con trajes de pilotos y una mujer destrozados por la caída. No hubiera sido posible identificarlos. El clamor de la troja llenaba el valle con sus cantos guerreros. Arranqué de la cola del avión la bandera italiana y con auxilio de Backala y de mis esclavos tomé para mí las botas de uno de los pilotos, que estaban relucientes, pero que fué difícil quitárselas porque un hueso de la pierna derecha desencajado en la caída, perforara el hule y blanqueaba, astillado, a través del boquete por donde halló salida...

Este episodio me ganó, definitivamente, la gratitud y la confianza de la tropa. Fui aclamado. La imaginación fantasista y predispuesta para el mito de los guerreros etíopes, comenzó a ver en mí a un elegido de los dioses, un *faranyi* que hacía prodigios y que podría derribar, en todo momento, con una ráfaga de cinco tiros, a los aviones de la flota italiana, que iban a arrasarse al imperio.

El ras Mulugueta, de pie, recibió solemnemente la bandera. Y a la vista de todos, como ratificando mi poderío, puso sus manos en mis hombros y con voz tronante, afirmó:

—Capitán del Valle, *faranyi* bravo: serás por todos acatado y temido...

\* En el próximo capítulo se narran las peripecias fascinadoras de la marcha que prosigue hacia el norte, cada vez más erizada de peligros y de aventuras. El lector conocerá, espantado, el choque de las tribus de la montaña de Alamata y otros hechos que hacen de este relato uno de los más apasionantes y originales entre los que ha publicado CARTELES.



# en los CLUBS



Bellísimo conjunto de chicas carlistas que dieron prestancia a la primera fiesta de Carnaval del Club San Carlos.



El baile inicial de la temporada de Carnaval que celebró el Club Unidos, de la Vibora, fué un brillante desfile de bellas viboreñas.

La señorita Elsa ADAM, una de las más simpáticas candidatas al certamen del turismo de nuestro colega "El Mundo", fotografiada en la terraza del Club Náutico de Marianao, durante la fiesta celebrada en el nuevo club de la playa por las Antiguas Alumnas de Comellas.



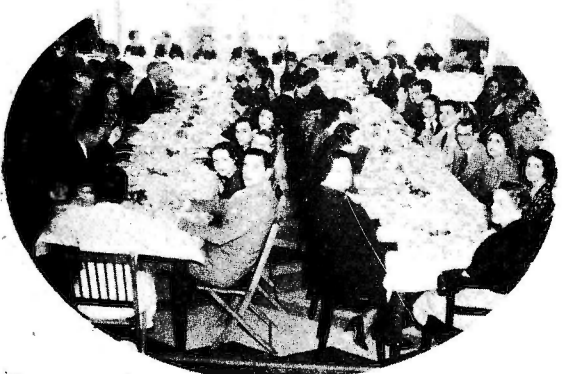
Otro grupo de concurrentes al baile de Carnaval del Club Unidos.



Un aspecto del salón de "basketball" del Club San Carlos durante la fiesta carnavalesca celebrada el domingo último, iniciando de esta brillante manera la temporada de Carnaval!



Un grupo de asistentes a la primera fiesta de Carnaval del prestigioso Club San Carlos, de la Vibora.



Un aspecto general del almuerzo conmemorativo que celebró la Asociación de Antiguas Alumnas del Colegio Comellas, el domingo último, en los salones del Club Náutico de Marianao. (Fotos Funcasta).





# Las Arrugas Dicen—"pasé los 30"



## Evítelas con el tratamiento Subcutáneo

**E**SAS líneas pequeñas... las temibles arrugas... delatan la edad de una mujer. ¿Por qué sufrirlas?

Debajo de ellas las fibras perdieron su vigor. Entonces la piel exterior se arruga. Aparecen espinillas y manchas cuando su piel interior empieza a fallar.

Lo que Ud. necesita es el estímulo de la Cold Cream Pond's para la capa inferior de la piel.

De noche—aplíquese la Cold Cream Pond's a palmaditas para desalojar las impurezas y el maquillaje. Séquese. ¡Entonces aplíquese más crema dándose palmaditas vivamente! Las glándulas ociosas funcionan. Las fibras comienzan a ganar energía. ¡La capa inferior de su piel reacciona! Pronto las líneas empie-



Las glándulas y las células en el sub-cutis conservan la piel tersa. Cuando fallan, el cutis se avejeta.

zan a borrarse. Las espinillas y las manchas dejan de aparecer. Su rostro toma un aspecto radiante y juvenil.

Por las mañanas—(y antes del maquillaje) repítase. Los polvos se esparcen con suavidad uniforme.

**MUESTRAS GRATIS:** Llene y envíe el cupón y recibirá muestras gratis de las dos cremas Pond's.

Adolfo Kates e Hijo C-3  
Apartado 158, Habana

Nombre .....  
Dirección .....

## La carta

(Continuación de la Pág. 53)

Inmóvil en su asiento de recto respaldo, con la barbilla apoyada en la mano, el señor Joyce fijaba una mirada aguda sobre Leslie. ¿Se engañaba? Le pareció que un fulgor asesino acababa de atravesar sus pupilas. El señor Joyce no titubeó más. Sus escrúpulos se esfumaron. Se agitó en su asiento. Las puntas de sus dedos se juntaron. Lentamente, con circunspección, comenzó:

—Creo deber mío decírselo: existe una carta suya a Geoffrey Hammond.

La espiaba con atención. Ella no se movió, su rostro no cambió de color. Pero se tomó tiempo antes de contestar.

—En otro tiempo, le mandé billetes sin importancia para rogarle, por ejemplo, que me trajera algunas cosas de Singapur.

—Esa carta le pide que vaya a verla, precisamente porque Roberto estaba en Singapur.

—Es imposible. Nunca he escrito semejante cosa.

—Mejor es que la lea usted misma.

Sacó la hoja de papel de su bolsillo y se la tendió. Ella sonrió con desdén y sin siquiera leerla:

—Esa no es mi letra,—dijo.

—Ya lo sé; pero es la copia exacta del original.

Ahora ella leía. Poco a poco, su palidez se hizo terrosa, sus rasgos se descompusieron. Sus carnes parecieron hundirse y su piel secarse sobre sus huesos. Sus labios se crisparon en un rictus. Miraba al señor Joyce con ojos desorbitados. La cabeza de una torturada no hubiera sido más trágica.

(Concluirá en el próximo número)

## Los camellos...

(Continuación de la Pág. 5)

ensangrentaba la mitad de un continente?"

Claro está que Ugarte se refiere aquí a la vida de Hispanoamérica en los comienzos del siglo XIX. Pero advierte más tarde, muy juiciosamente, que "aun después de conquistada la libertad política, siguió ejerciendo España una especie de dictadura moral sobre las jóvenes naciones".

A esto, pues, es a lo que yo quería llegar para evidenciar la dictadura literaria que ejercía en Cuba la clásica escuela española aun después de que Gutiérrez Nájera, Julián del Casal, José Martí y Rubén Darío—¡oh, divino Rubén, americano con alma de ateniense!—introdujeron en la América las tendencias que representaban en Francia Verlaine, Mo-

reas, Mallarmé, Rimbaud, que a su vez habían bebido el nepente de las bullentes y confusas aguas de esos lagos en cuyas superficies sobrenadaron las flores del mal que fueron Baudelaire, Banville y el marqués de Sade, principalmente.

\*

Después de Carlos Pío—malogrado en la manigua heroica—y Federico Uhrbach, y de un luminoso suicida que se llamó René López—¡oh, los barcos que surcan en la alta noche "por la azul epidermis de los mares"!—surge Agustín Acosta. Fué por el año 1906, allá en nuestra gloriosa Matanzas... ¡treinta años desde entonces a acá; y desde entonces a acá ni todos los que fueron, ni todos los que somos, ni todos los que hasta ahora pretenden ser, han podido arrancar de sus manos apolíneas el cetro de la poesía en Cuba.

El misticismo de Agustín Acosta.—

Voy a afirmar algo que seguramente va a parecerles a algunos una enormidad: Agustín Acosta es un poeta místico. Aquí tienen aclarado muchos de los que se están devanando los sesos, el título de su último libro de versos: *Los Camellos Distantes*.

No es, desde luego, su misticismo idéntico al de San Ignacio de Loyola o de Santa Teresa de Jesús, que toma forma y se concentra sobre un objetivo deísta; es el misticismo en éxtasis ante lo bello, pero en forma abstracta, simbólica, al cual apenas si roza la expresión de la palabra para mantener la visión immaculada que en su reino de radiantes espejismos concibe y crea. El no podrá expresar imágenes burguesas que materialicen la idea hasta llenarla del prosaísmo de los detalles lamidos. Rehuye hacer sus estatuas en forma anatómica, que le roben esa magnífica, esa divina idealidad que él pone en su verso sonoro sin trompeterías desafinadas, tenue sin opacidades turbias, albo sin longitudes rectilíneas, como cuando dice en *Romanticismo*:

Se reanimó la frágil envoltura.  
Miró la cumbre. Se arrancó las alas  
y desistió. Me dijo convincente:  
—Durante el sueño visité la cumbre  
y no merece el riesgo de una vida  
querer subir a ella. Estoy contento.  
Y yo:—Tienes razón: ¡rompe las alas!

El concepto místico que envuelve el verso de Agustín Acosta, está formado dentro de la propia órbita de su clara, de su augusta visión panteísta; a veces panteísta, a veces pagana, cristiana también a veces. El dolor en él es como un escarabajo de oro que llevase prendido por gala sobre el corazón. El amor una serena sonrisa epigramática, como sobre los labios de un Beaumarchais galante y orfebre. Todo en su verso es ponderación de símbolo; pero ponderación no en la ampulosidad de la frase, ni en el rebuscamiento de la medida, ni en el retorcimiento de la imagen, sino en esa virtud de gracia que adquieren en su verso frase, medida e imagen, con esa difícil facilidad que le ha hecho mantenerse desde hace treinta años a la fecha el primero en la lírica cubana. Y antes de él ninguno hubo que le superase, ni le igualase siquiera.

Pero queden a un lado las comparaciones, que para enjuiciarlo no se necesitan. Decla que Agustín Acosta es un poeta místico; citemos algunas estrofas de los versos que forman su libro *Los Camellos Distantes*, y quedará probada mi opinión:

Camellos que fuisteis cortejo en las bodas,  
y que presintiendo la Noche Divina,  
visteis, asombrados, desde las pagodas  
la estrella adorable de la Palestina.

En A la memoria de mi padre:

Todo lo sigues viendo como antes, de  
(modo  
que ahora estás más en mí, porque ya  
(estás en Todo.

En Navidad-1918:

hacia Dios se ha borrado el último sen-  
(dero  
y ya nadie se acuerda de la ruta divina.

En El beso de Judas:

Sin Judas tal vez Cristo inadvertido  
(fuera.  
Bésame, pues, para que se ilumine  
el fondo de la cueva.

En Ex-Libris:

Resumen: mi ideal bien poco pide:  
Ser música de mí, música sorda.  
Ex-Libris del ensueño: un árbol verde  
y una paloma.

En Huerto cerrado:

Y saber, oh, saber que no soy maldecido,  
que mi nombre por bocas ajenas pro-  
(nunciado,  
deja buenos recuerdos en las almas que  
(un día  
recibieron un lirio de mi huerto cerrado.

En Eternidad:

porque trescientas vidas será mi sola vida  
y lo eterno de todo será mi eternidad.

En Tumba:

Y cuando estés allá, ten la nobleza  
de mirar a los pobres de la tierra,  
a los que nos quedamos aquí abajo lan-  
(zando  
globos de aires al espacio...

En Elegía a Rubén Darío:

Somos almas, somos almas dispuestas  
a la luminosa música inaudita,  
porque presentimos las altas orquestas  
dentro de la sombra infinita.

En Senda clara:

Hagamos una senda para llegar a ti,  
¡oh, Dios mío!  
Las mañanas de ayer apagaron su luz  
y perdimos la senda que nos llevaba a ti.

Y así continuaría citando muchos ejemplos para afirmar mi tesis. Pero basta con lo expuesto. Decidlo vosotros mismos: ¿no hay mucha alma franciscana en el alma de Agustín Acosta?

Los Reyes Magos ya no nos visitan.—

¡Los Camellos Distantes!... Los camellos que transportaban al través del desierto de la vida, sobre el espacio propicio de su doble joroba, religiones y ensueños para los creyentes; incienso y oro y mirra para perfumar el establo en que naciera el niño que reinaria luego en el mundo por el poder del amor. Veinte siglos de leyenda sobre sus pardas espaldas de espinazo jiboso... ¡Los mansos camellos frugales de inocentes pupilas que han prestado dorsos deformes a la humanidad, para que sobre ellos levantase un mito para mantener el fuego sagrado de un ideal ultraterreno entre los hombres!...

¡Los Camellos Distantes!... Los que cruzaron la tenebrosa selva que separaba a Saba y a Hymiar del poderoso Egipto, para llevar sobre sus lomos a Belkiss, la reina orgullosa y magnífica, que pisoteara corazones de vasallos, a mo-

rir de pasión por el rey sabio, para que de esa pasión surgiera *El Cantar de los Cantares*, el inmortal himno al amor!

¡Los camellos distantes, muy distantes de los hombres de ahora, de los sin fe, de los sin religión!... Los camellos distantes que han huído de los ambientes mefíticos de la civilización de ahora: éstos son los que Agustín Acosta añora en ese poema suyo que da nombre genérico a su libro.

Agustín Acosta no tiene la culpa de que aquellos mismos que se dicen en posesión del secreto brujo de los símbolos del arte, no hayan podido descifrar el simbolismo de su último libro publicado. Agustín Acosta puede que piense, aunque no lo diga, como Rubén Darío: "Yo sé bien que no soy el poeta de las multitudes".

"Mi Camisa".—

Agustín Acosta tiene un amor único, inmenso, que sobrepasa todos los límites de la adoración y del fervor: tiene una viejecita de cabellos muy blancos y ojos muy tristes, de manos ungidas por todos los unguentos de la ternura, que se parece a él como una gota de agua a otra gota de agua, —en la pureza del espíritu tanto como en el rostro— y que ha sido el báculo donde se ha re apoyado en su lucha a brazo partido con el destino cruel: la madre. Tal vez la mayor satisfacción del poeta actualmente sea la de haber conseguido con su esfuerzo de hombre la tranquilidad de esa madre buena a quien rodea de ternura. Yo he visto hace muy pocos días cuajarse una lágrima en los ojos del poeta y espantar con un sacudimiento de cabeza un sombrío pensamiento al posar sus labios sobre la frente de la anciana. Era como un sordo temor de perder eso que para él significa su vida entera.

Aquí, en este soneto que él titula *Mi Camisa*, late y se concreta ese sentimiento filial suyo en toda la honda sencillez de su ternura:

#### MI CAMISA

Esta camisa blanca que mi madre ha  
(zurcido,  
tan llena del aroma íntimo de mi casa,  
tiene una cantidad cuyo oculto sentido  
ni envejece ni pasa!...

Yo podré ser mañana un hombre po-  
(tentado  
sin soberbias ridículas y sin turbios son-  
(rojos.  
A estos días de ahora llamaré mi pasado  
y una lágrima triste caerá de mis ojos.

¡Mi pasado!... ¡Oh, qué dulce me será  
(todo esto!  
En el viejo horizonte ya mi sol se habrá  
(puesto  
y yo despreciaré honores y fortuna...

Acaso esté de sedas riquísimas vestido  
¡mas como esta camisa que mi madre  
(ha zurcido,  
no me pondré ninguna!...

La soledad es fuerte.—

Decía Santos Chocano, el maglorado cantor de *Alma América*: "La soledad es fuerte: lo dice el Himalaya".

La soledad ha hecho fuerte el alma de este grande poeta de la América. Allí en nuestra Matanzas inolvidable Agustín Acosta, orgulloso y sencillo al par, hundido en un pequeño pueblito de la provincia, irradiaba luz sobre la literatura castellana. Trabajaba, cincelaba su arte como un orfebre en medio de las sabanas silenciosas, en contacto con los verdes mares de caña, bajo la fronda fraternal de los árboles, en el fresco del anchuroso portal de la casona aldeana, en la quietud de la noche pueblerina colmada de ruidoso silencio.

Y a pesar de estar tan lejos del contacto capitalino, desde aquel rincón de provincia señalaba rutas con su índice de maestro. Nadie como él antes. Nadie como él ahora. Muy difícil uno como él después. Todo en su verso es belleza, y luz y armonía. Tal vez él mismo, como el Pastor de Guerra Junqueiro:

"Porque ha sido bueno como el agua  
(pura,  
porque ha sido un santo sin saber que lo  
(erz,

ignore todo lo que vale, aunque sepa que vale mucho.

Pasarán todas estas falsas humaradas de vanguardismo; no habrá voces que canten las estridencias de tanto pseudoconstructor de artificios musicales, y Agustín Acosta seguirá siendo faro, irradiando luz sobre los mares del verso. El dice en un pequeño poema suyo:

Ya que te han olvidado, verso: que los  
(poetas  
nausean el vino de tu amor,  
y en pistas de vanguardia ensayan sus  
(piruetas  
ebrias de un ajeno inferior.

Y al decirlo se adivina en él el dolor de ver tanta mente joven, clara, que está aprendiendo a tocar música de circo con los titiriteros del vanguardismo.

Pero Agustín Acosta tiene fe, cree en la redención del verso; espera que muchos sostengan en el futuro el lábaro del ritmo; que ante el altar del verso oficien de nuevo los portaliras y haya primavera en el templo de Apolo.

¡Así sea!  
En tanto, con la mano aferrada al estro poético, que hace tantos años conquistó, alumbrando el reino del ritmo y de la idea por encima del hombre y del político y del senador, por encima, tal vez, de su propia voluntad, Agustín Acosta es el faro que ha resistido todos los embates de las olas embravecidas, y a pesar de que hayan tratado y traten de apagar su luz él les alumbrará el camino para que alcancen playas hospitalarias... aunque luego les niegue lumbre y calor en su torre a los renegados.

## Pesadilla

(Continuación de la Pág. 21)

que no esté muy claro, lo siento por el Nabab. Cobb es un mozo endiabladamente listo y no se le escapa nada.—Y después de un momento, agregué: —Lo dicho, lo siento por el Nabab, en todo caso. ¡En su lugar, estoy por decir que yo también me hubiera sentido tentado de envenenar al individuo!

Por espacio de varios días el Dr. Cobb acudió dos veces diarias a la casa de al lado, y después vino una sola vez al día. Buntley no se dejó ver más sentado en el jardín, y menos aún pudimos echarle la vista encima al Nabab. Las compras de provisiones y demás debían de hacerlas por teléfono.

Después de una semana o cosa así de esto, a una abeja rezagada le dió la ocurrencia de picarme y tuve que ir a ver al Dr. Cobb. Sentíame sumamente agradecido a la susodicha abeja. ¡Quería saber!... si bien no estaba muy seguro de cómo iba a plantearle el asunto al doctor. Urdí varios planes mientras esperaba mi turno, pero no tenía necesidad de haberme molestado. El doctor me retuvo hasta el fin, y después de tratarme, arrellanóse en su sillón



Una verdadera cámara miniatura, precio "miniatura"

Sencilla y segura, la Kodak Bantam viene en selección de dos objetivos y buscadores o visores.

LA menor de todas las Kodaks jamás fabricadas, la novísima Kodak Bantam es

tan cómoda de llevar como sencilla de manejar, tan elegante como diminuta. Con cualquiera de sus objetivos (Kodak Anastigmático f.6.3 ó Doublet) es una verdadera cámara de calidad... por un precio de "ganga."

Buenas fotos y ampliaciones son cosa sabida con la Kodak Bantam, merced a la Película Kodak Panatónica o Super X. Véase esta novedad, sin compromiso, donde ostentan letrero KODAKS... o pídase folleto especial.

KODAK CUBANA, Ltd.  
Neptuno, 236. Habana

Esas "fotos" que alegrarán MAÑANA  
... hay que tomarlas HOY

y encendió la pipa, habiendo terminado sus labores del día.

—Un hombre raro, ese Cavern —dijo, mirándome a través del humo.

—¿Cavern?  
—Su vecino de usted.

—¡Oh! ¡Oh! —exclamé.— ¿Cavern? ¿Conque ése es su nombre? Nosotros le llamamos siempre el Nabab. ¿Que es raro? Si le digo a usted que no creo haber hablado nunca con él... Cavern... Vaya un nombre extraño...

—Le viene bien, sin embargo— manifesté Cobb. Me miró de nuevo.—Tiene allí a un individuo...

—Interrumpióse el doctor y yo pensé, "¡Ahora, ahora!".

—Un tal Buntley—añadió el Dr. Cobb.

—Le conozco—repuse.—Es decir, conozco personalmente, no.

—Un rufián —gruñó Cobb.— Bien vestido y todo, pero el rufián más rufián que he visto en mi vida. ¿Qué estará haciendo allí? ¿Lo sabe usted?

—No—respondí.— ¿Y usted, doctor?

Una vez más pensé, "¡Ahora,

ahora viene!". Pero no fué así. Por lo menos, no vino lo que yo esperaba.

—No tengo la más remota idea —replicó el doctor.—Pero aunque Cavern es un caballero—eso se ve a la legua—y Buntley un rufián de los más rufianes, estoy convencido de que Cavern tendría un gran pesar si el otro se muriese. ¡Y no le faltó mucho, esta semana!

Yo me quedé con un palmo de boca abierta.

¿Que tendría un gran pesar si el otro se muriese? ¿El Nabab, un gran pesar? ¡Pero eso era increíble! Yo estaba tan cierto como es posible estarlo, y mi mujer conmigo, de que si el veneno o cualquier otra cosa hubiese sido capaz de librar al Nabab de la presencia de Buntley, éste habría sido hombre muerto desde varias semanas antes. Y sin embargo, ahora Cobb decía que ello causaría un gran pesar al Nabab...

—¿Qué pasa?—preguntó Cobb tranquilamente.

(Continúa en la Pág. 60)



# EL FRACASO DE LOUIS ante

# PASTOR

por A. ARROYO RUIZ

La opinión de Joe Williams, columnista famoso.—

(NUEVA York, enero).—Después de la pésima exhibición de Joe Louis frente a Bob Pastor, en el encuentro que ambos sostuvieron anoche en Madison Square Garden, no hay más remedio que convenir en que Jack Johnson sigue diciendo verdad cuando asegura a quien quiera oírlo que el famoso mulato de Detroit no pasa de ser un pugilista mediocre a quien una propaganda estridente e histérica elevó a alturas que no estaban de acuerdo con sus verdaderos méritos. Porque si alguna vez hubo un *heavy-weight* que luciera mal, lo que se dice un "buche", ése fué Joe Louis anoche, cuando un preliminarista valiente y "con cabeza", pero sin ningún atributo extraordinario, lo hizo aparecer como un mal *amateur*.

Una explicación necesaria.—

A los lectores les habrá sorprendido la noticia del fracaso de Louis, ya que no se puede calificar de otro modo su "papela-zo" frente al neoyorquino. Su terrible actuación de anoche no se compagina con sus éxitos anteriores, a partir del revés sufrido a las manos de Max Schmeling. Se hace necesaria una explicación y la voy a dar, para que todo el mundo comprenda lo sucedido.

Cuando por virtud de su victoria sobre el gigantesco Impelletiere, Pastor comenzó a sonar como adversario apropiado para el mulato de los dominios de Ford, los que conocen el boxeo "por dentro", supieron que algo raro iba a ocurrir de llevarse a cabo tal encuentro. Porque Bob Pastor, como es sabido, es un hombre de Jimmy Johnston, un boxeador que dirige Johnston, aunque sea su hijo quien aparezca como su *manager*. Jimmy Johnston, el enemigo número uno de Mike Jacobs, había venido diciendo—y al parecer con conocimiento de causa—que Joe Louis era un *bluff*, y que él iba a demostrar con Pastor la verdad de su aserto.

El maquiavelismo de Jimmy Johnston.—

Por virtud de un contrato firmado antes del *match* Louis-Paulino, Mike Jacobs estaba obligado a celebrar otro encuentro del "Bombardero" en el Garden, por lo cual Johnston, en cuanto tuvo a Pastor en el lugar que se había propuesto, comenzó a hablar de la necesidad de que el hombre que se enfrentara con Louis en tal oportunidad fuera su apadrinado. Mike Jacobs se opuso en principio a la idea de tal *match*, que sabía de verdadero peligro para su hombre. Pero Joe Louis no tenía más remedio que medirse con su *logical contender*, a menos de que Jacobs quisiera que Johnston, su encarnizado enemigo, descubriera en la parte de la Prensa que le es adicta, la debilidad de Louis por los *palukas* y y otras presas fáciles.

Jimmy Johnston sabía, como lo sabe todo el mundo, que Joe Louis es un terrible pegador que cuando conecta firma un pase para la tierra del sueño. Pero sabía también que un boxeador que se moviera por todo el *ring* haciendo que Louis no pudiera prepararse para sus *punches* mortíferos, podía hacer lucir al "Bombardero" como un principiante malo.

Un fajador convertido en bicicleta en 24 horas.—

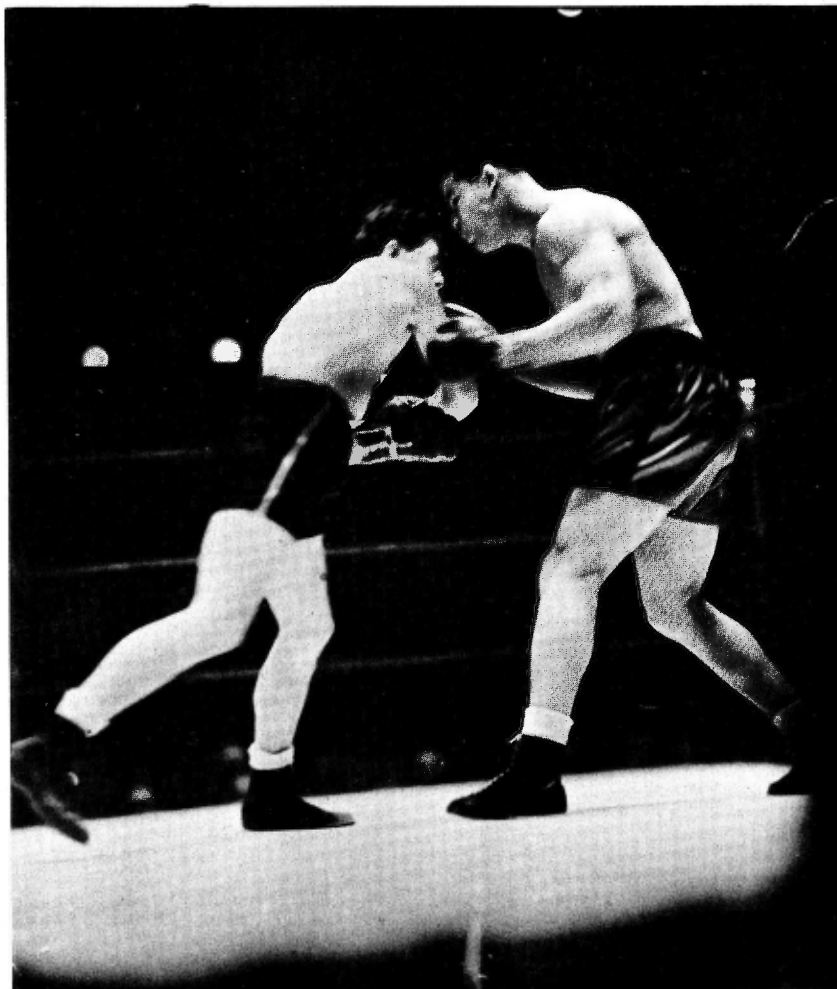
Bob Pastor, como es sabido, no había descollado hasta ahora como boxeador defensivo, sino, todo lo contrario, como fajador impetuoso. Es, pues, doblemente admirable la labor de Johnston, que decidido a aprovechar la oportunidad que se le presentaba para desacreditar a Louis, convirtió a Pastor en una especie de bicicleta que durante diez *rounds* correteó sin descanso por todo el *ring*, y obtuvo la finalidad que se había propuesto, es decir, llegar al fin de los diez *rounds* en posición vertical y hacer lucir al pretendido pugilista perfecto como un mero novato.

Que la reputación de Joe Louis ha sufrido un golpe acaso más rudo que el que sufriera cuando su descalabro frente a Max Schmeling, se desprende de las críticas que, casi unánimemente, aparecen en los diarios neoyorquinos de hoy. Hay críticos, como Jimmy Powers, que creen que Pastor y no Louis mereció la decisión, y otros como Joe Williams que pretenden que un empate hubiera sido el fallo más justo. Todos, sin embargo, están de acuerdo en que aunque el "ex fenómeno" mereciera el veredicto, ya que cuando hubo pelea fué él el agresor—que conste, entre paréntesis, que casi no hubo pelea—Louis demostró hasta la saciedad que está perdido y no sabe lo que hace en cuanto tiene enfrente un boxeador habilidoso.

Lo que han leído más de un millón de lectores.—

Jimmy Johnston debe haber gozado hoy extraordinariamente, leyendo lo que la crítica neoyorquina dice de Louis, y del éxito de su propia *scheme*. Porque los párrafos más despectivos y los adjetivos más crueles le han sido dedicados al mulato que, a raíz de su sensacional victoria sobre Max Baer, obtuvo de estos mismos críticos que ahora lo zahieren, toda clase de glorificaciones. Jimmy Powers, de *The News*, dice lo siguiente:

"Aunque Joe Louis ganó la decisión anoche en el Garden, los espectadores lo silbaron cruelmente mientras dedicaban sus aplausos al juvenil Bob Pastor. En el encuentro no hubo *knock-downs* y sólo unos pocos golpes sólidos, pues durante diez *rounds* Pastor bailó e hizo círculos alrededor de Louis, mientras lo "jababa" continuamente o lo hacía caer en un *clinch*. Los golpes al cuerpo del neoyorquino tuvieron continuamente a Louis "agarrándose los pantalones", mientras que la sangre brotaba a raudales de su averiada nariz. Si este escritor hubiera sido juez de la pelea le hubiera concedido la victoria a Pastor, que demostró mayor habilidad boxística que su oponente, a quien hizo fallar continuamente durante todos los asaltos y lucir malísimamente. Además, por cada golpe que descargaba Louis, su más pequeño adversario hacía llegar a su destino lo menos una docena".



Joe LOUIS tratando de esquivar la potente derecha de Bob PASTOR, en un momento del "bout" de Madison Square Garden.

El admirado Joe Williams, de *The Telegram*, da la siguiente versión del suceso:

"Un boxeador preliminarista puso a su verdadera altura a un pretendido grande del *ring*. El preliminarista era Pastor y el pugilista de fama mundial, Joe Louis. Al final, el cruel veredicto de los espectadores fué el siguiente: "Los dos no pasan de ser unos maletas"...

El hecho de que los *rounds* fueran adjudicados a uno o a otro, no nos importa. Lo que sí es de anotar es que un preliminarista—y Pastor no pasa gran cosa de serlo—clara y completamente hiciera caer por tierra la creencia de que Louis es un gran peleador. Pastor no venció a Louis, pero indudablemente lo hizo aparecer tal cual es, en su justa valía. Y todo ello ocurrió a pesar del hecho de que Louis pesara más de doscientas libras y Pastor fuera solamente un semifuerte aumentado de peso".

Joe Williams termina su largo artículo del siguiente modo:

"El resultado del encuentro de anoche proclama dos cosas: que la victoria de Schmeling sobre el mulato fué una victoria auténtica y que si Louis se llega a medir con Jimmy Braddock, el anuncio que al final se le dirá al público, será el siguiente: Vencedor y todavía campeón Jimmy Braddock". Porque Braddock es tan superior al preliminarista, es decir, a Pastor, que todas las palabras que se digan sobran. Y Pastor fué el hombre que retornó a Louis anoche, a la etapa de los preliminaristas"...

Una consolación para Mike Jacobs.—

Podría seguir reproduciendo conceptos emitidos hoy por la crítica neoyorquina que dejan muy mal parada la reputación de Joe Louis, pero lo considero innecesario. Prefiero añadir por mi cuenta que después de lo de anoche casi he llegado al convencimiento de que el mulato es uno de esos pugilistas cerriles que no parecen aprender con el tiempo y sus experiencias en el *ring*, sino todo lo contrario. Joe Louis seguirá siendo un formidable golpeador que abate a sus adversarios con un solo *punch*, sobre todo cuando esos adversarios por miedo o lo que sea no quieren o sepan defenderse. Pero como probó Max Schmeling aquella noche de junio, y ha vuelto a demostrar ahora Pastor en esta del gélido enero, Louis está perdido en cuanto el hombre que tiene enfrente se hace un blanco movable y no le deja usar con efectividad sus gruesas baterías.

El antiguo "fenómeno" de Mike Jacobs y sus asociados, se desmorona a lo que se ve, pero todavía el promotor hebreo puede hacer con él unos cuantos agostos. Los 18.000 espectadores que anoche llenaban el Garden, y le proporcionaron una recaudación de 118.000 pesos, quieren ver muerto a Louis y seguirán acudiendo a los estadios donde se anuncie su posible asesinato. Ello debe ser para el empresario semita, una consolación y una promesa...

# Atáquese...

(Continuacion de la Pág. 41)

nal", cuando pide su tercer whisky y le aconseja que no beba más, según ordena el capítulo VI; le aplica el "¡Oh, es usted tan simpático!" del capítulo IX, mientras ríe y aplaude sus frases chistosas; recuerda aquello de "Todos los hombres son en el fondo sentimentales" del capítulo X, cuando la orquesta toca *Durmiendo en las sombras*, se le acerca, inclina la cabeza sobre su hombro y le dice muy bajito:

—¿Recuerda cuando escuchamos esto por primera vez?

Le ataca con cuantas habilidades conoce—y son muchas—y a medida que la tarde adelanta, se ve que lenta, pero seguramente, la defensa de Lloyd Harrison Gates se va resquebrajando. Su estudiado *savoir-faire* se derrite por vez primera y, cuando bailan, noto una emoción naciente que se refleja en su rostro.

—Firme, Gates,—me digo interiormente.—Por el honor del sexo masculino, sostente.

—Arriba, Phyllis,—parece decir mi mujer con los ojos.—Demuéstrale a ese tonto que no puede resistir.

Y a eso de medianoche parece indudable que mi mujer está en lo cierto, pues el proceso del desmoronamiento va ganando *momentum* y los ojos de Lloyd encuentran más y más interés en el rostro de Phyllis. Se mantiene mirándola sin dárlo a comprender, como quien ve a una persona por vez primera, y está claro que el pobre tiene algo en su mente... algo que quisiera decirle a Phyllis a solas.

—Señorita Heming—dice al fin —¿me... me acompañaría usted en un paseo por la cubierta?

—Con amor—asiente ella con entusiasmo. Y al verlos salir, me pongo en pie y echo la silla a un lado.

—Luego te veré—le digo a mi mujer.—Voy a dar una vuelta por ahí fuera.

—Jack—me responde severamente—no permitiré que vayas a escuchar lo que no te interesa.

—¡Escuchar! Esta es la verdadera cacería del hombre y quiero estar presente cuando le den el golpe de gracia.

Apresurándome, logro verlos, caminando hacia proa, apenas me asomo a la puerta. Muy juntos, tocándose los hombros... pero sin hablar palabra.

Si alguna pareja ha representado con propiedad el verdadero cuadro idílico, es esta que marcha delante de mí. Al fin se detienen junto a la baranda, contemplando las aguas del Atlántico en silencio. A unas diez yardas de distancia, en una silla vacía, me dejo caer sin que noten mi presencia.

Lloyd golpea nerviosamente con sus dedos la baranda, buscando, no hay duda, las palabras apropiadas. Tal vez se mantiene así por espacio de dos minutos y al fin, tras un pequeño carraspeo, dice:

—Señorita Heming... yo... ah...

—¿Qué?—dice ella acercándose un poco más.

—Tengo algo que decirle.

—¿Qué es, Lloyd?

—Bueno, espero que usted comprenderá... quiero decir, la conozco hace tan poco tiempo...

—El tiempo—murmura Phyllis —es largo o corto, según nos parece.

—Sí—asiente él.—A mí me parece que la conozco hace más tiempo del que llevo, en realidad, tratándola.

No replica ella a esto, pero espera interesada la próxima palabra.

—Señorita Heming—comienza Lloyd de nuevo—en la vida de todo hombre, más tarde o más temprano, llega la hora de pensar en escoger una compañera.

Phyllis contrae los labios, como quien ahoga una exclamación, y se acerca más.

—El amor—sigue él—es una cosa peculiar...

—¿Sí?

—Señorita Heming—dice él por fin bruscamente—¿qué cosa le hizo cambiar de idea con respecto a Waldo?

—¿Waldo? ¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que usted parecía simpatizar con él y luego, en un cambio total e inesperado, le dice que se tire por la borda. ¿Es eso correcto?

—¿Correcto?

—Sí, correcto. ¿No ve usted que Waldo está muy enamorado de usted... que?...

—Espere un minuto—interrumpe Phyllis.—¿Y usted me trajo aquí para que discutamos el amor de Waldo?

—Sí—responde Lloyd.—Waldo es mi mejor amigo y pensé que debía hablarle...

—¿Y hacerme una declaración en nombre de Waldo?—Al decir así, su voz vibraba con acento metálico.

—Así es. Usted verá, Waldo es muy tímido y aun cuando nunca me había decidido a esto, tampoco quería verle sufrir.

Bueno, desde el sitio donde estoy sentado, casi puedo apreciar el rugir volcánico dentro del pecho de Phyllis. Sus ojos echan chispas y espero de un momento a otro ver cómo lanza uno de sus puños contra la nariz aquilina de Lloyd. Pero en esto me equivoco... o mejor dicho, no le había concedido su verdadero valor a esta incomparable damita. A solas, se comerá las uñas y echará fuego por los ojos, pero ahora se domina y sigue el juego.

—Pues, señor Gates,—dice apenas en un suspiro—me sorprende que un hombre de su experiencia no se diera cuenta de que la atracción hacia Waldo era sólo cosa pasajera. Le tengo cariño, sí, pero cariño no es amor.

—Gracias—respondió Lloyd.—Eso es cuanto quería saber. ¿Puedo acompañarla hasta su camarote?

—No—dice Phyllis, acordándose de la Garbo,—quiero estar sola.

Que es exactamente lo que sucede cinco segundos más tarde, al dar Lloyd media vuelta y encaminarse al salón, mientras deja a la "hermanita" Heming mordiendo los labios junto a la baranda.

—Buenas... ¿Hermosa noche, verdad?—digo acercándome.

—¿De dónde sale usted?—me pregunta rápidamente.

—De la chimenea. Pero no me mire así. Sólo siento curiosidad por saber si ya está listo el hombre para decir "amor".

—Cuando llegue la oportunidad, ya se lo diré. Todavía no estoy vencida... ni con mucho. Aun me queda mi última carta de triunfo.

—¿Sí? Pues apresúrese, porque el barco atraca mañana.

—Atraque o no atraque, he sabido que Lloyd toma un baño en la piscina todas las mañanas, antes del desayuno.

—¿Y usted va a persuadirle de que tome el desayuno primero?

—No. Voy a bañarme con él.

ANTES DESPUÉS

LOCIÓN  
AMOR  
EN SUEÑO  
Fragante y permanente

Realce su belleza  
CON LOS PRODUCTOS  
AMOR EN SUEÑO

40¢ 20¢ 10¢ 20¢ 15¢ 20¢

## IV

Bueno, en cuanto a mi concierto, un chapuzón en la piscina es un pasatiempo tan saludable como otro cualquiera en horas A. M., de modo que metido en la bata

de rayas que me regaló mi suegra las Navidades pasadas, me dirijo al punto de cita.

Y al primero que allí encuentro es a Lloyd Harrison Gates.

—Buenos días—me dice.—No

(Continúa en la Pág. 66)

Phyllis

CONFÍENOS  
SUS ÓRDENES

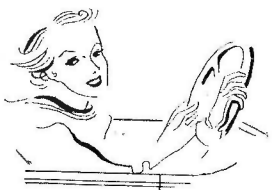
4338  
2514  
2824

Calle 12 entre 21 y 23, Vedado





¡Que lástima! Un buen arreglo, a veces, se malogra por dos causas:



la intemperie — sol, viento, frío, calor excesivo—o el descuido de un detalle...



¡LAS MANOS! Una mano áspera rojiza, deslucida tanto como un cutis marchito...



Lo cual quiere decir que hay que usar Hinds—porque es la Crema protectora que a la vez embellece el cutis.

## Por qué HINDS es superior! —

Hinds es la crema original de miel y almendras. Siendo líquida, en lugar de cubrir la superficie del cutis, penetra y por eso su acción es más rápida y eficaz. Además de prestar adorable tersura, protege el cutis conservándole su aspecto juvenil a despecho del tiempo y la intemperie. Exija Hinds. Rechace las imitaciones.



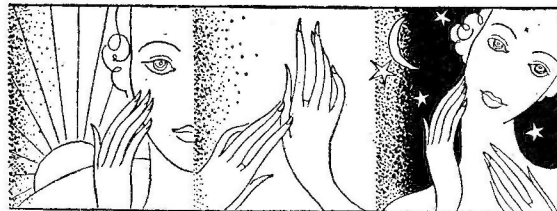
• Tan buena para el rostro como para las manos y el cuerpo.



*Es la belleza que inspira la perfección Hinds*

## CREMA de miel y almendras HINDS

### El método Ideal de Belleza



Cada mañana, después de lavarse el rostro — y antes de empolvase, pásese suavemente un poco de Crema de miel y almendras Hinds por el rostro

así lo protege contra la intemperie. Use Hinds varias veces al día para suavizar y dar más blancura a sus manos. Y al acostarse, vuelva a usar Hinds

que durante la noche irá suavizando su cutis. A la mañana siguiente notará usted los benéficos resultados. Hinds suaviza, aclara y da lozanía al cutis.

vo que la enfermedad de Buntley era completamente natural, y que nadie podía asistirlo mejor de lo que lo hacía el Nabab.

—Una noche de éstas hablaremos — dijo cuando se iba, con treinta minutos de retraso para su visita siguiente.

Y así quedó todo por el espacio de unos cuatro días tal vez. Luego, una noche, muy tarde—después de medianoche,—yo me sentía inquieto y no podía dormir. Me levanté y fui a la ventana. No vi nada (no había ni una sola estrella en el cielo), pero bien sé que hay ocasiones en que uno "siente" las cosas, y yo hubiera dicho que en la casa de al lado pasaba algo que no era regular. Yo ignoraba lo que era; pero algo había. Me puse la bata, bajé, salí de la casa sin hacer ruido y eché a andar de puntillas por el jardín. Permaneci unos momentos allí, sin sacar nada en limpio; de repente, con un sobresalto que me puso los pelos de punta, lo oí. ¡Alguien estaba cavando en el jardín del Nabab!

Cavando...

Ignoro cuánto tiempo permaneci allí. Media hora, quizás. Sé que estuve mucho rato después que cesaron los ruidos, y que en vista de que no se reanudaban me entré de nuevo en casa. Pero no pude dormir.

A la mañana siguiente no le dije nada a mi mujer, pero cuando, desde la ventana del cuarto de baño, hube visto el lugar donde habían hecho la excavación, y el tamaño y la forma de ésta, me encaminé en seguida a ver a Cobb. Y le conté lo que había pasado la noche anterior.

—Eso no me gusta nada—dije.—Habría que hacer algo.

—Ya iré a ver cómo sigue Buntley—prometió Cobb.—Y si los veo a los dos... Es posible que alguien estuviese enterrando a un perro.

—¿De noche?—dije.—¿Y tomándose tanto tiempo?

—Bien, ya iré a ver—repuso el doctor.

Y fué. Pero no vió a Buntley. Buntley, según el Nabab le informó, estaba mejor y se había marchado de temporada. No regresaría hasta pasado un mes por lo menos.

—¡Un embuste!—exclamé cuando Cobb me lo dijo.

—No sé qué pensar—confesó él.

—Entonces, ¿qué hacemos?—pregunté.

—Déjeme usted a mí—contestó el doctor. Y así lo hice.

Aquella noche cavaron de nuevo en el jardín del Nabab; cavaron detrás de pantallas de lona, y antes de que rompiese el día, el cuerpo de Buntley era descubierto y el Nabab estaba en un calabozo, bajo la acusación de "ocultar la muerte de Tomás Buntley, de cuarenta y siete años de edad, y del mismo domicilio".

Una acusación inesperada, pero según parecía, había que averiguar primero si el individuo había sido en efecto asesinado. De momento lo único cierto era que estaba muerto y que lo habían enterrado.

El caso creó una conmoción, por supuesto. Especialmente cuando se supo que el Nabab había estado haciendo febriles gestiones para vender todas sus posesiones en el suburbio. Daba como explicación que pensaba marchar al extranjero, pero resultó que había comprado una pequeña propiedad en la costa sur, preparándose para su huida.

—¿Por qué razón—preguntaba todo el mundo,—dió muerte a Buntley? ¿Qué había detrás de todo ello?

Durante varios días, la vida en la avenida hizose insoportable a causa de los grupos que se reu-

## Pesadilla

(Continuación de la Pág. 57)

(¿De modo que se había dado cuenta de mi asombro!)

—Nada — respondió... La... pues... ¿qué tiene Buntley?

—El pecho — contestó Cobb.—No le ha faltado nada para coger una pulmonía doble. Es delicado del pecho, de todos modos. Tiene que cuidarse. ¿Por qué? ¿Qué creía usted que le sucedía?

—Pues no sé...—No continúe, comprendiendo que me iba enredando. Cinco minutos antes le hubiera revelado todas nuestras sospechas; pero ahora, después de la firme aseveración del doctor en el sentido de que el terrible Nabab no era otra cosa que un cariñoso enfermero, quería ver bien dónde ponía los pies.

—Lo que me tiene perplejo es el hecho de que un hombre como Buntley se encuentre allí—prosi-

guió Cobb.—Cavern no intenta explicar su presencia. Pero lo cierto es que no puede estar en mejores manos. El viejo lo cuida como una madre. Está verdaderamente preocupado por él.

Yo me sentía desasosegado, y Cobb no hacía más que mirarme. Di un giro a la conversación poniéndome a hablar del tiempo, y me volví a casa lo más aprisa que pude con objeto de comunicar a mi mujer las extraordinarias nuevas de Cobb.

Entonces no puede ser chantaje, después de todo—dijo ella.—No debe de ser nada malo.

—Si no es nada malo, ¿por qué tiene a ese individuo en su casa?

—pregunté.—No le gusta que esté allí. Si lo dudas no tienes más que mirarle a los ojos. Desde la llegada de Buntley su aspecto es el de un hombre atormentado por una idea fija. ¡Pero no solamente lo retiene consigo; lo cuida! ¡No quiero saber nada más de ese negocio!

Al día siguiente llamaron a la puerta. Yo me encontraba en el vestíbulo. En el umbral estaba el doctor Cobb.

—¡Hola!—exclamé.—Pase usted.

—No puedo detenerme — respondió Cobb.—Vengo de la casa de al lado. Quise entrar un momento para decirle a usted una cosa. Está usted equivocado.

—¿Equivocado?—repetí.

El clavó sus ojos en los míos.

—Se trata de una enfermedad absolutamente natural.

Juraría que me sonrojé al oír esto.

—Oh, ya sé que nada dijo usted anoche — apresuróse a agregar Cobb.—Pero yo adiviné por su aire...

En fin, las cosas no podían quedar de ese modo. Había que decirse todo, y así lo hice. El se mostró interesado; más que eso; y tuvo que reconocer que el asunto tenía un aspecto extraño, que era lo menos que se podía decir. No obstante, me aseguró de nue-

nian para ver el lugar de la ocurrencia, pero fué precisamente de ver al hombre que había de conducirme al final de este fantástico asunto, si es que se le puede llamar final. Reparé en él en primer lugar, creo, por lo mismo que se tomaba evidentemente tantos trabajos para pasar inadvertido. Siempre se quedaba atrás entre la muchedumbre. Era un individuo corpulento, bastante calvo (como pude ver cuando se quitó el sombrero para rascarse la cabeza), y llevaba lentes de un grueso extraordinario. Como el difunto Buntley, era, según la descripción del doctor Cobb, un rufián. Su rostro carecía en absoluto de expresión.

Puede ser que no hubiese vuelto a acordarme de él si no hubiera reaparecido durante la pesquisa celebrada por las autoridades policíacas cuando la detención del Nabab. Sentábase en la última fila de la galería pública, haciendo todo lo posible por esconderse. Se lo indiqué al doctor Cobb y éste habló de él a Langley, el superintendente de Policía encargado del caso, y a los pocos minutos el desconocido, sin sospecharlo, se hallaba "bajo observación".

Los trámites judiciales fueron brevisimos. El Nabab negó la acusación, no quiso decir más, y fué reencarcelado por una quincena. Todo lo cual era de esperar.

\*  
Mientras tanto, el inexpresivo desconocido (el cual era, en efecto, desconocido) no abandonó el distrito. Supe por Cobb, que se enteró por la Policía, que se llamaba Connor, y que se alojaba en un hotel barato al otro lado del ferrocarril, bebiendo *whisky* la mayor parte del tiempo y aparentemente a la expectativa de algo. Qué era lo que esperaba no estaba claro.

Y entonces hubo uno de esos golpes de suerte que tan a menudo se dan en asuntos de esta índole. Connor bebió demasiado *whisky* una noche y la Policía tuvo que echarle garra. Y cuando estuvo en su poder lo registraron y le encontraron una carta.

Una carta muy breve.  
"Querido Jim: Te escribiré el día diez de cada mes, con regularidad. Si no lo hago quiere decir que el hombre con quien vivo me ha mandado al otro barrio. Puedes saber mi dirección por Charley, pero no lo intentes en tanto que yo siga escribiéndote, o no hay nada de lo dicho. Te enviaré una libra cada semana siempre que estés conforme con esto, pero no te acerques a mí a menos que yo deje de escribir. En ese caso pídele a Charley mi dirección y dirígete a la Policía, porque habré sido asesinado."  
Tuyo,

Tomás Buntley".

La nueva vista fué, innecesario es decirlo, sensacional. Connor era testigo y la carta fué presentada como una prueba.

Dicha carta evidenciaba que Buntley había estado sacándole dinero al Nabab mediante amenazas.

Mas Connor, como testigo, resultó casi inútil. Juró que no sabía nada de nada. Había recibido las cartas de Buntley mensualmente, manteniéndose dentro de las condiciones, y mientras recibiese una libra cada semana por no hacer nada, no tenía intenciones de ponerse a preguntar. Cuando leyó en los periódicos la noticia del hallazgo del cadáver de Buntley, acudió para ver de qué se trataba; pero puesto que la Policía tenía en su poder al acusado, no veía la necesidad de entrometerse en un asunto que no le concernía. Y eso fué, en efecto, todo lo que pudieron sacarle.

Condenáronle a una quincena por embriaguez, y después de eso quedó en libertad.

Pero si bien Connor como testigo no aclaró nada, resultó un modelo de comparación con el Nabab. Este se negó redondamente a decir una palabra. Hicieronse todos los esfuerzos posibles por averiguar el porqué de las exacciones de que lo había hecho víctima Buntley, pero el Nabab permaneció callado como una ostra. Sentado en el banquillo, tenía la vista clavada en el suelo, dejando que el magistrado hiciese lo que quisiese. Y de nuevo fué enviado a la cárcel.

Al retirarme en compañía de Cobb, le pregunté:

—¿Cuándo van a modificar la acusación? ¿Cuándo van a acusarle de asesinato?

—Nunca—replicó.

Yo me detuve y le miré de hito en hito.

—¿Nunca? ¿Qué quiere usted decir?

—No es oficial, pero pronto será del dominio público—continuó Cobb.—Se está haciendo tiempo, con objeto de averiguar quién es el Nabab y qué hizo en otra época; pero la autopsia ha aclarado una cosa fuera de toda duda. Buntley falleció de muerte natural.

—¿Entonces?...

—Oh, no hay duda de que el Nabab tenía conocimiento de las cartas mensuales de Buntley a su compadre. El sabía que si Buntley era asesinado, o moría de muerte natural, y las cartas mensuales cesaban, iba a verse en un aprieto. No quiso correr siquiera el riesgo de que un periódico insertase la noticia del fallecimiento de Buntley. Lo enterró, creyendo así ganar tiempo, acaso un día o dos solamente, pero tiempo al fin. Lo probable es que ignorase en qué día del mes expedía Buntley la carta. Podían ser tres semanas de respiro, pero a él no le constaba. En seguida se puso en movimiento. Pero si no hubiese ocultado el fallecimiento, no hubiera podido ponerse en movimiento sin excitar muchas sospechas.

—No comprendo—observé,—por qué, puesto que no había dado muerte a Buntley...

—El Nabab—interrumpió Cobb,—debe de tener alguna mancha muy negra en su pasado. No iba a arriesgarse a que todo se descubriese.

—Pero nada se ha descubierto—dije.

—Así lo ha querido la suerte—repuso Cobb.

Y la suerte continuó.

Registráronse archivos, comparáronse impresiones dactilares, examináronse fotografías a millares, pero el pasado del Nabab no fué desenterrado. Acaso había hecho una muerte; probablemente era eso; en algún lugar remoto de la tierra. Pero ello no salió a la luz.

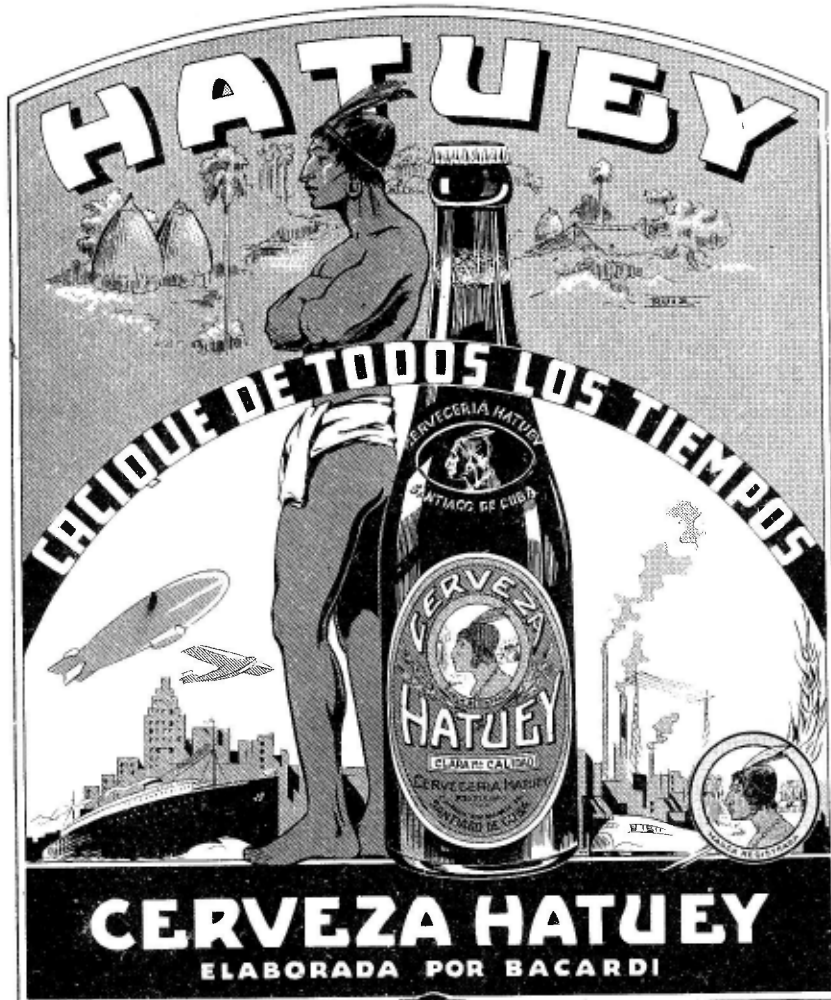
Cobb y yo departíamos sobre el particular la noche antes del día en que había de celebrarse el juicio.

—Alguien lo sabe—opinaba el doctor.—Connor, posiblemente. Probablemente... Por cuya razón Buntley no quería darle a conocer su dirección. Buntley no estaba dispuesto a ir a la parte en la mina de oro. Si, yo afirmaría que Connor conoció bien al Nabab en una época, y ahora está enterado de todo lo que se relaciona con él. Pero ¿cómo probarlo? ¿Cómo hacerle hablar?

—¿Cuánto tiempo calcula usted que le saldrá al Nabab?—pregunté.

—Esto de la ocultación—contestó Cobb,—es más una falta que un delito. Yo diría que un año.

Y un año fué, en efecto.



Después de lo cual, todo el mundo se dispuso a olvidar el asunto. Como sucede siempre.

¿Recuerdan ustedes por ventura aquel crimen en particular (o cualquiera otra clase de proceso ruidoso) que discutían con sus conocidos hace un año? Ni más ni menos. Al cabo de seis meses nadie se acordaba del nombre del Nabab. Mucho menos aún de todos los demás detalles relacionados con el fastidioso caso.

La casa de al lado fué vendida, y también las demás propiedades que tenía el Nabab en el suburbio. Y el suburbio no volvió a verle jamás.

Pero un par de años después, en ocasión de hallarme realizando un recorrido en automóvil por la costa sur, llegué a una pequeña población. Ya había yo olvidado por aquel entonces todo lo referente al Nabab, pero el nombre del pueblo me lo trajo de nuevo a la memoria. Era a este lugar, recordé, a donde se proponía retirarse antes del hallazgo del cadáver de Buntley. Me pregunté si lo habría hecho así.

Registré el directorio local de la oficina de Correos, pero no ha-

bía en él nadie llamado Cavern. Si estaba aquí, debía haberse cambiado el nombre. Sin embargo, por la tarde, y gracias a la más pura casualidad, tuve ocasión de verle.

Venía a pie por una calle tranquila, bordeada de árboles y de aspecto muy respetable. Pasó junto a mi automóvil sin verme, y yo hice alto y miré hacia atrás. Parecía haber envejecido diez años y hallarse más que nunca bajo el peso de una obsesión. Estaba más delgado y más débil, y tenía un aire completamente desesperanzado. Traía algunas compras y mientras yo lo seguía con la vista pude observar que entraba por el portillo del jardín de una casita.

La curiosidad, supongo, me hizo salir de mi automóvil y echar a andar por la tranquila calle. Yo jamás había tenido ocasión de hablar con él, pero ahora le hubiera hablado de buena gana. Parecía necesitar de alguien que le hablase. Mas cuando llegué al portillo y miré por encima de él, el Nabab no se veía por ninguna parte. Había entrado ya en la

(Continúa en la Pág. 65)

AMISTAD 59

# CROQUIGNOL LÓPEZ

M 7 5 7 6  
Tel. 6



TINTURA "KOMOL"

Para el cabello

NO DAÑA LA VISTA. Producto Francés

19 COLORES. - PERMITE LA PERMANENTE



# Para • EL • HOMBRE

Por *Alcetrion*

## PAUTA DE COLORES



A MODA de la camisa en colores mantiene su parroquia masculina. La camisa ha recorrido toda la escala colorinesca desafiando las prohibiciones más tradicionales, y haciendo posible para el hombre un minimum de discernimiento y un maximum de selección en la no siempre amable tarea de combinar colores. Sin embargo, se deben tener en consideración estas sencillísimas normas que voy a transcribir para no caer en errores básicos al seleccionar camisa, corbata y pañuelo para el *ensemble* diario.

Los pelirrojos deben evitar los colores brillantes, especialmente el rojo. Los carmelitas neutros, grises medianos y grises verdosos, son las tonalidades más apropiadas para el hombre de cabellera flamígera.

Los rubios tienen un campo de selección más amplio, pero deben evitar siempre los tonos claros del gris, el *tan* y el amarillo. Los trigueros, siempre que no sean de epidermis cetrina, tienen el campo más amplio de todos los tipos. Los colores ricos en tonalidad le sientan muy bien. Los hombres de pelo gris y canoso deben huir de los colores pálidos, a menos que les guste pasar inadvertidos.

### Combinaciones para el traje gris

Con un traje gris viene bien una camisa verde claro, corbata de fondo amarillo y rayados en verde. El pañuelo blanco con rayados verdes.

Otra combinación para traje gris con rayas negras: camisa rosada, corbata negra y pañuelo blanco. Una perla gris viene bien en la corbata.

Traje gris humo, con camisa azul pálido y corbata y pañuelo en azul marino con motivos gris plata.

Traje gris claro, con camisa beige, corbata de fondo carmelita y óvalos blancos. Pañuelo carmelita y blanco.

Traje gris Oxford con camisa de fondo blanco, con rayados verticales en rojo, corbata azul muy oscuro con óvalos blancos y pañuelo blanco de hilo.

Traje gris a cuadros, con camisa lila muy pálido, y corbata y pañuelo verde muy oscuro.

(Ilustraciones de Robert Goodman, de "Esquire").

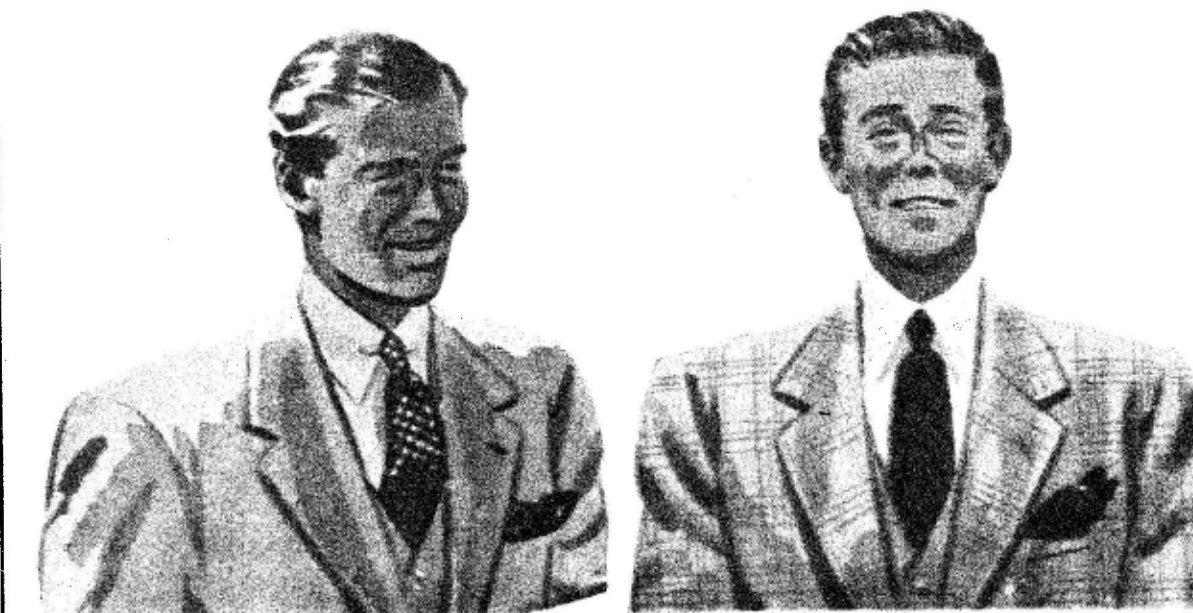
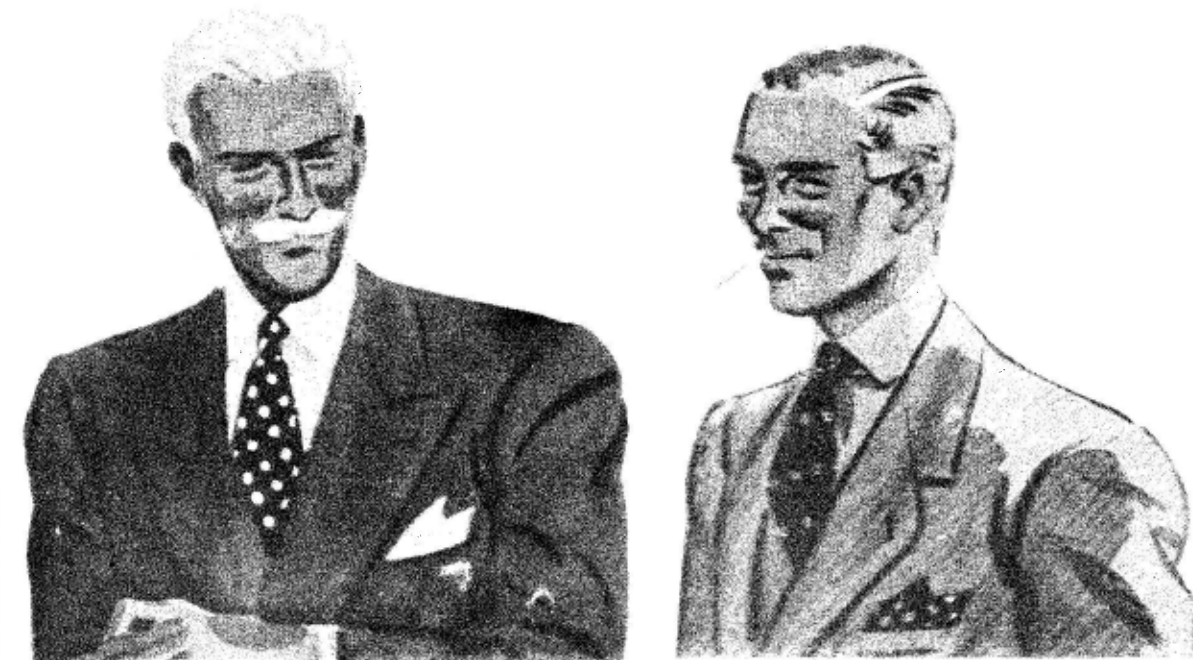
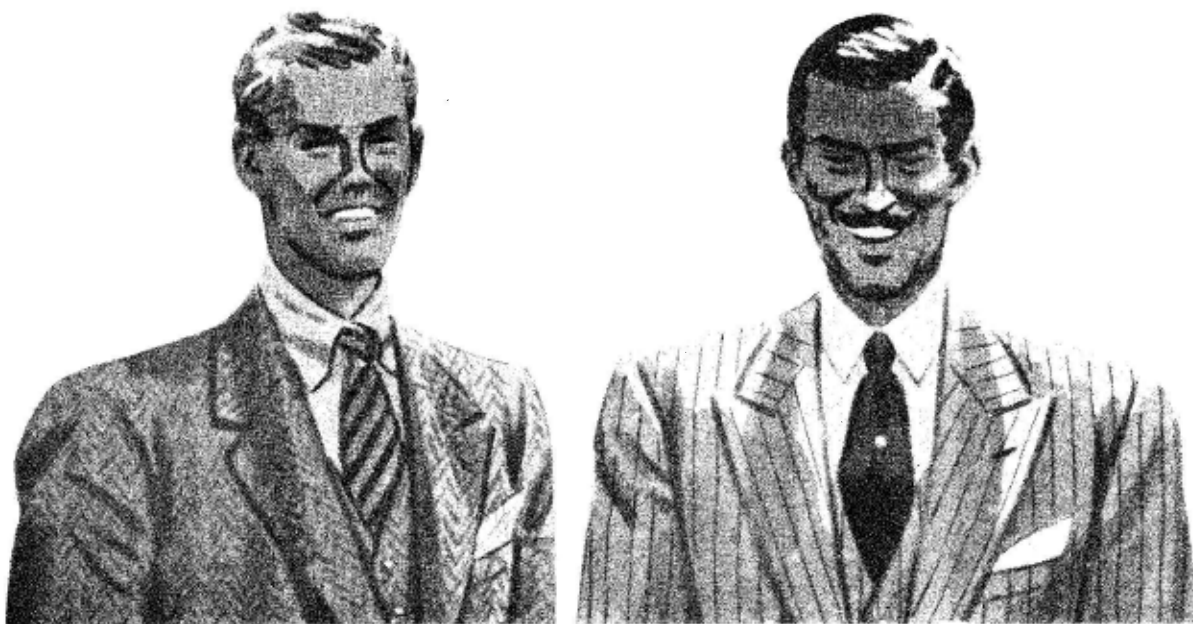
## Normas de Urbanidad

UN ESBOZO DE ETIQUETA

I

*Significado de la etiqueta.*—Según el modo de ver del pueblo, la etiqueta se forma de bagatelas y reglas triviales sobre la conducta y el comportamiento. Pero, fundamentalmente, la etiqueta penetra mucho más hondo que el mero conformismo de reglas y convencionalismos establecidos. La etiqueta es mucho más amplia de lo que pudiera serlo un simple código de modales.

La importancia de la etiqueta está perfectamente comprobada por el desarrollo que ha tenido junto a la innata ley de asociación humana. Como la misma so-



Robert Goodman



La hoja  
**GILLETTE-AZUL**  
..de calidad insuperable  
y utilidad máxima

**Gillette-Azul**

paz y fraternidad que nació en el mismo hombre, hace ya muchos siglos. Sin embargo, la etiqueta ha venido, principalmente, a significar los usos de la vida social, los actos externos que guardan relación con nuestros semejantes, las concesiones, en fin, y pequeños sacrificios que hemos de hacer ante los caprichos, hábitos y costumbres de todos los que nos rodean.

(En el próximo número: "El origen de los modales").

## Estética Masculina

NATACION

II

ciudad, es producto de un crecimiento, y, como todas las cosas grandes e importantes de la vida, su crecimiento ha sido lento.

La etiqueta de hoy descansa sobre los cimientos que han construido las incontables generaciones que nos han precedido. El ancho camino que ha seguido la humanidad a través de las edades se halla sembrado con los despojos que han dejado, al caer para siempre, las razas, las naciones y aun las civilizaciones enteras. Pero ninguna de las tribus primitivas que lucharon contra las fuerzas de la naturaleza, ni ninguna de las razas o civilizaciones que florecieron en un plazo más o menos breve, existieron en vano. Todos han contribuido—cada uno a su manera—a crear la etiqueta que hoy ostentamos como muestra, aunque sea en sí misma vieja y de nosotros sólo tenga la conformación y el moldeado que le hemos ido dando a medida de nuestras conveniencias.

Cuando el hombre se mezcló por primera vez con sus semejantes, comprendió la necesidad de reprimir sus propios impulsos egoístas y considerar como debía los derechos de los otros. Esta consideración a los derechos de los demás es como la base en que asienta la etiqueta. Explica la constante necesidad de reprimirse a sí mismo para vivir según el código de la vida social.

La etiqueta, por consiguiente, en su más amplio y verdadero sentido, no se ocupa en los simples detalles de conducta, sino en el florecimiento de ese instinto de

El *over arm stroke* significa natación de lado; el brazo superior desempeña primero su papel de propulsor; después que él, las piernas efectúan el movimiento llamado "golpe de tijeras", y luego el brazo inferior acciona a su vez y se extiende a lo largo del cuerpo, que permanece siempre en la misma posición lateral, sin intervención ninguna de la cadera, que sería perjudicial al equilibrio.

El *trudjeon* no es otra cosa que un *over arm stroke* u *over sencillo*, según se llama en España, en el que con un movimiento de rotación del cuerpo el brazo inferior procede a accionar exteriormente, proporcionando así un esfuerzo igual al brazo superior del *over* (Dirgny). Aquí, el cuerpo, animado de un verdadero movimiento cadencioso, se inclina alternativamente de un lado a otro, siendo ésta la serie de los movimientos: acción de un brazo, golpe de tijera, acción del otro brazo. Este sistema de natación marca la transición del *over* al *crawl*.

El *crawl* es la natación por excelencia para las grandes velocidades. En él, ni el golpe de tijera del *over* ni el movimiento de rana que se hace en la brazca. Los dos brazos actúan simultáneamente; uno de ellos termina el ataque cuando el otro lo comienza, lo que facilita al *crawl*, al mismo tiempo que el golpeo de los pies, una propulsión continua. La natación en *crawl* es enteramente sobre el vientre, con los riñones ligeramente en comba, de modo que el cuerpo proporcione en cierta manera, por la posición que ocupa, una línea cóncava con relación al agua.

Los brazos al atacar el agua alternativamente, se hunden casi verticalmente a la altura de la cabeza. Esta natación rápida y económica cansa mucho. Se emplea siempre en las pruebas de velocidad. Puede suceder que algunos campeones mantengan el *crawl* en recorridos de medio fondo; la mayoría lo combinan con el *trudjeon* y ejecutan con las piernas un tiempo de *trudjeon* por cuatro o cinco de *crawl*, realizando así en largas distancias lo que se llama *trudjeon-crawl*.

Se puede decir, de manera general, que el *crawl* conviene en distancias inferiores a doscientos metros; el *trudjeon-crawl* hasta los 1,500 y el *trudjeon* u *over sencillo* en las superiores a 1,500 metros.

(En el próximo número: "Preceptos de entrenamiento").

## "Inter-nos"

**CONSUELO, La Habana.**—El calzado para traje azul oscuro es el negro, pero últimamente la moda ha concedido mayor amplitud a las combinaciones de colores y el zapato carmelita oscuro es admisible para traje azul. Lo mismo de día que de noche, pues no hay diferencia.

(%), **Central San José.**—Trátela de usted hasta que la amistad entre los dos sea lo suficientemente íntima. Claro que debe partir de ella. Su peso debía ser no menos de 160 libras. La pelota es un excelente ejercicio. El peso de su amigo debe ser mayor de 120 libras.

**DIONISIO, La Habana.**—Para la correspondencia social, emplee papel de escribir sin rayas, blanco, sencillo, con sobres idénticos. No emplee papel de color, ni los que imitan un tejido. Tampoco use monogramas, sino sus iniciales impresas con tipos regulares en el centro de la parte superior de la hoja, o también su nombre completo en caracteres pequeños. No debe usar papel comercial con membrete. La persona de buen gusto jamás comete esta incorrección. El socio de un club puede usar el papel timbrado de su club. También es admisible el papel timbrado de un hotel para la correspondencia social, aunque siempre es preferible el propio. No se le vaya a ocurrir el uso de papel perfumado ni sobres de colores estridentes. La nueva etiqueta admite el empleo de la máquina de escribir. Se puede escribir a máquina, social y comercialmente. La firma de la carta se hará siempre en tinta, de puño y letra del interesado.

**BRANDEMART, La Habana.**—La corbata verde botella viene bien con el carmelita. Puede usar corbata roja para la camisa gris. Procure que estos tonos sean neutros y no chillones. Use cualquier loción alcohólica para el cabello.

**ABCD123, etc., La Habana.**—El problema de la calvicie, tantas veces tratado en esta sección, no tiene más fórmula que la consulta a un médico para determinar la causa de la caída de su cabello. Lo mismo puede ser por defectos de funcionamiento glandular que por trastornos digestivos, que por alguna causa exterior, y estos particulares únicamente puede apreciarlos un médico. Si su estatura es de 6 pies 4 pulgadas, no debe pesar menos de 195 libras para su edad. La timidez se puede modificar con el desarrollo de su voluntad. Todo depende de usted mismo; no crea que existen medicinas ni panaceas para la timidez. Desarrolle su energía mental. Procure concebir programas y normas para su vida y realícelos por encima de todo. Así aprenderá a tener voluntad, y la timidez desaparecerá.

**R. H. P., EL BARON, Vedado.**—Ese complejo de inferioridad que usted experimenta en la actualidad se debe, seguramente, a su descontento con la evolución física de su propio organismo. Usted se ha observado a sí mismo y ha visto con disgusto que no es el mismo de antes y se siente inferior ante las anomalías y contrastes que ahora plasman su existencia. Para reaccionar debe usted hacer acopio de voluntad para mejorar físicamente, ya sea por medio de dietas adelgazantes o ejercicios especiales, siempre bajo la tutela de un buen médico y tan importante como esto ha de ser su esfuerzo personal por mantener bien alto el concepto de sí mismo. Considérese tan superior como lo era antes y no crea nunca que unas cuantas libras de tejido superfluo puedan humillar los valores espirituales y mentales de que es usted dueño y señor.

**EL BARBILAMPIO, Jatibonico.**—1. No es posible ayudar a la naturaleza en este respecto. 2. Puede escribir a Finzi, Animas y Crespo.

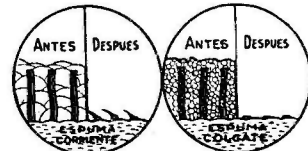
**PEPIN, Caraballo.**—¿Conque es usted mi nieto? ¡Cómo he envejecido sin darme cuenta! Por mucho que deteste usted a la novia de su mejor amigo, sería muy indelicado de su parte hacerle un regalo demasiado individual al novio. Seleccione su regalo entre los artículos que pueden ser útiles en la nueva existencia matrimonial: un objeto de arte es siempre de buen gusto. La regla es fácil de seguir: elija usted la cosa más útil y más bella dentro de su capacidad económica. Por ejemplo, la porcelana resulta siempre un regalo apropiado. Un juego de té, un jarro vienes, una vajilla de porcelana, etc. Pero sobre todo, que impere el buen gusto.

**FRANK ANDERSON, La Habana.**—Para su anatomía es preferible que use el traje cruzado con preferencia al corte inglés. Seis botones, con solapas amplias y el pecho bien armado. Para camisas,



La crema de afeitar  
**COLGATE**

proporciona una afeitada fácil, rápida y agradable. Su abundante espuma evita la irritación del cutis.



● Nótese la gran diferencia que existe entre la espuma obtenida de una crema corriente y la que produce la crema de afeitar Colgate-compacta - de pequeñas burbujas que facilitan la afeitada diaria.

Si Ud. prefiere las cremas con mentol, compre crema de afeitar Colgate MENTOLADA.



CAC-1  
30¢



Y después de afeitarse... fricción su cutis con el BAYRUM de Crusellas que refresca y vigoriza. Su acción cicatrizante evita las molestias de la afeitada y deja el cutis suave y fresco.

hay un campo de selección extensísimo. Los cuellos este año son más altos que de costumbre, pero la altura de los mismos debe obedecer a un cálculo de armonía inspirado en las dimensiones y proporciones de su cuello. Son iniciales en los pantalones de "sport" una fantástica, que seguramente durará bien poco.

**ORIENTAL, Oriente.**—Puede dirigir su consulta al señor Lutz Varona, Asociación de la Prensa, San Lázaro y Crespo, La Habana.

**EL ROSTRO PALIDO, Florida.**—Usted debe decirle a ella que para llevar el amor a una feliz realización son necesarias, imprescindibles, la armonía y correspondencia de los sentimientos de ambos. El amor no puede vivir felizmente con el esfuerzo y la animación de una sola parte. Pretenderlo así sería peligroso, y más que peligroso, egoísta. Dígale a esa chica que usted no siente amor hacia ella, y que ello debía ser suficiente obstáculo para desanimarla por completo.

**FATIMA, Aguada de Pasajeros.**—1. La diferencia de edad que pueda haber entre un hombre y una mujer para el matrimonio ¡es tan elástica! Depende del carácter, del estado físico y del sentido de armonía y afinidad que pueda haber entre los dos. Como regla general, el hombre debería ser de cuatro a ocho años mayor que la mujer. La revista "Vanidades" viene a ser como un suplemento de CARTELES, pero es dedicada íntegramente a la mujer y sus múltiples problemas cotidianos. Todo lo que pueda interesar a la mujer lo puede usted hallar en "Vanidades". En efecto, tiene usted razón en lo que presume en su carta.

## Modas para 1937

La pauta más completa de la elegancia masculina.  
Los últimos dictados de la moda.

EDITADO POR ALGERNON.

Envíe este cupón con cuarenta centavos en giro postal (cincuenta cts. para el extranjero) moneda nacional o americana.

Sr. Editor del libro Modas para 1937. Apartado 188, Habana.

Sírvase enviarme el libro Modas para 1937.

Dirección.....  
Ciudad o pueblo.....

**LA CASA OSCAR**

SASTRES CREADORES.  
SAN RAFAEL, 17, HABANA.

VEA NUESTRA EXPOSICIÓN DE TRAJES  
Y GÉNEROS PARA EL PRÓXIMO VERANO





Con el reconocimiento universal del colorido en el *smoking* de verano, viene este año la moda definitiva de la chaqueta de solapa de chal y cuatro botones cruzados, en color *beige* o avellana. Pantalones negros, camisa blanca de cuello pegado con puntas regulares, corbata rojo vino y pañuelo blanco.

Aunque se observan en la Riviera europea algunos modelos de

*smoking* veraniego más atrevidos en cuanto a tonalidad, los colores de chaquetas que predominarán este verano entrante serán el clásico blanco, crema, gris, *beige*, negro y azul de medianoche. La corbata podrá ser rojo vino o azul, combinando con el fajín de seda o *sash*. El pantalón será siempre negro o azul de medianoche. Los géneros indicados son ecuatorial, tropical, *palmbeach*, hilo y *crash*.



BARBA DURA

CUTIS FINO

## USE MENNEN



La Crema de Afeitarse Mennen está hecha a la medida para la barba dura y el cutis fino. Proporciona rápidamente una espuma más abundante y untuosa, aun con agua fría... con la mayor comodidad imaginable en la afeitada. Y, además, es económica. Con un tubo de tamaño mediano, tendrá para más de seis meses.

Hay dos clases: La Simple—y para especial frescura, la Mentolizada. Ponga el toque final a su afeitada con la Loción Facial Mennen y el Talco Mennen para Hombres.

## CREMAS DE AFEITAR MENNEN

### Pesadilla...

(Continuación de la Pág. 61)

casa, y la puerta estaba cerrada. No es que el jardín estuviese vacío. En una hamaca de un rojo vivo, colgada entre dos manzanos, muy bien vestido, feliz y a sus anchas, y fumando un cigarrillo de precio, hallábase un hombre calvo que usaba lentes de un espesor extraordinario. Su rostro carecía en absoluto de expresión.

¡Connor!

Me alejé.

Después de todo, ¿estaba en mi mano hacer algo? No. ¿Qué puede hacerse? Nada. Lo único que cabe es, cuando nos encontramos sentados al amor de la lumbre, en las noches de invierno, y nos viene el recuerdo del asunto, hacer suposiciones.

Pero nada más.

### La revolución...

(Continuación de la Pág. 40)

y restituir la salud seguidamente a ratones, curieles y otros animales, mediante la sustracción y restitución, a sus alimentos, de las sales minerales que les son propias. Así probóse con una rata, de cuya dieta había sido elimi-

nado el calcio, que se detenía en su crecimiento cuando apenas había alcanzado un tercio del tamaño que le correspondía.

Y la misma relación estrechísima que hay entre el calcio y el crecimiento del animal existe entre otros minerales y su salud general... Hasta el desarrollo de la inteligencia hállase determinado por la presencia de ciertas sales. Para demostrarlo, coged varios ratones, algunos de los cuales hayan carecido del mineral correspondiente, y echados juntos en una jaula preparada de modo que el animal pueda hallar la salida a poco que se esfuerce. Veréis, entonces, como los sometidos a dieta desmineralizada asistirán a la fuga de sus compañeros sin imitarlos, por incapacidad de su inteligencia.

De la propia manera, quitando y poniendo, disminuyendo y añadiendo las sales en cuestión, haréis a la bestezuela que os sirve para vuestros ensayos pacífica o agresiva, cobarde o valerosa, demostrando así que también la vida anímica encuéntrase regida por los minerales que el individuo incorpora a su humanidad.

Muchos niños son calificadas de "retrasados mentales" por sus profesores, únicamente porque les falta magnesio; dádselo en dosis adecuadas y lo veréis cambiar...

Otros arrastran tras sí el apelativo de "salvajes" porque rehuyen la vida de relación y a todo intento de aproximación por parte de otros niños responden marchándose a otra parte. Estos han menester de calcio: aumentad la dosis del mismo y pronto procederán de distinto modo...

No caben dudas que nuestro bienestar depende mucho más directamente de los minerales que introducimos en nuestro sistema que de las calorías y vitaminas o de los carbohidratos y proteínas que hasta ahora usufructuaran la atención del mundo científico.

Al fin concédese ya que no menos de dieciséis elementos minerales son indispensables para que la nutrición se desenvuelva propiamente, y que otros varios intervienen también, jugando un rôle que no ha podido conocerse todavía. De aquellas sales principales, el calcio, el fósforo y el hierro son, tal vez, las más importantes.

El calcio tiene a su cargo el control del sistema nervioso; afecta a la formación celular de todos los seres vivos y regula la contractibilidad muscular y el ritmo cardíaco; coordina los otros elementos minerales y corrige los disturbios por ellos provocados. Trabaja bajo el influjo solar, esto es, de día únicamente, y la vitamina D es su asociada.

Afirma el doctor Sherman, de la Universidad de Columbia, que el cincuenta por ciento de la población estadounidense adolece de falta de calcio. Y en artículo publicado recientemente en el diario de la "American Medical Association" declara que, de cuatro mil enfermos atendidos en un hospital de New York, en sólo dos no se había hecho ostensible la falta de calcio...

¿Qué dolencias y condiciones morbosas es capaz de procurar tal falta? La lista es larguísima

# Los Riñones deben eliminar de su sangre los ácidos



EL DR. W. R. GEORGE  
Ex Director de Salud  
de Indianapolis, E.E.U.U.

## Su Organismo se Envenena y Puede Causar Micciones Nocturnas, Nerviosidad, Dolores de Piernas y Debilidad

Su salud, vitalidad y energía dependen en gran parte del buen funcionamiento de sus riñones. Esto es fácil de comprender si se tiene en cuenta que cada riñón, aun cuando su tamaño es igual al del puño de su mano, contiene cuatro millones y medio de diminutos y delicados tubos o filtros. Su sangre circula a través de estos pequeños filtros a razón de 200 veces por hora, día y noche. La Naturaleza ha provisto este método para eliminar de su sangre los ácidos, venenos y tóxicos.

### Causa Muchos Males

El Dr. Walter R. George, por muchos años Director de Salud de Indianapolis, E.E.U.U., recientemente se expresó en estos términos: "La mayoría de las personas no se dan cuenta de ello, pero los riñones son quizás los órganos más notables en toda la anatomía humana. Su labor es tan importante y esencial para la buena salud como la función del corazón. En el desempeño de mi puesto como Director de Salud de la Ciudad de Indianapolis y como director médico de una compañía de seguros importante he tenido oportunidad de observar que un número sorprendentemente alto de personas se encuentran agotadas, debilitadas, nerviosas, cansadas y extenuadas a causa del mal funcionamiento de los riñones."

Si sus riñones se enferman y no funcionan como es debido y no eliminan de su sangre cada veinticuatro horas aproximadamente un litro y medio de Ácidos, Venenos y Líquidos, gradualmente se acumulan estos Ácidos y Residuos y, lenta pero inexorablemente, su organismo se envenena haciendo que Ud. se sienta viejo antes de tiempo y débil y cansado.

Hay muchos otros síntomas dolorosos y molestos que son causados por el mal funcionamiento de los Riñones y la Vejiga, tales como Micciones Nocturnas, Nerviosidad, Dolores en las Piernas, Vértigos, Frecuentes Dolores de Cabeza y Resfriados, Reumatismo, Inflamación de los Tobillos, Ojeras, Lumbago, Pérdida de Vitalidad, Ardor, Picazón, Escorzo y Acidez.

### Ayude a sus Riñones en la Forma en que lo Hacen los Doctores

Muchos farmacéuticos y doctores en cincuenta y un países del mundo son de opinión que la mejor forma de ayudar a las funciones de los riñones es con la moderna fórmula de un médico, llamada Cystex, porque está preparada científicamente de acuerdo con los requisitos estrictos de la Farmacopea de los Estados Unidos y la Británica para obrar directamente sobre los riñones. Por ejemplo, el Dr. T. J. Rastelli, famoso

científico y médico-cirujano de Londres, dice: "Cystex es uno de los mejores remedios que he conocido en mi larga práctica. Cualquier doctor lo recomendará por sus positivos beneficios en el tratamiento de muchos desórdenes de los riñones y la vejiga. Es un remedio eficaz e inofensivo."

Y el Dr. T. A. Ellis de Toronto, Canadá, se expresa así: "La eficacia de Cystex en el tratamiento del mal funcionamiento del mal funcionamiento no puede elogiarse demasiado." Y el Dr. C. Z. Rendelle de San Francisco, Estados Unidos, dice: "Puedo recomendar con toda sinceridad el uso de Cystex," mientras que el Dr. N. G. Giannini, médico italiano de gran nombre, se expresa así: "He encontrado que los hombres y mujeres de edad media están especialmente agradecidos por los beneficios obtenidos con esta medicina. A menudo se siente una sensación de que le han sido quitados muchos años de su edad después de los notables efectos de Cystex."

### Prueba de 8 Días Garantizada

Si Ud. sufre de alguno de los males mencionados en este artículo o si se siente extenuado, cansado y viejo antes de tiempo, es muy probable que el mal funcionamiento de los riñones y la vejiga sean la causa de sus trastornos. Y debido a que Cystex ha producido maravillosos resultados en millares de casos en todas partes del mundo cuando otros remedios han fracasado, Ud. debe someter esta receta médica a una prueba inmediatamente, en la inteligencia de que debe darle satisfacción completa dentro de 8 días o simplemente devuelve el paquete vacío y su valor íntegro le será reembolsado.

Porque Cystex está preparado especial y científicamente para obrar directamente sobre los riñones, su acción es rápida y positiva. Muchas personas nos informan que Cystex produce un mejoramiento notable en 48 horas y satisfacción completa en 8 días. Cystex cuesta muy poco. De venta en todas las farmacias y boticas. Pruébelo hoy mismo. Bajo la garantía debe Ud. de sentirse más joven, más fuerte y mejor de lo que se ha sentido en mucho tiempo—debe estar convencido de que Cystex ha desempeñado su cometido de una manera eficaz y completa, o de lo contrario simplemente devuelve el paquete vacío y no le cuesta nada. Ud. es el único juez de su propia satisfacción. Ud. no debe correr riesgos con drogas baratas, inferiores o irritantes que no son suficientemente buenas para ser garantizadas. Pida Cystex (se pronuncia Siss-Tex) garantizado en su droguería o botica favorita.

y en ella pueden incluirse deformidades óseas, mala dentadura, desarreglos nerviosos, fatigabilidad, reducida resistencia a innumerables enfermedades y extravagancias de conducta, cual la obstinación, la agresividad, la inadaptabilidad, etc., etc.

Poseemos el siguiente ejemplo de lo que significa el calcio; el terreno de cierto Estado del medio oeste (norteamericano) es pobre en este mineral. Trescientos niños de la comunidad fueron examinados y observóse que cerca

(Continúa en la Pág. 72)



Vestir elegante es un arte sencillo pero complejo que requiere un educado espíritu de selección. Permítanos cooperar con usted en la elección de las prendas para su ropero masculino.

EL ARTE

Reina, 21

Habana



# Dolor de Cintura

## TRASTORNOS DE LOS RIÑONES



*Los riñones son de vital importancia. No puede haber salud y por lo tanto felicidad, si no funcionan bien.*

### EL REUMATISMO, LOS DOLORES DE CINTURA, LOS DOLORES EN LAS COYUNTURAS son causados por la acción deficiente de los Riñones.

Los riñones realizan la tarea importantísima de eliminar los venenos del organismo. Día y noche, su cuerpo produce estos venenos—ácido úrico, bacterias, células muertas y otros desechos—y usted no podría vivir si permanecieran en su organismo. Cada movimiento, cada latido del corazón, la respiración y hasta cada pensamiento o emoción provocan la formación de nuevos venenos.

Normalmente, los riñones eliminan los venenos y los arrojan del cuerpo en forma de orina.

Cuando los riñones están enfermos, como puede ocurrir de resultas de un golpe, un enfriamiento, una gripe u otra enfermedad, disminuye su actividad y no eliminan todos los venenos. Estos venenos, especialmente el ácido úrico, se acumulan en los músculos y coyunturas causando los intensos dolores del Reumatismo, el Lumbago y una sensación de abatimiento. Los dolores de cintura son comúnmente los primeros síntomas. Los riñones entorpecidos e inflamados son la causa de esos terribles dolores en la espalda.

Las Píldoras De Witt para los Riñones y la Vejiga se elaboran especialmente para restablecer los riñones enfermos. En forma suave, pero segura, vuelven los riñones a la normalidad para que cumplan su misión natural. Los venenos acumulados son eliminados del organismo y usted recuperará la salud.

# Píldoras DE WITT

## PARA LOS RIÑONES Y LA VEJIGA

### Atáquese . . .

(Continuación de la Pág. 59)

sabía que fuese usted aficionado a la natación matutina.

—Oh, sí. Soy un creyente de las virtudes de un chapuzón frío antes del desayuno.

—¿No me diga? ¿Y desde cuándo lo practica?

—Comienzo mañana—le contesto, al quitarme la bata rayada de mi suegra, meter un dedo en el agua y hallarla demasiado fría.

Lloyd, por entonces, ya está en el agua, sumergiendo la cabeza cada diez segundos y gozando de su baño como un pato. Y este preciso momento es el que escoge Phyllis para hacer su entrada.

Viene metida en una trusa blanca, que subraya de manera deliciosa todas sus formas adorables y que sería capaz de detener el tránsito en cualquier sitio de la tierra, de polo a polo.

—Carta de triunfo—murmuro—es la verdadera frase.—Y miro de reojo a Lloyd.

Queda de pie al borde de la piscina, junto al lado menos profundo, columpiando los brazos, y aun cuando Lloyd contempla la grácil figurita con gran interés, no veo mucho entusiasmo en la mirada.

—Buenos días—grita desde el agua.—¿Es también usted una firme creyente de las virtudes de un chapuzón matutino?

—No—dice Phyllis.—Acabo de desayunar opíparamente y me lle-

gué hasta aquí para ayudar la digestión.

—¿Desayunó?—pregunta él.—Pues no debe usted bañarse. Puede darle un calambre o algo peor.

—¿Calambre? Nunca lo he padecido.

Y avanzando hasta el borde, se lanza al agua.

Bueno, francamente, estoy fascinado ante la vista de esta niña, recorriendo la piscina de un extremo a otro, con un bellissimo *crawl* australiano, y sólo dejo de contemplarla al sentir pasos detrás de mí y ver aparecer a Waldo Brunette.

—Vaya, vaya—le digo.—Esto va animándose. ¿También es usted un firme creyente de las virtudes de un chapuzón matutino?

—Sí—me responde con un gru-

rido, poniendo punto final a la conversación.

Phyllis se encuentra ahora en su cuarta vuelta, en dirección al sitio donde está sentado Lloyd y estoy casi dispuesto a lanzar un poco de discreción al viento y meterme en el agua cuando del interior de la piscina se escapa un chillido femenino. El grito es suficiente para helarle la sangre a cualquier hombre, pero la escena es peor; Phyllis, con un gorgoteo, se hunde como un plomo en la parte más honda.

Durante una fracción de segundo, quedo inmóvil, con la boca abierta, esperando que Lloyd, el más cerca de ella, se lance a salvarla; pero cuando este caballero ni siquiera se mueve, me tiro al agua y nado hasta donde está ella.

Sin embargo, Waldo, mejor nadador que yo, llega primero, y juntos logramos extraer a Phyllis del agua y depositarla al borde de la piscina.

Abre los ojos lentamente y mira alrededor con ojos azorados. Luego, débilmente, se apoya en mi brazo.

—Un calambre. Fui una tonta en meterme en el agua después del desayuno.

—¿Cómo se siente?—le pregunto.

—Bien, muy bien,—replica poniéndose en pie. Luego, volviéndose a Lloyd, murmura:

—Muchas gracias, señor Gates.

—¿Por qué?—inquire éste.

—Por... por haberme salvado.

—Está usted equivocada. No fui yo. Las gracias corresponden a Waldo y al señor Kinney.

—Pero... pero...—Se detiene perpleja, mirándonos a uno y a otro.—No comprendo. Estaba usted a menos de seis pies de distancia cuando grité. Recuerdo haberle visto. Entonces, usted no...

—Mi querida amiga—dice Lloyd sonriendo—si hubiese creído que realmente estaba usted en peligro, nada en el mundo me hubiera impedido saltar a salvarla.

—Quiere usted decir entonces...—comenzó ella indignada.

—Quiero decir que el truco es muy viejo. Me sorprende que una muchacha tan inteligente piense que cualquier hombre, de no ser un tonto, iba a dejarse engañar.

—¿Engañar? ¿Por qué?...

—Atiéndame—le dice paternalmente—abandone su empresa. Está usted engañándose a sí misma. Ya me he dado cuenta... Me he dado cuenta hace cinco días.

—¿Cuenta?

—Sí. Viene usted detrás de mí desde que comenzamos el viaje. No trate de negarlo. No soy tan tonto. Ha venido usted echando mano de cuantas habilidades poseen las mujeres, y nueve décimas partes de ellas parecen sacadas de la colección de tonterías escritas por esa Wanda Wilson. No conozco a esa buena señora, pero me imagino que será una vejancona que trata de vengarse del sexo opuesto por no haber encontrado quién le dijera una palabra en sus años mozos.

Phyllis, demasiado confundida, no encuentra palabras con que responder. Se ha quedado con la boca abierta, sin articular sonido.

—Tome mi consejo—continúa Lloyd.—Busque algo nuevo y ensáyelo con otro. Perdone, que aquí no es...

Y dando media vuelta se dispone a marchar, cuando Phyllis, reponiéndose del choque, aprieta los puños y responde indignada:

—¡Atienda, pedazo de plomo! He venido tras de usted, sí... Pero he venido tras de usted para darle un poco de atractivos a un viaje aburrido. Pregúntele al señor Kinney. El le dirá que todo

esto tiene su origen en una apuesta. No se imagine que me interesa usted poco ni mucho. Personalmente, me atrae usted tanto como un plato de espinacas, y si le viera en las patas de una manada de elefantes salvajes, mi única reacción sería una carcajada homérica.

Y una vez pronunciadas estas palabras, recoge su bata y abandona el salón, dejándonos en una situación embarazosa... y especialmente a mí, que me veo frente al problema de explicar a Lloyd Harrison Gates lo sucedido.

—¿Qué cosa quiso decir?—me pregunta.—¿Qué apuesta es ésa?

—Lo que ha dicho no tiene explicación. Es cierto. Phyllis Heming es Wanda Wilson.

Y sin esperar respuesta, me pongo la bata rayada de mi suegra y me escuro.

Bueno, por primera vez comienzo a sentirme un poco turbado. Tratar de darle una lección a una jovencita orgullosa es una cosa, pero causarle disgustos es otra; y no siendo inmune a las lágrimas femeninas, me voy rápidamente al camarote de Phyllis, esperando consolarla.

Está ya vestida cuando llego y lanza furiosamente sus cosas dentro de un baúl abierto. Aparte de la indignación, puedo notar un poco de humedad en sus ojos.

—Señorita Heming...—comienzo.

—¡Atienda!—dice de un salto y echando llamaradas por los ojos.—¡No me dé excusas ni me diga que siente lo sucedido! ¡No es necesario! ¡Lo que acabo de decir a Gates es lo que siento!

—Bueno,—trato de decir suavemente—si es así...

No puedo continuar. Se abre la puerta con un fuerte golpe que hace temblar la ventanilla del camarote y aparece Lloyd Harrison Gates en el dintel. Evidentemente no viene en son de paz y parece víctima de violenta pasión.

—¿Qué significa eso?—grita.—¿Eso qué?—pregunta Phyllis friamente.

—¿Qué se propone al tomarme por un muñeco? ¡Y cálese!—or-

dena al abrir la boca Phyllis para responder.—No lo niegue. El señor Kinney acaba de decirme quién es usted. Usted es Wanda Wilson.

—Bueno, ¿y qué?—  
—¿Y usted cree que esto puede quedar así? ¿Cree que puede engatusarme para ir anotando mis reacciones? ¿Cree que puede usar-me con propósitos experimentales para luego irse tranquilamente a su casa y escribir un capítulo más?

—Precisamente, eso pensaba.

—¿Pensaba eso, verdad?—ruge Lloyd.—¡Bueno, ahora atiéndame! ¡Dos pueden jugar, pero yo no necesito de usted!

—¡Usted necesita más de lo que se figura!

—Eso es lo que usted cree. ¡Pero tal vez desconoce la técnica del hombre de las cavernas!

—Creo que sí...

—Bueno, pues véala en acción—dice con un gruñido dando un paso hacia adelante y abrazándola.

—Señor Gates—protesta ella débilmente—me quiere usted hacer el favor...

—Posición Nº 1—continúa él, sin hacer caso de sus protestas.—Sujétese la hembra firmemente con los dos brazos.

—Señor Gates...

—Posición Nº 2—sigue.—Suéltese la mano derecha y póngase debajo de la barbilla, elevando el rostro de ella.

—Señor Gates, haga el favor...

—Posición Nº 3: acérquese al sujeto y míresele fijamente a los ojos.

—Señor Gates, no...

—Posición Nº 4: inclínese la cabeza sobre la boca...

—¡Señor Gates, alto!

—Posición Nº 5: ¡contacto!

Y todas las explicaciones están de más, pues cayeron en un largo *clinch*, que ni siquiera interrumpió el ruido de la puerta al abrirse, para dar paso a mi mujer.

—¡Jack!—me dice energicamente.—¿Qué haces aquí?

—¿Quién, yo?—pregunto inoportunamente.—Esperando el desayuno.

## Donde ...

(Continuación de la Pág. 39)

ra experimentado, no se lo habría impedido su filosofía; pero nunca había pensado en ello. ¿Sipsu? Habíase complacido en charlar con ella junto al fuego del campamento, no de hombre a mujer, sino como con un niño y como lo hubiera hecho todo hombre de carácter: sin más razón que la de combatir el aburrimiento de una existencia monótona. Nada más.

Pero, a pesar de su origen yanqui y de su educación en Nueva Inglaterra, había en él ciertos instintos caballerescos de una sangre más cálida, y estaba hecho de tal modo, que con frecuencia los aspectos materiales de la vida le parecían desprovistos de sentido y en oposición con sus más íntimos impulsos.

Así, pues, permanecía silencioso, con la cabeza baja, en tanto que una fuerza orgánica, más vigorosa que él mismo, grande como su raza, trabajaba en él.

Sus tres compañeros le miraban de cuando en cuando con aire interrogador, y sus actitudes traslucían una ligera agitación, perceptible, no obstante. En el transcurso de su vida precaria, habían podido comprobar muchas veces el vigor físico de Hitchcock, y se sentían vagamente inquietos y curiosos de saber cuál sería su conducta cuando se decidiera a obrar.

Pero el silencio se prolongó, y

el fuego llegaba ya a su fin cuando Wertz, desperezándose y bostezando, manifestó la intención de irse a acostar. Entonces Hitchcock se irguió en toda su talla:

—¡Que Dios condene vuestras almas a lo más profundo de los infiernos, cobardes de corazón de gallina! ¡No hay nada más en común entre nosotros!

Hablaba en tono relativamente tranquilo; pero su fuerza vibraba en cada sílaba y cada entonación era una amenaza.

—¡Vamos!—prosiguió.—¡Hagan el reparto del modo que mejor les convenga! Según nuestro contrato, es mía una cuarta parte de los *claims*. En el saco hay veinticinco o treinta onzas de polvo de oro, procedente de los lavados de ensayo. ¡Traigan la balanza! Vamos a dividir inmediatamente.

Tú, Segismundo, pésame la cuarta parte de las provisiones y ponla a un lado. Me pertenecen cuatro de los perros y quiero otros cuatro. A cambio de las bestias, les dejo mi parte en el equipo del campamento y en las herramientas, y añado mis seis o siete onzas de oro y mi otro revólver 45, con sus municiones. ¿Estamos de acuerdo?

Los otros tres hombres se alejaron para deliberar. Cuando regresaron, Segismundo habló en nombre de todos:

—Repartiremos legalmente,

¿Se está Ud. divirtiendo



con LAS FIESTAS?

¡GOCE UD. con toda intensidad esos momentos felices, porque son breves y jamás retornan!...

Y si mañana amanece con dolor de cabeza o fatigado, ¡qué importa!... La Cafiaspirina alivia y reanima, sin afectar el organismo... es irremplazable para combatir ese malestar del cuerpo y del espíritu que se siente después de una noche muy alegre...

El producto de confianza

**CAFIASPIRINA**



DOLOR DE CABEZA • JAQUECA • NEURALGIA • MALESTARES

Hitchcock, y recibirás la cuarta parte de cada cosa, ni más ni menos: la tomas o la dejas. Necesitamos los perros tanto como tú: te llevarás cuatro y ni uno más. Y si rehusas tu parte en el equipo y en las herramientas, allá tú... Si la quieres, tómalala; si no, déjala ahí.

—Es la ley interpretada al pie de la letra,—dijo Hitchcock sarcásticamente.—¡Adelante!... Acepto. Pero dense prisa. Mientras más pronto deje este campamento y esta miseria, mejor será para mí.

El reparto se llevó a cabo sin más comentarios.

Hitchcock ató su exiguo equipaje a uno de los trineos, reunió sus cuatro perros y los enjaezó. No

tocó su parte en el equipo ni en las herramientas; pero arrojó sobre el vehículo media docena de arreos, en tanto que, con la mirada, retaba a los otros a que se lo impidieran.

Y limitándose a encogerse de hombros, los otros le vieron desaparecer en la selva.

\*  
Un hombre se arrastraba sobre la nieve. En torno suyo, proyectábanse las formas vagas de las tiendas de piel de alce, y aquí y allá, un perro macilento aullaba o gruñía contra su vecino. En cierto instante, uno de ellos acercóse al hombre, que se detuvo. El animal le husmeó y se aproximó más, hasta tocarle con la nariz. (Continúa en la Pág. 72)

## MAQUINAS DE OFICINAS

Alquiler y venta. Accesorios para mimeógrafos. Taller de reparaciones

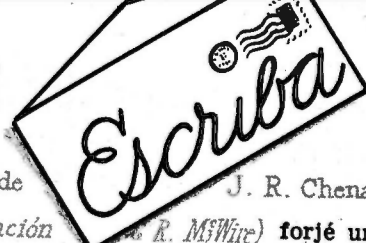
**MARCOS NOROÑA**

HABANA, 65.

TELÉFONO: A 9995.



# NO TELEGRAFIE



## POALEC RACKOWE

Versión de J. R. Chenard  
(Ilustración de R. MSWire)



**SEÑORITA Faile:** Con frecuencia diceme mi Jim que, en mi lealtad a la compañía, llego al extremo de no usar nada de ella para mis personales asuntos: ni siquiera sus cables. La razón es obvia: no tengo a nadie en el mundo más que a Jim y éste no se ha alejado de mi lado desde el día en que la guerra lo obligó a dejarme para marchar a Francia. Aun ahora, que decido comunicarme con usted, la escribo, no la telegrafío, porque aquello que debo expresarla se dice mejor por carta.

Usted no me conoce; yo tampoco la he visto a usted nunca y, sin embargo, hasta pocos minutos hace, tenía sobre su persona una idea muy poco lisonjera. Tal vez los años hayan estrechado mi criterio, limitando mis puntos de vista: ¡ya tengo blancos los cabellos! Quizás sea intolerante, como todas las mujeres que hicieron en amor una feliz elección y no conciben la idea de un cambio al respecto... Jim abunda en este último concepto, afirmándose intolerante, pero lo dice riendo como él sabe, de modo que no lo creo sincero.

Por regla general no presto atención a los mensajes que llegan a mis manos a través del teletipo. La fuerza del hábito, supongo; lo mismo me pasaría si trabajara en una pastelería: no tocaría un dulce, por mucho que me hubiesen gustado antes. Una llega a desinteresarse de las cosas, con su diario contacto. Acostumbro, así, pegar los despachos y mandarlos a su destinatario sin concederles una segunda mirada.

De tal guisa procedí con los primeros que se dirigieron usted y Donald Meredith: los suyos cálidos e inquietos, fríos y desaprensivos los de él. Fué a raíz del tercero que dije a Jim: "¡es curiosa la estupidez de que hacen gala algunas mujeres cuando sus hombres quieren deshacerse de ellas!" A lo que respondió él, embromándose como de costumbre: "¿No lo prueba mi caso? ¡Tratando de ponerle al fresco desde hace años y tú como si tal cosa, haciéndote la desentendida!"

Hubo un tiempo que tales palabras me hubiesen hecho mucho daño, no obstante constituir una broma; pero las cosas han cambiado: ahora río, solamente, cuan-

do lo oigo expresarse así, porque no temo. Sé que es mío para siempre ya, todo mío.

¡Es tan hermoso mi Jim! Siempre lo ha sido... Cuando se marchó a la guerra yo vivía espantada ante el temor de perderlo. El me amaba profundamente y yo no lo ignoraba, pero era muy joven entonces y le gustaba a todas las mujeres. Sentíame orgullosa por ser suya y temerosa a la vez, mas cuando regresó todo fué diferente, porque él me necesitaba: pude darme cuenta de esto apenas lo vi. Desde aquel día nunca más admití la posibilidad de perderlo. Y han transcurrido años.

Los mensajes de usted llegaban. Dando la bienvenida a Donald Meredith, de regreso a Inglaterra; preguntándole si había usted de venir a verlo o si él iría a su encuentro. Y las respuestas del hombre, evitando expresar algo concreto... Comencé a pensar que era usted una muchachita idiota, incapaz de ver más allá de sus narices, y Donald un don Juan vulgar, apremiado por el deseo de terminar un episodio de su vida amorosa...

Ya se lo he dicho: resultaba poco halagador el retrato que me formara de usted. Debe ser una chiquilla preciosa—me dije,—con la cantidad sumaria de cerebro que exige la diaria rutina, pero nada más, y viviendo, por tanto, en una especie de niebla formada por las lisonjas de los hombres que la rodean y el propio y exaltado concepto de su belleza que la otorga el espejo.

Pero esta mañana todo cambió. Y, por ende, la imagen que de su persona me formara. La diré por qué. Hacia poco que enviara con Harry, uno de nuestros mensajeros, su último telegrama, que rezaba así: QUE TE PASA PUNTO HE TRATADO DE TELEFONEARTE SIN LOGRARLO PUNTO SUPLICOTE ESCRIBAS. ¿Recuerda usted? Hallábame aguardando que diera la una para marchar a la fábrica en que Jim trabaja como ayudante del superintendente y almorzar con él, y me encontraba sola en la oficina. La calle, solitaria también, silenciosa cual lo están casi siempre las de estos pueblos pequeños, embriagábase de sol.

Yo nunca había visto a Donald, aunque sí conocía a los Meredith de nombre. Sabía cuál era su casa, en la que vivieran regularmente hasta hace años y que ahora sólo habitan durante los veranos. Cuando, de improviso, un joven penetró en la oficina haciéndome pensar: ¡qué hermoso muchacho!...

No se alarme, señorita Faile: a los cuarenta años hace una estas consideraciones, al igual que a los dieciséis y a los dieciocho, pero con distinto sentido. No puedo ser más explícita.

Donald cuenta veinte nada más, ¿verdad? Veintidós, si acaso... Esa fué la edad que yo le atribuí.

Me gustó apenas lo vi. Jim tiene esos mismos ojos azules y ese tono rojo oscuro de cabello, peculiarmente irlandés: combinación que muy pocas mujeres son capaces de resistir...

Aproximádome al mostrador le pregunté:

—¿Puedo hacer algo por usted?

El me respondió:

—Sí: quiero enviar un telegrama. ¿Me haría usted el favor de escribirlo?

Al decir esto movióse y me enseñó una manga del saco, vacía. Al propio tiempo sonrió débilmente y yo experimenté una sensación de frío a todo lo largo de la médula. Agregó:

—Aun no he aprendido a servirme de la mano izquierda...

—Con mucho gusto—le contesté.—Dictémelo.

Marché hasta mi mesa e inserté un papel en la máquina.

—¿A quién va usted a dirigirlo?

—A la señorita Mavis Faile, Lake Fenwick, Illinois...

Automáticamente escribí. Después alcé los ojos y lo miré. Pero él no me atendía en ese momento: había bajado los suyos y parecía seguir con el pensamiento el vuelo de una idea muy triste. Observé la palidez de su rostro, característica de hospital. ¡Dios sabe si la conozco!

Esto no era todo: había contraído la boca y, no sé por qué, me

forjé una nueva imagen de usted que me hizo sentir avergonzada, terriblemente avergonzada. Hubiera querido incorporarme y decir algo, cosas; mas la compañía desea que sus empleados encargados de la recepción y emisión de despachos seamos impersonales, automáticos, verdaderos robots. Por tanto, en vez de saltar como me lo pedían los nervios, demandé:

—¿Cuál es el mensaje? Pareció no captar, inmediatamente, la significación de mi frase. Después, con un esfuerzo:

—Fonga—dijome:—IMPOSIBLE VERTE PUNTO SALGO PARA INGLATERRA MAÑANA PUNTO RETORNO DUDOSO...

Lo obedecí.

—¿Nada más? Había vuelto a sumergirse en su mundo interior. Y no creo aventurarme mucho asegurándola que, como lógica consecuencia de ello, estaba viéndola a usted, ya que es usted quien preside ese mundo interior.

Con un sobresalto me contestó:

—Sí: eso es todo. Firme, Meredith.

Seguidamente añadió: —¿Quiere usted hacer lo pertinente a fin de que ese telegrama no sea entregado hasta mañana por la noche? ¡Se lo agradeceré mucho!

—Nada más fácil... Así lo haré.

Extraje el mensaje de la máquina y lo coloqué sobre el mostrador a fin de que pudiera leerlo. Lo tomó y recorrió con la mirada y mientras lo hacía yo mantuve los ojos en su faz. Mostraba en ella la misma expresión que veinte años hace tuviera la de mi Jim, en los instantes que descendía del barco-hospital para decirme con aparente entereza, mas transido realmente por la angustia: "Supongo que no querrás solamente parte de un hombre, sino un hombre entero"... y que reflejan los hombres al igual que los niños cuando experimentan el temor de que aquellos a quienes aman hayan cambiado como consecuencia del cambio sufrido por ellos mismos.

Aquella pasada experiencia, señorita Faile, permitiome verla tal y como sin duda es usted. No pude dirigirme a Donald para hablar a su corazón, que pide palabras fraternas, porque es un hombre y no mi hombre. Comprendí que él no la había dicho a usted la verdad; me di cuenta de lo que pensara, dudara, sufriera hasta entonces, sin resolverse a hablarla, e inferí, naturalmente, la admirable clase de mujer que es usted, al ver cuánto la amaba...

Es por todo esto que me determino a escribirle la presente carta, que llegará a sus manos por correo aéreo, especial, esta noche, lo más tarde; de modo que si coje usted el avión que sale por la mañana llegará aquí mucho antes de que el buque parta. No quiero decirle nada más: sé lo que usted hará.

Sinceramente,

Mary Smith.

P. S.—Es su brazo derecho: creo ya habérselo dicho o dado a entender en el curso de las precedentes líneas. Pero no se entristezca por ello: ignoro cómo se las arregla Jim, mas lo cierto es que me abraza más estrechamente ahora que posee sólo un brazo que cuando tenía dos...

Lo mismo le sucederá a usted con Donald.

# Yo vivo...

(Continuación de la Pág. 49)

tivos, firmo el visto bueno y gano el mi gondola, dispuesto ya para el despegue. El silbato de este hombre es omnipotente, y para demostrarlo bien puedo caer cien veces, que mientras aquél no se deje oír estridente y premioso nadie acudirá a prestarme auxilio.

\* Cada vuelo mío encierra los elementos de un drama dentro de otro drama.

Todos los miembros de la *troupe*—incluso el médico y las enfermeras—son viejos amigos que han venido ayudándome desde mi primer trabajo. Y en los nervios de algunos la trágica calidad de tal labor ha frutecido en ataques de histeria...

Nunca olvidaré mi filmación en *Alas*, en que "doblaba" a Charles Rogers, supuesto as aéreo del Ejército americano durante la guerra europea. Al verme hundir de nariz mi avión en el tejado de una casa, el mecánico jefe estalló en alaridos y sollozos, y un ayudante del director se desmayó.

Otro de mis más imponentes vuelos fué el que hice para *El águila y el halcón*, film interpretado por Fredric March y Cary Grant. La tensión nerviosa existente en el campo era mayor que en otras ocasiones. Parece que todos adivinaban las angustias que me esperaban entre las nubes. Como de costumbre, el doctor me examinó y auscultó cuidadosamente y, remeciendo la cabeza, declaróme apto para la prueba muy a pesar suyo, porque días antes me había roto cuatro costillas en otro vuelo y éste había de ser particularmente riesgoso. Cada hombre del equipo de socorro ocupó su sitio y salió. Di una vuelta y pasé por el campo en espera de la señal. Ya érame dada, en forma de blanco banderín. ¡A tirar-me pues!

Gané altura para invertir el aparato—debía chocar volando con las ruedas hacia arriba—; arrojé los espejuelos, que la corriente de la hélice lanzó hacia atrás, y apunté al blanco propuesto. Ya me aproximaba a él con la velocidad de una bala, cuando oí un silbido y alcancé a distinguir el penacho de humo de un tren de carga, que cruzaba a unas dos millas de distancia. No debía, no podía chocar: aquel silbido, captado por el micrófono, echaría a perder toda la escena, porque suponíase que la acción de la cinta discurría en un lugar donde no había ferrocarriles. Pero ya la colisión estaba a punto de efectuarse. ¿Conseguiría evitarla? Sí; con una goma de menos y la punta de un plano averiado, pero lo conseguí... Torné a ganar altura, hiciéronme por segunda vez la señal y, al revés nuevamente, me dejé ir. Otras veces, en este interregno, había contemplado adelantarse a mi encuentro el espacio de tierra en que había de pegar. Esta vez ello no podía ser: mi posición me lo impedía; sólo me era dable mirar a las nubes y éstas no me interesaban. Cantaban agudamente los tensores, al cortar el viento, y el motor, a media velocidad, tamborileaba en tono menor...

Me pareció que no llegaba nunca. ¿Habíame pasado del blanco? Al fin escuché un desgarramiento que llenó de gozo mi alma, seguido de inmediato por los sonidos familiares de madera que se astilla y tela que se rasga. Después, quietud y silencio densos, profundos. Todo había terminado. Tuve una suerte loca en ese vue-

lo del que pocos entre mis compañeros fundaban esperanzas en verme regresar vivo...

Otros no han sido así, y lo prueba mi cuerpo cien veces cosido y recompuesto.

Pero no me gusta hablar de esto, porque inevitablemente recuerdo la vez que perdí setecientos ochenta y seis pulgadas cuadradas de piel, bajo la acción del fuego. Los dolores que entonces sufrí fueron tan horribles que ni intento siquiera narrarlos...

En otra oportunidad, me rompí el cuello y cuatro eminencias médicas mostráronse contestes en afirmar que no podría volar en lo sucesivo y menos—¡oh, mucho menos! A la simple mención de tal posibilidad moríanse de risa—continuar rompiendo aparatos. Y aquí me tiene usted. Dispuesto a convertir en rajas de leña cinco o seis este año, y algunos otros el otro... ¡Porque pienso vivir todo ese tiempo!...

## Notas...

(Continuación de la Pág. 9)

sea la mujer la que ponga trabas al caminar del hombre desenfrenado.

Yo se lo decía por radio a una señorita que me consultaba en Montevideo.—"He sido invitada—me decía—por una amiga íntima de la infancia para pasar el verano en su quinta... Allí conocí a su marido y sus dos niños pequeños... Después de unos días llegué a convencerme de que aquel hombre era el que yo había soñado. Tal vez comprendió mi turbación en su presencia, porque por fin anoche me confesó que si hasta el presente se había llevado bien con su señora, ahora llegaba a esperar que era yo la mujer que lo haría feliz... Y yo le ruego a usted, señora, que sabe tanto de cosas del corazón, ¿debo indicarle que se divorcie y se case conmigo? Yo creo que al amor no se le pueden cerrar los caminos"...

Yo quedé en realidad indignada con esta carta y por la radio le contesté así:

—"Si llega usted a desconocer lo que debe a un hogar que hasta su llegada vivió en paz; si olvida usted la futura dicha de esos niños o su desgracia; si desconoce usted las leyes de la hospitalidad que tan generosamente le brindó su amiga de la infancia; si todo esto, en resumen, es letra muerta para usted, vea, señorita, si en esa quinta hay un pozo o un estanque y tirese usted dentro, que nada se perderá con que se ahogue en el mundo una mujer tonta"...

Esta respuesta que causó revuelo entre mis amigas, las radio-escuchas, la tengo yo en la conciencia para todas aquellas personas que no quieren poner un dique a sus pasiones y limitar sus apetitos a lo que pueda realizarse sin el dolor de tercero.

Y a la "romántica" de oficio que sueña con amores imposibles y suspira con los dramas del cine, hay que encarcelarlo que dirija sus armas contra los solteros, contra los viudos o contra los ya divorciados por alguna causa que no sea el otro amor que llega de improviso, trayendo una realidad muy discutible para sus paladares estragados...

\* Y no hemos de dejar por más tiempo el diseñar a otra figura que interesa a muchas de nuestras lectoras y que varios hombres nos han pedido asimismo les mostremos. Esta ya no es ni conquistadora, ni vampíresa, ni romántica. No se trata de amor,

pero sí aseguramos que es obstáculo para el libre desenvolvimiento del feminismo, al que hay que limpiar definitivamente de elementos perniciosos que viven a su amparo...

¿Quién fué "California" y cuáles son sus discípulas y sus peligros? "California" fué una mujer que vivió en tiempos de Alfonso el Sabio de quien dicen papeles de la época que "era sabidora, pero tan gritona y desvergonzada" que se hizo preciso por los jueces prohibirle "hasta razonar por otro", pues aunque lo hacía con "arte y conocimiento" su entrometimiento la hizo imposible de resistir en la corte de aquel sabio rey...

Claro está que como consecuencia se prohibió también a todas las demás mujeres meterse en litigios, ni procurar defensas ni altercados así de palabra como en documentos públicos, y esta prohibición tomó tal cuerpo, que llegó en forma desmedida hasta nosotros, pagando como suele decirse "justos por pecadores". Pero en realidad que aun existen "Californias" en nuestros días y este descubrimiento nos llena de angustia y de temor. Es la feminista que aprovecha temas difíciles para hacerlos francamente escabrosos... Es la política agitadora que arma revuelo contribuyendo a desorganizar en lugar de formar...

Es la dama que defiende su puesto con alboroto y tal vez *yéndose a las manos*... como los hombres... Es, en fin, la mujer que grita, que molesta, que hace mirar hacia ella en todos los lugares a todos los hombres... es la que no sabe que lo más hermoso en la vida es la suavidad, la tolerancia, la paz... La "California" de nuestros días continúa creyendo que la feminista ha de ser desenfadada y masculinizada, y cuando aparece en un lugar se siente el malestar lógico de saber que van a pasarse unas horas en que sólo la señora aquella hablará y chillará y opinará, aprovechando sus dos posibilidades: su carrera o su cultura, *de hombre*... y su sexo de mujer, que al hacerla siempre respetable, obliga a los demás hombres a darle la razón o a contenerse en su presencia.

Hay que despojar a la mujer del aire de marisabidilla cuando es joven y de "California" cuando va entrando en la edad de las discusiones y las ambiciones sustentadas por el egoísmo que los años van acumulando.

Propio de "California" es también el aire de suficiencia y creerse que un mérito que tenemos que pagarles los demás con nuestra paciencia, es la adquisición de esa cultura y esa carrera, que debe tomar la feminista, por el contrario, como una deuda de la sociedad para con la mujer, que hay que recibir digna y serenamente, pero no con la pedantería y suficiencia de quien estrena zapatos de charol habiendo ido siempre descalzo...

"California" también cree que la feminista puede *hablar de todo* con sus más fuertes expresiones, y yo conocí en un país lejano una feminista doctora en medicina,

# TENIAN QUE LLEVARLA ESCALERAS ABAJO

Ahora ordeña ella misma 8 vacas

Es la mujer de un labrador y estaba tullida; lo que era un gran inconveniente, tanto para ella como para su marido. Todo se debía al reumatismo; la tenía perfectamente imposibilitada. En esta carta cuenta ella sus experiencias:—

"Estoy tomando las Sales Kruschen para el reumatismo. Estaba tan mala que no podía vestirme por mí misma o ponerme de pie. Mi marido tenía que llevarme escaleras abajo. Pero una señora amiga mía me escribió aconsejando las Sales Kruschen, de modo que pensé que sería bueno ensayarlas. Ya puedo subir sola las escaleras y bajarlas también. Puedo ir al estable y ordeñar ocho vacas. Hoy compré otro frasco de Kruschen y mi marido dice que es la medicina más barata que jamás ha comprado. Tengo 67 años y me siento sumamente bien".—(Sra.) P.M.B.

El estado reumático proviene de un exceso de ácido úrico en el cuerpo. Dos de los ingredientes de las Sales Kruschen tienen el poder de disolver los cristales de ácido úrico. Otros ingredientes de estas Sales ayudan para que el organismo expela esos cristales disueltos, por los conductos naturales. Las Sales Kruschen se venden en todas las farmacias y droguerías. Precio—el frasco chico, Pesos 0.50—el grande, Pesos 0.75. El contenido del frasco grande es dos veces y media el del frasco chico.

con mucha dedicación a cuestiones sociológicas, que cuando hablaba de algunas cuestiones como la trata de blancas, educación sexual, etc., usaba un léxico tan crudo y realista y detallaba en forma tan dura y áspera las crueles verdades de la vida, que todas nos sentíamos desagradas cuando un grupo de escritoras nos encontrábamos con ella. ¿Y por qué ni médicos ni sociólogos usan esos fuertes medios de expresión que usan las "Californias"? ¡Ah! Es que ellas están deslumbradas con su nueva situación en la vida; ellas desearon siempre *ser como los hombres* en todo, y así como al liberarse la mujer hay quien imita a los hombres bebiendo tanto o más que ellos; fumando más; divirtiéndose tanto y cambiando de amor y conquistando corazones como los más afamados "don Juanes", también el tipo de "California" cree que es *como el hombre* andando de modo desenfadado, no dándole importancia al vestuario, tirando el sombrero dondequiera, y luego en la vida de relación, imponiéndose, luchando por subir, discutiendo agriamente y dejando de lado esa dulzura, esa piedad, ese sentimiento de fraternidad y amor que nosotros quisiéramos que fuese patrimonio de todas las mujeres, para que ellas pudieran enseñar estas virtudes a los hombres...

Para otro día trataremos un tipo de hombre que hemos encontrado por la vida, "El nieto de don Juan", que no se parece en nada al verdadero "don Juan", su abuelo, pero que es el que corresponde también a la hora actual, en que la mujer culta, "interesante" y algunas veces verdaderamente incomprendida, encuentra en su camino a ese "nieto" que sin saber cómo entra suavemente en su corazón...



Deberá rechazarse como imitación, falsificación o competencia desleal, cualquier vermífugo que use la palabra

**HIGUERON**

ya sea como marca o como aclaración indirecta para distinguir otro producto que no sea el de

**BLUHME-RAMOS**



# EL HADO TRÁGICO DE Mrs. Moore, UNA DAMA CARITATIVA

AS MÁS extrañas circunstancias contribuyeron a la amistad y subsiguiente matrimonio de miss Margaret Moore, una dama otoñal de Bellevue, Ohio, y Joseph Perryman, pájaro de cuenta que por tener la mala costumbre de cobrar cheques falsos, estaba cumpliendo condena en una penitenciaría de Arizona.

Miss Moore era una solterona que se estaba acercando a la cuarentena sin que hasta entonces hubiera visto florecer el amor con que había soñado. Perteneciente a una familia acomodada de la localidad, no había querido lanzarse a la aventura del matrimonio sin llegar al convencimiento de que había de ser feliz en él. Sus prendas físicas y su dinero le proporcionaban el derecho a escoger, pero hasta entonces no se había decidido.

Hace una docena de años, miss Moore se encontraba internando en Miami cuando hasta ella llegó una tarjeta dirigida a su nombre, sin dirección de calle. La había escrito un preso de la cárcel de Florence, Arizona, y en ella aludía a ciertos recuerdos dulces que iluminaban sus nostalgias de prisionero. La tarjeta, por supuesto, no era para ella, sino para otra Margaret Moore que debía encontrarse en Miami a la sazón.

Retornó la tarjeta al correo y se olvidó del pequeño incidente. Pero los hados tenían ya escritos sus ocultos designios, y por un motivo inexplicable, pasados algunos días, la tarjeta le volvió a ser entregada por el cartero.

Esta vez miss Moore había retornado a Bellevue, dejando en Miami su dirección para que le enviaran el correo. Creyendo que si destruía aquella misiva que no le pertenecía, podía causar un pesar al prisionero que no obtendría contestación de su amada, le escribió una nota devolviéndole la tarjeta y deseándole consola-ción en su cautiverio.

La carta, a lo que se ve, no logró conmover al enamorado preso. Pero en cambio le sugirió a su compañero de celda, Joseph Perryman, la idea de ponerse en contacto con aquella señorita que parecía tener tan buen corazón. El falsificador, que poseía cierta cultura, se sintió capaz de escribir una carta que pudiera interesar a la dama. Y a esa tarea de interesarla y conmovirla dedicó las dos siguientes semanas.

Joseph le decía a miss Moore que a los 28 años no tenía a nadie en el mundo a quien pudiera interesar su vida. Y la otoñal le contestó alentándole, sugiriéndole que acaso fuera de la prisión lo esperaban los brazos de la mujer que pudiera hacerlo dichoso. En su contestación Perryman se mostraba pesimista acerca de la realidad de la fémina que llegara a suspirar de amor por él, pero, seguro ya del terreno que pisaba, le aseveraba a la solterona romántica que su carta había sido como la luz del sol, iluminando la noche en que se hallaba sumida su alma, más negra que su celda.

La correspondencia continuó hasta que Perryman cumplió su condena. Y por entonces habían progresado las relaciones de tal modo, que miss Moore no solamente le envió dinero para el viaje hasta Bellevue, sino también lo suficiente para que se presentara en su pueblo con la indumentaria de un caballero. Margaret había tratado de obtener para su protegido un empleo en la fábrica

La verdadera historia de una pobre mujer que quiso regenerar a un ladrón casándose con él y recibió la muerte a sus manos, como pago a su sacrificio.

## Versión de A. A. R.

de sus hermanos, pero éstos se negaron a darle trabajo a un presidiario, por lo cual tuvo que utilizar sus buenas relaciones para colocarlo en otra casa.

En septiembre de ese mismo año, Margaret y su novio se fueron a Detroit, de donde regresaron casados. Los cuñados del ex presidiario no tuvieron entonces más remedio que emplearlo en la fábrica, en donde, con su inteligencia y buen comportamiento, pronto se hizo digno de la confianza de todos. Era superintendente de la organización, cuando la fábrica se quemó hace cuatro años.

Margaret, siempre enamorada del convicto y decidida a hacerlo prosperar, creyó entonces llegado el momento de establecerlo en un negocio propio y productivo, y al efecto organizó una empresa de seguros y fincas urbanas, de la cual hizo presidente a su marido. Y la estimación que el ex presidiario había logrado para sí entre los vecinos de Bellevue, fué puesta de relieve cuando éstos hicieron a Perryman presidente de la Asociación de Comerciantes del pueblo. Aquel fué un honor del que se sintió halagada la esposa, si bien ella, en su fuero interno, tenía que confesarse que tal honor no era merecido.

Porque lo cierto era que para

lograr que su marido se portara bien, la señora Perryman tenía que ejercer sobre él toda clase de vigilancias, no dejándolo solo ni siquiera para ir a comprar una cajetilla de cigarros.

La pobre esposa había visto con pavor que en cuanto tenía ocasión, su marido se embolsaba tranquilamente cantidades que no le pertenecían. El menor descuido por su parte podía proporcionarle un disgusto serio, incluso el que se supiera que Joseph Perryman era un ex presidiario, cosa que ignoraban en Bellevue.

En esa situación Perryman trabajó conocimiento con una muchacha de 21 años, divorciada y amiga de fiestas, que trabajaba en un bar y a la que llamaban "Boots". La muchacha le brindaba una aventura, pero Joseph tuvo que reconocer que debido a la vigilancia a que noche y día lo tenía sometido su esposa, sus amores con "Boots" eran poco menos que imposibles. Decidido, pues, a salvar el impedimento de su mujer para llegar a un entendimiento con la muchacha, compró una pequeña pistola calibre .22, e invitó a su esposa y protectora a que lo acompañara a inspeccionar una finca rústica que le habían propuesto en venta.

Ya de viaje en el automóvil, ambos se detuvieron ante una ca-

pilla solitaria del camino, con el propósito de orar ante la imagen del Santísimo. Luego, escuchando el cantar de los pájaros, ella le pidió que se acercaran hasta un árbol donde dos pajaritos se hacían el amor, entre gorjeos de alegría.

Perryman confesó después que no fué su intención matarla allí, pero que al meter la mano en el bolsillo en busca del pañuelo, y tocar la pistola, un espíritu malféfico le sopló al oído:—Aprovechate ahora. Esta es tu oportunidad de ser libre.

Su mujer le decía en esos momentos, de espaldas a él:—¿No es verdad que son lindos, Joseph, estos pajaritos? Están enamorados y se quieren, lo mismo que nosotros.

—Sí, sí,—le respondió Perryman mientras colocaba la pistola a la altura de su cabeza, y apretaba el gatillo.

Luego, sin detenerse a comprobar si estaba muerta o no, retornó al automóvil y se dirigió hacia el lugar donde trabajaba "Boots", a la que invitó a acompañarlo en una gira por distintas poblaciones del Estado de Ohio.

La muchacha aceptó alborozada y Perryman, para poder entregarse con más comodidad a hacerle el amor, contrató los servicios de un chófer que guiara la máquina, mientras ellos dos se instalaban en el asiento trasero.

Partieron directamente para Cleveland, y más tarde visitaron Columbus y Toledo. Y en todas partes Perryman pagaba con cheques falsos, pues ésa era una vieja costumbre que no había logrado olvidar a pesar de todos sus años de ciudadano honrado.

En Tiffin, población también del Estado de Ohio, la Policía lo detuvo. El cadáver de su mujer había sido encontrado y al desaparecer él se pensó con lógica que Joseph había sido su asesino. Cuando le encontraron la pistola en el automóvil, confesó su delito, si bien pretendiendo que el crimen fué hijo de un impulso repentino y no un asesinato premeditado.

Luego se quejó amargamente del espionaje a que lo había sometido su mujer, en los siguientes términos:

—No podía salir solo nunca. Siempre ella tenía que ir conmigo.

Cuando empecé a trabajar ella me acompañaba al empleo y me venía a recoger por la tarde, como si hubiera sido un bebé. Y cuando iniciamos el negocio de seguros no se separaba un solo momento de mí en las 24 horas de cada día. La única manera en que podía estar solo, era escapándome de su lado, a su menor descuido. Si hubiera tenido más confianza en mí, tal vez otro muy distinto hubiera sido mi comportamiento.

Pero, según se ha sabido ahora, la pobre mujer tenía motivos para desconfiar del hombre que había querido regenerar haciéndolo su esposo. Perryman, en muchas ocasiones, falsificó la firma de su mujer obteniendo por este medio sumas que la pobre esposa, siempre amedrentada, no se atrevió a rechazar.

Por supuesto, Margaret Moore fué una víctima de su propia tontería. Aquel refrán que dice que "perro huevero, aunque le quemen el hocico", debió conocerlo la solterona, antes de lanzarse a la peligrosa tarea de regenerar a un ladrón...



# Mothersills

Garantiza la comodidad del viaje

## ¡Marie Prevost...

(Continuación de la Pág. 42)

do, roto en mil pedazos, y que los fragmentos pedían la piedad de una sepultura.

¡Ah!... pero ya Hollywood le había vuelto la espalda a Marie Prevost. Hollywood, que rinde pleitesía a la belleza, al talento, al dinero, no podía perdonar el delito nefasto de aquella rara enfermedad que fué cubriendo de grasa informe el cuerpo escultural.

Los que la habían saludado con salvos, en gracia a la maravilla de su escultura, a la belleza de sus líneas clásicas, la llamaron un día "gorda". Término vulgar que ponía fin a una carrera gloriosa.

¿Dónde están el escritor, el filósofo, el sabio que se atreven a pintar dignamente la tragedia, el dolor fiero del alma de Marie Prevost al escuchar aquel término ofensivo, al mirar los ojos clínicos de los directores recorrerle el cuerpo y diagnosticar que su momento había pasado? ¿La carrera? No. No era sólo la carrera de la artista. Era el orgullo, los orgullosos todos de la mujer que sintiéndose aún joven, enamorada de la vida, plétorica de ilusiones, no puede luchar victoriosamente contra una cosa absurda que los médicos llamaban confusamente "metabolismo", y que ella sabía era la desgracia sombría de toda su existencia.

Con el descenso como estrella, comenzó a evaporarse la fortuna acumulada. Hay cosas que el lector no podrá comprender si no conoce a Mollywood. Mientras en los momentos de gloria el artista puede omitir gastos y reducir el lujo de su vida, cuando se presenta la decadencia tiene que hacer un esfuerzo inaudito: vestir mejor, invitar a más amigos; reír indolentemente, para ocultar la caída, en la esperanza suprema de que, manteniéndose en la cima, todavía pueda engañar a alguien y conquistar una migaja. Es la suprema ironía de Hollywood: al caído nadie le da la mano. Al que nada necesita, se le ofrecen todas las ventajas.

Marie Prevost vió cómo su caja iba tornándose anémica y después no contenía más que desilusiones. Y tuvo que volver a los estudios, donde había imperado como emperatriz de la gracia y la elegancia, para pedir, humildemente, cualquier papel; el único posible en los últimos años, fué de extra. Perdida, sin más compañera que su adiposidad agresiva, entre doscientos o trescientas extras más.

Al principio de su decadencia, algunos directores quisieron sacarle partido a su desgracia, y Marie Prevost se vió convertida en el bufón de algunas películas.

Aparecía en papeles de "amiga" curiosa de la estrella. Siempre, irónicamente, trágicamente irónica, sentada frente a espumantes platos que habían de causar náuseas espirituales al considerar que aquellos banquetes óptimos añadían más grasa a sus tejidos en desorden.

Pero ni siquiera aquello duró. Y ya en los últimos tiempos, cuando el dolor se hacía inaguantable y la soledad inaudita, ni de extra la querían.

\*  
Sobre una mesa destartada y sórdida, la Policía encontró un pagaré firmado por Marie Prevost en favor de Joan Crawford, por la cantidad de 110 dólares. Tenía fecha de diciembre último y jamás fué enviado a la actriz en cuestión. Posiblemente Marie no se atrevió a invocar aquella ayuda, que de seguro le hubiera llegado, porque Joan Crawford jamás hubiese cerrado los oídos a esta postrera imploración de una desgraciada compañera. Quizás la última rebeldía del orgullo hizo que Marie determinara morir de hambre antes que declararse completamente vencida.

Los médicos aseguran que el cuerpo de la desgraciada artista no tenía señales de violencia. ¿Quién hubiera, además, querido asesinar a una mujer que hacía tiempo que estaba muerta: muerta del alma, que es una muerte infinitamente más cruel que la muerte del cuerpo?

El pequeño departamento, pobre y desolado, presentaba, empero, un aspecto de desorden. Algunos muebles por el suelo, volcados... algunos trajes casi harapientos diseminados por la estancia...

¿Por qué no?... En los últimos momentos de desesperación, con varios recibos del casero pendientes de pago; con la alacena vacía y el fogón helado, probablemente Marie dió varios puntapiés de impotente rabia a los sórdidos muebles que le hablaban a gritos de su precaria miseria.

La Policía sospechó un suicidio. Pero el suicidio es una teoría absurda en este caso. ¿Es que no la habían matado hacía tiempo la desventura y la indolencia del medio ambiente de Hollywood?... Tirada de bruces en el lecho, se dejó morir. Y el único testigo de su rebeldía primero, de su resignación después, fué Marie, el fiel compañero de miseria. Pero Marie también tuvo sus épocas pomposas. Marie se sentó en cojines de seda, y fué acariciado por las manos de directores que pedían a Marie su concurso en películas, cuando Marie Prevost era la artista hechicera de la pantalla.

Ama y perro habrán comentado muchas veces la inestabilidad de las dichas humanas. Royendo el último hueso de la abundancia, el animal habrá levantado sus ojos hacia el oscuro y trágico semblante de su dueña, consolándola del olvido de los hombres. Ahora, cuando el mal no tiene remedio, Hollywood se sacude en espasmos de sorpresa. "¡Pobrecita!", dice la hipocresía de Cinelandia. Y otros, más filósofos, más conocedores de la raza humana, se encogen de hombros, añadiendo como oración final: "Ya descansó. La adiposidad no la volverá a atormentar,

# ¡Rejuvenece!



Nueva animación... hechizo juvenil... renacimiento del cutis marchito. Con Crema Oriental Gouraud la piel al instante adquiere un sedoso, fascinante tono ebúrneo que dura todo el día sin caerse ni vetearse.

Desodoriza a la vez que embelece. El oxígeno activo neutraliza el olor que emana del cuerpo y ejerce también una eficaz acción curativa y antiséptica que rectifica defectos de la piel.

## CREMA ORIENTAL Gouraud

Obtenga hoy un frasco - en blanco, carne, o rachel. Si no encuentra su matiz en la farmacia, remita el cupón. No se demore... mañana puede ser el comienzo de una nueva belleza para usted! Importante: No se enviará más de un frasco a cada persona.

General Distributors, Inc.  
San Lázaro, 360, Habana.

C-2

Sírvanse enviarme un frasco de Crema Oriental Gouraud. Acompañar 10 cts. en sellos para empaquetado y gastos de franqueo.

Nombre .....  
Dirección .....  
Ciudad .....  
Matiz .....

ni el estrellato le hace falta para nada"... Los cinicos, para acallar el malestar de sus propias conciencias, hacen el comentario único: "Debió guardar para los días malos. Fué demasiado generosa y no supo hacer provisiones. El resultado es lógico: murió de hambre".

Marie Prevost deja recuerdos agradables en muchos corazones. Los que conocimos a la actriz en sus días de gloria, podemos asegurar que jamás usó el estrellato y la fama para cubrir pasiones bastardas. Trabajamos con ella en una película, *La muchacha del "pullman"*. Aunque nuestro papel era insignificante, pudimos apreciar la generosidad de la estrella, pendiente siempre de todos los que colaboraban con ella. Decidí y alegre, incapaz de imponer su voluntad con detrimento de los otros. Lista siempre a un saludable consejo. Sencilla cuando el oro, el armiño y los rasos formaban un cuadro digno de su belleza. Cordial camarada, jamás desdeñó la amistad de los humildes.

Y aquella chiquilla, impecable en su traje de baño, favorita en los estudios de Mack Sennett, que fué elegida más tarde por Ernst Lubitsch para aparecer en *The Marriage Circle* y por el mismo Cecil B. DeMille para otras tantas producciones, yace en el pobre hospital de la Policía, esperando entre algunas ofrendas florales de última hora, el momento en que depositen su cuerpo en la fosa común...

Por todo patrimonio deja a un misero can, en cuyas tristes pupilas está retratado el pavor de aquellas 48 horas en que vivió en íntima comunión con el cadáver de su ama.

En Hollywood sigue corriendo el champaña. ¿Por qué no? Ningún reinado tan frívolo e inestable como el reinado terrenal. El caso de Marie Prevost es un caso más en la historia humana. ¿Cuántas estrellas de hoy, joyosas y omnipotentes, morirán mañana de bruces en un lecho de miseria y dolor?

A menos que esta tragedia de Marie Prevost levante un grito de indignación, una protesta viril en el mismo público que aplaude a las marionetas que le divierten. Que se haga un fondo para protegerlas en el futuro; que los hoy ricos den su óbolo para cubrir el sórdido futuro de la decadencia; que se proteja a los que hacen reír, a los que ponen una pauta en las tristezas de nuestra vida. Que se piense en la posibilidad de una enfermedad que termine bruscamente con la carrera de estas artistas. Hollywood, esplendoroso, embriagado de lujos, plétorico de palacetes, debe sentir el rostro ardiendo de vergüenza al contemplar el cadáver de una compañera que no pudo pagar la renta de su misero cuarto y que no pudo ceder la lumbre en muchos días.

Que se haga algo para evitar que el destino ría como ríe hoy, y que su risa fatídica acompañe,

# KOLYNOS

CREMA DENTAL

iluminará su sonrisa



CARTELES





Cada cucharada de Scott da nueva vitalidad a las madres... favorece una lactancia más nutritiva para el bebé. Y si él también toma Scott, ¡mejor!

**EMULSION de SCOTT**

Rehuse sustitutos. Ningún aceite, emulsión o pastilla tiene las mismas propiedades de Scott.

como himno triunfal, el sepelio de Marie Prevost, una de las últimas víctimas de la despreocupación hollywoodense.

\* Marie Prevost murió el 21 de enero de 1937; su cadáver fué descubierto el día 23 por el doméstico de un vecino.

## La revolución...

(Continuación de la Pág. 65)

del noventa por ciento de ellos tenía malos dientes, el sesenta y nueve por ciento afecciones de la nariz y garganta, y más de la tercera parte adolecía de visión defectuosa, hombros redondos, piernas arqueadas y anemia.

El calcio y el fósforo parecen trabajar de común acuerdo. Un niño ha menester cada veinticuatro horas de la cantidad que bastaría a dos adultos, pero un estudio cuidadoso muestra una común deficiencia de ambos en nuestros alimentos. Su ausencia en los campos ganaderos posee terrible significación, porque cons-

**Marta Andrews**

ESTUDIO DE BAILES ESPAÑOLES

D y CALZADA VEDADO

TELEFONO F-5322

tituye la causa de mayores pérdidas para los criadores.

El hierro es el constituyente esencial de la sangre y no puede ser asimilado a menos que la dieta incluya determinada cantidad de cobre, juntamente con él. Su ausencia o baja cuantía se traducen en anemia.

Cuando el yodo no se halla presente en nuestra corriente circulatoria se afecta la tiroides. El cuerpo humano requiere solamente catorce milésimas de miligramo de yodo al día, mas si de él carece el bocio no tardará en aquejar al sujeto.

Así cada mineral juega su papel en la nutrición, determinando su ausencia dolencias innúmeras.

¿Y no es posible—preguntaréis—incorporar a nuestro organismo estas sales directamente?

No. Por lo menos con duraderos efectos... Han de servir de intermediarios los alimentos, por razones que todavía se ocultan en gran parte al cientista, que no conoce sino cierto aspecto de la función que realizan y aun ésta imperfectamente. La dosificación, por otra parte, haríase punto menos que imposible en la práctica, ya que para la cuantía infinitesimal en que habrían de ser administradas resultarían rudas las más sensibles balanzas de precisión...

Soslayemos, consecuentemente, tal deseo de alcanzar nuestra meta valiéndonos del camino más largo y difícil, y procedamos con sensatez encargando el trabajo a la propia Naturaleza, que ofrece sus minerales en frutas y otros vegetales en estado coloidal a fin de que puedan ser más fácilmente asimilados por nuestro organismo. Bastará, para que cumpla a maravilla tal función, que se los demos cuando carezca de ellos.

\* Desconfiando de los análisis que brindan los libros oficiales, el doctor Northen efectuó por sí mismo los suyos, que difieren grandemente de aquéllos. Tal resultado obedece, según él, a que diez años constituyen un lapso durante el cual—y con mayor motivo si permanecen en explotación—puede alterarse la calidad mineral de un terreno, y los análisis ofrecidos por la Secretaría de Agricultura cuentan más de dos lustros de hechos. Además, los peritos del Gobierno parten del falso supuesto que, habiendo examinado la tierra de una posesión, no necesitan analizar la de otra situada a veinte millas de distancia, siendo lo cierto, expresa Northen, que pueden diferir de modo notable entre sí las sales minerales que ambas contienen.

Aplicando sus enseñanzas ha conseguido extraordinarios ejemplares de naranjas, apios, alcachofas, pepinos, etc., etc., cuya riqueza mineral es tanta como hermosa su apariencia y textura. Del propio modo, mineralizando el suelo del que se obtenían los granos y pastos que alimentaban los animales de su granja, logró más y mejores huevos y más rica leche...

Hoy es considerado el doctor Northen, en La Florida, donde se instalara hace poco para efectuar más intensivos estudios sobre la influencia del clima, la luz solar y los rayos ultravioletas en las existencias vegetal, animal y humana, como un taumaturgo.

Allí estuve a verlo, con un problema entre manos por cierto: el de mi finca, situada en el propio Estado y cuyas tierras traían desconcertados a los más expertos químicos y fertilizadores del país. Y lo conocí. Es un hombre de edad avanzada, dotado de atrayente personalidad; un poco tímido

hasta que su interlocutor toca el tema objeto de sus desvelos: entoncez sus ojos chispean y su palabra corre, pálida y viva, demostrando que posee una mente lúcida y áhita de conocimientos referentes a su apasionante especialidad... *Es, tal vez, el hombre que más cerca está del gran secreto de la vida...*

—¿Es usted químico?—recuerdo que le pregunté.

—No: soy un médico, simplemente; sólo que mi trabajo trájome al campo de la bioquímica y de la nutrición—me respondió.—Y lo hallé tan seductor y amplio que abandoné la práctica de clínica y me adentré en él con enorme interés... Tierras enfermas equivalen a plantas enfermas y hombres y animales enfermos. Continué siendo médico, por tanto, mas de aquéllas, de las tierras, y le aseguro que mi nuevo paciente vale el esfuerzo...

—¿Considera usted que los vegetales de mi finca están enfermos?

—Precisamente. Están deficientemente nutridos, tal que niños anémicos. Como alimentos de poco sirven. Observe los insectos que los atacan, además: otra señal de su debilidad, *porque ha de saber usted que una planta saludable puede y debe resistir las plagas de insectos, al igual que nosotros vencemos a diario los gérmenes patógenos que penetran en nuestro cuerpo.*

—¿Se da usted cuenta de lo que tal punto de vista significa para la agricultura, doctor?

—Enormes ahorros, ya lo sé; productos en mayor cantidad, de mejor calidad y más económicamente obtenidos.

—Me parece algo muy hermoso, pero desde el punto de vista teórico solamente—le repuse;—irrealizable en el terreno de la práctica.

El doctor me contestó mostrándome su archivo. He aquí el caso de un naranjal infestado. El doctor restauró a la tierra las sales que necesitaba y los árboles vigorizaron y se limpiaron solos de los insectos que los atacaban... Otro: hizo crecer juntos tomates y pepinos, unos ejemplares en tierra apta o sana y los otros en tierra inapta o enferma. Pues bien, los bichos atacaron los últimos y respetaron los primeros. Y éstos son dos tomados al azar; que los posee por millares.

—Plantas saludables producen hombres saludables—dice.—Es absurdo esforzarse por formar una raza sana en un suelo que carece de los elementos esenciales de vida. ¿Por qué no trata usted de remediar lo que acontece en su propiedad curando la tierra?

Procedí a hacerlo y los resultados me dejaron estupefacto: a poco había cosechado apios que no tenían rivales en todo el Estado. Los hice analizar y demostraron atesorar dos veces más sustancias minerales que los mejores de otras plantaciones. Aparte esto y merced a su más compacto tejido conservábase mayor tiempo en buen estado, con y sin refrigeración.

Un señor, W. Kincaird, de Niagara Falls, escuchó pronunciar una conferencia al doctor Northen en 1927 y empezó a experimentar por su cuenta con plantas y animales, logrando entre otros verdaderos prodigios que la leche de sus vacas contenga cantidades tales de hierro y de yodo que un solo vaso de ella resulte alimento suficiente para un adulto durante veinticuatro horas.

¿Es o no significativo? ¿Y no resulta descorazonador que, al mismo tiempo que tan trascendente particular, conozcamos por medio del boletín de la

South Carolina Food Research Commission que "en muchas secciones del Estado tres personas de cada cinco y en toda la Unión treinta millones de personas sufren de enfermedades que sólo requieren para su cura la ingestión de alimentos ricos en yodo" sin que se haya hecho nada al respecto?

Una autoridad en asuntos de la nutrición recientemente dijo: "Existe ya, por fortuna, un sistema para terminar con la susceptibilidad del pueblo norteamericano a las infecciones, proveyéndolo, para ello, de alimentos en los que figuren bien equilibradas raciones de hierro, cobre y otros metales. Un organismo que ingiera e incorpore la adecuada dieta mineral puede utilizar estos elementos para inmunizarse contra las infecciones. Dichos minerales habrán de ser adquiridos mediante un solo vehículo, el del alimento, pues las medicinas patentadas, que, según los anuncios de sus fabricantes, los poseen en abundancia, no subsanan tales deficiencias".

El público puede precipitar el feliz desenlace de las gestiones que ahora se realizan de un modo esporádico, fragmentario, ininteligente. ¿Cómo? Demandando calidad en sus alimentos: insistiendo para que los doctores y nuestros departamentos de salud establezcan *standards* de valores nutritivos...

Los agricultores, a su vez, pueden actuar decisivamente, nutriendo sus tierras en un periquete (los minerales en cuestión son baratísimos y su adición al suelo, en forma coloidal, muy simple) y brindando al consumidor frutas y legumbres debidamente equilibradas.

El impulso está dado, gracias a la inteligencia y perseverancia de un hombre: el doctor Charles Northen.

## Donde...

(Continuación de la Pág. 67)

Entonces, Hitchcock (porque él era) volvióse bruscamente y con su mano desenguantada asíó a la bestia por la garganta. El perro cayó bajo aquel apretón mortal y el hombre prosiguió su camino, dejándole sin vida, con el pescuezo roto, bajo el cielo estrellado.

De ese modo, Hitchcock logró aproximarse a la tienda del jefe. Durante largo tiempo permaneció tendido en la nieve, con el oído atento a las voces de los que la ocupaban, esforzándose por descubrir el lugar en que se hallaba Sipsu. Sin duda, eran muchos los que había en la tienda, y los rumores que llegaban hasta él permitían adivinar su gran excitación. No obstante, pudo distinguir a la larga la voz de la muchacha, y fué arrastrándose en torno de la tienda, hasta que sólo estuvo separado de Sipsu por el espesor del cuero de alce. Entonces, cavando una especie de túnel en la nieve, introdujo por él la cabeza y los hombros.

Cuando sintió en el rostro el aire caliente del interior de la tienda, se detuvo y aguardó, con las piernas y la mayor parte del cuerpo afuera. No podía ver nada y no se atrevía a levantar la cabeza. De un lado hallábase un montón de pieles, que reconoció por el olor: no obstante, se aseguró de ello con precaución, tocándolas. Del otro lado, su mejilla rozaba un traje de pieles que él sabía que cubriría un cuerpo. Debía ser Sipsu. Hubiera querido que volviera a hablar, pero costara lo que costase, había que obrar. (Continúa en la Pág. 74)



# SECCION de "La Madrecita". Niños

"LA MADRECITA" DICE QUE...  
LA ALEGRÍA DEL CARNAVAL

QUELLA noche de Carnaval toda la familia de Perínez estaba reunida en el hogar de los abuelos Eran catorce en total, incluyendo a los tres más pequeños, y que eran los más revoltosos. Se hallaban cenando a la mesa y discutían, tratando de buscar el sitio más conveniente para pasar la noche.

—Yo creo que podríamos ir a bailar—dijo Pedro, que estaba soltero, y apenas tenía veinte años.

—O si no a alguna playa cercana, para respirar aire puro y llevar algo para comer.

—O alquilar un automóvil y pasear por toda la ciudad hasta las cinco de la mañana.

De más está decir que no se ponían de acuerdo. Hasta que al fin el abuelo, que tenía casi ochenta años de edad, habló:

—Yo ya estoy viejo para todas esas cosas, y si ustedes se van, no me quedará otro remedio que quedarme aquí, solo con la abuela, mientras ustedes se divierten. ¿Por qué no nos quedamos todos? Yo he comprado unos bonetes, pitos, matracas y cornetas, y podemos divertirnos en grande.

Al principio la idea no gustó mucho. Los jóvenes querían salir a bailar. Pero como una de las parientas sabía tocar el piano, todo cambió. Y así empezó la algarabía.



—¡Viva el Carnaval!—gritaba el abuelo.

—¡Vivaaaaa!  
—¡Viva la juerga!  
—¡Vivaaaaa!

Los que más se divertían eran Julia, María y Paquito, tres nietos que chillaban a más no poder. Tuvieron que convidarlos con bombones y refrescos para que se quedasen un poco tranquilos y dejaran divertirse a los demás.

—¡A bailar! ¡A bailar!  
—¡Música!

Y a los acordes del piano todos empezaron a bailar, mientras los gritos de los chicos y las risas de los mayores apenas si dejaban escuchar la música.

Y así transcurrió aquella feliz noche de Carnaval en la casa del

abuelo, donde todos, grandes y chicos, encontraron una alegría que no esperaban. Naturalmente, a partir de aquella vez, todos dijeron que cualquier fiesta, en lugar de salir, la pasarían allí, donde tenían la alegría asegurada. Y fué de esta suerte que los jóvenes comprendieron que la felicidad y la alegría están siempre allí donde se pone cariño y entusiasmo, y, sobre todo, si el lugar elegido es el propio hogar.

### CONTESTANDO A LOS NIÑOS

**M<sup>a</sup> CARIDAD C. DE BERNAL, Cienfuegos.**—Mucho siento que su hijito no esté premiado. El nombre de él apareció en la lista de los niños premiados en el concurso del Club Náutico de Marianao y usted confundió el concurso. Espero que este año se aplique y me envíe durante todo el tiempo sus trabajos solucionados, para que obtenga un premio.

**LOLITA MARRERO.**—Muy contenta por tenerle como hijita entre mi querido pueblecito infantil que ya tiene mucho de gran capital por lo numeroso de los habitantes. Espero tus trabajos ingeniosos y que seas muy aplicada.

**AURORA RODRÍGUEZ, C. Chaparra.**—Mucho siento, mi querida nena, que no te encuentres bien de salud, pero eso no importa para que poco a poco puedas hacer un pequeño esfuerzo y enviarme tu colaboración, que siempre será para mí interesante. No te desanimes. Cuenta con mi cariño.

**CONCHITA ABREU GUADARRAMA.**—Puedes enviarme tu colaboración, que si está correcta, saldrá; si no, no te desanimes y envíame siempre tus cosas.

**JULIETA MARTÍNEZ, central Josefitita.**—Para hacerle hijita mía y que te quele mucho, nada más tienes que hacer lo siguiente: enviarme todas las semanas los trabajos solucionados y además hacer trabajos ingeniosos, inventados por ti. Temas de composición de lo que se te ocurra, dibujos hechos con tinta china, si quieres que los publique en estas páginas. Esto te bastará para que ingreses como hijita querida.

**CUCA HERRERO, Manzanillo.**—Mi dirección es la siguiente: "Para "La Madrecita", revista CARTELES, Infanta y Peñalver, La Habana" Ten la seguridad de que las cartitas dirigidas así no se pierden nunca. Espero las tuyas frecuentemente.

**OLGA ESQUIROL, Camagüey.**—Para publicar dibujos tienes que hacerlos con tinta china. Siento que no hayas sido premiada, pero mía no es la culpa. Envía este año siempre los trabajos y

verás que al final, si tienes desde 700 puntos, serás premiada.

**RENE DEL CIELO.**—No te he enviado tu regalo del año, porque no me han traído aún las cámaras. Tengo que entregar unas cuantas y tan pronto las reciba cuenta con la tuya. Te felicito por tus éxitos como escritor. Ya los veo y me pongo muy contenta. Sigue laborando que llegarás al éxito grande.

**BENITO BERNAL, Cienfuegos.**—Ya le explico a tu mamita lo que pasa. Ahora espero que te apliques este año y no me falten nunca tus trabajos, para poder premiarle.

**ARMANDITO PÉREZ ROMEU, Santa Clara.**—Tu colaboración debe ser buena, porque por tu cartita veo que eres inteligente. La espero todas las semanas.

**CARMITA VALLS.**—No estés triste, ni tu hermanita tampoco. Se los prohíbo. Envíenme ambas lindos trabajos correctos, y saldrán por su turno.

**HIJITOS NUEVOS DE LA SEMANA.**—Luis Pazo; Aida H. Curbelo, Omaja; Conchita Abreu, S. Spiritus; Antonio Rodríguez Patón; Inés Nos; Zulueta; M<sup>a</sup> Aurora Collar García; Alicia A. Peña, Cienfuegos; Gladys González Adiel; Eva Sainz; Martha Guardia, S. de Tánamo; Aida Ríos, Cunagua; Raquel A. García, C. Palma; Carmelito Vilches, Bejuca; Emma E. Pujals, S. de Tánamo; Silvia Meso Sotolongo; Alba Bárcena; Eduardo Santiesteban; Raúl Bufill Queral, Puerto Padre; Marina Mattos, C. Hershey; Rodolfo Mola, Camagüey; Ondina Lastres, Cascorro; Hilda Mola Maresma, Camagüey.

### NIÑOS PREMIADOS

Cámara fotográfica: Lourdes Zamora, Medía Luna.  
Jabones Catarineu: Luis Pimentel, Camagüey.  
Acuarela: M<sup>a</sup> Rosa Hecheverría.  
Beneficencia: Martín Pedroso.

### IMPRESIONES DEL DÍA 16 DE NOVIEMBRE

Por el niño **FÉLIX MARTÍNEZ**, 12 años, Tercer Grado.

EL SIGUIENTE trabajo apareció en la revista infantil *Mi Colonia*, de Santa Clara.

"Hoy, cuando me levanté, sentí un poco de frío; después salimos al patio para hacer el caracol y empezamos a correr para que se nos quitara el frío. Cuando terminamos de desayunar salimos hacia una huerta; en el camino encontramos un maíz y más adelante un bohío cerca del cual había un campesino con un arado sembrando tabaco, y el señor le dijo que si le podía regalar unas cuantas posturitas, y él dijo que sí, que con mucho gusto, y entonces yo le dije que por qué no las recogíamos a la vuelta, para que no se nos marchitaran con el sol, y así lo hicimos.

Cuando llegamos a la huerta, los chinos no quisieron dejarnos entrar y fuimos a la de al lado, que es del chino que lleva la lechuga a la colonia. Este nos recibió muy contento. Allí había un chino viejo que a mí me dió mucha lástima con él porque trabajaba mucho.

Después vimos cómo se cultivaba el berro, y también pudimos ver los sembreros de lechuga; estaban en varios cancheros que lucían muy bonitos, y me gustó mucho cómo trabajan los chinos.

Al regresar, el campesino le dió al señor las posturas que tan pronto llegamos a la colonia sembramos en nuestra huerta. Corriendo fuimos a lavarnos las

manos porque oímos la campana que nos llamaba para almorzar.

Por la tarde, después de hacer el reposo yo me puse muy contento, porque me mandaron a regar los cocoteros, las matas de cedro y las matas de mango. Cuando terminé, me puse mucho más contento porque el señor nos iba a enseñar un juego nuevo; me gustó más que ninguno. Las muchachitas jugaron con nosotros y todos lo aprendimos muy bien. El señor nos dijo que le puséramos nombre y nosotros le pusimos "Botellas en círculo". El nos explicó después que esas botellas se llamaban masas.

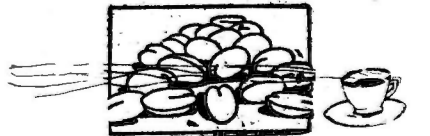
Cuando nos bañamos hicimos la composición del paseo a la huerta. Por la noche el señor nos leyó un cuento muy gracioso, que se llama *Meñique*".

### LO QUE IGNORAN LOS NIÑOS ROBINSON CRUSOE

Este famoso libro de aventuras que todos nuestros amiguitos han de conocer, seguramente, tiene, además de sus méritos literarios, una curiosidad que muchos ignoran. Fué la primera novela que se publicó como folletín en un diario. Este era inglés, y las aventuras de Robinson hicieron las delicias de los lectores desde el 7 de octubre de 1719 hasta el 17 de octubre de 1720.

### EL CONSUMO...

...del café ha aumentado notablemente en todo el mundo, lo que favorece a la enorme producción actual, a cuya cabeza mar-



cha el Brasil con unas tres cuartas partes, siguiéndole Colombia, Venezuela, San Salvador, Guatemala, Costa Rica, Cuba y Nicaragua.

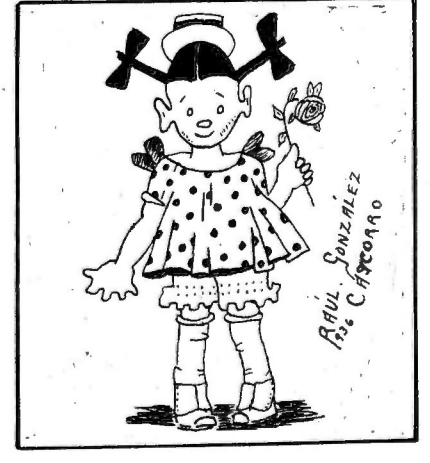
### GEÓFAGOS



Se da este nombre a las personas que comen tierra, como ciertos indígenas del Orinoco, que se alimentan con una arcilla especial.

### CURIOSIDAD GEOGRÁFICA

En los Andes fueguinos no existe ningún volcán.





# MARINOL Para sus niños

## Donde . . .

Oía al jefe y al doctor-brujo hablar en alta voz, en tanto que en un rincón distante, alguna criatura hambrienta gemía antes de dormirse.

Volviéndose de un lado, Hitchcock levantó prudentemente la cabeza y escuchó la respiración: era la de una mujer. Iba a arriesgar el golpe. Se apretó suavemente, pero con firmeza, contra ella, y la sintió sobresaltarse a su contacto; tornó a esperar y, bien pronto, una mano que tanteaba se posó sobre su cabeza y descansó sobre sus rizados cabellos. Un momento después, la mano hizo girar su rostro y sus ojos tropezaron con la mirada de Sipsu.

La muchacha estaba muy tranquila. Cambiando de posición sin ostentación, colocó el codo sobre el montón de pieles, apoyó en él su cuerpo y extendió su parka de manera que le disimulara por completo. Luego, fingiendo siempre un ademán maquinal, se inclinó sobre él para permitirle respirar por entre su brazo y su pecho. Bajó entonces la cabeza y acercó su oído a los labios de Hitchcock.

—En cuanto se presente la ocasión—murmuró éste,—sal de la tienda y parte a través de la nieve en dirección del viento, hasta el bosquecillo de abetos, en la curva del arroyo. Allí encontrarás mis perros y mi trineo preparados para la pista. Esta misma noche bajaremos hasta el Yukon, y como tendremos que darnos prisa, agarra por el pelo del pescuezo todos los perros a que puedas echar mano y llévalos hasta el trineo.

Sipsu sacudió la cabeza nega-

tivamente; pero sus ojos brillaron de alegría y orgullo ante aquella gran prueba de cariño. Mas, como todas las mujeres de su raza, estaba acostumbrada desde su infancia a obedecer al hombre, y cuando Hitchcock le hubo reiterado la orden de partir, aunque no respondió nada, él sabía que su voluntad era la ley para ella.

—No te ocupes de los arreos de los perros,—añadió él disponiéndose a alejarse.—Te esperaré, pero no pierdas el tiempo. La luz espanta las tinieblas y éstas no se demoran por complacer al hombre.

Media hora después, golpeando la nieve con sus suelas y azotándose los costados junto al trineo, él la vio llegar tirando con cada mano de un perro recalcitante. Sus propias bestias acogieron su llegada con furor, hasta el extremo de que se vio preclisado a golpearlas con el mango de su látigo para tranquilizarlas. El viento soplabla hacia el campamento indio, y temía por ello todo ruido que pudiera traicionar su presencia.

—Engánchalos en el trineo,—ordenó cuando ella hubo enjaezado las dos bestias.—Pon mis conductores a la cabeza.

Pero no bien les había ella enjaezado, cuando sus dos perros, desposeídos de su lugar acostumbrado, se precipitaron sobre los de Hitchcock, y aunque éste trató de hacerlos callar a culatazos, produjeron un escándalo que resonó en el campamento dormido.

—¡Ahora vamos a conseguir todos los perros que queramos!—

(Continuación de la Pág. 72)

observó el hombre con salvaje resolución, cogiendo un hacha colocada entre las correas del trineo.—¡Enjaeza todos los que te envíe, y al mismo tiempo, vigila el tiro!

Avanzó algunos pasos y aguardó entre dos pinos. La carrera de los perros del campamento perturbaba ya la tranquilidad de la noche. Los acechó: un punto negro, que crecía a simple vista, adquirió forma sobre la misteriosa extensión de nieve. Era un explorador de la trailla, que corría con el vientre pegado a la tierra y que, según la costumbre de los lobos, aullaba señalando a sus compañeros la dirección a seguir.

Hitchcock se mantenía en la sombra, y cuando el perro llegó a donde se encontraba, se inclinó rápidamente, lo asió al vuelo por las patas delanteras y lo hizo rodar sobre la nieve. En seguida le asestó un golpe detrás de la oreja y se lo arrojó a Sipsu.

Mientras esta se apresuraba a enjaezarlo, Hitchcock, a hachazos, le impedía el paso a los otros perros, hasta que una masa peluda, de ojos relucientes y formidables colmillos blancos, surgió sobre la cresta. Sipsu no perdía un segundo. Cuando hubo terminado, Hitchcock dió un salto hacia adelante, agarró y aturdió otro perro y se lo arrojó. Dos veces más repitió la operación, y cuando una fila de diez perros que gruñían estuvo enganchada al trineo, gritó:

—¡Ahora son suficientes!

Pero en el mismo instante, un indio joven de la tribu se deslizó ligeramente por entre los perros y, rechazándolos a derecha e izquierda, trató de forzar el paso. La culata del revólver de Hitchcock le hizo caer de rodillas primero y de lado después. El doctor-brujo, que llegaba a toda carrera, fué testigo de la escena.

Hitchcock le ordenó entonces a Sipsu que partiera. A su agudo grito de "¡Marcha!", las bestias precipitáronse en línea recta ante ellas, a tal extremo, que los violentos saltos del trineo estuvieron a punto de hacerle perder el equilibrio a la muchacha.

Sin duda, los dioses estaban irritados con el doctor-brujo, porque en ese mismo instante le colocaron sobre la pista. El perro guía, cruzando sobre sus raquetas, le hizo caer, y los nueve perros siguientes, así como el trineo, le pasaron por encima. Se levantó en seguida, no obstante, y los acontecimientos hubieran podido desenvolverse de modo muy distinto, si Sipsu, asestando latigazos hacia atrás, no le hubiese cegado.

Hitchcock llegaba corriendo a toda velocidad para unirse a la muchacha, y cayó sobre el brujo que, todavía aturdido por el dolor, permanecía en medio de la pista.

Cuando aquel teólogo primitivo regresó a la tienda del jefe de la tribu, había aumentado sus conocimientos en cuanto a la eficacia del puño del hombre blanco.

Por ello, cuando usó de la palabra en el Consejo, los englobó a todos en el mismo odio.

—¡Arriba, haraganes! ¡Arriba! El desayuno estará listo antes de que se hayan calzado.

Dave Wertz echó a un lado la piel de oso, se irguió sobre su yacija y bostezó; Hawes, desmereándose, advirtió que se había torcido un músculo del brazo y se lo frotó, medio dormido aún.

—Me estoy preguntado dónde habrá dormido Hitchcock anoche,—dijo cogiendo sus mocasines, rígidos a causa del frío.

Y en calcetines, se encaminó prudentemente hacia el fuego con el fin de deshelarlos.

—Lo mejor que ha hecho es irse,—añadió.—Pero, de todos modos, ¡qué gran trabajador!

—Sí... pero demasiado autoritario. Era su defecto. Es una lástima para Sipsu. ¿Creen ustedes que se interesaba mucho por ella?

—No lo creo. Cuestión de principios: nada más. Le pareció que el sacrificio era injusto, y en realidad, no estaba descaminado; pero nosotros no tenemos por qué mezclarnos en semejante historia y hacernos barrer de la llanura antes de que acabemos.

—Los principios son siempre principios y a veces son buenos; pero vale más dejarlos en casa cuando uno sale para Alaska. ¿No es cierto?

Wertz había ido a juntarse con su compañero y ambos ocupábase en devolver su flexibilidad a sus helados mocasines.

—¿Crees que habríamos hecho bien mezclándonos en ese asunto?

Segismundo sacudió la cabeza. Estaba atareado: un chorro de espuma acababa de brotar de la cafetera y el tocino necesitaba una vuelta. Además, pensaba en la muchacha de ojos espejeantes como las ondas al sol y canturreaba suavemente.

Sus camaradas cambiaron una sonrisa y callaron. Aunque eran más de las siete, aun debían esperar tres horas la aparición de la luz. La aurora boreal había huido del firmamento, y el campamento semejava un oasis de luz en medio de las tinieblas. En aquella claridad, las siluetas de los tres hombres destacaban nitidamente.

Alentado por el silencio, Segismundo alzó la voz y entonó la última estrofa de la vieja canción:

*Cuando las uvas hayan madurado...*

En el propio instante, una estruendosa fusilada desgarró la noche.

Hawes lanzó un hondo suspiro, hizo un esfuerzo por levantarse y se derrumbó. Wertz cayó sobre el codo, con la cabeza inclinada; pareció asfixiarse y una oleada negra brotó de su boca. Y Segismundo, el hombre de la cabellera de oro, con la garganta todavía vibrante de la canción, alzó los brazos y se abatió sobre la hoguera.

El doctor-brujo tenía los ojos seriamente estropeados, y esto, en verdad, no contribuyó a hacerle complaciente, porque riñó con el jefe por la posesión del fusil de Wertz y descontó del saco de la harina una parte mayor que la que le correspondía. Además, se apropió de la piel de oso, lo cual ocasionó murmullos entre los hombres de la tribu. Finalmente, intentó matar el perro que la muchacha de los ojos azules le había regalado a Segismundo; pero el animal escapó y el brujo cayó en el pozo y se deshizo medio hombro contra el cubo.

Cuando el saqueo del campamento estuvo consumado, los indios regresaron a sus tiendas y hubo gran regocijo entre las mujeres. Poco después, un rebaño de alces apareció sobre las alturas, del lado del sur, y fué abatido por los cazadores. El doctor-brujo vió crecer su renombre, y los hombres de la tribu cuchicheaban entre sí que se le concedía la palabra en el Consejo de los dioses.

Pero más tarde, cuando todos hubieron partido, el perro de ganado se acercó al campamento y durante toda una noche y todo un día aulló a la muerte.

Luego desapareció. Y no pasaron muchos años sin que los cazadores indios observaran un cambio en la raza de los lobos de la comarca: lucían manchas de colores claros y abigarrados, como ningún lobo las había presentado hasta entonces.



¡Doradas y crujientes hojuelas de flor de maíz—basta verlas para despertar el apetito! Sólo el Kellogg's Corn Flakes tiene ese sabor tan rico como inimitable, superior a todo otro alimento cereal.

Los niños lo comen con de-

leite a cualquier hora. Puede dejarles comer cuanto quieran. Es exquisito con leche fría.

Rechace las imitaciones

Exija el Kellogg's—siempre tan fresco como salido del horno de tostar.

**Kellogg's CORN FLAKES**

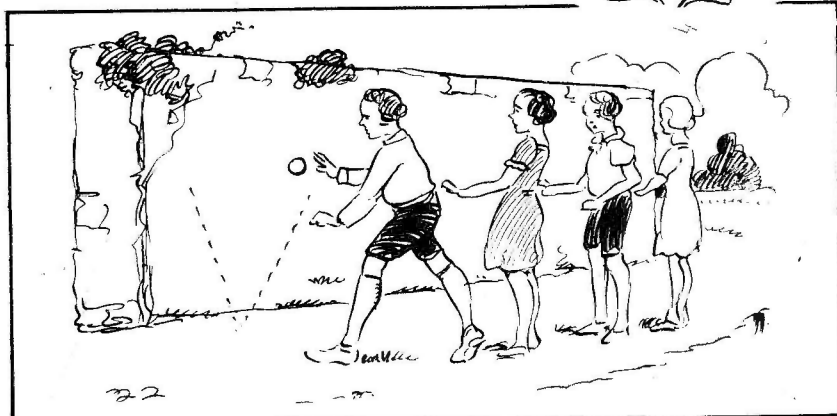
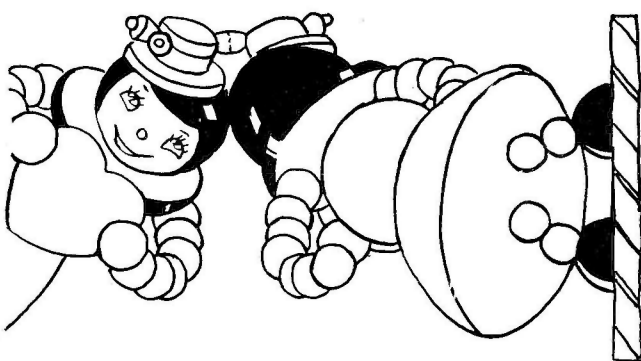
405

LO MÁS BENEFICIOSO EN CEREALES

# ACION DE LA MADRECITA NIÑOS



UN JUEGO INTERESANTE



Frente a una pared, a una distancia de dos metros de ella, colóquense los jugadores. El primero, que tiene una pelota de goma en la mano, la arroja al suelo dándole un impulso en forma tal que rebote, pegue en la pared, rebote de allí y sea nuevamente recogida con la mano por el mismo jugador. Ahora bien, al ser despedida la pelota, el jugador que la arroja debe decir A; cuando pega en el suelo, B; cuando pega en la pared, C, y cuando vuelve a ser recogida con la mano, CH; hecho esto, vuelve a arrojarla y continúa nombrando las letras del alfabeto. Cuando por cualquier motivo no logra apresar la pelota, entonces le toca el turno al otro jugador. Aquel que más letras continuadas logre nombrar será declarado vencedor.

## PASATIEMPO

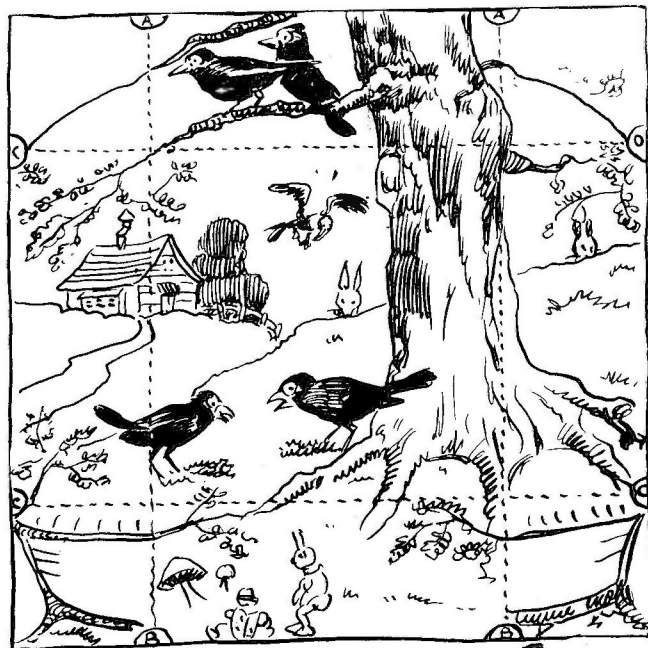
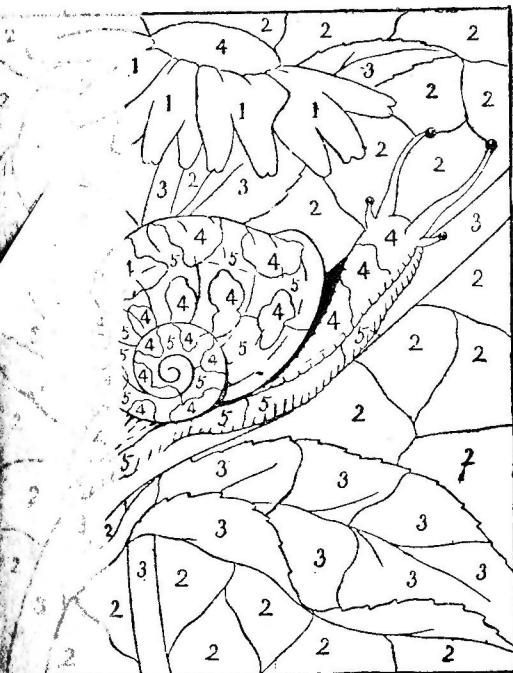
Este es un trabajo muy interesante que harán mis niños con mucho cuidado. Peguen la muñeca en una cartulina y le dan color. La muñequita se puede parar si la cartulina es doble. La figura está completa porque tiene la parte de atrás que la pegarán por la cabecita. Los que me presenten mejor hecho este trabajo entrarán en el sorteo de los tres regalos siguientes: una cámara fotográfica, una acuarela completa y un retrato ampliado a 12 por 16, iluminado al óleo, hecho en la fotografía Lorens, de Obispo, 113. También hay un premio de jabones Catari-neu. Los niños de la Beneficencia también tomarán parte en este concurso y estos premios.

## PARA DIBUJAR

Pinten los niños cada número de un tono distinto y verán qué bonito efecto de colores. Los que logren mejor combinación tendrán de premio 6 puntos.

## DOS DIBUJOS EN UNO

Esta escena que ustedes ven aquí puede convertirse de improviso en otra muy diferente si hacen lo que les digo. Recorten el dibujo, dóblenlo por la línea de puntos marcada con la letra A, haciendo que ésta se encuentre con la B. Después, doblen por la C, haciendo que ésta se encuentre con la D. Entonces verán ustedes un objeto muy estimado a fines de año. Los solucionistas tendrán 5 puntos.



as de grandes patricios:

# MARTÍ

por Rodolfo



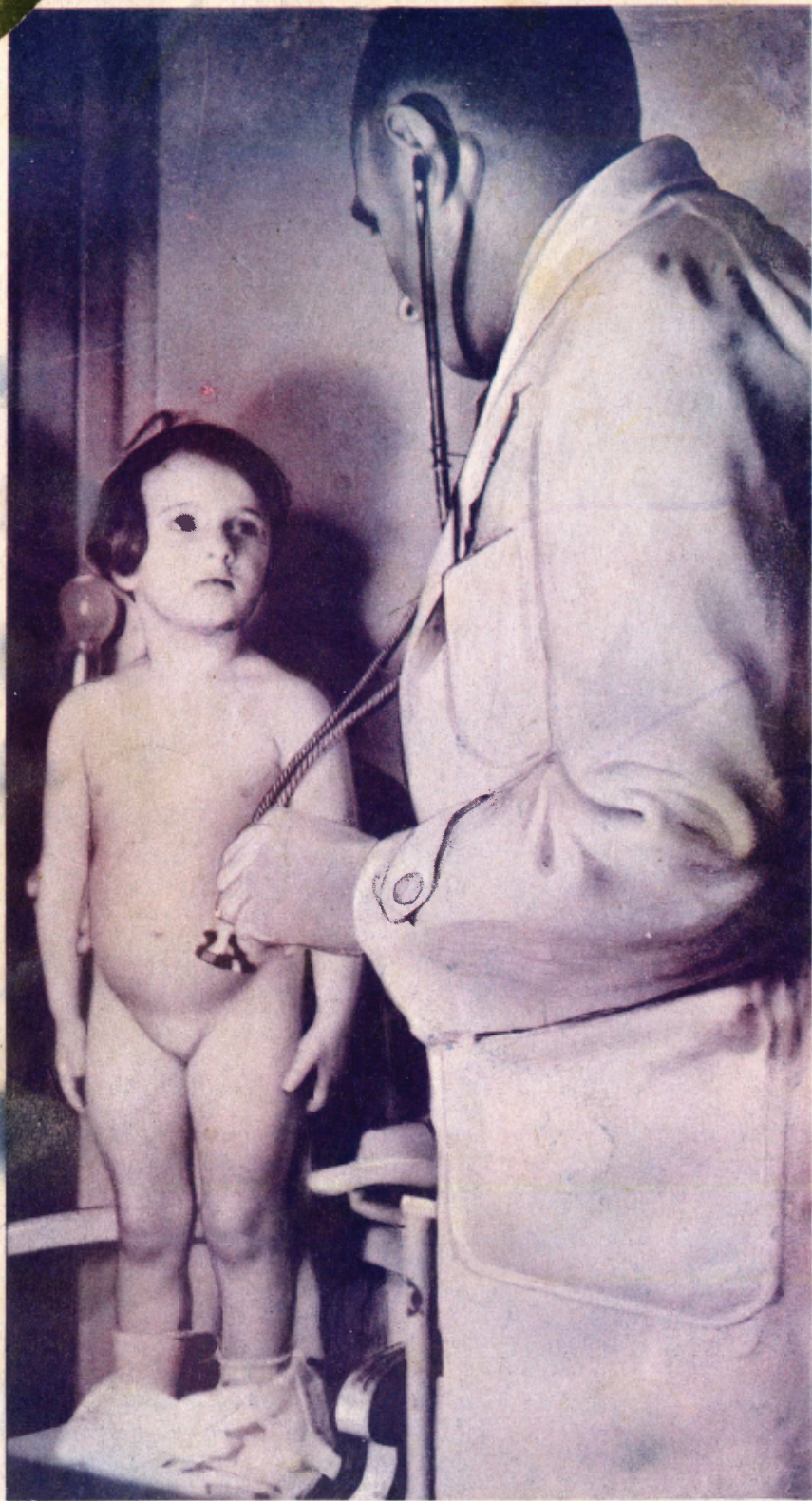
siguiente consultó a los dirigentes de la Colonia sobre la idea de aumentos cubanos, que fué bien por la noche en el Liceo dijo, se a los estudiantes fusilados en por sobre la hierba amarillenta en torno al tronco negro de los todos los racimos generosos de los nuevos. Eso somos nosotros: ¡pinos nuevos!"

Quiso seguir ganándose a las masas. Visitó los "chinchales", las casas pobres, los negros. Fundó la Liga de Instrucción de Tampa, similar a la de Nueva York. Cuando se dispuso a marchar, los cubanos celebraron en el Liceo una velada de despedida. Una niña le entregó una pluma y un tintero, regalo de los emigrados. Cuando Martí empezó a hablar, le temblaba la voz.

Cuatro mil personas le siguieron luego hasta la estación del ferrocarril, a donde llegó entre música, estandartes y estruendos vivos. Cuando llegó a Nueva York, leyó en el "Yara de Cayo Hueso" un suelto, en el que se insinuaba que el Cayo no debía ser menos que Tampa. Un grupo de jóvenes lanzó la idea de "traer a Martí". Pero no tuvo buena acogida entre la gente veterana.

A pesar de ello, los muchachos no desistieron. Pidieron de puerta en puerta para costear el viaje. "Tengo dinero para comprar rifles, no para pagar discursos", les dijo un cubano acomodado. Otros no querían "dejarse explotar por un buscavidas". En dos semanas, sin embargo, el grupo reunió lo suficiente. Cuando Martí llegó, una enorme muchedumbre lo recibió en el muelle.





*No hay novedad...*

El Doctor ha prescrito el

**JARABE "ROCHE"**

y todo está de nuevo perfecto!



El JARABE "ROCHE" cura rápidamente:

la tos, los catarros, la  
bronquitis, la gripe,  
los resfriados.

Es absolutamente inofensivo y puede administrarse a los niños sin temor.



Es un maravilloso medicamento  
contra las **diarreas** y las **infecciones  
intestinales**.

**JARABE "ROCHE"**

DE THIOCOL

**EL JARABE "ROCHE"**

fortifica y descongiona los pulmones,  
suprime la tos, fluidifica las secreciones,  
facilita la expectoración, y combate los  
microbios de la **Tuberculosis**.

De venta en todas las Farmacias y Droguerías.

**F. HOFFMANN-LA ROCHE & Cie., París.**



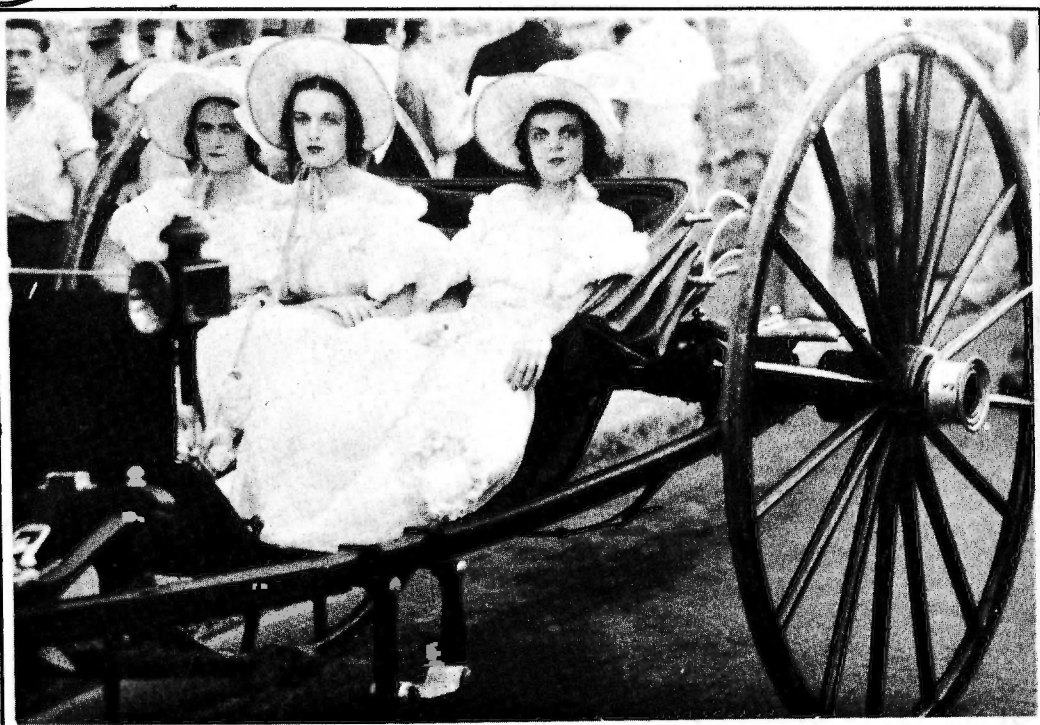


# EL CENTENARIO DE GALIANO Y S<sup>AN</sup> RAFAEL.

El sábado 6 se efectuó el desfile de las fiestas del Centenario de las calles de Galiano y San Rafael, ante una concurrencia enorme. Las fotografías de esta página recogen algunos de los aspectos más interesantes del desfile.



*D. Quijote y Sancho Panza*



*La volanta*



*El quitrín*

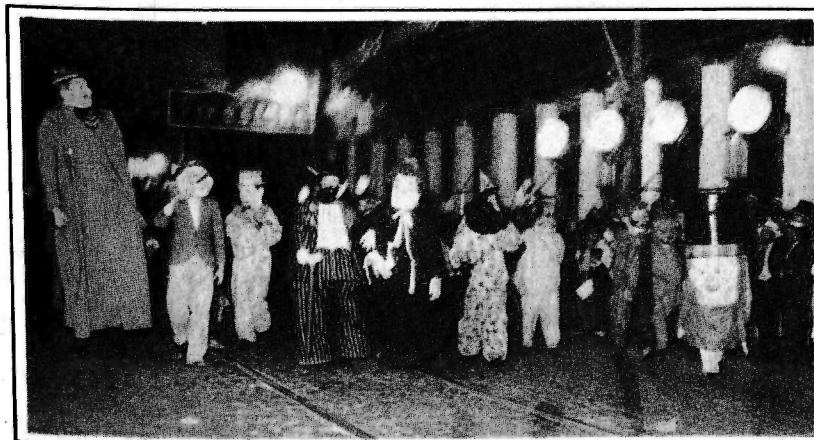


*El "ricksha"*



*El factón*

*(Fotos Funcasta).*



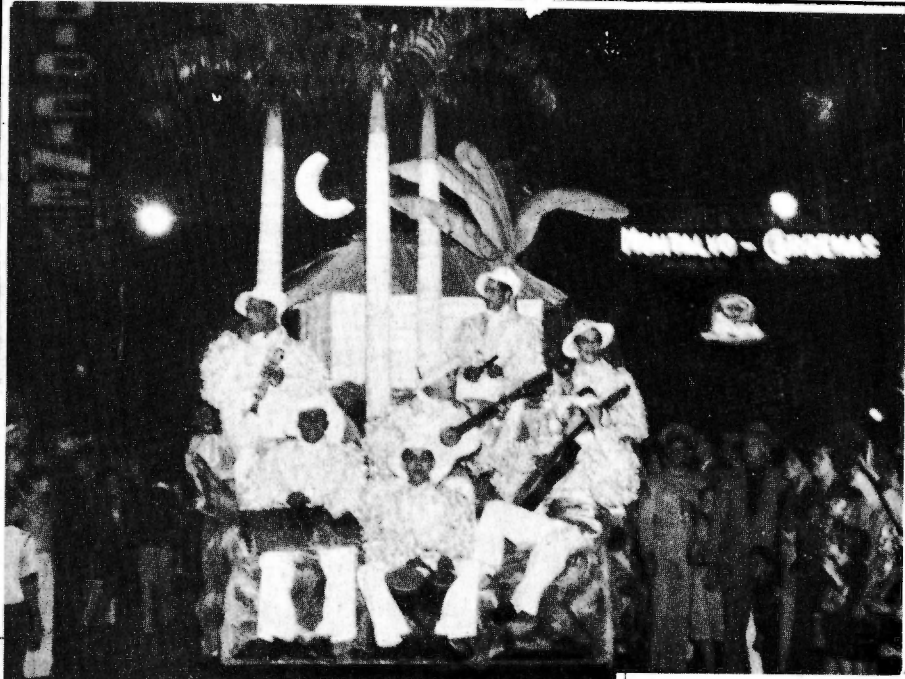
*El desfile de los gigantes y cabezudos.*



*Vistiendo trajes típicos, desfilan los niños de la Casa de Beneficencia y Maternidad.*



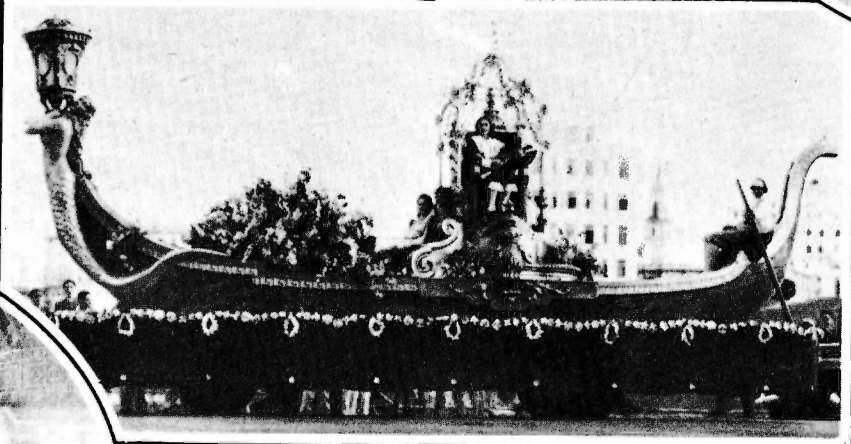
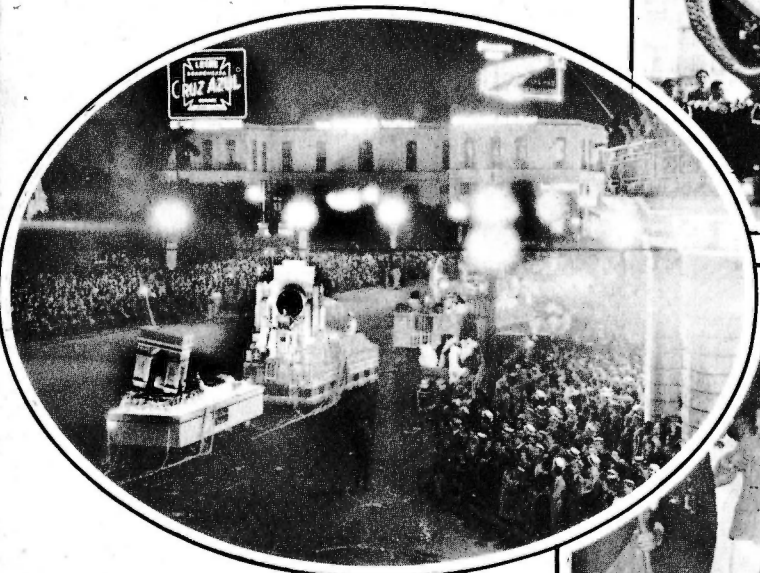
# LOS ALEGRES CARNAVALES



La carroza de la Cervecería "La Tropical", que es muy cubana, sencilla y artística, exponiendo el hogar del campesino, un dúo cantando guajiras y un son tocando música criolla.



El desfile de las carrozas frente al Parque Central, donde había miles de personas.



La góndola, una de las más bellas carrozas del desfile.

(Fotos Funcasta).



Un grupo de bailarines.



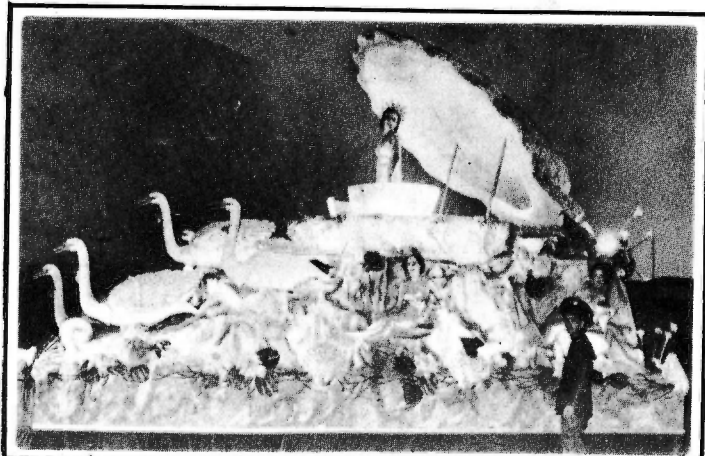
Un detalle de las comparsas que pusieron su nota típica y popular en el primer domingo de Carnaval.



La carroza de la Asociación Nacional de Industriales.

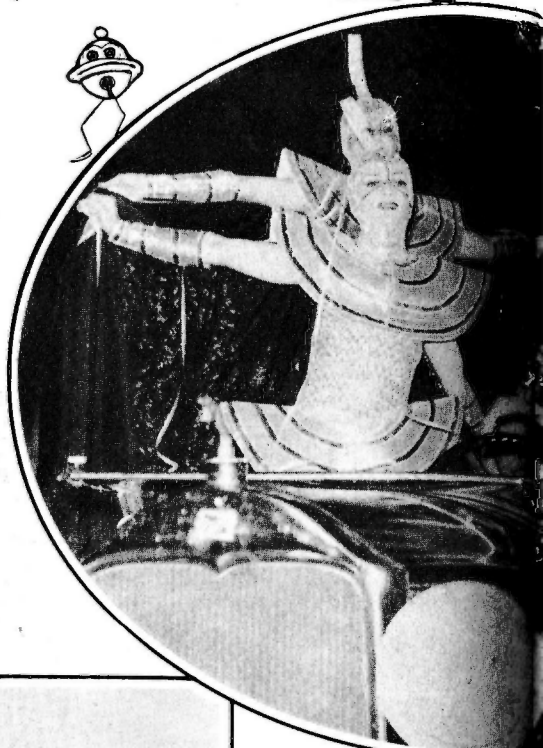


Una alegre comparsa típica que recorrió las calles, dando al paseo una nota de originalidad y de color.



La carroza de la Shell-Mex.

La carroza de la Asociación de Comerciantes de Neptuno.





# DE LA HABANA



orientales, notablemente ataviadas.



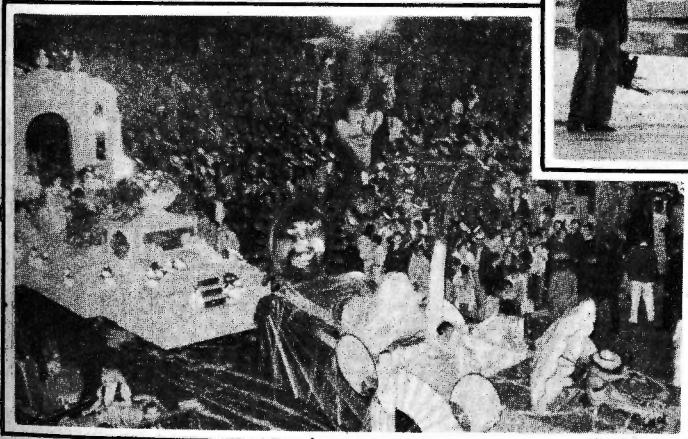
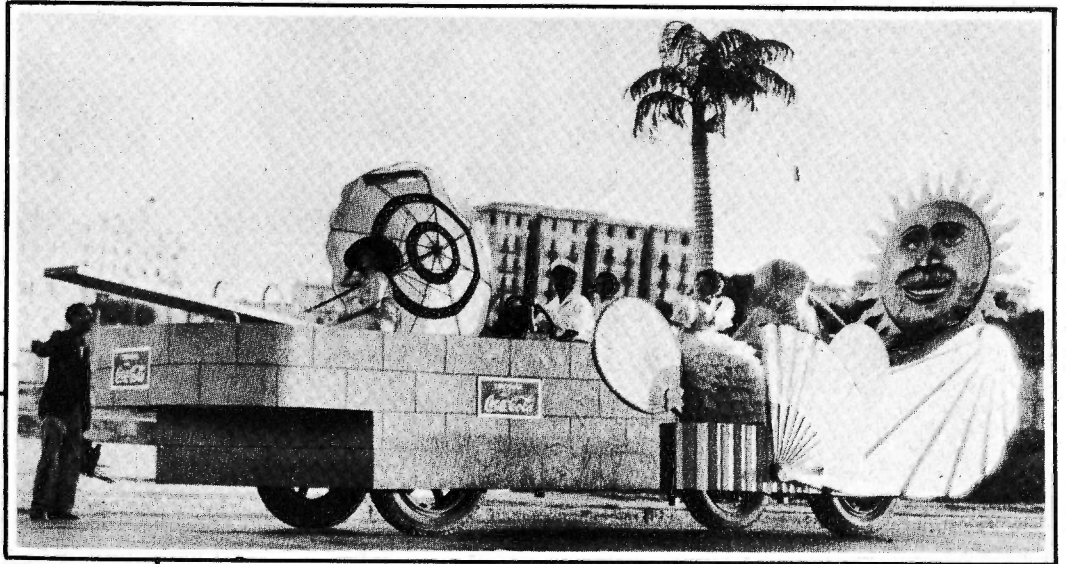
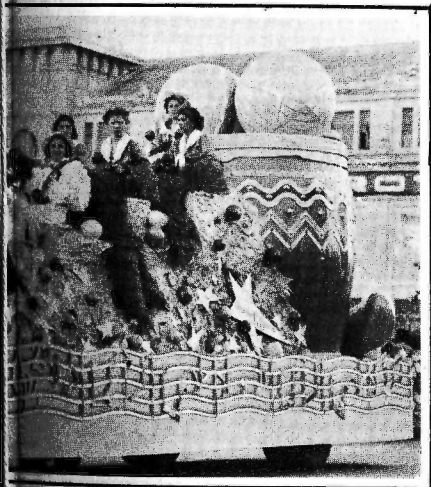
La carroza de CARTELES.



La carroza de La Estrella



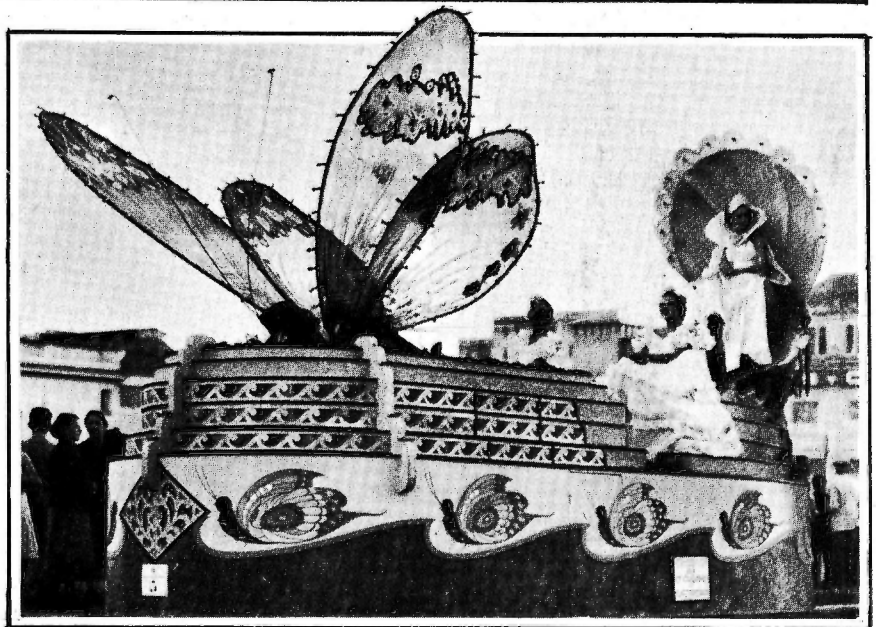
La carroza de la Coca-Cola.



Un aspecto del paseo en la esquina de Prado y Neptuno, a la hora de máxima concurrencia.



La carroza de la Compañía Cubana de Electricidad.







# EL CENTENARIO DE GALIANO Y SAN RAFAEL

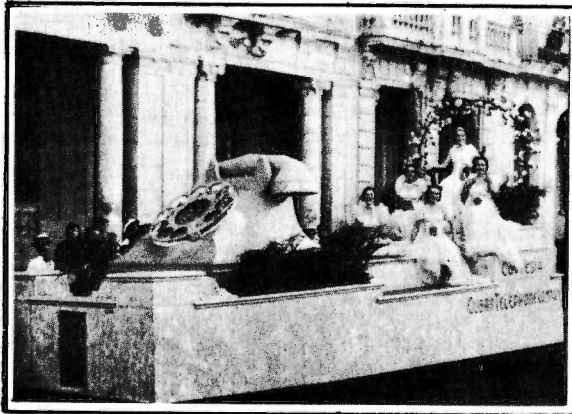
En el desfile del Centenario de Galiano y San Rafael, celebrado el sábado 6, tomaron parte numerosas carrozas. En esta página presentamos a nuestros lectores algunas de las que llamaron la atención del público.



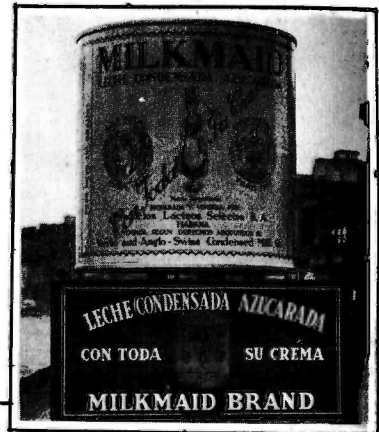
"Mi Bohío", la carroza de "La Tropical", que llamó mucho la atención.



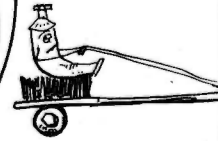
La carroza monumental de la casa Bacardí.



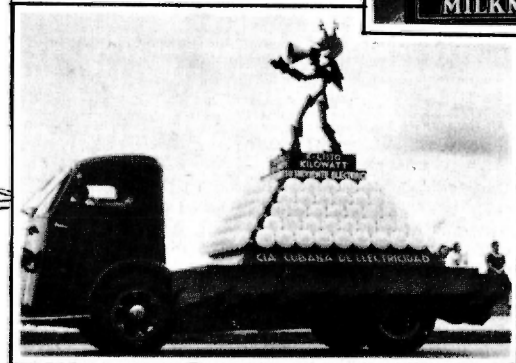
La carroza de la Cuban Telephone Company.



La carroza de La Lechera.



El elegante coche de la casa Gravi.

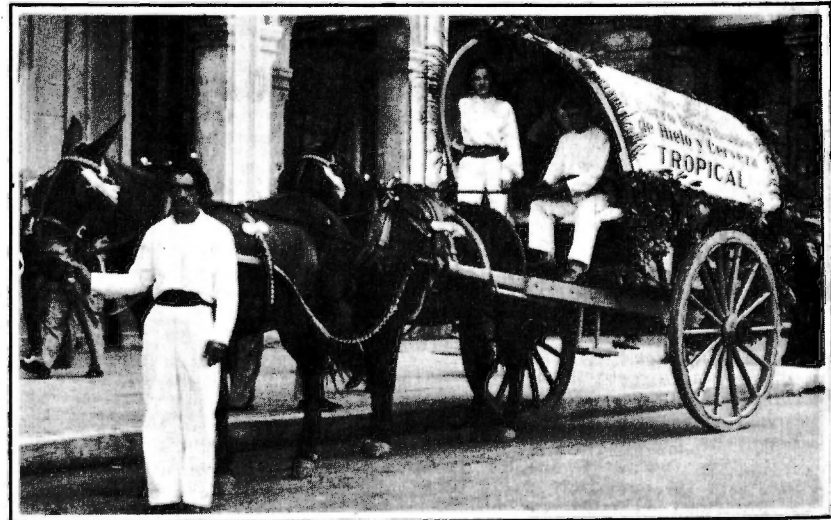


(Fotos Fancasta).

La carroza original de la Compañía Cubana de Electricidad.



La carroza de la Perfumería Bourjois.



El primer carro distribuidor de hielo y cerveza de "La Tropical", en 1888.